



NUNC COGNOSCO EX PARTE



TRENT UNIVERSITY  
LIBRARY

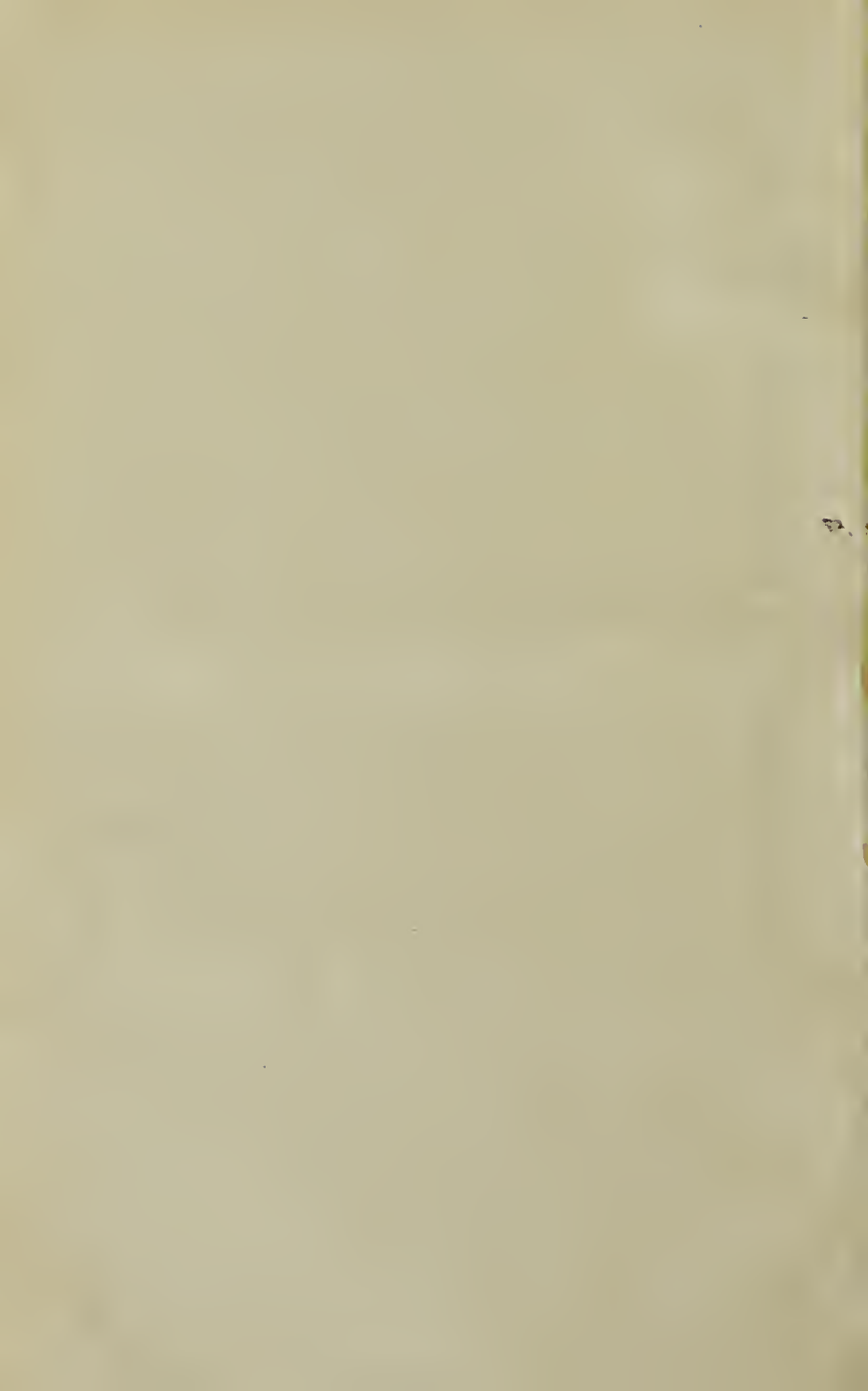












EPISODIOS NACIONALES



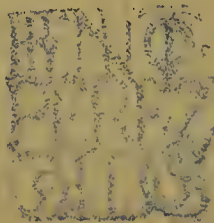
DE CÀRTAGO À SAGUNTO



---

Es propiedad. Queda hecho  
el depósito que marca la ley.  
Serán furtivos los ejempla-  
res que no lleven el sello del  
autor.

---



B. PÉREZ GALDÓS  
EPISODIOS NACIONALES  
SERIE FINAL

---

DE CARTAGO  
Á SAGUNTO

---

2.000



MADRID  
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA  
(Sucesores de Hernando)  
Arenal, 11  
1911

Q 6555 - P1 1708 Vol 5-6

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4



# DE CARTAGO Á SAGUNTO

---

## I

Arriba otra vez, arriba, Tito pequeñín de cuerpo y de espíritu amplio y comprensivo; sacude la pereza letal en que caíste después de los acontecimientos ensoñados y maravillosos que te dieron la visión de un espléndido porvenir; vuelve á tu normal conocimiento de los hechos tangibles, que viste y apreciaste en la vida romántica del Cantón Cartaginés, y refiérelos conforme al criterio de honrada veracidad desnuda que te ha marcado la excelsa maestra *Doña Cillo*. Abandona los incidentes de escaso valor histórico que han ocurrido en los días de tu descanso soñoliento, y acomete el relato de las altas contiendas entre cantonales y centralistas, sin prodigar alabanzas dictadas por la amistad ó el amaneramiento retórico.

Obedezco al amigo que me despabila con sacudimiento de brazos y tirones de orejas, cojo mi estilete y sigo trazando en caracteres

duros la historia de estos años borrascosos en que, por suerte ó por desgracia, me ha tocado vivir. Lo primero que sale á estas páginas llegó á mi conocimiento por los ojos y por el tacto: fué la moneda que acuñaron los cantonales para subvenir á las atenciones de la vida social. Consistió la primera emisión en duros cuya ley superaba en una peseta á la ley de los duros fabricados en la Casa de Moneda de Madrid. Las inscripciones decían: por el anverso, *Revolución Cantonal*.—*Cinco pesetas*; por el reverso, *Cartagena sitiada por los centralistas*.—*Septiembre de 1873*.

Elogiando yo la perfección del cuño ante los amigos don Pedro Gutiérrez, Fructuoso Manrique, el Brigadier Pernas y Manolo Cárceles, éste, con su optimismo que á veces resultaba un tanto candoroso, me dijo: «Fíjese el buen Tito en que ese trabajo lo han hecho los buenos chicos que en nuestro presidio sufrían condena por monederos falsos.» Puse yo un comentario á esta declaración, diciendo que los tales artífices fueron maestros antes de ser delincuentes, que en la prisión afinaron su ingenio, y que la libertad les habilitó para servir á la República con diligente honradez, cada cual según su oficio. «Así es —dijo Cárceles,—y da gusto verles por ahí tan tranquilos, sin hacer daño á nadie, procurando aparecer como los más fieles y útiles auxiliares del naciente *Anfictionado español*.» Antes de la emisión de la moneda se pagaban los servicios con cachos de plata que luego se canjearon por los flamantes y

bien pronto acreditados duros de Cartagena.

En los mismos días me enteré por los amigos de la nueva organización que se había dado á los altos Poderes Cantonalistas. Dimitió el Gobierno Provisional, incorporándose á la Junta Soberana, que se fraccionó en las siguientes Secciones: *De Relaciones Cantonales*, Presidente Roque Barcia, Secretario Andrés de Salas.—*De Guerra*, Presidente General Félix Ferrer, Secretario Antonio de la Calle.—*De Servicios Públicos*, Presidente Alberto Araus, Secretario Manuel F. Herrero.—*De Hacienda*, Presidente Alfredo Sauvalle, Secretario Gonzalo Osorio.—*De Justicia*, Presidente Eduardo Romero Germes, Secretario Andrés Lafuente.—*De Marina*, Presidente Brigadier Bartolomé Pozas, Secretario Manuel Cárceles Sabater. Los cargos de Presidente y Secretario de estas Secciones equivalían á los de Ministro y Subsecretario de los diferentes ramos.

Sin puntualizar una por una las diversas expediciones marítimas que efectuaron los barcos insurgentes á fines de Septiembre, procuro corregir mi deficiente sentido cronológico y me apodero de algunas fechas, claveteando en mi memoria la del 24 porque ella señala mi nada lucida incorporación á la escuadra que fué al bombardeo de Alicante con las miras que fácilmente supondrá el lector. Mi amigo Cárceles, que se empeñaba en hacer de mí una figura heroica, me metió casi á empujones en el *Fernando el Católico*, vapor de madera, inválido y de pe-



rezosos andares, el cual iba como transporte llevando gente de desembarco ganosa de probar en una plaza rica la fortaleza de su brazo y el largor de sus uñas. Al conducirme á bordo, Cárceles puso en mi compañía para mi guarda y servicio á un presidiario joven, simpático y hablador, que desde el primer momento me cautivó con su amena charla y la variedad de sus disposiciones. Antes de bosquejar la figura picaresca de mi adlátere y edecán, os diré que el Cantón creyó deber patriótico cambiar el nombre del barco en que íbamos, pues aquello de *Fernando*, con añadidura de *el Católico*, conservaba el sonsonete del destruído régimen monárquico y religioso. Para remediar esto buscaron un nombre que expresase las ideas de rebeldía triunfadora, y no encontraron mejor mote que el estrambótico y ridículamente enigmático de *Despertador del Cantón*.

A la hora de navegar en el *Despertador*, mi asistente ó machacante hizo cuanto pudo para mostrarse amigo, refiriéndome con donaire su corta y patética historia. Resultó que hacía versos. En su infancia se reveló sacando de su cabeza coplas de ciego; luego enjaretó madrigales, letrillas y algunas composiciones de arte mayor que corrían manuscritas entre el vecindario de su pueblo natal, la villa de Mula. Por algunos trozos que me recitó comprendí que no le faltaban dotes literarias, pero que las había cultivado sin escuela ni disciplina... Casó muy joven con moza bravía; surgieron disgustos, piques, celeras,

choques violentísimos con varias familias del pueblo. Cándido Palomo, que tal era su nombre, alpargatero de oficio y en sus ocios poeta libre, llegó una noche á su casa con el firme propósito de matar á su mujer; mas tuvo la suerte de equivocarse de víctima y dió muerte á su suegra, que era la efectiva causante de aquellos líos y el impulso inicial de la tragedia. Cuando Palomo entró en presidio compuso un poema lacrimoso relatando su crimen y proceso. Aunque plagado de imperfecciones, el poético engendro me recordó el libro primero de *Los Tristes* de Ovidio y aquel verso que empieza *Cum repeto noctem...*

Con estas y otras divertidas confidencias de aquel ameno galopín, que también repitió una letrilla y un romance burlesco que había dedicado á cantar las malicias de su suegra días antes de despacharla para el otro mundo, entretuvimos las horas lentas de la travesía, terminada á las nueve y media de la noche frente á la ciudad del turrón, la dulce Alicante. El primer cuidado del caudillo cantonal que nos mandaba (y juro por la laguna Estigia que no sé quién era) fué notificar á los cónsules que si la plaza no aprontaba buena porción de víveres y pecunia, conforme al truculento *ultimátum* formulado en viajes anteriores, comenzaría el bombardeo al amanecer... Llegado el momento, colocadas en orden de batalla las naves guerreras con nuestro *Despertador* á retaguardia, intervino el Almirante de una escuadra fran-

cesa surta en aquellas aguas, logrando con hábil gestión humanitaria que se aplazase el bombardeo cuarenta y ocho horas. Pusiéronse á buen recaudo los vecinos pacíficos de Alicante, y el Gobierno Central, representado allí por mi amigo Maisonave y por un general cuyo nombre no figura en mis anotaciones, se preparó para la defensa.

A las seis de la mañana del 27 rompieron el fuego las fragatas *Numancia*, *Tetuán* y *Méndez Núñez* con pólvora sola, y como no izase Alicante bandera de parlamento se hicieron disparos con bala contra el castillo y la ciudad. El castillo, visto desde la mar, parecíame asentado en la cima de un alto monte de turrón, deleznable conglomerado de avellanas y miel. A pesar de estas apariencias, nuestros proyectiles no hicieron allí estrago visible. En la plaza advertimos señales de gran sufrimiento, y las balas que de allá nos venían apenas rasparon el blindaje de nuestra *Numancia*. Como tampoco sufrieron deterioro las inservibles carracas *Tetuán* y *Méndez Núñez*, envejecidas é inútiles en plena juventud, no pude ver en aquella militar función más que un juego de chicos ó un bosquejo parodial de página histórica, para recreo de gente frívola que se entusiasma con vanos ruidos y parambombas.

Cinco horas duró el simulacro, disparando nosotros ciento cincuenta proyectiles que debieron ser pelotas de mazapán. Total, que Alicante no dió un cuarto y que nos marchamos con viento fresco, llevando á la mar la



jactanciosa hinchazón de nuestras fantasías. Mientras nosotros navegábamos hacia Cartagena, ufanándonos de haber impuesto duro castigo á la plaza centralista, las autoridades de ésta telegrafiaban á Madrid extravagantes hipérboles del daño que nos habían causado: según ellas, la obra muerta de nuestras naves estaba hecha pedazos y las cubiertas sembradas de cadáveres; en tierra, don Eleuterio y el general, cuyo nombre sigo ignorando, habían afrontado el bombardeo con espartano heroísmo. Por una parte y otra era todo pueril vanidad y mentirosas grandezas para engaño de los mismos que las propalaban.

En el viaje de regreso hice amistad con otro galeote, llamado de apodo *Pepe el Empalmaa* por la desmedida talla de su cuerpo flaco y anguloso. Aprovechando un rato en que mi machacante subió á cubierta, dejándonos en el primer sollado, me dijo que la bravía mujer de Palomo, guapa de suyo y mejorada en sus atractivos por los afeites y pulidas ropas que á la sazón gastaba, hacía en Cartagena vida libre, requiriendo el trato de señores ricos en casas discretas cuyas paredes eran reservado encierro del escándalo. Añadió que si yo quería verla y juzgar por mí mismo su buen apaño de rostro y hechuras, él no tendría inconveniente en llevarme á donde pudiese encontrarla. El pobre Cándido conocía el aprovechado mariposeo con que su mujer se ganaba la vida; visitábala alguna vez; pero ella con buenas ó malas razones, según el viento ó el humor reinantes,

le apartaba de su lado, dándole algunos dineros que eran el mejor específico para que el marido se curase del molesto afán de sus visitas. Comprendí que *Pepe el Empalmaa* era un sutil rufián y le prometí aceptar sus buenos servicios, tan necesarios, como dice Cervantes, en toda república bien ordenada.

Retirado de mi presencia *El Empalmaa* por accidentes del servicio, volvió junto á mí Cándido Palomo, al cual le faltó tiempo para brindarme sabrosos apuntes históricos de su camarada. José Tercero, que tal era el nombre del rufián, había ido á comer el bizcocho y el corbacho del presidio por ejercer con demasiada sutileza las artes de corrupción, asistido de una mala hembra, llamada por mal nombre *Marigancho*, que purgaba sus delitos en la Galera de Alcalá de Henares... Dejo á un lado á éste y otros prójimos de interesante psicología, para seguir desenredando la madeja histórica. La Junta Soberana resolvió canjear con el comercio, por artículos de comer, beber y arder, gran copia de materiales existentes en el Arsenal y fortificaciones: bronces, hierros, maderas finísimas, y cuanto no tenía inmediata eficacia para la defensa de la plaza. Acordó además la Junta reforzar la guardia de la fábrica de desplatación y amenazar á varios industriales, entre ellos al Marqués de Figueroa, con el embargo de sus bienes si no pagaban á la Aduana, en el término de cuatro días, los derechos de Arancel por la importación de carbón y otros efectos.

Continuaron aquellos días las salidas por mar y tierra. Resistí á las sugerencias de Gálvez para que le acompañase en una expedición que hizo á Garrucha con el *Despertador* y la fragata *Tetuán*. Creí más divertido para mí, y más eficaz para la misma Historia, salir por las calles de la ciudad con mi amigo *El Empalmaa* á la fácil conquista de Leonarda Bravo ó *Leona la Brava*, como vulgarmente llamaban en Cartagena á la mujer de Palomo. Pronto la encontramos, que para llegar á la gruta de tal Calipso no era menester larga exploración por tierras desconocidas. En una casa recatada y silenciosa, medianera con la vivienda y taller de las tres muchachas retozonas amigas de Fructuoso, recibió mi visita. Era una mujer bonita y fresca, bien aderezada para su oficio, cariñosa en el habla y modos, como á sus livianos tratos correspondía.

Nada advertí en *Leona* que justificara su fama de braveza. A mis preguntas sobre esto me contestó que la ferocidad de su genio había sido mostrada tan sólo en el tiempo que hizo vida conyugal con Palomo, por ser éste un terrible celoso atormentador y un carácter capaz de apurar y consumir á la misma paciencia. Pero que recobrada la libertad, y respirando el libre ambiente del mundo para vivir del beneficio que su propio mérito y gracias le granjeaban, se había trocado de leona furibunda en oveja mansísima. Ni fué corta ni desabrida mi visita, sino antes bien larga y placentera. . . . .

No sé si en los medios ó en el fin de nuestra accidental intimidad, *Leona* me dijo que no vivía donde estábamos sino en la parte alta de Santa Lucía. Oyendo esto acordéme de la famosa fragua mitológica y de la escuela de Floriana. A mis preguntas, sugeridas por el recuerdo de aquellos lugares, contestó la moza que existía la fragua, que el patinillo era secadero de una tintorería y la escuela depósito de cosas de barco. Las maestras puercas y legañosas que allí daban lección á los chicos harapientos del barrio, se habían largado á otra parte. Esto avivó mi curiosidad y el deseo de reconocer aquellos lugares, y pidiendo permiso á *La Brava* para visitarla en su vivienda, nos despedimos hasta una tarde próxima.

## II

Que la Junta Suprema de Cartagena autorizase una función dramática en el teatro Principal, representándose *Juan de Lanuza* y destinando los productos á los Hospitales, no merece largo espacio en estas crónicas. Tampoco debo darlo á la expedición de Gálvez á Garrucha, extendiéndose á Vera y Cuevas de Vera, donde tuvo lucido acogimiento y pudo afanar dinero y provisiones de boca. La repetición de estas colectas á mano armada las priva de interés en el ciclo cantonal.

Mejor alimento, lector voraz, siquiera sea

de golosinas, te doy contándote que guiado por mi embajador venustino José Tercero fuí á visitar á *La Brava* en el altillo de Santa Lucía. Entramos á la vivienda de la moza por la fragua de marras, en la que forjaban clavos unos vulgarísimos y tiznados herreros, que ni la más remota semejanza tenían con los gallardos alumnos de Vulcano, y menos con el Titán hermosísimo en quien los ojos de mi fantasía vieron al creador de mil hijas de recia voluntad.

Pasamos de allí al patinillo, donde unas mujeres con las manos carminosas ponían al sol madejas de estambre recién teñido de colorado. Entramos luego en lo que fué escuela, y vi el local repleto de barriles de alquitrán, de viejas lonas y de montones de la filástica que se usa para calafatear las embarcaciones. Ni rastro hallé de objetos escolares. ¡Y pensar que allí se me representó en carne viva la ideal Floriana, educadora de pueblos, virgen y madre de las generaciones que han de redimirnos! ¡Qué cosas vió mi espíritu en aquel mísero aposento, y qué divinos embustes imaginó, pintándolos en la retina, el caldeado cerebro de este antojadizo historiador!

Introdújome Tercero en un angosto pasillo, que era pórtico de humildes viviendas numeradas. En la salita de una de éstas encontré á Leonarda con el cabello suelto, en compañía de una mujer que no era peinadora sino maestra, y que á mi amiga estaba dando lección de escritura. *La Brava*, con los dedos tiesos, llenos de tinta y torcida la boca, ha-



cía temblaqueantes palotes, poniendo en ello toda su alma. La maestra, con dulce paciencia, guiando la mano de su discípula, la corregía y amonestaba... Pásmate, lector incrédulo, y abre tamaños ojos al saber que en la profesora reconocí las facciones de *Doña Caligrafía*, ya envejecidas y deslustradas cual si hubiera pasado medio siglo desde que la vi ó creí verla en la compañía y séquito de la ideal Floriana.

Deseosa de hablar conmigo, *Leona* suspendió la lección, despidiendo á la momificada pendolista y á Pepe *el Empalmaa*. Sin más ropa que la camisa y una holgada bata de colorines; sin corsé, los desnudos pies en chancletas, suelto el negro cabello abundante, Leonarda ponía la menor veladura posible entre sus corporales hechizos y los ojos del visitante. Afectuosa y comunicativa, me habló de esta manera:

«Veo que te asombras de que ande yo en estos jeribeques de la escritura. Pues sabrás que no me contento con ser lo que soy al modo rústico y ordinario. Me enloquece la ambición. Desde que me metí en este vivir *arrastrao*, la mirilla en que tengo puestos los ojos de mi alma es Madrid... Quiero *dirme* á la Corte, donde podré ser mujer alegre con más aquel que aquí, luciendo y aprovechando lo que Dios me ha dado... Comprenderás, querido Tito, que no puedo ir hecha una burra, pues entonces no me saldría la cuenta, que aquél no es un público de patanes sino de personas principales y de posibles. Yo

sabía leer á trompicones, y ahora esta pobre maestra que aquí has visto, vecina mía, por dos reales que le doy un día sí y otro no me enseña la lectura de corrido, y además me da lección de escritura, empezando por tirar de palotes que es muy duro ejercicio... Pienso yo que la ilustración es necesaria aun para las que andamos en tratos... ya me entiendes... En Madrid haré vida de libertad, pero mirando á lo elegante y superfrolítico. Como en ello están todos mis pensamientos, pongo gran atención en el habla de los señores con quienes una noche y otra noche tengo algo que ver, y cuantas palabritas ó frases les oigo, que á mí me parecen finas, las atrapo y me las remacho en la memoria para soltarlas cuando vengan á cuento. Ya sé decir: *á tontas y locas, de lo lindo, en igualdad de circunstancias, partiendo del principio, permítame usted que le diga, mejorando lo presente, tengo la evidencia, seamos imparciales, bajo el prisma, bajo la base...*»

Discretísimo y práctico me pareció el anhelo de aquella pobre criatura, que no sabiendo salir de su esfera mísera trataba de ennoblecerla y darle asomos de dignidad. Felicité sinceramente á *La Brava*, incitándola á que se esmerase en engalanar con flores, si quiera fuesen de trapo, el camino vicioso que había de seguir, siempre que su destino no le marcara otro mejor aunque menos bonito. Puso ella á sus confidencias el remate de esta profecía: «Con lo poquito que ya sé, y lo que he de aprender, no será difícil que en Madrid

me salga un marqués viejo, rico, baboso, á quien yo pueda manejar como un títere, que me ponga casa elegante, con alfombras y cortinones de seda, y me vista con toda la majeza del siglo. *Pa* entonces tendré coche y me pasearé muy repantigada por las alamedas que llaman el Retiro y la Fuente Castellana»... Después de esto vino la peinadora. Del tiempo transcurrido desde la operación de aderezarse la hermosa cabellera hasta que se puso á almorzar un excelente arroz con pescado, no debo decir nada á mis lectores, pues la tela de la Historia tiene dobleces impenetrables.

Vestida y calzada salió *Leona* conmigo al patinillo, donde vimos un sujeto en mangas de camisa, lavándose la cara en una pobre jofaina de latón. Mi amiga le saludó risueña, como á vecino que en uno de los cuartos de aquella humilde casa moraba. Apartándonos de él para dejarle fregotearse á sus anchas las orejas y el pescuezo, *La Brava* me dijo: «Este tipo es otro presidiario suelto á quien sus compañeros de *gurapas* llamaban *don Florestán de Calabria*, y por este remoquete le conoce todo Cartagena. Es noble, según dice, y desciende de príncipes napolitanos. Vino á cumplir condena de seis años por enmiendas que hizo al testamento de una tía suya. Es hombre de historias, de lenguas, y tan *périto* en la escritura que no hay letra ni rúbrica que no imite.»

Al llegarnos otra vez á *don Florestán*, ya estaba el hombre frotándose las orejas con

una toalla no muy limpia. Era un cincuentón de mediana estatura, cabeza romántica del tipo usual allá por el 45, ahuecada melena, bigote y perilla corta como los que usaron Espronceda y los Madrazos. Presentado á él por *Leona*, que le dió el nombre de *Florestán*, me dijo estrechándome la mano: «Ya le conocía á usted de vista y por su fama de historiador, señor don Tito. Mucho gusto tengo en ser su amigo; pero sepa ante todo que ese nombre que me ha dado doña Leonarda es broma de compañeros maleantes. Yo me llamo Genaro de Bocángel, y mi linaje está entroncado con la nobleza española de Nápoles y Sicilia. ¿Habrá usted oído hablar de los Duques de Amalfi? Pues de ellos vengo yo por la rama paterna; con los ilustrísimos Marqueses de Taormina, residentes en Palermo, estaba emparentada mi madre, doña Celimena de Silva; y no falta en mi sangre algún glóbulo procedente de la clarísima estirpe de los Escláfanis de Siracusa. Algo más de mi persona y familia, así como de los vaivenes de mi existencia, he de contarle á usted... Antes le pido permiso para volver á mi aposento y arreglarme un poco, pues no está bien que los caballeros se presenten ante sus iguales con este desaliño de andar por casa. Hasta luego.»

Entró corriendo en su vivienda el tronado caballero. Mi amiga y yo nos quedamos riendo de su estampa fachosa y de sus hinchazones nobiliarias. Díjome *La Brava* que *don Florestán* era un infeliz de buena pasta y co-

razón muy tierno, á pesar de haber cometido el desliz de aquellas endiabladas escrituras que dieron con sus huesos en el *estaró*. Apenas transcurrido un cuarto de hora, que invertí dando á *La Brava* lecciones de lenguaje finústico, reapareció don Genaro de Bocángel abrochándose un levitín raído, con visos de ala de mosca. El chaleco de colorines y el pantalón veraniego mostraban á la legua los ultrajes del tiempo. Las botas eran de charol deslucido y cuarteado, torcidos tacones y grietas que pronto serían ventanas; la camisa sin almidón; la corbata de color de rosa, anudada con esmero y arte. En el corto tiempo que consagró á su aliño, tuvo espacio Bocángel para peinar y alisar su melena coqueta, para darse un poquito de negro humo en las canas del bigote y un toque de rosicler barato en las mejillas.

Pegando la hebra cortésmente en nuestra charla, don *Florestán* me dijo: «Si como parece escribe usted los grandes anales de este Cantón que tanto da que hablar al mundo, seguramente tendrá que ocuparse de mí. Pues allá van datos de este aristócrata perseguido inicuamente por haber tomado como buen caballero la defensa de la bondad y la rectitud. Me soltaron de las prisiones no por la clemencia sino por la justicia, que nunca debieron traerme á padecer entre ladrones y asesinos. No fuí criminal: fuí amparador de los menesterosos, abogado de la verdad, adalid del derecho. No me arrepiento de lo que hice, sino que de ello estoy muy orgulloso,



pues si mi tía doña Silvia Menéndez de Bocángel procedió criminalmente privando del usufructo de sus riquezas á los parientes más próximos, yo, Genaro de Bocángel y de Silva, en representación de toda la parentela pobre, salí á la palestra jurídica inspirado por Dios y por todas las leyes divinas y humanas. No cerré contra la injusticia armado de espada y lanzón. Mis armas fueron una pluma bien cortada y el buril de la navajita con que grabé la figura y lemas de varios sellos en la blandura de una patata. Resultó un codicilo que tuvo en confusión al tribunal por largo tiempo... Fuí vencido; la sociedad, que es muy perra y muy ladrona, me destrozó con las garras de sus infames escribanos y leguleyos. Y no contenta con deshonorarme, me encerró en presidio por seis años. Pero el varón justo no se acobarda ante la adversidad, y aquí me tiene usted decidido á defender el derecho de los humildes contra la soberbia y egoísmo de los poderosos endiosados. Sostengo y sostendré que mi tía doña Silvia fué una solemne bribona legando sus riquezas á una piara de frailes inmundos y de monjas idiotas y puercas... Conque... aquí tiene usted, señor mío, un tema tan admirable que si lo campaneá en su Historia, como sabe hacerlo, resonará en todas las naciones de Europa, Asia, Africa y América.»

Respondíle socarronamente que trataría el asunto con entusiasmo, poniendo en el mismo cuerno de la luna la abnegación y valentía del caballero don Genaro de Bocángel.



Añadí que necesitando para llevarle á mis historias un conocimiento fiel de la vida y costumbres del personaje, de sus medios de existencia, de sus trabajos ó quehaceres, le pedía licencia para estar en su compañía algunos ratos. Él, con júbilo y cortesanía, me respondió de esta manera: «No saldré en toda la tarde, ni á prima noche. A su disposición me tiene para cuanto guste indagar acerca de mí. No le ruego que me acompañe á la mesa porque ya sé que almorzó con Leonardita; además mi comida es tan sobria que sería penitencia demasiado dura para una persona como usted: un platito de cocido, tres ó cuatro ciruelas, y un vaso de vino de Alicante. Vivo ¡ay! en estrechez indecorosa con dos pesetas diarias que me pasan unos parientes de Madrid.»

Deseosa *La Brava* de emprender su ronda vespertina por las calles alegres de la metrópoli cantonal, se despidió de nosotros hasta la noche, y yo me metí con don Genaro en la mísera covacha donde escondía su degenerada grandeza. Después que devoró con famélicas ansias el comistraje que le sirvió una mujer desgredada y andrajosa, mostróme el caballero un montón de cartas recibidas de Madrid y las contestaciones que él había ya medio escrito. Díjome que se consagraba exclusivamente al magno asunto de humanidad y justicia por el cual había roto lanzas en la ocasión que motivó la execrable sentencia. Hasta morir seguiría luchando, y esperaba que un triunfo glorioso coronase al fin sus

trabajos y horrendo sacrificio. Entre varias cartas me leyó una que dijo ser de una prima suya, señora linajuda que de su dorada opulencia había descendido á la triste condición de patrona de huéspedes de á tres pesetas.

De los trozos de cartas leídos, el más extraordinario, peregrino y despampanante fué éste: «Ya puedo asegurar que antes de fin de año se proclamará en Madrid el Cantón que llaman *Carpetano*, centro y cabeza, según me ha dicho mi sobrino Policarpo, de los demás Cantones de la España. Entonces, Genaro de mi vida, será la nuestra. Porque tú con tus influencias y Policarpo con las suyas, que no son flojas, echaréis por tierra esas leyes inhumanas que nos han despojado de lo nuestro para dárselo á la mano muerta, como tú dices, ó á la mano demasiado viva y sucia, como digo yo... Castelar está dado á los demonios. Ve venir el Cantón y no le llega la camisa al cuerpo. Mi opinión es que si este papagayo quiere hacerse cantonalista, para seguir en candelero, debéis mandarle á escardar cebollinos.»

Después de celebrar con ditirambos de júbilo estas graves noticias, sin poner en duda su certeza, agregó Bocángel que no era de su gusto el nombre de *Carpetano* con que los madrileños querían bautizar el nuevo Cantón. Mejor sería llamarle *Mantuano*, voz que se acomodaría fácilmente al criterio del vulgo... En el curso de nuestra conversación me mostró luego el de *Calabria* ejecutorias de familia de los siglos xvii y xviii, escritas

en lengua italiana y fechadas en Palermo. A pesar de lo rancio del papel y de lo arcaico de la escritura, no creo pecar de malicioso diciendo á mis lectores que en los tales documentos había puesto su hábil mano el propio *don Florestán*, insuperable calígrafo según pude apreciar por las diferentes obras de su pluma que pasaron ante mis ojos... Dejé-le al fin en su febril tarea epistolar, doliéndome de la incurable vesania de aquel pobre hombre, más digno de los cuidados de una casa de orates que de los rigores del presidio.

Volvíme al centro de la ciudad en busca de alguna noticia substanciosa ó siquiera chismes políticos dignos de ser contados. Cerca del Arsenal me encontré á Fructuoso Manrique y al cartero Sáez, por los cuales supe que los vigías del puerto señalaban hacia poniente tres barcos de gran porte que, según creencia general, eran de la escuadra centralista mandada por el Contralmirante Lobo. Así en el Arsenal como en las calles de la población advertí que pueblo y Milicias ardían en entusiasmo ante la proximidad de una naval refriega con los buques del Gobierno, á los cuales pensaban derrotar y destruir precipitando sus despojos en las honduras del reino de Neptuno. Cené con Alberto Araus, Ministro de *Servicios Públicos* (léase Fomento), el cual participaba del general furor y bélico optimismo, anhelando *la más alta ocasión que vieron los pasados siglos y esperan ver los venideros*. A este propósito dijo: «En el nuevo Lepanto nosotros

seremos la Cristiandad y ellos la bárbara Turquía.»

Al retirarme á mi fonda encontré á *La Brava* que iba de vuelta para su casa. Acompañéla hasta la plaza de la Merced, y sentados en un banco charló conmigo de cosas diferentes, entreverando estas donosas consultas: «Tú que eres tan sabio, don Tito, dime: ¿qué significa *inocular*?... Explícame también qué quieren decir estas palabritas: *bajo el punto de vista económico*...» Con toda la claridad posible contesté á sus preguntas, y ella me dijo: «Yo me pensé que *económico* y *economía* eran cosa de ahorrar; y eso bien lo entiendo, que ahorrando estoy y todos los días meto en una media lo que me sobra. Así voy *ajuntando* para mi *mantención* en Madrid hasta que se me arregle el negocio. Por tu salud, Tito mío, no digas nada á nadie, que si se entera ese granuja de Cándido será capaz de ir tras de mí y darme la gran desazón... Yo te aseguro que *Leona la Brava* dará que hablar en los Madriles. Y ahora te suplico que mientras esté en Cartagena me des lección en todo lo tocante á palabras finas, modos de saludar, de comer, de presentarse ante la gente, con los toquecitos de gracia, chispa y salero que allí se estilan entre personas que á un tiempo son alegres y de buena educación. Enséñame todo esto, que ya te pagaré el favor algún día en *parné* del mejor cuño.»

Prometile ser su catedrático, siempre que ella se corrigiera de emplear en la conversación dicharachos flamencos, y ella me dijo:

«Por la gloria de tu madre, Titín, pégame un *cate* siempre que me oigas decir alguna de esas porquerías. Me propongo que no salgan de mi boca, y se me escapan por la fuerza de la costumbre. ¡Estará bueno que en Madrid, cuando me vea con personas bien habladas, suelte yo un *diquelar*, un *mangue*, un *cangri*... Ten por seguro que la ambición de esta borrica que quiere afinarse ha de ir muy lejos. Ya me estoy viendo entre medio de *tantísimo* señorío. Me gustaría mucho trincar á uno de esos marimandones que llaman hombres públicos, y embobarle de tal modo que no se atreva á respirar sin mi licencia. Yo le daría la mar de consejos, señalándole las teclas que había de tañer para gobernar al pueblo con decencia y justicia, con lo cual, figúrate, vendrían á bailarme el agua todos los lambiones de la Política, saldría mi nombre en los papeles y me daría más charol que un *dichabaró*. ¡Ay, se me ha escapado! Pégame, Tito. *Dichabaró* quiere decir gobernador.»

No sigo relatando la evolución de esta *lumi*, que quería elevarse de un salto en la escala social, porque otros hechos que parecen traer médula histórica requieren mi atención. A las siete de la mañana del 11 de Octubre salieron de Cartagena las fragatas *Numancia*, *Méndez Núñez*, *Tetuán* y el vapor *Fernando el Católico* (*Despertador del Cantón*), haciendo rumbo hacia cabo de Palos en busca de la escuadra centralista, compuesta de las fragatas *Vitoria*, *Almansa*, *Navas de Tolosa*, *Carmen*,



las goletas *Prosperidad* y *Diana*, y los vapores *Cádiz* y *Colón*, al mando del Contralmirante don Miguel Lobo.

### III

Subíme á Galeras para ver la función que por las trazas había de ser imponente, aunque ninguna de las dos escuadras era digna de tal nombre, pues cada una contaba tan sólo con un barco de combate. En realidad, el duelo se entablaba entre la *Numancia* y la *Vitoria*. Los demás buques eran unas respetables *potadas* que no servían más que para hacer bulto. Ni con ayuda de los buenos cañales del castillo pude ver gran cosa; pero como el cartero Sáez y algunos de los Voluntarios y soldados de la fortaleza tenían ojos de águila, con lo que ellos me contaron y lo poco que yo pude distinguir aderezo mi relato en la siguiente forma:

Eran las doce próximamente cuando la *Numancia* se separó más de una milla de sus inválidas compañeras, y á toda máquina se coló en medio de los barcos centralistas. Luchó sola contra los buques de Lobo, que la rodearon disparando sobre ella todos sus cañones. Mas era tal la pujanza de la fragata, cuyo nombre se inmortalizó en la guerra del Pacífico, que salió ilesa de aquella embestida temeraria. Hizo nutrido fuego con sus baterías de babor y estribor, y rompiendo el cer-



co viró con rapidez, sin cesar en sus disparos.

Llegaron después al combate las apreciables carracas *Méndez Núñez* y *Tetuán*, y la *Vitoria* dispuso sus garfios de abordaje intentando hacerse con la más próxima, que era la segunda. Esta disparó sus andanadas con brío, causando algún estrago en la cubierta de la *Vitoria*, la cual, teniendo que acudir en auxilio de sus compañeras centralistas á las que seguía cañoneando la *Numancia*, no pudo realizar el abordaje ni hacer cosa de provecho. El vapor-goleta *Cádiz* izó bandera de parlamento cuando uno de sus tambores fué destrozado por los disparos de la *Numancia*. La *Carmen* y la *Navas de Tolosa* sufrieron bastantes averías, y como por nuestra parte la *Tetuán* y la *Méndez Núñez* habían agotado sus escasas fuerzas, quedó concluso el combate poco después de las dos de la tarde. Los barcos cantonales pusieron proa á *Cartago Espartaria*, y Lobo se retiró mar afuera.

Se me olvidó decir, para terminar la descripción de aquel Lepanto en zapatillas, que á bordo de la *Numancia* iba el General Contreras, y en las demás naves del Cantón varios individuos de la Junta Soberana. Desde Galeras vi que al llegar al puerto los combatientes se les hacía un recibimiento loco, con gran algazara de vítores, aplausos y otras demostraciones, cual si volvieran de un Trafalgar al revés trayendo la cabeza de Nelson. Estos ruidos de la pasión local y del entusiasmo sectario son la música inevitable que

ameniza nuestras civiles contiendas por un sí ó por un no... Luego supe que los cantonales traían cinco muertos, entre ellos don Miguel Moya, vocal de la Junta Suprema ó Soberana.

En el tiempo que estuve en el castillo de Galeras hice amistad con un hombre muy avisado, cuyos ojos suplicaron á los míos en la visión del lejano combate. Su vista superaba á la de las gaviotas, y todo lo refería como si los objetos se acercasen hasta ponerse á tiro de fusil. El mismo me reveló con donosa franqueza, su condición de presidiario, diciéndome que la condena había sido por diez años, y que sólo le faltaban meses para cumplirla cuando el Cantón le puso en libertad. De las causas que motivaron su encierro no me dijo nada ni osé yo preguntarle. Era de buen tallo y agradable presencia, uno de esos hombres de naturaleza tan peregrina que á los sesenta años conservan una dulce jovialidad y el contento de vivir. Sus canas se armonizaban con sus ojos azules de expresión bondadosa, y su palabra era fácil, serena y de perfecto casticismo en la dicción. David Montero, que así se nombraba, había ejercido antes de su delito la profesión de mecánico, dedicado casi exclusivamente á la compostura y arreglo de instrumentos de náutica. Tal era en el Departamento la fama de su habilidad, que tuvo siempre la tienda llena de sextantes, octantes, brújulas, barómetros aneroides, y no faltaban cronómetros, pues era también consumado relojero. Apurábanle

sus clientes, y él, infatigable, á duras penas cumplía aumentando las horas de trabajo.

Cuando bajábamos del castillo, David me contó que al entrar en prisiones, otros mecánicos vinieron á suplirle, estableciéndose en Cartagena. El, en tanto, logró con su buena conducta que el jefe del presidio le consintiera montar un reducido taller en las estancias altas del penal, con lo que alivió la pesadumbre del ocio y la tristeza, granjeándose algunos dineros para mejorar las condiciones materiales de su vida.

Al despedirnos en la Plaza de las Monjas ofreciome su casa, situada en lo más alto de la ciudad, no lejos de la vieja iglesia románica. Díjome que gustaba de vivir lo más cerca del cielo, pues con la libertad le habían entrado aficiones astronómicas. Prometí visitarle para conocer sus nuevos estudios... A poco de separarme de él para ir al Ayuntamiento encontré á *Pepe el Empalmaa*, el cual me dijo que David Montero fué condenado por dar alevosa muerte á su manceba y á un *guaja* con quien la sorprendió en malos pasos.

El entusiasmo de Cartagena por el primer choque naval continuó con hervor creciente en los días sucesivos. El 14 de Octubre, la Junta Soberana acordó un plan de combate: *luchar hasta vencer ó quedarse sin un barco*, según la espartana frase de la *Gaceta* del Cantón. En la mañana del 15 salió la escuadra en busca de los barcos de Lobo, que se hallaban á la vista. A retaguardia, en el famoso

*Despertador*, iban el bíblico Roque Barcia y Manolo Cárceles, en representación de la Junta Suprema, para hacer cumplir las disposiciones estratégicas de ésta y resolver sobre cualquier incidencia que ocurriese en el curso de la batalla. Navegaban los buques de combate en correcta línea, y apenas divisaron los barcos centralistas éstos se pusieron en orden conveniente para afrontar la lucha.

Cuando ya estaban los adversarios á tiro de cañón adelantóse la *Tetuán* rompiendo el fuego contra la *bárbara Turquía*, como dijo Alberto Araus. Apenas recibieron los primeros balazos, las naves centralistas viraron en redondo, poniendo rumbo al Sur en franca retirada. Los cantonales las persiguieron cerca de cuarenta millas hasta perderlas de vista, y regresaron á Cartagena, quedando roto el bloqueo por mar. No hay que decir que cuando entraron en el puerto los que se llamaban vencedores se repitieron las inevitables alharacas y la greguería jubilosa.

Al consignar que á bordo de las naves cantonales iba lo más granado y florido del personal revolucionario, debo decir y digo que el único hombre de mar y de guerra marítima que á mi parecer merecía ser recordado en la Historia era un tal Alberto Colau, contrabandista, hijo de Alicante y tan familiarizado con las aguas mediterráneas y con los peligros del navegar y del combatir, que entre toda la gente llegada de diversas partes á la República Cartagenera, no se pudiera encontrar quien le igualase. Le conocí el mismo

día 15, á poco de saltar en tierra, y quedé maravillado de su espléndida y arrogante facha. No era menester ciertamente el auxilio de la fantasía para ver en aquel hombre la resurrección del tipo del corsario que en los tiempos de la piratería heroica llenó los anales del mar Interno.

Descollaba Colau entre la muchedumbre por su robusta complexión y lucida estatura, por su curtido rostro y el mirar flamígero de sus ojos negros. Como el azabache eran también sus cabellos crespos, sus cejas pobladas y el bigotazo que perpetuaba la tradición de la moda turquesca. Coronaba su cráneo con el fez rojo, complemento, en cierto modo histórico, de la figura de aquel Barbarroja redivivo. Andando los días se vió un gorro colorado en el puente de la *Numancia*, de donde vino el atribuir á Contreras el uso de tal prenda. No; el fez no era de Contreras sino de Colau, y éste, á juicio de un historiador psicólogo, la figura más saliente, pintoresca y castiza del Cantón Cartaginés.

La bravura pirática del arrogante aventurero se llama hoy contrabando, que viene á ser lo mismo con diferencias de tiempo y lugares. En sus faluchos de vela, Colau desafiaba las olas y la persecución de las escampavías del Resguardo. Cuando la astucia no le bastaba y era preciso emplear la violencia no vacilaba en derramar sangre. Empezadas sus correrías en Gibraltar, se trasladó luego á Orán, donde obtuvo provecho mayor y campo de operaciones más extenso. De la costa



argelina nos traía tabaco, licores, telas, quincalla y otras mercancías vigiladas por nuestros aduaneros. A los *vistas* de acá, unas veces les cerraba los ojos, y otras les rompía la cabeza. Con este ten con ten y un ardor infatigable, hizo Colau en poco tiempo una fortunita y vivía en Orán como un bajá, con su mujer y sus hijos, bien quisto de los franceses y de la colonia española. De él se contaba que nunca se le acercó un necesitado sin que al punto le socorriese, y en la misma Cartagena era el amparador de todas las personas ó familias que, perseguidas por el Centralismo, se habían refugiado en la Plaza.

Con la fiereza del continente y rostro de Colau contrastaba la blandura de su trato en la vida social. Era cariñosísimo y á veces hasta pueril. Al estallar la revolución cartagenera se presentó en la Plaza ofreciendo sus servicios á la Junta Revolucionaria, que los aceptó en el acto dándole el mando de la fragata *Tetuán*, la cual manejó y gobernó desde el primer momento con la misma destreza que solía desplegar en el gobierno y mando de sus faluchos... Pasé una tarde con él y otros amigos en el café de la Marina, charlando de aventuras guerreras en el mar y en la costa. Colau nos refirió terribles episodios de su lucha contra las olas embravecidas en los duros Levantes, que mil veces le pusieron á dos dedos de caer en los profundos abismos. Nos contó también alijos que por su descomunal audacia parecían fabulosos, y peripe-



cias trágicas de sus encontronazos con los aduaneros y demás patulea del Fisco.

A la gentil cortesía de Cárceles debimos aquella tarde el obsequio de Jerez y pastelillos, y en la alegría del beber y del charlar suplicamos al contrabandista nos dijese el porqué ostentaba en el ojal de su chaqueta el botoncito rojo de la Legión de Honor. Con modestia ruda evadió Colau la respuesta, queriendo llevar á otros asuntos el vago coloquio. Pero Manolo Cárceles, tan indiscreto en aquel caso como amante de la verdad, nos refirió el hecho heroico que había motivado aquella distinción, empezando por decir que Francia no concede nunca tales honores más que al mérito indudable.

Horroroso temporal de Levante descargó una tarde sobre Orán, con furibundas rachas de viento y olas como montañas, que en pocos minutos destrozaron la escollera del nuevo puerto en construcción. En lo más duro de la borrasca presentóse á la vista un trasatlántico francés, que traía de Marsella pasajeros de diferentes clases sociales, y entre ellos gran número de mujeres y niños... Muy apurado venía el barco por los accidentes de una tormentosa travesía, y al querer tomar puerto se le vió á punto de zozobrar, estrellándose contra las peñas ó los bloques de la escollera destruída donde reventaban las olas. En el muelle estaba casi todo el vecindario de Orán, con ansiedad y espanto, pues muchas familias tenían seres queridos entre los pasajeros del vapor. Nadie osaba intentar el

salvamento, que era poco menos que imposible en condiciones tan aterradoras.

De pronto apareció entre la multitud un hombre... este hombre era Alberto Colau... que con fuerte y altanera voz dijo así: «¡Cobardes! Si no hay quien me siga yo iré solo á salvar los que pueda. Si alguno me acompaña, mejor.» Cuatro ó seis marineros se adelantaron, dispuestos á secundar al español en su hazaña. Metiéronse todos en una lancha grande, con vela y remos, y desafiaron impávidos el oleaje furioso. Al cabo de algunos ratos de indecible angustia realizó Colau el primer salvamento. En la segunda tentativa, que fué la más emocionante, se veía desde el muelle la lancha de Colau, á veces balanceándose en la cresta de una ola formidable, á veces precipitándose en la hondonada líquida... Por momentos desapareció...

Creyeron los angustiados espectadores que no volvería; pero volvió, ¡hurra!, trayendo unas señoras lívidas y unos niños llorosos, mojados todos hasta los huesos... Los marineros bogaban con sereno coraje; Colau, en pie, las melenas al aire, llevaba el timón, empuñando la caña con tal fuerza que no le superara el propio Neptuno... El tercer viaje fué más benigno. Las mismas olas parecían inclinarse respetuosas ante la intrepidez de aquellos hombres. Cuando terminó el salvamento y pisaron tierra todos los náufragos del vapor, se produjo una indescriptible escena sentimental: abrazos, besos, exclama-

ciones, llantos de alegría. Alberto Colau, desentendiéndose de las manifestaciones de cariño y gratitud, tomó con sereno continente el camino de su casa.

«Ahí le tenéis—dijo Cárceles al poner término á su relato.—Ahí tenéis al héroe, ostentando en su pecho la insignia de la Orden de Caballería más acreditada que existe en la Edad Moderna, recompensa de su esforzado ánimo y de su amor á la Humanidad.

—Caballero fuí siempre y caballero soy—dijo Colau, contraviniendo discretamente su natural modestia.—*La Orden del Contrabando* pide arrojo temerario, paciencia en las adversidades, calma y tino cuando sean menester, liberalidad, sangre fría, prendas que entiendo yo son y han sido siempre la mejor gala y adorno del alma de los caballeros.»

## IV

Fáltame decir, para redondear la personalidad de Colau, que en el trajín del contrabando también comerciaba. En aquellos tiempos era muy estimado en el Norte de África el aljófár, perlitas pequeñas y mal configuradas con que las moras adornan y recaman sus chaquetillas, sus fajas y babuchas. Como en España venía desmereciendo este artículo, multitud de tratantes en pedrería iban de pueblo en pueblo comprándolo para llevarlo á Marruecos y Argelia. A igual tráfico se de-

dicó Alberto Colau en Cartagena, extendiéndose no más que á Lorca, Totana y Murcia. Redondeaba su especulación trayendo de África zafiros y esmeraldas que en España tenían cotización muy alta.

Dicho esto, añadiré que aquella misma noche cenábamos Fructuoso Manrique, Cárcelles, Alberto Colau y yo, en el propio café de la Marina, cuando vimos entrar fachendosa y arrogante á *La Brava*, que agarrando con desgaire una silla se plantó en nuestro corro junto á Colau, acometiéndole con esta viva requisitoria: «Eh, Alberto, cómprame ahora mismo este aljófar que te traigo. Dispensen los señores y sigan comiendo, que no vengo á cenar sino á mi negocio.» Diciéndolo sacó un envoltorio de papel de periódico en que guardaba un puñado de perlitas, y así prosiguió: «Las he recogido entre mis amigas. A ver cuánto me vas á dar, judío arrastrao. Yo quiero por ellas veinte *chus*, ó por lo menos una *jara*.»

Dejó Colau el tenedor, y risueño, sopesando la mercancía, dijo á la moza: «Pero si esto no vale más de doscientos *rumbeles* á todo tirar. En fin, ya hablaremos. ¿Quieres cenar?» Rechazó *La Brava* con donosura el galante ofrecimiento, y todos reiteramos con alegre algazara la invitación: «¿Quieres huevas de *jumol*? ¿Una copa de Jerez? ¿Dátiles de mar? ¿Un pastelillo de estos de crema que están tan ricos?

—Bueno—exclamó *Leona* arrimando su silla en el hueco que le hicimos y cogiendo

el primer plato vacío que encontró.—Venga alguna cosita. Pero déjenme que siga con mi negocio. Yo todo lo miro ya *bajo el prisma* de mi *economía*.

—Ya, ya sé por Dorita—dijo Fructuoso—que acumulas fondos para irte á Madrid y hacerte un buen cartel en la *cocotería* elegante.

—¡Calla, *malange*, tú que sabes de eso!—replicó ella, atizándose una copa de Jerez.—Yo necesito cuartos porque me voy volviendo muy regalona. Díganle á este perro de Colau que tenga conciencia y me pague por el género lo que le pido.

—Yo te daría eso y más—repuso Alberto—si hicieras caso de mí. ¿Qué demonio vas tú á pintar en los Madriles? Allí no hay más que pobretería finchada y figuras políticas que no tienen ni un *calé*... Repito lo que te he dicho mil veces. Cuando acabe este jollín del Cantón en que estamos metidos, vente á Orán conmigo. Verás qué tierra, chica. Allí encontrarás la mar de franceses tontos y ricos. ¡Qué fácilmente los podías pescar, gitana, con el anzuelo de esa carita! Pues digo; si le caes en gracia á uno de aquellos morazos podridos de dinero, que se pírran por las españolas, ¡ay morena! te cubres el riñón para toda la vida.

—No me hables á mí de tierras extranjeras—contestó *La Brava*.—Yo tiro siempre al españolismo... *La Madre Patria necesita de todos sus hijos*, como dice don Roque... y de todas sus hijas, digo yo.»

La respuesta de Alberto Colau á estas se-



sudas consideraciones fué coger el papel donde estaba envuelto el aljófár, y sacar de su repleto bolso varias monedas de oro y una de plata, que entregó á la mozanca, añadiendo estas expresivas razones: «Pierdo dinero. Allá no pagan el adarme de aljófár más que á seis pesetas. Pero en fin, para que no chilles te doy la *jara* y un *chus* de propina.» Continuó la conversación alegre. Mientras *Leona* devoraba pastelillos, jamón en dulce y otras frioleras, humedeciéndolas con Jerez, todos le dirigíamos chicoleos, anunciándole los grandes éxitos que había de obtener en Madrid. Ella nos atajó diciendo: «No hablen de eso, que el diablo las carga. Estoy perdida si mi marido se entera. Cándido no me deja vivir, me persigue, me acosa. Ese condenado *parte del principio* de que yo soy rica, y cuando me niego á darle dinero se pone fosco... Temo que el mejor día me mate como mató á mi madre... Si le da por seguirme á Madrid... No quiero pensarlo... ¡Sálveme la Virgen de la Caridad!»

Desde allí nos fuimos todos al teatro Principal, donde había función de aficionados. Representaban un dramón, obra de dos autores indígenas, titulado *Glorias del Cantón y perfidias del Centralismo*. Camino del teatro, *La Brava*, cogiéndome del brazo y retrasándonos del grupo, me dijo con misterio: «Explicame ahora mismo qué quiere decir *en tesis general*, porque anoche Juanito Pacheco, el hijo del Marqués de Águilas, que es un chico que habla muy requintado y siempre con mala idea, me dijo que yo y otras como



yo éramos, *en tesis general*, lindas bestias sin alma. Lo de *tesis* me ha escocido, créelo. Díme si es alguna desvergüenza, porque yo no aguanto *ancas de nadie*.» Solté la risa y le contesté que no era fácil explicarle el significado de la palabra *tesis*, pues tendría yo que emplear en mi lección otros vocablos incomprensibles para ella; que no hiciera caso; que ya iría aprendiendo eso y mucho más en el trato con la gente de Madrid.

Persistiendo Leonarda en sus anhelos instructivos, me dijo: «También hablaron anoche de que á Pepito le da por *la ironía*. Para mí que *la ironía* es como quien dice *la viceversa de las cosas*.

—Así es—repliqué yo.—Veo que tú sola vas aprendiendo con tu propia inteligencia y criterio. ¡Adelante, mujer de los alegres destinos!»

En esto llegamos al teatro. *Leona* no quiso entrar. Su marido hacía el papel de traidor centralista, y por bien que ella se escondiese entre los espectadores no podría evitar que el indino saliera al público para darle la matraca y corromperle las oraciones. La *tesis general* de Cándido Palomo era emborracharse todas las noches... Retiróse mi amiga á su casa, muy satisfecha con la *quita* que le había sacado á Colau, y los demás entramos á ver la función. El frenesí patriótico que en su drama pusieron los inocentes autores, no atenuaba los disparates de fondo y forma. Sin pararnos en estos pelillos aplaudimos hasta desollarnos las manos.

En los siguientes días supimos que el Contralmirante Lobo dió cuenta de su retirada al Ministro de Marina, en términos que ha conservado la Historia para conocimiento de hombres y sucesos. Era Lobo un técnico excelente, autor de obras muy estimables; mas en el mando naval no pudo poner nunca su nombre á la altura de su suficiencia científica. He aquí lo que telegrafió al señor Oreiro: «Hoy 15 de Octubre han salido otra vez las fragatas insurrectas en orden de batalla. La *Numancia* iba un poco delante, pero sin romper la línea de los otros buques, y formando con ellos un muro de hierro. Todos maniobraban muy bien y parecían mandados por jefes expertos. En vista de lo cual, y teniendo que reparar algunas averías y proveer de carbón, he ordenado partir con rumbo á Gibraltar.»

Bañándose en agua de rosas quedaron los cantonales con la inexplicable inhibición, por no darle otro nombre, del Contralmirante Lobo, y era general creencia que ello se debió al respeto que le impuso el acertadísimo plan y perfecta organización táctica de las naves de Cartagena, obedientes á las órdenes del contrabandista. Los amigos y admiradores de éste le dimos desde aquel día título y diploma de marino de guerra, llamándole, entre veras y bromas, *el Comodoro Colau*. La mejor prueba de que Lobo no supo engallarse ante los barcos cantonales en su segunda salida fué que le censuró duramente el General Ceballos, sucesor de Martínez Cam-

pos en el mando de las tropas sitiadoras de Cartagena. El Gobierno Central destituyó á Lobo en el mando de la escuadra, nombrando para este puesto al Contralmirante Chicarro. Fueron asimismo reemplazados el comandante de la *Navas de Tolosa* y el segundo de la *Blanca*.

Fuera de la feliz aventura del *Despertador del Cantón* que apresó una goleta cargada de bacalao, lo que trajo gran alivio á la plaza mal surtida de víveres, no hay sucesos dignos de mención hasta la salida de la escuadra para Valencia con los mismos barcos y los propios jefes que en las anteriores correrías llevara. Para el mejor desempeño de mis deberes croniquiles embarquéme en el *Católico Despertador*, desoyendo las amonestaciones de David Montero y de *La Brava*, que al despedirme en el Arsenal me vaticinaron una jugarreta del Destino. *Leona* había echado las cartas, y David consultado el inmenso libro del firmamento. Ambos presagiaban que tendríamos unas miasmas de catástrofe. Pero yo, que nunca di crédito al lenguaje de las estrellas ni al de los naipes, me agregué á la expedición tranquilo y confiado. ¡Ay, ay; cuán equivocado estaba yo y cuán en lo cierto aquellos buenos amigos! Sabed, lectores compasivos, que cuando habíamos rebasado de Alicante, montado ya el cabo Huertas... Pero dejadme tomar aliento, pues se trata de uno de los más apretados lances de mi vida.

El *Despertador* iba de vanguardia, con mar

llana y tiempo cerrado de niebla. A la madrugada, cuando bajo cubierta dormían todos los tripulantes, menos una veintena que huyendo de la pesada atmósfera de cámaras y sollados subimos á pásar la noche con los que hacían servicio á proa y en el puente, fuimos sorprendidos y aterrorizados por la visión de un corpulento barco que se nos echaba encima. Era la *Numancia*. Nuestro timonel inició una virada rápida, mas con tan mala suerte que el formidable espolón de la fragata embistió el costado de estribor de nuestro barco, hizo añicos la rueda y abrió un inmenso boquete en el departamento de calderas y máquinas. Aunque en la *Numancia* dieron contravapor apenas divisaron al *Católico*, no se logró evitar el desastre.

No podréis imaginar la confusión, el espanto de los que estábamos sobre cubierta. El *Despertador* se hundía rápidamente como un cesto cargado de plomo. Empezó á salir gente por las escotillas. No hubo tiempo de arriar nuestros botes, y si no es por los de la *Numancia* que acudieron con presteza, todos habríamos perecido. Ya tenía el *Católico* la popa bajo el agua cuando yo salté, no sé cómo ni por dónde, á un chinchorro que estuvo á punto de zozobrar por los muchos hombres que en él se metieron. En tan horrible confusión caí al agua y fuí recogido por unos marineros que luego vi eran de la *Tetuán*, pues entre ellos estaba Alberto Colau. A éste debí mi salvación, que todavía creo milagrosa. Mi primer pensamiento fué para

recordar las fatídicas predicciones de *La Brava* y David Montero.

La escena era espantosa: vi á muchos infelices que nadaban desesperadamente, tratando de agarrarse á los pocos salvavidas que fueron arrojados desde el buque náufrago. Desgarradores gritos aumentaban el horror de la catástrofe. Yo también grité llamando á mi machacante... ¡Cándidoo!... ¡¡Palomo, Palomo!!... Ni éste me respondió ni le vi entre los que luchaban angustiosamente con las negras aguas... Cuando estábamos como á diez ó doce brazas del siniestro, noté que del *Católico* sólo se veían ya los palos, la chimenea y un poco del tambor de babor. Al reconocerme seguro en la cubierta de la *Tetuán*, tropecé con un contramaestre del *Despertador* y le pregunté por Palomo. «Dormido estaba como un leño—me dijo.—Quise despertarle; le tiré de una pata; no rechistó. Ajogado estará.»

El primer cuidado de los supervivientes fué calcular el número de víctimas. Unos decían que eran ciento y pico; otros que no pasaban de treinta. Luego quedó fluctuando la cifra entre sesenta y setenta... Consagrado por todos un pensamiento de fúnebre despedida á los que habían perecido y al pobre *Despertador*, la escuadra cantonal siguió su ruta. Llegamos al Grao de Valencia, donde estuvimos fondeados tres días y medio. No pudiendo obtener de la plaza lo que pedíamos, arramblamos con los barcos mercantes *Darro*, *Victoria*, *Bilbao* y *Extremadura*, car-



gados de víveres, tejidos y otros artículos de comercio. Nuestro arribo á Cartagena fué el 22 de Octubre si no me engaña mi flaco sentido en la cuestión de fechas. Salté en tierra con botas prestadas y una gorra de marinero, pues perdí las prendas mías equivalentes en las ansias del naufragio.

En la plaza de las Monjas encontré á *La Brava*, que ya tenía noticias del desastrado fin de su caro esposo. Inquieta y medrosica me preguntó por él, y yo le dije sin preparación ni melindres que ya podía tenerse por viuda. No se cuidó la buena moza de disimular su alegría, y me consultó si estaba en el caso de vestirse de luto por el bien parecer. Mi opinión fué que si tenía ropas negras debía ponérselas, siquiera unos cuantos días, á lo que me respondió que algunos trapitos conservaba del luto que llevó por su madre, añadiendo: «Con mi ropa negra y la cara un poco afligida representaré muy á gusto lo que llama Juanito Pacheco *la comedia social*. *En igualdad de circunstancias*, igualdad de sentimientos y luto al canto. Ahora lo llevaré como huérfana y como viuda, y tú podrás mirarme *bajo el prisma* que quieras.» Me acompañó hasta mi fonda en la calle del Cañón, y por el camino me habló de este modo: «A pesar de lo que me has dicho, no acabo de creer que ese posma de Cándido haya perecido. Tiene más picardías que un gato soltero, y puede que se haya hecho el náufrago para cuando una esté harta de llevar luto aparecerse en alguna isla desierta de las que lla-



man Columbretes, ó Filipinas de la mar Caribe.»

El 24 de Octubre apareció nuevamente en aguas de Cartagena la escuadra centralista, al mando del Contralmirante Chicarro, reforzada con la fragata *Zaragoza*, que había venido de Cuba. Los barcos de Chicarro cruzaban sin cesar frente á Escombreras; pero el bloqueo no era de gran eficacia porque de noche, sin luces, entraban embarcaciones menores que mantenían en regular abundancia el abasto de la ciudad.

En una de mis excursiones á Santa Lucía, visité al desdichado prócer maniático *don Florestán de Calabria*, á quien hallé muy abatido y macilento por efecto del frío que vino con las primeras lluvias de Noviembre. Envuelto en una manta vieja y rota continuaba arrimado á la mesa en la fementida estancia que era su mísero albergue. Cubría sus pies descalzos con una mugrienta toquilla de su casera, y no dejaba de la mano la tarea de contestar con tembloroso pulso la copiosa correspondencia de sus parientes de Madrid. Como en aquellos días de recogimiento había dejado de pintarse la perilla y los pómulos, tuviérasele por envejecido en dos ó tres lustros.

Lástima grande me inspiró el caballero sin ventura, y atento á remediarle volví aquel mismo día con la modesta ofrenda de unas babuchas de orillo, un gorro de pellejo y un chaquetón, deslucido pero en buen uso, que me compró para este fin Alonso Criado, el

camarero de la fonda. No necesito decir cuánto agradeció mi pobre amigo aquellas prendas, demostrando su necesidad con las prisas que puso en estrenarlas.

Al estrecharme las manos con honda emoción se le saltaron las lágrimas, y como advirtiese yo que al llanto siguieron desaforados bostezos, comprendí que su mal no era sólo de frío sino de hambre. Saqué del bolsillo algunas pesetas para ofrecérselas con efusión sincera; pero no quiso tomarlas. Se puso de mil colores, rechazando el socorro. Su delicadeza, su dignidad de hombre linajudo, le permitían quizás admitir un obsequio de la amistad, siempre que éste fuera en especie; dinero jamás admitiría. El oro y la plata ofrecidos á título de caridad causábanle un horror invencible. Luego añadió: «Mi patrona ó casera me dará de comer mientras el bloqueo de la plaza impida la llegada del correo que ha de traerme... fondos.»

Pasado un rato me dijo: «Siéntese á mi lado un momento y le pondré al tanto de las graves noticias que tengo de Madrid. Cierto es que Castelar ha restablecido la disciplina, aplicando severos castigos; cierto es también que ha reconstituído en su antiguo ser y estado el Cuerpo de Artillería. Pero con todo esto sepa usted que el *Cantón Mantuano* será un hecho muy pronto. Nos lo traerá el mismo Castelar. Aquí tengo textos fehacientes... las cartas de mi sobrino Policarpo que está muy bien enterado de todo y es el brazo derecho de don Emilio. ¿A que no adivina usted

quiénes ayudarán al Presidente á traernos el Cantón? Pues los generales de más nota, y entre éstos el más decidido es... ¿quién dirá usted?... el General Pavía... Don Manuel Pavía y Alburquerque... Eh, ¿qué tal?... Aquí, aquí están los textos. Véalos.»

## V

Las visitas que en los siguientes días hice á don Florestán de Calabria me proporcionaron agradables ratos de parloteo con *La Brava* en su propia habitación. Mostraba *Leona* bastante inquietud ante el cerco que á la ciudad ponían las tropas centralistas mandadas por Ceballos, activando cada día más los trabajos de fortificación y atrincheramiento. «A mi juicio—me dijo Leonarda torciendo la boquita como hacía siempre que pronunciaba palabras escogidas—pronto empezarán nuestros contrarios á zurrarnos *de lo lindo*, y tanto apretarán el *sedio* que no podrá entrar ni salir bicho viviente. Si tuviera yo mi *economía* en todo su *pogeo*, quiero decir si hubiera *ajuntado* dinero bastante, mañana mismo saldría de *naja* para Madrid.» Respondíle que tuviera sosiego porque el sitio no había de ser muy duro. ¿Por qué no aplazar el viaje hasta fin de año? En un momento de afectuosa intimidad me salió de la boca el chispazo de estas palabritas: «No juraré yo, pecador de mí, que no te acompañe para hacer tu presentación

en el gran mundo, que solemos llamar *demi-monde*.»

Movido de no sé qué atracción inexplicable visité también por aquellos días á David Montero. Este hombre me interesaba enormemente por su natural agudeza, por su vida laboriosa y trágica. Si eran dignos de estima los pensamientos que en el curso de la conversación mostraba, no lo eran menos los que á medias palabras y con velos de reserva dejaba traslucir. Cuando le conocí se me mostró como habilísimo mecánico de instrumentos menudos y sutiles. Después, en su casa, se me reveló como astrónomo con puntas de nigromante. Ultimamente advertí en su taller apuntes, papeles llenos de guarismos y trazos lineales que indicaban estudios de Aritmética y Geometría.

Una mañana, al traspasar los umbrales del hogar de Montero; situado como he dicho en los altos de la vieja Catedral, tropecé de manos á boca con una mujer que si no era la propia *Doña Aritmética* era el mismo demonio, transfigurado para volverme tarumba. Trémulo y confuso le pregunté: «¿Pero es usted *Doña Aritmética*?» Y ella me contestó entre asustada y burlona: «No señor; no me llamo Demetria, sino Angustias para servir á Dios y á usted.» Repuesto de mi sorpresa pude advertir que había semejanza de facciones entre la servidora de Floriana y la criada de David, sólo que ésta era mucho más madura y peor apañadita.

Poco después, cuando Montero me daba

cuenta de la parte no reservada de sus trabajos, entró á llevarle café otra anciana vestida de negro, en quien de pronto vi pintiparada la imagen de *Doña Geografía*. También entonces expresé mi curiosidad, y ella repuso: «No me llamo Sofía sino Consolación, y soy de Totana para lo que usted guste mandar.

—Pues mire, don Tito—dijo á la sazón David, riendo.—En broma llamo á esta buena mujer *Doña Geografía*, porque sabe de memoria los nombres de todos los pueblos del país murciano.»

No era la primera vez que sufría yo tales equivocaciones. Algunos días sentíame perseguido por fantasmas, reminiscencia de mi antigua navegación por el inmenso piélago suprasensible.

Sin saber cómo, nuestra conversación recayó en el asunto del cerco de la Plaza, mostrándose David algo pesimista sobre las consecuencias de esta función militar, y no mal informado de los planes del Ejército sitiador. Hizo breve semblanza del General Ceballos, del Brigadier Azcárraga y de los Comandantes Generales de Artillería é Ingenieros Brigadier don Joaquín Vivanco y Coronel don Juan Manuel Ibarreta, revelando conocimiento directo de sus respectivos caracteres. Luego enumeró las fuerzas Centralistas, según su parecer escasas pero bien disciplinadas. Marcó después el contingente de las diversas Armas, con tal precisión y seguridad en las cifras como si lo hubiera contado. Notando mi extrañeza por la posesión que tenía



de aquellos datos sin salir de la Plaza, me dijo:

«Algunas mañanas me voy al castillo de Moros. En lo más alto de sus muros he puesto un anteojo de mucho poder, con el cual veo los trabajos que hacen los sitiadores. Ya sabe usted que la primera batería la tienen emplazada en Las Guillerías. En ella hay cuatro piezas de á diez y seis. El talud interior del espaldón está revestido de cestones, y las cañoneras de sacos terreros. Han emplazado la segunda batería cerca de las casas de don José Solano, artillándola con cinco obuses de á veintiuno. El terraplén interior consta de tres planos diferentes.

»Más allá, junto á la ermita de San Ferreol, hay otra batería con seis cañones de á diez y seis. Los revestimientos están hechos con cestones y faginas. La batería de la Piqueta, que está al lado de la finca de este nombre, se halla provista de *cubre-cabezas*, y tiene un través en su centro que completa la protección del retorno de la derecha.

—Ya veo, amigo David—le dije sin ocultar mi asombro,—que es usted una enciclopedia. Yo le admiraba como mecánico y astrónomo, y ahora resulta que es usted maestro también en el Arte de la Castramentación.

—La tristeza y el aislamiento—replicó él—nos lleva, señor don Tito, á la variedad de los estudios. Hace unos días, hallándome hastiado de trabajar sin fruto, sentí vivas ganas de tomar el tiento á las cosas de Gue-



rra... Vea los libros que tengo aquí. Me los ha prestado el Brigadier Pozas, que, según entiendo, no los ha leído ni por el forro... Si sigo en esta inacción que me entumece el cerebro, el mejor día me encuentra usted entregado al Derecho canónico, ó al Ocultismo, que así llaman hoy á la Magia.»

Con la idea de obtener de aquel hombre extraño hilos ó hilachas para mi tejido histórico, seguí visitando á Montero. Algunas mañanas no le encontré en su casa. Esperábele, y al fin le veía llegar fatigado y cubierto de polvo. Venía sin duda del campo reseco que á Cartagena circunda. A las veces, no me hablaba de nada concerniente á las fuerzas sitiadoras, sino de chismes y enredijos del interior de la ciudad; por ejemplo: «Parece que hay sospechas de que Carreras, Pernas, Del Real y otros militares, hociquean secretamente con el General Ceballos. Dicen que corre el dinero... Yo no lo creo. Tal infamia no es posible.» Otros días se lanzaba desde luego, sin preámbulos, á departir sobre el Arte de la Fortificación.

«Para proteger las baterías que acaban de emplazar—me dijo una mañana,—y para oponerse á cualquier salida que intentemos los cantonales, están los sitiadores haciendo espaldones sistema Pidoll, modificado con pozos para los sirvientes de las piezas, que creo son de las de á diez. Uno de los espaldones lo construyen entre el ferrocarril y la finca de Bosch, otro en las inmediaciones de la casa de Calvet, y otro junto á Roche Bajo.

Parece ser que cuando terminen estas obras empezará el bombardeo, y allá veremos quién puede más.»

*Pepe el Empalmaa*, á quien yo utilizaba mediante cortas dádivas para recadillos y espionajes de diversa índole, aprovechó una tarde en que nos encontramos enteramente solos para decirme con ronco sigilo cavernoso: «Señor don Tito, ese David sale de madrugada, y escondiéndose de la gente va al campo de los judíos Centralistas. Allí se pasa las horas hablando con éste y con el otro, y mayormente con uno que llaman *el Azcárrago*. Esto se lo digo á usted solo. Chitón y armas al hombro.

—Me parece, Peporro—contesté yo, para estimularle á mayores confidencias,—me parece que no es David solo. También tú y otros como tú... metéis la cuchara en la olla del enemigo.

—¡Señor!—exclamó furioso José, golpeándose el pecho con rabia.—Llámemme lo que quiera menos traidor. Por la necesidad le presto á usted y á otras personas servicios de tercería. Pero vender á mi Cantón de mi alma... ¡eso no lo hago por todo el oro del *Potosí* sumarinol»

Buscando yo nutritivo condimento histórico, encontraba tan sólo aguanosas y desahridas salsas. Por las tardes, en la redacción de *El Cantón Murciano*, Fructuoso Manrique y Manuel Cárceles me referían los sucesos, abultándolos desaforadamente. Las cosas más vulgares, en boca de aquellos patriotas inge-

nuos, eran trágicas, épicas y de grandeza universal ó cósmica. Un día de Noviembre, no importa la fecha, leí en pruebas un artículo de Roque Barcia, que ofrezco á mis lectores como muestra de la literatura política sentimental que hizo estragos en aquellos tiempos. El insigne don Roque flaqueaba por la entonación lacrimosa de sus escritos, inspirados en los trenos de Isaías, ó en los cánticos de David bailando delante del Arca Santa.

Decía Barcia en su artículo que pronto partiría de Cartagena, por la necesidad de *inflamar en todas partes el fuego sagrado del Cantonalismo*. Al marchar á otras *Regiones, donde estaba á punto de sonar el grito*, rogaba á todos que se acordasen de él. Concluía así la salmodia: «Cuando los niños de hoy pregunten á sus madres ¿dónde está aquel hombre que nos dió tantos besos?, que les contesten: ¿vosotros no sabéis la historia de aquel hombre?... Pues era... hijo, era un pirata.»

El 26 de Noviembre (esta fecha es de las que no pueden escaparse de mi memoria), á las siete de la mañana, rompieron el fuego contra la Plaza las baterías Centralistas. Al bombardeo no precedió intimación ni aviso alguno. El primer momento fué de estupor medroso en Cartagena. Pero el vecindario y los defensores de la ciudad no tardaron en rehacerse: hombres, mujeres, niños y ancianos corrían al Parque en busca de proyectiles y sacos de pólvora, que llevaban á los baluartes de la muralla. Yo fuí también allá para enterarme de cuanto ocurría, y vi actos

hermosos que casi recordaban los de Zaragoza y Gerona.

Entre la muchedumbre encontré al veterano de Trafalgar, Juan Elcano, que ansiaba reverdecer sus marchitos laureles. Gesticulando con sus manos tembliconas me dijo que si le daban un puesto en la muralla cumpliría como quien era. La persona del heroico viejo trajo á mi mente la imagen de *Maricello*, con quien primera vez le vi comiendo *aladroke* en la puerta de un caserón de Santa Lucía. Al momento le pregunté por la divina Madre, y afligido me contestó: «Ya no está la Señora en Cartagena. Una noche, hallándonos todos sus amigos *acoderados* á ella, oyéndole contar cosas de los tiempos en que era moza (y para mí que su mocedad la pasó en el Paraíso Terrenal), se desapareció de nuestra vista y todos nos quedamos con la boca abierta, mirando al cielo, porque nos *ensemamos* que se había ido por los aires. Una vieja sabidora que andaba siempre con *Doña Mariana*, nos dijo: «Bobalicones; aunque la Señora gusta de platicar con los humildes, no creáis que es mujer: es Diosa.» Yo calculo, acá para entre mí, que *Doña Mariana* es el Verbo, ó por mejor hablar, la Verba divina.»

Al atardecer de aquel mismo día supe que el veterano de Trafalgar, consecuente con su destino heroico, había muerto en la muralla defendiendo la idea cantonalista, última cristalización de su patriotismo.

Continuó el bombardeo en lo restante de Noviembre, con mucha intensidad durante

el día, atenuándose algo por la noche. Los proyectiles de los sitiadores producían más estragos en los edificios de la población que en las fortalezas. La Junta Soberana recorría los castillos y baluartes dando ánimos á los defensores de la Plaza. Ocasiones tuve yo de ver y apreciar por mí mismo el tesón de los Cantonales ante los fuegos Centralistas. Esta virtud les hacía merecedores de la independencia que proclamaban. Había cesado el estruendo importuno de los vítores, arengas y aplausos, y llegado el momento, la función guerrera desarrollábase gravemente, con viril entereza que rayaba en heroísmo.

Accediendo á las súplicas de los Almirantes de las escuadras extranjeras, el General Ceballos concedió armisticios de cuatro y seis horas para que salieran de Cartagena los ancianos, niños y mujeres. Una de éstas, la impaciente *Leona*, se preparó para escabullirse aprovechando alguna de aquellas claras. Pero yo la disuadí con la promesa de acompañarla si hasta Navidad me esperaba.

A don Genaro de Bocángel le vi en el baluarte de la Puerta de San José, lacio, trémulo y despintado, no ciertamente con anhelos heroicos, sino con la modesta pretensión de transportar agua, proyectiles y cuanto los combatientes necesitasen. Llevaba las babuchas de orillo y el pardo chaquetón que yo le regalé. En el corto diálogo que sostuvimos me dijo que, según noticias transmitidas por la suegra de su sobrino, la proclamación del *Cantón Mantuano* dependía de que la indómi-



ta *Cartago* hiciese una defensa heroica, no dejando títere con cabeza en el Ejército de Ceballos.

El 29 de Noviembre marchó la escuadra Centralista á repostarse de carbón en Alicante. El 30 hicieron los Cantonales una salida desde el fuerte de San Julián, causando 25 bajas á los batallones de Figueras y Galicia, que mandó á su encuentro el General Ceballos. Como yo no cesaba en mis investigaciones, allegando datos para los anales de *Mariclió*, fuí á ver á David Montero, y éste me dijo que Ceballos, apretado por el Gobierno para rendir la Plaza en pocos días y no teniendo bajo su mando fuerzas suficientes para consumar empresa tan difícil, había presentado la dimisión. No di crédito á esta noticia. Algunos días después volví á visitar á Montero, encontrándole inquieto y caviloso. Díjome que en sustitución de Ceballos vendría López Domínguez, General joven, procedente del Cuerpo de Artillería, y sobriño de Serrano. No pude arrancarle más confidencias, ni me dió el menor indicio de la fuente de sus informes.

El 5 ó el 6 de Diciembre, no acierto á puntualizar la fecha, subí de nuevo á la guarida del mecánico, astrónomo y estratega. Al traspasar la puerta salíéronme al encuentro, desoladas, las dos viejas á quienes mi exaltada mente confundió con las vaporosas figuras de *Doña Aritmética* y *Doña Geografía*, las cuales me manifestaron que estaban solas pues don David, después de quemar todos



sus papeles, se había marchado una madrugada enviando luego el aviso verbal de que su ausencia duraría largo tiempo. Aquellas pobres mujeres no sabían qué hacer ni á qué santo encomendarse.

Del 12 al 13 llegó López Domínguez y tomó el mando de las fuerzas sitiadoras. Ceballos había marchado ya, dejando interinamente al frente del Ejército Centralista al General Pasarón. Con el nuevo caudillo vinieron los Brigadieres López Pintos y Carmona en sustitución de Azcárraga y Rodríguez de Rivera, que con Pasarón marcharon á Madrid. El primer cuidado de López Domínguez fué recorrer la extensa línea de sitio y revistar las tropas, á las que encontró animosas y disciplinadas. Luego dió una proclama. Siguió después el bombardeo, notándose que la Artillería Centralista hostigaba á la población sin hacer fuego contra los castillos, lo que puso en cuidado á los jefes Cantonales por ver en ello un indicio de secretas connivencias con las guarniciones de los fuertes. Desde que comenzó el bombardeo de Cartagena en 26 de Noviembre hasta que López Domínguez tomó el mando del Ejército Centralista, hizo éste 9.297 disparos de cañón, y la Plaza, sus fortalezas y fragatas 10.159. ¡Una friolera!

En el curso de Diciembre, pude apreciar por observación directa ciertos hechos que explican y corroboran la psicología de las guerras civiles en España. Leed, amigos y parroquianos, lo que á continuación os refie-

re un observador sincero de los hilos con que se atan y desatan las revoluciones en los tiempos ardorosos y pasionales de nuestra Historia. Cuando arreció el bombardeo pudo advertirse que los jefes de los batallones de Iberia y Mendigorria, que como se recordará se habían pronunciado en favor de los rebeldes de Cartagena, se mostraban inclinados á una pronta capitulación. *Tonete* Gálvez, que poseía tanta bravura como agudeza y era el hombre de mando en la República Cantonal, con dotes militares, con dotes de estadista y toda la malicia y sagacidad que siempre han sido complemento de aquellas cualidades, supo calar las intenciones de los individuos del Ejército que meses antes, en los torbellinos de Julio y Agosto, se habían pasado al Cantonalismo con armas y bagajes. Los vigilaba cauteloso y al fin descubrió el enredo.

Desempeñando el Coronel Carreras las funciones de Sargento Mayor de la Plaza, dispuso una noche, con el pretexto de defender á Santa Lucía, que salieran el batallón de Mendigorria y Movilizados. Gálvez, noticioso de que se dió á estas fuerzas el mismo santo y seña que tenían los sitiadores para entrar en Cartagena, ordenó al instante la suspensión de la salida, y puso presos al Sargento Mayor y á varios jefes y oficiales, asegurándolos en el castillo de Galeras. Al enterarse el General Contreras de lo que ocurría, subió presuroso al castillo para escuchar las declaraciones de los detenidos. Encerrado Carreras en

una estancia, alguien observó que rompía papeles apresuradamente.

En esta operación fué sorprendido, y sus guardianes recogieron los trozos de papel, entregándolos á Gálvez y Contreras, que tuvieron la paciencia de unirlos para obtener el texto completo. Entonces se comprobó que había sido vendida la Plaza: era aquel escrito una lista de comprometidos á entregar Cartagena á los sitiadores, y consignaba las recompensas de grados y el premio pecuniario que por su defección les concedería el Gobierno Central. Ordenóse en el acto la prisión de los que aquel documento denunciaba, y dieron con sus huesos en Galeras Pozas, Pernas, Perico del Real y otros muchos militares de diferente rango y categoría.

Pocos días después de este grave suceso, supo Gálvez por un soplo que á las doce de la noche tenían decidido embarcar y marcharse de Cartagena algunos individuos de la Junta Soberana. Eran las ocho cuando, reunida la Junta en el Ayuntamiento, se presentó *Tonete* en el salón de sesiones, sin más escolta que su hijo Enrique, su sobrino Paco y el Capitán de Voluntarios Tomás Valderrábano. Llevaba Gálvez las manos en los bolsillos del pantalón y en ellos dos pistolas amartilladas. Apenas traspuso la puerta dijo á los reunidos: «No se mueva nadie. Al que intente salir le levanto la tapa de los sesos, y si alguno se me escapa, en la calle será recibido á tiros.

—¿Puedo yo moverme?—preguntó el General Ferrer.

—Puede usted pasearse dentro de esta sala; pero nada más—contestó Gálvez con sequedad y entereza, añadiendo sin más preámbulos.—Han sido ustedes descubiertos, caballeros.»

Quedaron corridos como monas los señores de la Junta que estaban en el ajo. Estrechó *Tonete* la mano á los que consideraba leales al Cantón; á los demás dijo que quedaban en libertad, que podían ausentarse de Cartagena previo aviso, y que si alguno permanecía en la ciudad y hacía traición á la Causa sería fusilado en el acto sin compasión.

## VI

Ante sucesos de tal trascendencia no podía faltar la bíblica salmodia del bueno de don Roque. Resonó en un escrito jeremiaco recomendando que al imponer castigo á los desleales, se hiciera justicia magnánima, generosa, clemente... Decíase por aquellos días que López Domínguez había pedido cuatro mil hombres de refuerzo al Gobierno Central, y que á los apremios de éste para rendir la Plaza antes de 1.º de Enero, fecha de la reunión de las Cortes, contestó que á tanto no se podía comprometer. Con un mes largo por delante quizá podría rematar la empresa.

Castelar ofreció mandar los refuerzos y seguía pidiendo *rendición á todo trance*, ya por la fuerza, ya por el soborno, ó bien combi-

nando hábilmente ambos métodos de guerra... A mediados del mes, los sitiadores concentraron sus fuegos sobre los castillos de Atalaya, Moros y Despeñaperros, y las puertas de San José y Madrid. La Plaza contestó con brío, y los disparos de la escuadra Centralista contra San Julián resultaron cortos y por tanto ineficaces.

Reunió á la sazón López Domínguez Consejo de Generales para determinar el plan que habían de seguir, acordándose por el pronto la conveniencia de un ataque vigoroso á San Julián, y conviniéndose en la urgencia suma de reforzar la línea de bloqueo: ésta no era inferior á seis leguas, y si no se neutralizaba la extensión con la intensidad, imposible alcanzar el éxito con la rapidez que Castelar quería. Desplegaba López Domínguez enorme actividad, supliendo con su cuidado y esfuerzo la escasez de los medios de combate.

En Pormán celebró el General en Jefe una entrevista con el Contralmirante Chicarro, el cual le dijo que le era difícilísimo el bloqueo marítimo porque sus barcos andaban bastante menos que los barcos rebeldes. Con tal Marina y un Ejército animoso, pero de contado contingente, era obra de romanos rendir la más formidable plaza de guerra que sin duda existe en el Mediterráneo. Si los Cantonales hubieran tenido tanto seso como bravura en aquella última ocasión de su loca rebeldía, no queda un centralista para contarle.

Hasta el 28 de Diciembre transcurrieron



los días sin ningún suceso extraordinario. Continuaba incesante el fuego entre sitiadores y sitiados. Estos hicieron varias salidas y en una de ellas causaron diez y ocho bajas á sus enemigos. Hacia el 22 recibieron los centralistas los refuerzos que esperaban y con ellos veinticuatro piezas de Artillería de diez y seis centímetros. El 24, un proyectil Armstrong disparado por la fragata *Tetuán*, que seguía mandada por el intrépido contrabandista Colau, estalló en la batería número 3 del campo enemigo, haciendo reventar cuatro granadas que dieron muerte á un oficial, catorce artilleros é individuos de tropa, y tres paisanos. Y con esto, amados lectores, llegó al día 28, fecha culminante en mi memoria por ser la fiesta de los Santos Inocentes, y porque en aquella madrugada, á punto de salir el sol, nos escapamos de Cartagena *Leona la Brava* y yo, suceso á mi ver memorable que merece un rinconcito en estas verídicas crónicas.

Mi escapatoria no fué secreta, pero tampoco me convino hacerla pública. Sólo me despedí de Manolo Cárceles, á quien tantas atenciones debía. Al abrazarnos, me dió con sus cariñosos adioses algunos recados verbales para Estévanez, Castañé y Patricio Calleja. Prometile yo volver pronto, pues me interesaba mucho el Cantón y quería presenciar hasta el fin su arrogante defensa. En la respuesta de Cárceles creí advertir cierta disminución del optimismo que había mostrado desde el comienzo de la revolución cantonal:

«Si nos vencen—me dijo,—y ello habrá de ser más por la maña que por la fuerza, abandonaremos este volcán y nos iremos tranquilamente al Africa en busca de mejor suelo para poder vivir. Si vuelves, gran Tito, te vendrás con nosotros y nos haremos todos africanos.»

Hasta la línea de bloqueo nos acompañó, al marcharnos *La Brava* y yo, mi leal mandadero *Pepe el Empalmao*, á quien las fatigas del sitio convirtieron de rufián en héroe. Su inveterada indolencia trocóse en actividad febril, su astucia de zorro en fiera leonina. En los baluartes de las puertas de San José ó de Madrid afrontaba las balas enemigas, con un desprecio de la vida que ya lo querrían para sí más de cuatro figurones, de los que aspiran á merecer una línea en las altas inscripciones de la Historia. Y no lo hacía por ambición ni propósito de medro; no esperaba recompensa, ni galones, ni cintajos, ni cruces, ni siquiera el aumento de un real en su miserable soldada. Hacíalo, sin darse cuenta de ello, por la gloria, por un ideal que indeterminado y confuso hervía dentro de aquel cerebro, que para muchos no era más que una olla del más tosco barro. Como yo no quería partir sin saber algo del pobre *don Florestán de Calabria*, interrogué al *Empalmao*, que así me dijo:

«Ahora presta servicios de ranchero en las cocinas que ha mandado poner la Junta Soberana en el sótano de la muralla de los Mártires. Allí le tiene usted, con su mandil y su

cucharón, revolviendo los peroles en que nos hacen la bazofia con que matamos el gusanillo. Don Genaro, que no sirve para militar sino para chupatintas, ha pedido á Contreras que le nombre Memorialista Mayor de la República Cartagenera. Pero para mí que se queda meneando el cazo toda su vida»... Con esto nos despedimos afectuosamente, y Leonarda y yo cogimos el tren de Madrid en la estación de la Palma.

Ya estábamos instalados en un coche de segunda con la ilusión de ir solitos todo el camino, y ya el tren se ponía en marcha, cuando vimos que avanzaba presurosa y dando chillidos una pobre señora, cargada de envoltorios, que intentó subir á nuestro departamento. Gracias al auxilio que yo le presté pudo poner el pie en el estribo y posesionarse de un asiento. Era una vieja de buenas carnes, vestida de negro. Al fijarme en su rostro temblé de sorpresa y sobresalto: ó yo estaba loco ó tenía frente á mí á la propia *Doña Gramática*, si bien envejecida, un poquito cargada de espaldas y tan descompuesta de facciones como de vestimenta. Antes que yo pudiera decir palabra, soltó ella la suya dejándome más absorto y alelado que antes, pues en cuanto abrió el pico reconocí la tremebunda y retorcida sintaxis de la que en día no lejano fué mi mayor suplicio. Volví á creer que me perseguían fantasmas al escuchar de boca de la vetusta dama estas enfáticas razones:

«No agradeceré bastante al noble caballero

la merced con que me ha favorecido al prestarme ayuda para escalar, con la enfadosa carga de mis achaques y de estos paquetes, el endiablado vehículo. No están ya mis pobres huesos para tan vivos trotes... Ello ha sido que, faltando cortos minutos para la partida del tren, corrí á recoger estos livianos bultos, que olvidados dejó mi señora en la covacha del jefe de la estación, hombre descuidado al par que descortés, por quien á punto estuve de perniquebrarme ó de quedarme en tierra. Gracias á usted, repito, y á esta hermosa dama cuyas manos diligentes me ayudaron á subir, y Dios se lo pague, pude meterme en este coche zaguero, y salva estoy aquí, aunque todavía no reparada del grave susto ¡ay de mí! ni del sofoco de estos cansados pulmones. ¡Ay, ay!...»

Como he dicho, creí hallarme otra vez en pleno delirio y perseguido por las visiones de antaño. Apenas recobré la palabra, que el azoramiento y la confusión me habían quitado, dije á la para mí fantástica viajera: «Señora; perdóneme si la interrogo con cierta indiscreción. ¿Es usted *Doña Gramática*, ilustre dama versada cual ninguna en los giros de la sintaxis?

—No me llamo *Pragmática*—contestó ella con melindre—sino Práxedes. No soy dama ilustre, aunque no hay bastardía en mi linaje, y sólo acierta usted en que mi afición al estudio me ha enseñado á hablar con discreta corrección y propiedad.»

En tanto, *Leona* no quitaba los ojos del

rostro de la vieja, cuyo hablar finísimo y entonado le colmó de asombro y embeleso. En el mirar de mi amiga leía yo un afán ardiente de apropiarse los términos exquisitos y la nobleza gramatical de nuestra compañera de coche.

«Cualesquiera que sean su nombre, estirpe y condición, señora mía—dije yo á doña Práxedes,—nosotros estamos muy complacidos de haber trabado conocimiento con usted. Juntos haremos este molesto viaje; honrándonos mucho con su grata compañía

—¡Ay! eso no podrá ser—replicó la enlutada dueña, arqueando las cejas.—Y de veras lo siento, porque me hallo harto gustosa entre personas tan hidalgas. En la primera parada que no sea corta tengo que pasarme al coche donde va mi señora, la cual es de alcurnia tan alta que no hay en la grandeza española quien pueda igualarse á ella. Va en el departamento que lleva el rótulo *Reservado de Señoras*. A su servicio tiene damas y doncellas de singular hermosura.»

Lo dicho por la vieja me adentró más en los delirios paganos. Pensé que en el mismo tren iba *Mariclió*... quizás *Floriana*... ¡Dios mío, qué horrible trastorno, mezcla de alegría y espanto! Si yo me presentaba á la divina Madre y ésta me veía con *La Brava*, sin duda me reñiría duramente por mi liviandad... Advertí que doña Práxedes, risueña, no apartaba sus ojos inquisitivos del rostro de *Leona*. Sorprendida de su silencio pronunció estas palabras: «Y esta joven tan hermosa y apues-



ta ¿no dice nada?» Mi compañera balbució algunos monosílabos que no expresaron más que su timidez y el temor de soltar algún disparate chulesco ante una tan refinada maestra de la lengua castellana... Intenté pedir á doña Práxedes más claras referencias de aquella princesa de alto linaje que iba en el Reservado de Señoras, con acompañamiento de bellas damas y lindísimas doncellas; pero un escrúpulo invencible paralizó mi lengua; y seguí alelado y taciturno.

Al fin, hostigada por la vieja redicha, pudo *Leona* desatar el nudo de su timidez, y pronunció algunas frases rebuscadas para demostrar que no era muda. «Nosotros vamos á Madrid—dijo haciendo con sus rojos labios mohínes muy finísticos,—porque Cartagena es un infierno en *pequeña miniatura*. Allí la libertad es *un viceversa* del sosiego, ó como quien dice, *una ironía* que la tiene á una siempre sobresaltada. En Madrid viviremos tranquilos porque allí la libertad no hace daño á nadie. Además, como estamos bien relacionados en la Corte, lo pasaremos al pelo.

—Su esposo de usted tendrá, y esto lo colijo por su talante, porte y lenguaje distinguido—dijo la vieja, clavando en mí sus miradas como saetas,—tendrá de fijo, repito, una elevada posición.

—Regular—contestó *Leona*, mordiendo su abanico para contener la risa.—No diré que sea de las más ensalzadas, *ni verbigracia* cosa de poco más ó menos. *En el interín*, nos basta y nos sobra para todas *las circunstancias* de

nuestra vida, y como no tenemos sucesión, sucede que marchamos divinamente.»

Aunque me mortificaba que *Leona* me diputase por esposo permanente y legítimo, no me pareció bien desmentir á mi amiga, y permanecí callado largo rato, mientras ellas departían á su sabor. Leonarda, perdida completamente la cortedad, hablaba á doña Práxedes de lo divertido que era Madrid, donde había tanta aristocracia y tanta democracia. «Entre otros mil atractivos—dijo,—Madrid tiene toros los lunes y domingos, funciones en la mar de coliseos, misas de seis á doce en todas las iglesias, y á cada dos por tres jaleo de revolución en las calles.»

Hasta la estación de Murcia, donde el tren paraba quince minutos, no se atrevió doña Práxedes á bajar al andén para cambiar de coche. Despidióse de nosotros con frase coruscante y ensortijada, deseándonos un viaje dichoso y toda la ventura conyugal que por nuestra juventud y buenas partes merecíamos. *La Brava*, que en los últimos coloquios había hecho muy buenas migas con aquella gramatical cotorra, tuvo gusto en descender con ella y en llevarle *los livianos bultos*, según la clásica expresión de la matrona proveya. Era mi costilla *per accidens* vivaracha y curiosona, amiga de gulusmear y enterarse de todo. Acompañó á la vieja hasta el Reservado de Señoras y, al abrirse la portezuela para dar paso á doña Práxedes, exploró con rápida vista el interior del departamento en que viajaban las misteriosas damas.

Pronto volvió á mi lado, contándome de este modo lo que había visto: «Pues allí va una señorona con más años que Matusalén, alta y de buenas hechuras. Su cara es blanca, con perfil de estatua: parece mismamente de mármol. Viste de luto y tiene aire de reina que ha perdido el trono. En el fondo del coche hay otras mujeres, y entre ellas una *chavala* guapísima... como los propios ángeles. La *gachí* parece una diosa de las que he visto pintadas en un libro que tiene *don Florestán*... No pude fijarme más porque ellas me miraban como *choteándose* de mí. Me dió vergüenza y *me retiré en buen orden á mis posiciones*, como dice el ayudante de Contreras.»

Al partir el tren llenóse nuestro coche de viajeros de Murcia, que alborotaban hablando á gritos de las cosas del Cantón. Unos ponderaban á Gálvez con extremadas hipérboles, asegurando que si le dejaran sería pronto el dominador de toda España; otros, con desmayado pesimismo, sostenían que el Cantón estaba perdido y que López Dominguez daría buena cuenta de aquella gentecilla, entre Año Nuevo y Reyes. Yo me desentendí de esta conversación, y reclinado en un ángulo del coche, mi mano en la mano de Leonarda, permanecí largo rato soñoliento y meditando, pensando en lo que mi amiga me contara de las damas que ocupaban el Reservado de Señoras. ¿Iba *Mariclio* en aquel departamento? ¿Era Floriana la divina hermosura que *Leona* comparó con las diosas?

En estas ideas y en dudas tan crueles fluctuaba mi espíritu, que ya se asía fuertemente á la realidad rechazando toda relación con el mundo de las quimeras, ya se lanzaba disparado á embelesarse con las hermosas visiones Paganas y Mitológicas. Por momentos, el deseo y la curiosidad me aguijoneaban para correr hacia el coche donde iban las misteriosas viajeras; por momentos, el miedo á la desilusión y la idea de ser mal recibido me retenían, sujetándome á la única diosa de que yo podía disponer, *Leona la Brava*, divinidad terrestre, pedestre y de vuelo harto rastrero y prosaico.

En la estación de Hellín saqué un momento la cabeza por la ventanilla, y vi pasar á un hombre de soberbia talla y formas escultóricas. ¿Era el arrogante forjador de voluntades, padre presunto de las mil hijas de Floriana que, después de echar toda el agua fría del mundo sobre mi pasión por la Maestra educadora de pueblos, me arrojó desde lo alto de un talud, cual si yo fuera un muñeco inservible ó un despreciable animalito? Cuando advertí que el divino Titán, vestido con azul ropa de maquinista, se acercaba al Reservado de Señoras y subiendo al estribo departía con las incógnitas viajeras, llegué al colmo del espanto. Tembloroso me arrebuqué en la manta y cerré los ojos para reconcentrarme de nuevo en mí mismo. «¿Qué te pasa?—me preguntó *Leona*. Y yo respondí: «Me pasa... me pasa que he visto cómo resucita el Paganismo que creíamos

muerto para siempre. Me pasa que he visto una figura...

—¿Pero á quién, á quién has visto? ¿Quién ha resucitado?—exclamó Leonarda con súbito terror, palideciendo.—¿Es mi marido que ha vuelto ya de la isla desierta?

—No, hija, no. Tu marido... se lo comieron los peces y lo han digerido ya. La figura que he visto no es la de Cándido Palomo. Es la del forjador atlético hijo de los Dioses, padre de las mil maestras... renovador del Paganismo...

—¡Bah, bah!; esaś son coplas. ¿Ya estás otra vez con la tecla de los *paganistas*? Pues ya sabes que el mejor *paganismo* es no pagar á nadie y cobrar todo lo que se pueda.

## VII

En Chinchilla, donde bajamos á confortar nuestros estómagos con el agua de castañas almidonada que llaman café con leche los fondistas de las estaciones, me puso la mano en el hombro un señor á quien al pronto no conocí.

Era David Montero, totalmente transfigurado de ropa y rostro. Tenía la facha de un clérigo vestido de seglar. Se había quitado barba y bigote, y disimulaba con ligero tinte las canas de las sienes y de la nuca, bajo un gorro de terciopelo negro como el que usan los párrocos de aldea. «Hablemos quedito



—me dijo sentándose junto á mí,—y no pronuncie usted mi nombre. Ya ve que voy disfrazado. Me escapé hace días, y en casa de un amigo de Balsicas me vestí de máscara para marcharme á Madrid... *Leona* me mira sonriendo. Sin duda me ha conocido. Adviértale que no venga ahora con aspavientos y que no me llame por mi nombre... Ya hablaremos, ya hablaremos. Dígame en qué departamento van, y si es de segunda como el mío pasaré un rato con ustedes.»

Alegrándome mucho de ver á David, le indiqué que íbamos en el último coche. Antes de partir el tren ya estábamos reunidos los tres y entablábamos una grata conversación sin recelo de ser oídos, pues al pasar de Chinchilla sólo quedaron en nuestro departamento dos viajeros, que arrebujaados en sus mantas dormían como lirones. «El Cantón está perdido, señor don Tito—me dijo Montero con voz apagada.—Lo estuvo desde 1.º de Diciembre. Ya sabrá usted la prisión de Carerras, Pozas y demás individuos del Ejército.

—Lo sé, lo sé—respondí.—Estoy bien enterado de todo. Desde que López Domínguez tomó el mando de las fuerzas Centralistas, los militares de la plaza se hacen cucamonas con los de fuera.

—¡A quién se lo cuenta usted!—repuso David.—Yo he tenido algún trato con los Centralistas. Ello fué porque un primo mío, Carlos Montero, está de mecánico en el Cuartel General, donde le estiman mucho por los servicios que presta. He hablado con el Coro-

nel Sánchez Molero, que ayer me dijo: «La fiesta de Reyes la celebraremos dentro de la Plaza.» He hablado también con López Domínguez, quien, generoso, y muy satisfecho con las referencias que le dieron de mí, me aseguró que pedirá mi indulto. Pero mientras esa gracia viene yo me pongo en salvo, amigo mío, que si se rinde Cartagena, lo primero que harán los vencedores será meter en *chirona* á toda la población penal. Y lo que es á mí no me pescan.

—Muy bien, David—dije yo,—ha hecho usted muy bien: libertad y vida nueva.

—Eso, eso—saltó *La Brava* juguetona y alegre.—La idea de pasar de un mundo á otro la tuvo antes que usted, amigo Montero, una servidora. No más presidio: el mío era la pobreza, la vergüenza, el andar siempre entre gente groserota y vil ó entre señoritos habosos y cargantes que todo lo ven *bajo el prisma de la corcupicencia*.»

No pudimos prolongar nuestro coloquio porque Montero se quedó en Albacete, donde tenía un hermano. Allí descansaría breve tiempo, trasladándose luego á Madrid sin abandonar las precauciones que garantizaban su libertad. Díjome su nombre postizo, que era *Simón de la Roda*, añadiendo que se holgaría mucho de que nos viéramos en la Villa y Corte. De su paradero darían razón en el taller de Calixto Peñuela, un su amigo, famoso armero establecido en la calle de los Reyes, número 15... En Alcázar de San Juan, donde la parada fué muy larga, no me fué po-

sible reprimir mi curiosidad, y me lancé á una indiscreta exploración del Reservado de Señoras, cuya portezuela estaba abierta.

Con gran asombro vi que el coche se hallaba vacío. ¿Qué se hizo de las misteriosas viajeras? ¿Se desvanecieron en los aires cual figuras que tenían su domicilio en los espacios imaginarios, ó eran seres de carne y hueso que habían terminado su viaje? Busqué á las fantásticas damas á lo largo del andén; luego en la Fonda, y no hallé rastro de las princesas ó señoronas *paganistas*, como decía *La Brava*. Esta, que era un águila para las averiguaciones por su metimiento y natural comunicativo, preguntó á un empleado del tren, el cual nos dijo secamente que el Reservado de Señoras había venido vacío desde Cartagena. La mentira y la verdad, enzarzadas y juguetonas, continuaban atormentando mi espíritu.

Nos hallábamos mi *costilla falsa* y yo consumiendo sendos chocolates con tortas de Alcázar, cuando se nos acercó un señor de más que mediana edad, alto y de buen porte, suelto de ademanes y de lengua, que saludó á *Leona* con despejo y gracia, felicitándola por verla camino de Madrid. Fué después al mostrador para pagar su gasto y el nuestro, y yo pregunté á *La Brava*: «¿Este caballero es Prefumo ó uno de los Paganes de Murcia?

—*Pagano* es y de los buenos—me contestó mi amiga gozosa.—Pero no se llama Pagán.» Y cuando el caballero volvía del mostrador

salió ella á su encuentro y hablaron un mediano rato lejos de mí. Al meternos en nuestro coche para continuar el viaje, mi esposa fortuita ó accidental me dijo, con frase que por su extremada sinceridad parecía candorosa, que el *pagano* le había propuesto pasarse á su departamento de primera y que él abonaría la diferencia del billete.

«¿Qué te parece, Tito?—agregó la moza con zalamería.—Si tú lo consientes, voy; si no, no. Te digo esto, Titín, porque el ir con ese amigo me servirá para la introducción.

—¿Qué quieres decir?

—Que para introducirme ó como aquel que dice presentarme en la vida de Madrid, ese caballero poderoso me hará un buen avío. Aconséjame si debo ir ó no. Aconséjame, hombre.»

Con toda honradez y franqueza le contesté que siendo ella mujer libre y árbitra de su destino, podía tomar la senda que más le conviniese para el buen principio y orientación en la carrera que había emprendido. Mi fácil consentimiento produjo en ella un ligero chispazo del amor propio y fugaces monerías de coquetismo. Pero al fin quedó convencida, gracias á la perfecta lucidez con que yo expresé la rectitud de mis intenciones. Díjole que si en Madrid necesitaba de mí me encontraría en mi vivienda, calle del Amor de Dios. Como *La Brava* no dominaba el conocimiento de los números, señalé la casa con la infalible indicación de que junto á la puerta había una cacharrería y en ésta una tabli-

lla anunciadora de *burras de leche*... En Aranjuez se consumó nuestro divorcio. No debo ocultar que si ella se fué un tanto pesarosa yo quedé medianamente triste.

Llegué á Madrid solito y tan campante. Al tomar un coche de punto vi de lejos á *Leona la Brava* con el caballero *pagano*, precedidos de un mozo cargado de bultos, y disponiéndose á entrar en el ómnibus de la Fonda Peninsular. En mi casa fuí recibido con explosión de júbilo. A Rosita encontré más espi-gada, á Nicanora más barriguda, y á Ido transparente ya de puro espiritado. Una novedad de la vida hospederil me contrarió mucho: la que yo llamaba mi habitación estaba ocupada por una señora, á quien mis buenos patrones no podían echar para restituirme en el usufructo de aquel cuarto. Era una dama recomendada por Delfina Gil, la dulce beata traficante en ataúdes. ¿Era guapa aquella señora? Sí. ¿Joven? Regular, tal, cual... En fin; ya la veríamos.

Ayudándome á quitarme la ropa de viaje, el scráfico Ido me dijo: «Ya sabemos, señor don Tito, que los cabecillas Cantonales le nombraron á usted Embajador en Constantinopla, y que usted propuso al Gran Turco pactar un *Tratado de Alianza* con la República Cartagenera... No se ría, no venga negándolo; aquí todo se sabe... Nos dijeron también que estuvo usted en Roma tratando de conseguir del Papado que se entendiera con Roque Barcia para establecer en Cartagena un catolicismo suave y democrático. Ahora...



usted lo negará, porque diplomacia y reserva son una misma cosa... ahora, digo, viene usted á Madrid á negociar con el Gobierno las paces con el Cantón en condiciones honrosas para ambas partes... No se haga de nuevas... ¡Si aquí le están esperando!... Hace días estuvo en casa don Nicolás Estévez á preguntar cuándo volvía usted. Luego vino con la misma cantinela un caballero que á mi parecer es el secretario del señor Maisonave, Ministro de la Gobernación.

—También vino—dijo Nicanora, que entraba con ropa limpia para hacerme la cama—uno que debía de ser el propio Castelar...

—Era él, era él—afirmó Ido dándose una palmada en la frente.—Era don Emilio con barba postiza.

—No, José, no; estás trascordado—repuso Nicanora.—Aquel caballero no traía barba... Pero si no era don Emilio era Carvajal afeitadito... También estuvieron aquí don Luis Blanc, don Serafín de San José y *un porción* de santones, es á saber: el General Velarde, Solís, Moreno Rodríguez, doña Candelarita la escritora, y un tal Robledo Romero que me parece que es borbónico.»

El mismo día de mi regreso al hogar patrimonil, hice conocimiento con la señora que ocupaba mi habitación. Era una dama de agraciado rostro, de estatura menos que mediana, edad incierta entre los treinta ó treinta y cinco, tipo de lugareña fina, modosa y bien criada, el habla dulce aunque no exenta de viciosas concordancias, vestida con el hábito

de los Dolores, limpia, peinada con esmero y un poquito perfumada.

«No es la primera vez que veo á usted, señor Liviano — me dijo, haciéndome sentar junto á ella en el sofá de los duros y punzantes muelles.—Yo soy vizcaína, de un pueblo que llaman Elanchove, y en Durango tuve el gusto de oír el discurso que usted nos echó sobre la *República Pontificia*, sermón bonita que si al pronto nos entusiasmó, luego vimos que irreverente burla era... Conozco á su padre de usted que fuertecito todavía está, aunque resentido de sus achaques. Trato mucho á su hermana Trigidia y á Ignacio Zubiri. Soy amiga de Pepita Izco, y algo parienta del cura Choribiqueta. Me llamo Silvestra Iriгойen, pero allá todos me conocen con el nombre familiar de *Chilivistra*... Conque ya ve que nos conocemos... Y ahora sólo me falta decirle que esperaba su vuelta como agua de Mayo para que me dé su auxilio *poderosa* en la pretensión que traigo á Madrid.»

Atento á la buena señora, y sintiéndome ya ¿por qué no decirlo? prendado de su modestia y dulzura melancólica, le dije que dispusiera de mí á todo su talante y voluntad.

«Tanto Delfina como este señor Sagrario y doña Nicanora—prosiguió *Chilivistra*—me han dicho que á usted no le niega nada el Gobierno. Cosa que pida es cosa lograda. Todos me aseguran que va usted para Ministro, y que ha venido al arreglo de paces con el *Cantona*.»

Protestando con modestia de aquella su-

puesta privanza mía, le rogué que me diera razón de su cuita ó desventura, y ved aquí lo que me contestó, echando por delante un gran suspiro: «Yo soy casada... No podré decir á usted si el casarme fué para mi felicidad ó desdicha, pues de todo hay. Mi marido es... corazón de ángel y genio de todos los demonios. Pruebas mil tengo de su cariño, y en mi cuerpo no faltan señales de sus malos tratos. Se llama Gabino Zuricalday. En su familia todos son carlistas netos... Desde Febrero del año pasado mandaba el 5.º Navarro. Cuentan que era una fiera en los combates... Por dejarse llevar de su arrojo le coparon con otros en un encuentro que tuvieron con las avanzadas de Moriones cerca de Bacaicoa. Cuando le llevaban preso á Pamplona quiso escaparse y... ¡pim! ¡pum!... sin lograr su objeto, Gabino mató á un guardia civil... Milagro fué que no le fusilaran. Hoy le tiene usted en la prisión militar de Logroño esperando sentencia de un consejo de guerra... Más de un mes lleva en este suplicio; pero ello va despacio. Militares hay del Ejército *liberal* que se interesan por él; mas no faltan otros que no pararán hasta la vida quitarle... Oído el parecer de mi familia, y el consejo de mi confesor, vine á Madrid para poner cuanto esté de mi parte en la santa obra de salvar á ese desgraciado.

—Procede usted—le dije yo efusivamente apretándole las manos—como esposa cristiana que olvida las ofensas y obra conforme á la divina ley de amor. Porque si es verdad

que su bello cuerpo conserva señales de malos tratos...»

*Chilivistra* me interrumpió diciendo con presteza: «Cardenales fueron y *tantas* que llevaba yo sobre mí todo el Sacro Colegio. Mas tiempo ha que no dolerme. Mi confesor, santo siervo de Dios y de don Carlos, me ha dicho que perdone al marido *mala* que me ofendía... y ello no era más que cuando se arrebatava por la bebida ó se encalabrinaba porque le había soplado mal el naípe... El Altísimo y mi conciencia me gritan que emprenda la campaña de redención. Lo hago no sólo por mí sino por el mi hijo... Se me olvidó decirle que tenemos un niño de siete años al cual he dejado en casa de los mis padres... ¡Ayúdeme usted, don Tito, en esta empresa cristiana, y si en ella salimos *triumfos* ganaremos el cielo.»

Lo que yo mayormente quería ganar era la ternura indecisa de sus ojos, tras de los cuales entreveía los cielos infinitos del amor. «Señora cristiana y dolorida—exclamé con arranque,—yo, como buen caballero, me pongo al servicio de usted, y no tendré paz ni sosiego hasta que rematemos el alto empeño de rescatar la vida de su esposo. Hoy mismo veré á Sánchez Bregua, á Castelar. Mi grande amigo Emilio no me dará una negativa...»

*Chilivistra* quedó muy complacida, y yo salí de su presencia revolviendo en mi mente un plan de campaña que me pareció inspirado en la lógica más pura. Con el súbito

recuerdo de mis admirables éxitos, en la primera mitad del año que expiraba, se renovó en mí la firme convicción de que cuantas peticiones hiciese á los Ministros serían inmediata y satisfactoriamente resueltas, por obra y gracia de mis invisibles espíritus familiares. En aquel poder hermético confiaba yo para conseguir la libertad del prisionero y hacerme dueño de su interesante y acardealada esposa.

Imaginando que me bastaría poner una expresiva carta á mi amigo Eleuterio Maiso-nave para que el prodigio se realizase con la presteza sobrenatural de marras, puse en ejecución mi pensamiento, y allá fué la epístola que á mis queridos espíritus daba tarea en qué pasar el rato... Refrescado y vestido de limpio me eché á la calle en busca de mis camaradas, y tuve la desgracia de no encontrar á ninguno.

Silvestra, sola ó con Delfina, iba diariamente á misa, y las más de las noches á los oficios que se celebraban en las iglesias próximas. Pero no creáis, lectores píos, que era una de esas beatas apestosas y cargantes que son verdadero antídoto contra el pecado. Largo espacio de la mañana empleábalo en la limpieza y arreglo de su bella persona, y cuando salía tan bien apañada y elegantita, daban ganas de ir en su seguimiento y arro-dillarse con ella ante los altares. El 1.º de Enero de 1874, se me ocurrió salir en su acecho y la sorprendí hociqueando en la rejilla de un confesonario. Mas no por esto se



amenguaban su gracia y atractivos. Algunas veces, después de dar un paseito por el barrio, volvía trayendo en su pañuelo naranjas ó peladillas compradas en los puestos de Antón Martín. Jamás conocí santurrona tan sugestiva y simpática.

Fiado en la intervención de mis amigos del otro mundo, daba yo á *Chilivistra* seguridades de un éxito feliz en nuestra empresa de salvamento, y una tarde, acompañándola con su permiso á la iglesia de Montserrat, donde había sermón y Manifiesto, pude advertir que cuando yo le hablaba de la libertad de su marido no parecía tan contenta como era de suponer. Llegué á formar la opinión de que los anhelos de la dama dolorida y coquetona se satisfarían con obtener la vida de Zuricalday, y conseguido esto... que le mandaran lejos, lejos, á Filipinas por ejemplo, poniendo así la mayor distancia posible entre el adorable cuerpo de la señora y la mano impía del esposo.

No se me olvida la fecha de estas insignificantes ocurrencias y vanos coloquios. Era el 2 de Enero. Deseoso de ponerme en contacto con mis amigos me fuí al Congreso, donde el invisible poder de *Maricello* me llevó á presenciar los memorables acontecimientos de la noche del 2 y madrugada del 3 de Enero de 1874... ¡Dame tu aliento, sostén en mí la acendrada devoción de la verdad, divina Madre y Maestra!

## VIII

El primer amigo con quien tropecé en los pasillos fué Moreno Rodríguez, á quien debí las referencias que me dieron un rumbo fijo en la corriente histórica. Díjome que las mayores dificultades acumuladas sobre el Gobierno Castelar provenían de la inquietud de los Intransigentes y de la cuestión de los obispos. «Ya sabes—añadió—que sin aquiescencia de Roma nombraron Arzobispo de Cuba al padre Llorente, íntimo de Martos, y Obispo de Cebú al amigo Alcalá Zamora, demócrata de buena cepa, que siendo diputado en las Constituyentes del 69 votó la Libertad de Cultos vestido de clérigo. Sabes también que el Papa se negó á preconizar á estos prelados, y que han pasado largos meses sin que el Gobierno español y el Vaticano se entiendan.

—Ya, ya lo sé—contesté yo.—Dicen que Pío IX está afligidísimo.

—Naturalmente—repuso mi amigo;—lo está siempre que no puede tener á los países católicos bajo su sandalia. El nuestro se las mantiene tiesas con Roma desde el 68, y por eso el Pontificado ha tenido que cantar la palinodia, conviniendo un *modus vivendi* con el Gobierno Castelar para la provisión de las mitras vacantes, que son muchas. Los jesuít-

tas querían que el Papa nombrase los nuevos obispos arrebatando al Gobierno el derecho de presentación, y hasta tenían preparada una hornada de clérigos carcundas para encasquetarles la mitra. Pero Masttai Ferretti vió que mermaban los chorros del dinero de San Pedro, y acabó por entenderse bonitamente con la República española. Esto es un éxito indudable del Gabinete Castelarino, ¿no te parece, querido Tito? Pues verás qué amarguras y contratiempos le aguardan al bueno de don Emilio. Salmerón está que echa bombas, y me parece que oigo ya los ruidos lejanos de la tempestad que se acerca.»

Poco después di de manos á boca con Pablito Nougues, que compartía con Eugenio García Ruiz el fervor unitario. De lo que me contó el inteligente y simpático periodista, redactor-jefe de *El Pueblo*, deduje que la eterna discordia entre unitarios y federales era por aquellos días violentísima. La más clara expresión del odio que unos á otros se tenían es la frase pronunciada por un rabioso Intransigente: «Entre una República que no sea Federal y la Monarquía, preferimos la Monarquía.» Este relámpago no fué el último que me deslumbró aquella tarde en la cálida atmósfera del Congreso.

En diferentes grupos, donde encontré amigos muy queridos, pude oír el retumbar horrísono de la tempestad que se aproximaba. Salmerón, ya muy esquinado con el Gobierno, estimando el *Modus Vivendi* episcopal supremo error y violación del credo republi-

cano, escogió este tema para cantarle á Castelar el *De profundis* y dar con él en tierra.

Una Comisión de diputados se acercó á don Nicolás, rogándole que depusiera su actitud contra el Gobierno. Mas no lograron rendir la tenacidad del filósofo, que condenó su negativa en esta implacable sentencia: *Sálvense los principios y perezca la República*. Tal fué el segundo relámpago deslumbrador que me anunciaba el rápido avance de la tormenta. El espantable fallo del Presidente de las Cortes arrancó lágrimas á los leales republicanos que más de una vez jugaron su vida en las conspiraciones y en las barricadas.

No queriendo abandonar el Congreso entre la sesión de la tarde y la de la noche tomé un piscolabis en la Cantina con Martínez Pacheco, Castañeda, Olías, Morayta. Este nos dijo que el voto de gracias al Gobierno, que presentaron á primera hora de la tarde, se discutía calurosamente. Castañeda renrió que estando aquella mañana en la casa de Castelar, calle de Serrano, don Fernando Alvarez, pariente del gran tribuno, y otros amigos allí presentes, aconsejaron al Presidente del Poder Ejecutivo que se resolviera á dar el golpe de Estado. Don Emilio contestó que su honor rechazaba no sólo la idea sino hasta la frase *golpe de Estado*, y que á las Cortes iría sin vacilar, afrontando todo lo que pudiera ocurrir.

Martínez Pacheco, uno de los políticos más ligados al jefe de la Situación, nos contó sigilosamente que Castelar había conferenciado con Pavía en el despacho de la Presiden-

cia para informarle de los rumores por todos oídos de que intentaba sublevarse contra las Cortes Soberanas. El General lo negó en redondo. Don Emilio entonces le exigió palabra de honor de que decía verdad. Pavía, dando su palabra, dijo textualmente: «Jamás, jamás me sublevaré yo ejerciendo mando.» Oído esto convinimos todos en que no había peligro por aquel lado. Don Manuel Pavía y Alburquerque, ayudante de Prim, tuvo siempre estrechas relaciones con los republicanos y era el General que más confianza podía inspirar á todos.

En la sesión nocturna se fué avivando el debate, no sé si sobre la proposición de Morayta y Olías ó la indispensable de *No ha lugar á deliberar*. Subí á la tribuna de la Prensa y oí discursos de los conservadores favorables al Gobierno. Romero Robledo dijo que habiendo apoyado á Pí y Margall y á Salmerón cuando eran Poder, no podía negar su voto al Gabinete Castelar. En el propio sentido habló don Agustín Esteban Collantes, que sintetizó su pensamiento en esta frase feliz: «Si un regimiento de Granaderos entrase por esas puertas y se hiciese dueño del Poder, yo sería de los vencidos, ya triunfasen las turbas, ya los Granaderos»... Relámpago intenso que me hizo cerrar los ojos.

Defendió al Gobierno, entre otros, el eximio catedrático don Francisco de Paula Canalejas, que fijó la cuestión política en estos precisos términos: «Si el Ministerio debe caer, es preciso sepamos cuál es la solución que ha



de sustituirle.» Atacaron, sin acritud Benítez de Lugo, y con sin igual dureza Corchado y Labra, quienes intentaron presentar á Castejar como sospechoso á los republicanos. No pudiendo formar Gobierno ningún hatu suelto del rebaño parlamentario, se imponía un Gabinete sintético ó de conciliación; pero como era imposible armonizar la Izquierda con el Centro, y la Derecha con los Intransigentes, resultaba un embrollo de todos los diablos ó un nudo que los dedos más hábiles no podrían deshacer.

En esto sonó el primer trueno de la ya inminente tempestad. Salmerón, que había dejado la silla presidencial, soltó en un escaño próximo al reloj el raudal de su elocuencia altisona y majestuosa. Sus negros ojos fulgurantes, su lucida estatura y la solemnidad de sus ademanes, completaban el mágico efecto del orador sobre sus embelesados oyentes. Mostróse ufano de haber contribuido á formar la Derecha, que definió de este modo: «Partido eminentemente republicano, esencialmente democrático en los principios, radical en las reformas, pero conservador en los procedimientos; partido de paz, de orden, de imperio, de ley, de autoridad.» A mi lado, los periodistas, comentando estas palabras, dijeron que la Derecha no la había formado Salmerón con sus vacilaciones, sino Castejar con su continua propaganda. Don Emilio era el representante legítimo y autorizado de la Derecha.

Prosiguió el filósofo sosteniendo que Caste-

lar había roto la órbita de la política conservadora, y trató de probarlo exponiendo vagas generalidades acerca del Ejército, del partido conservador monárquico, de reformas administrativas y de economía de los gastos públicos, sin aludir ni por asomo á la cuestión de los obispos, móvil, según creíamos, de aquella gran borrasca. Se guardó muy bien de indicar cuáles eran las economías y reformas administrativas que, según él, debió Castelar implantar y no lo hizo. Tampoco dijo nada que permitiese apreciar la diferencia entre las disposiciones referentes al Ejército dictadas por don Emilio y las que él adoptó en el período de su mando.

Las únicas afirmaciones, por cierto nada tranquilizadoras, del orador fueron éstas: «Soy inhábil, soy incapaz para el Gobierno mientras las actuales condiciones no cambien: ni pretendo, ni demando, ni acepto el Poder. Si no es posible salvar la situación presente dentro de la órbita del Partido Republicano, antes que romperla nosotros con mano sacrílega, digámoslo á la faz del país; declaremos que no es posible gobernar con nuestros principios, con nuestros procedimientos: así quedará nuestra conciencia tranquila de no haber profanado el Poder, de no haber hollado nuestras sagradas convicciones.»

Aunque no sonaron fuertes aplausos, las señales de asentimiento que advertimos en toda la Cámara, nos demostraron que había herido gravemente al Gobierno el discurso del

*filósofo sin realidad*, según la sabida frase castelarina. Había llegado el momento supremo. El Presidente del Poder Ejecutivo se levantó arrogante, ansioso de mostrar en aquel torneo la pujanza de su nombre, de su elocuencia y de su honor, como jefe de la democracia gubernamental.

Empezó su discurso el inmenso tribuno con estos ardientes apóstrofes: «Soy sospechoso al Partido Republicano porque le digo que él solo no puede salvar la República; porque le digo que está hondamente dividido y perturbado; porque le digo la verdad, como se la dije á los Reyes, y añadido que no gobernará como no condene enérgicamente y para siempre á esa demagogia. (*Señalando á la extrema Izquierda.*)

Fijó luego su significación gubernamental, constante en su vida pública. Sostuvo que nada hizo en el Gobierno que no hubiera defendido en la oposición y expuesto en su programa al ser elevado al Poder. Notó los servicios prestados por él á todos los Gobiernos de la República, de quienes fué ministerial ardiente aun sin compartir sus opiniones, por no mermarles autoridad. Luego prosiguió así: «Tenemos todo lo que hemos predicado. Tenemos la Democracia, tenemos la Libertad, tenemos los Derechos Individuales, tenemos la República. Dos reformas no más necesitamos: la primera es la separación de la Iglesia del Estado; la segunda es la abolición de la esclavitud en Cuba.»

El relampagueo y tronicio continuaban,

con fulgores y sonidos más próximos. Un diputado interrumpió: «¿Y la Federal?» Don Emilio repuso con acento iracundo: «Eso... eso es organización municipal y provincial. Ya hablaremos más tarde; no merece la pena. ¡El más federal tiene que aplazarla por diez años!» En los bancos de la Intransigencia produjeron enorme tumulto las frases del tribuno. Una voz dijo: «¿Y el proyecto de Constitución?» Castelar lanzó esta respuesta fulminante: «Le enterrasteis en Cartagena.» (*Sensación profunda en la Cámara y contradictorias manifestaciones.*)

El Jefe del Gobierno puso término á su discurso con estas palabras: «El Partido Republicano tiene que transformarse en dos grandes partidos: uno de acción, progresivo, muy progresivo, á quien le parezcan estrechas y mezquinas nuestras ideas; y otro pacífico, nada de dictatorial, nada de autoritario, nada de arbitrario; legal, muy legal, demócrata, muy demócrata, pero con grandes instintos de consolidación y conservación... Mi política es la natural y podréis maldecirla, pero no sustituirla, porque ante la guerra no hay más política que la guerra.»

Sin más dimes y diretes, porque Salmerón no rectificó y las Izquierdas olfateando su triunfo no quisieron perder el tiempo, se dió por concluso el debate. ¡A votar, á votar! Derrotado por 120 votos contra 100, Castelar entregó á la Mesa la dimisión de todo el Gobierno... Aprobóse la proposición de costumbre para elegir por papeletas firmadas un

nuevo Ministerio con las mismas facultades conferidas á los anteriores, y se suspendió la sesión por más de dos horas para que los diputados se pusiesen de acuerdo... Bajé de la Tribuna con mis amigos periodistas, y en los pasillos y Salón de Conferencias oímos ardorosos comentarios de la votación.

Alguien censuró con acritud á Figueras porque, si personalmente se abstuvo, ordenó á sus parciales que votaran contra el Gobierno. También votaron en contra Salmerón y sus adeptos, el Centro, la Izquierda y los Intransigentes. Al lado de Castelar estuvieron, á más de sus amigos, seis monárquicos y los Unitarios. Hallándome yo en medio de aquel laberinto me encontré de improviso en los brazos de Estévanez. «Pero don Nicolás—le dije,—¿qué es de su vida de usted? No le he visto en los escaños.» Y él, con semblante triste y voz apagada, me contestó: «No he venido más que á votar y me largo á escape. Mi suegra acaba de morir. Adiós.»

Avanzaba la noche. Ya habían caído en las honduras del tiempo pasado las horas del 2 de Enero de 1874 y entrábamos en la madrugada del 3. La votación por papeletas se deslizaba lenta, triste, cadenciosa y somnífica, reproduciendo en los espíritus la pesadez atmosférica de la tempestad que sobre el Congreso se cernía. En los aires sobrevino el silencio lúgubre que precede á los grandes estallidos de la electricidad. No vean mis lectores en esto más que un fenómeno subjetivo, producto de mi caldeada imaginación.



La tempestad no estaba en los aires sino en la Historia de España.

A una hora que debía de ser molesta para los trasnochadores más empedernidos, las cinco ó las seis de la madrugada, terminó la parsimoniosa votación para elegir nuevo Gobierno, y se dió comienzo al escrutinio con prolijos trámites á fin de garantizar la más escrupulosa exactitud. En esto estábamos cuando retumbó sobre nuestras cabezas un trueno formidable. Retembló el edificio, se estremecieron todos los corazones, vibraron todos los nervios... Subió Salmerón á la Presidencia y demudado, lívida la faz, centelleantes los ojos, dijo solemnemente estas fatídicas palabras: «Señores diputados: hace pocos momentos he recibido un recado ú orden del Capitán General de Madrid—creo que debe ser ex-Capitán General,—quien por medio de sus ayudantes nos conmina para que desalojemos este local en un término perentorio.»

## IX

El rayo corrió por toda la Sala en menos de un segundo, levantando á muchos de sus asientos, y oyéronse estas voces: «¡Nunca! ¡nunca!» Parecióme que en aquella fracción de segundo los pupitres, los divanes, los candelabros, las luces de gas, las pinturas y adornos, los nombres grabados en las lápidas

conmemorativas y hasta los mudos maceros gritaban también ¡*Nunca!*

Tratando de imponer silencio, Salmerón prosiguió así: «¡Orden, señores diputados! La calma y la serenidad no deben apartarse de los ánimos fuertes en circunstancias como ésta... Me ha dicho el Capitán General que si no se desaloja el Congreso en plazo perentorio lo ocupará á viva fuerza... Yo creo que es lo primero y lo que de todo punto procede...» Espantoso tumulto ahogó la voz del orador. Algunos vociferaban: «¡Esto es una indignidad, una villanía! ¡Esto es una traición infame!» El Presidente, en tanto, gritaba con voz estentórea: «¡Orden, señores diputados, sírvanse oír la voz...!» Continuó el tumulto con creciente estruendo. Varios Intransigentes, en pie sobre sus escaños, gesticulaban y decían: «Calma, señores, mucha calma.» Don Eduardo Chao exclamó: «¡Esto es una cobardía miserable!» Y el filósofo don Nicolás, reiterando sus exhortaciones, exclamaba á grito herido: «¡Orden, orden, señores diputados! Vuelvo á recomendar la calma y la serenidad. Sírvanse oír...» Pero nadie le oyó.

Cuando por agotamiento físico se hizo un poco de silencio, prosiguió Salmerón: «El Gobierno presidido por el ilustre patricio don Emilio Castelar es todavía Gobierno y sus disposiciones habrá adoptado ya. Entre tanto, yo creo que debemos seguir en sesión permanente, y seremos fuertes para resistir hasta que nos desalojen por la violencia dando un espectáculo que, aun cuando no sepan

apreciarlo en lo que vale aquellos que sólo pueden conseguir el triunfo por ciertos medios, las generaciones futuras sabrán que los que éramos adversarios ahora hemos estado unidos para defender la República.» Varios padres de la Patria exclamaron: *¡Todos! ¡Todos!* Y el Presidente contestó: «No esperaba yo menos, señores diputados: ahora seremos todos unos.»

En los escaños retumbó el estruendoso clamor de: *¡Todos somos unos! ¡Todos somos unos para defender la República!* Al oír esto no pudo contenerme. Se me encendió la sangre, y con toda la fuerza de mis pulmones lancé al hemicycleo estas palabras: «¡A buenas horas mangas verdes! Majaderos fuisteis; sed ahora ciudadanos y dejaos matar en vuestros asientos.» En el espantoso vocerío perdiéronse mis apóstrofes. Muchos diputados daban vivas á la Soberanía Nacional, á la Asamblea y á la República. Salmerón echó el resto de su potente voz con estas frases rotundas: «Se han borrado en este momento todas las diferencias que nos separaban. Borradas ostarán hasta tanto que no quede reintegrada esta Cámara en la representación de la Soberanía Nacional...» Otra vez, sintiéndome coro, grité burlescamente: *«¡Tarde piache!»* Mi comentario familiar quedó ahogado en el estrépito de los aplausos que corearon la vibrante protesta del gran metafísico.

Tocó la vez á Castelar, que dijo: «Yo creo que la sesión debe seguir como si no sucediese nada fuera de esta Cámara. Puesto que

aquí tenemos libertad de acción, continuemos el escrutinio, sin que por eso el Presidente del Poder Ejecutivo tenga que rehuir ninguna responsabilidad. Yo he reorganizado el Ejército; pero lo he reorganizado no para volverse contra la legalidad sino para mantenerla.» Frenéticos aplausos interrumpieron al colosal tribuno, que terminó de esta manera: «Ya, señores diputados, no puedo hacer otra cosa que morir el primero con vosotros.» (*Inmensa emoción. Muchos se abalanzaron á abrazarle.*)

Don Eduardo Benot se puso en pie, y rojo de ira gritó: «¿Hay armas? Vengan. ¡Nos defenderemos!

*Salmerón:* Sería inútil nuestra defensa y empeoraríamos nuestra causa.

*Una voz:* ¡Quiá; ya no se puede empeorar!

*Salmerón:* Digo que nosotros nos defendemos con aquellas armas que son las más poderosas en estos momentos: las de nuestro derecho, las de nuestra dignidad, las de nuestra resignación para recibir semejantes ultrajes.

*Castelar:* Pero una cosa hay que hacer...

*Un diputado:* ¡Que se dé un Voto de Confianza al Ministerio que ha dimitido!

*Castelar:* De ninguna manera; aunque la Cámara lo acordase, este Gobierno no puede ser Gobierno, para que no se dijera nunca que había sido impuesto por el temor de las armas á una Asamblea Soberana. Lo que está pasando me inhabilita á mí perpetuamente para el Poder.

*Varios diputados:* ¡No, no, que te creemos leal!

*Castelar:* Así es, señores diputados, y á mí me toca demostrar que yo no podía tener alguna parte en esto. Aquí, con vosotros los que esperéis, moriré y moriremos todos.

*Benot:* Morir, no: vencer.

*Chao:* Ruego, señores diputados, que se expida un Decreto declarando fuera de la ley al General Pavía, sujetándole á un Consejo de Guerra... y si es necesario desligando á sus soldados del deber de la obediencia.

*Fernández Castañeda:* ¡Farsa! ¡Qué Decreto ni qué garrambainas! Si no disponemos ni de un cabo y cuatro soldados para que nos defiendan ¿cómo vamos á exonerar á nadie?

*(Sánchez Bregua extiende y firma el Decreto. Varios diputados solicitan ser ellos quienes lo entreguen á Pavía.)*

*Calvo y Delgado:* *(Despavorido. Penetrando en el Salón.)* La Guardia Civil entra en el edificio, pregunta á los porteros la dirección de esta Sala, y dice que se desaloje en el acto, de orden del Capitán General.

*Benítez de Lugo:* Que entre, y todo el mundo á sus asientos.

*Salmerón:* Ruego que sólo esté en pie el señor diputado que se halle en el uso de la palabra.

*Benítez de Lugo:* Yo que en esta misma sesión he consumido un turno contra la política del señor Castelar, pido que en este momento la Cámara entera le dé un Voto de Confianza.



*Castelar*: Ya no tendría fuerza y no me obedecerían.

*Salmerón*: No tenemos más remedio que sucumbir ante la violencia, pero ocupando cada cual su puesto. Vienen aquí y nos desalojan. ¿Acuerdan los señores diputados que debemos resistir? ¿Nos dejamos matar en nuestros asientos?

*Muchas voces*: ¡Sí, sí, todos!

*(Algunos padres de la Patria desfilan silenciosos hacia las puertas altas que dan al pasillo curvo.)*

*Castelar*: Señor Presidente. Yo estoy en mi puesto y nadie me arrancará de él. Yo declaro que aquí me quedo y que aquí moriré.

*Un diputado*: ¡Ya entra la fuerza en el Salón!

*Unos*: ¡Qué vergüenza!

*Otros*: ¡Qué escándalo!

*Varios*: Soldados: ¡Viva la República Federal! ¡Viva la Asamblea Soberana!»

Aparecieron por la puerta de la izquierda soldados con armas. Su aire era tímido, receloso. En su actitud se conocía que traían orden de no hacer daño. La grandeza del Salón, la muchedumbre de personas, las voces airadas, les mantuvieron un instante en cierta perplejidad... ¡Pobres hijos de España! ¡Y os sacaron de vuestros hogares para consumir tal crimen!... Algunos diputados se abalanzaron hacia la tropa, agrediéndola con sus bastones y tratando de desarmarla. Entre aquel torbellino se abrió paso el Coronel de la Guardia civil, señor Iglesias, alto,

viejo, de blanco bigote y aire muy militar. Tricornio en mano subió á la Presidencia y habló con Salmerón. Tanta gente se arremolinaba en el alto estrado, que no pude distinguir la actitud de don Nicolás ante el embajador de la fuerza bruta. Diputados, ugieres, taquígrafos, se entremezclaban y corrían de un lado para otro en espantosa confusión. Sólo permanecían en sus puestos, rígidos y mudos, los maceros, como esos heraldos de piedra que decoran los regios sepulcros.

En esto sonó en los pasillos un tiro. Luego otros y otros... Terrible pánico. Por la puerta de la derecha salieron del Salón de Sesiones muchos diputados: unos para evadirse lindamente; otros para ver lo que ocurría entre la calle y el Salón de Sesiones. A escape bajé yo de la Tribuna. En el pasillo de la Orden del Día vi que la tropa se limitaba á indicar con la mano á los padres de la Patria la puerta de salida. Algunos de los que habían jurado dejarse matar dentro del Congreso antes de rendirse al imperio de la fuerza, recogieron sus prendas de abrigo en el guardarropa y ganaron cabizbajos y silenciosos la calle de Floridablanca. En cambio, los más exaltados trataban de imponerse á los militares con razones iracundas y argumentos contundentes.

Allí presencié una escena, que refiero para que se vea que la elevación de sentimientos no dejó de manifestarse en los incidentes de aquella memorable escena histórica. Emigdio Santamaría, hombre fornido, corto de talla

pero de fuerza hercúlea, arrebató su fusil á un sargento de Infantería, en el pasillo circular. Consternado y casi lloroso quedó el pobre sargento, considerándose sin honra por verse inerme é indefenso. Como ya he dicho, tanto él como sus compañeros tenían orden de no agredir á ningún diputado... En esto intervino Antonio Fernández Castañeda, representante de Santander en aquellas Cortes, el cual disipó la ira acometedora de Santamaría con estos conceptos de Patria y Humanidad que fielmente copio: «Amigo Emigdio, no tenemos medios hábiles para sostener nuestro derecho. Tristísimo es decirlo, pero ya no hay para nosotros más recurso que salir y callar, esperando el fallo de la Historia. Lo que usted hace es una locura sin más consecuencia que perjudicar á este pobre muchacho. ¡Devuélvale usted su fusil!» Emigdio Santamaría, apagando los últimos resoplidos de su furia, entregó el arma al sargento, que, con voz empañada por la emoción, dijo: «Gracias, gracias, caballero.»

No era ésta la única prueba que de su comedimiento y claro juicio dieron los buenos *chicos del Ejército*. Obedecían á los autores de aquella infamia sin desconocer que escarnecían á la Patria y pisoteaban las Leyes.

Colándome en el Salón de Sesiones vi á don Nicolás ponerse el sombrero y descender pausadamente de la Presidencia, seguido de los graves maceros. En el Banco Azul, Castelar, con semblante dolorido y actitud de suprema consternación, permanecía en su sitio

como un estoico que apura el cumplimiento del deber hasta el último instante. Rodeábanle sus amigos más adictos y cariñosos. Dirigió una mirada al hemiciclo, y la soledad de los escaños me dió la impresión del hielo de la muerte. Lucían los mecheros de gas como funerarias antorchas... Ya iban palideciendo ante la claridad tenue del alba que por la claraboya cenital tímidamente penetraba...

Por fin, los fieles adeptos del gran tribuno consiguieron arrancarle de su asiento, y sacarle de la *Cámara ardiente* al pasillo. Abrieron paso respetuosos los militares... La que podríamos llamar procesión de duelo se dirigió hacia la escalera y salida de la calle del Florín. Seguí yo detrás, atraído por la solemnidad del suceso y por la figura de *Mariclio*, que creí distinguir junto á la persona triste y agobiada del héroe vencido, Emilio Castelar.

En la calle, dudando yo si era real ó imaginaria la presencia de la excelsa Madre, acerquémeme á ella. Iba vestida de negro, con la toca y monjil que usaron las reinas viudas y las dueñas ricas, traje con que la iconografía religiosa viste á Nuestra Señora de los Dolores. Suavemente me dijo: «Vete á recorrer las calles que rodean á esta Casa profanada; fíjate en las tropas que han acudido á consumir la fácil y criminal hazaña. Repara bien dónde está *el Pavía*, que verás á caballo, rodeado de bayonetas y cañones, y de toda la máquina marcial hoy dispuesta para matar mosquitos. Di á tus amigos los republicanos que lloren sus yerros y procu-

ren enmendarlos para cuando la rueda histórica les traiga por segunda vez al punto de...

—Al punto de...—repetí yo;—y al sonido dé mi voz, como si ésta fuera el canto del gallo que despide á las almas del otro mundo, la Madre mil veces augusta desapareció de mi vista... Corrí en seguimiento de la comitiva de Castelar, y cuando ésta doblaba la esquina de la calle del Sordo, una mano invisible me empujó hacia la plaza de las Cortes.

La conciencia de mis deberes, como emborronador de páginas históricas, me llevó á revistar las fuerzas apostadas á lo largo del palacio de Medinaceli, calles de Floridablanca, Greda, Turco y Alcalá, hasta el Ministerio de la Guerra. Allí, junto al jardín de Buenvista, vi á Pavía y Alburquerque, rodeado de un Estado Mayor no menos nutrido y brillante que el de Napoleón en la batalla de Austerlitz. Ya era día claro, aunque nebuloso, tristísimo y glacial. Todo lo que pasó ante mis ojos, desde los comienzos del escrutinio hasta mi salida del Congreso, se me presentó con un carácter y matiz enteramente cómicos. Pensaba yo que en las grandes crisis de las naciones, la tragedia debe ser tragedia, no comedia desabrida y fácil en la que se sustituye la sangre con agua y azucarillos. El grave mal de nuestra Patria es que aquí la paz y la guerra son igualmente deslavazadas y sosainas. Nos peleamos por un ideal, y vencedores y vencidos nos curamos las heridas.



del amor propio con emplasto de arreglitos, y anodinas recetas para concertar nuevas amistades y seguir viviendo en octaviana mansedumbre. En aquel día tonto, el Parlamento y el pueblo fueron dos malos cómicos que no sabían su papel, y el Ejército, suplantó, con sólo cuatro tiros al aire, la voluntad de la Patria dormida.

Al volver hacia el Congreso decía yo para mí sayo, mirando al porvenir: «Republicanos condenados hoy á larguísima noche: cuando veáis amanecer vuestro día, sed astutos y trágicos.» En la calle del Turco me encontré con Juanito Valero de Tornos, que siguió junto á mí, refiriéndome detalles curiosos observados por él en las postrimerías del Parlamento de la República. «Puedo asegurarte, querido Tito, —me decía,—que el truculento General Sánchez Bregua, en el azoramiento de su retirada forzosa, se dejó olvidada la chistera en el Banco Azul. Yo no lo vi; me lo contó Bernardo García, y lo tengo por exacto. De otro Ministro sé que buscó refugio en las habitaciones altas, donde vive el Mayor, y allí estuvo aguardando á que terminase la degollina...

»Muchos diputados se agazaparon en las oficinas del *Diario de las Sesiones*, y por una ventana salieron á Floridablanca. Por la puerta que da á la misma calle se escabulleron cantando bajito los que más habían alborotado en los pasillos, queriendo desarmar á la tropa: eran Olías, Casaldueiro, Díaz Quintero, el Marqués de la Florida y otros. An-

tonio Orense dirigió algunas palabras enérgicas á los civiles que custodiaban la puerta; pero éstos no le hicieron caso, y siguió su camino.

»Yo vi á don Nicolás Salmerón salir con el cuello del gabán levantado, y tapándose la boca con un pañuelo. Le acompañaban Carratalá y Moreno Rodríguez, embozados en sus capas hasta los ojos... Me consta porque lo he visto, que León y Castillo, Antonio Matos, y Merelles, de acuerdo con los conjurados, hacían frecuentes viajes del Congreso á Buenavista para informar al General Pavía del momento preciso en que debía dar el golpe. Ellos fueron los transmisores del estado agónico de la pobre República. El Capitán General de Madrid no se puso en movimiento hasta que supo que la enferma estaba dando las boqueadas.»

Anoto los informes de Juanito Valero, descontando de ellos el agridulce que aquel ingenioso amigo ponía siempre en sus referencias políticas. Como buen conservador y alfonsino, no perdía ripio para zaherir y rebajar los caracteres de la gran familia republicano-democrática.

Cansado de correr en tonto por las calles, donde no veía más que tropas fríamente alineadas é inactivas, sin ver asomar por ninguna parte la cara iracunda del pueblo; asqueado del indigno suceso histórico que llegó al brutal *consumatum* sin dignidad por la parte ofendida ni arrogancia por parte de los asesinos de la República, me fuí á mi casa

con la esperanza de que un sueño profundo ahogara mi desaliento tristísimo y dulcificase mi amargura. Pero mis nervios se opusieron fieramente á que yo durmiera.

Hablé un rato con *Chilivistra*, la cual, compuesta ya y vestida con su hábito de los Dolores, me contó el sueño que había tenido aquella madrugada. Soñó la pobre señora que don Carlos triunfante venía sobre Madrid con poderosa hueste. Yo la tranquilicé diciéndole que la toma de Madrid por el *Niño Terso* no estaba tan próxima como ella había visto en sueños.

Acompañé á mi dama hasta el oratorio del Olivar, y me fuí á visitar á Estévanez. En las calles no advertí el menor síntoma de inquietud ni emoción por lo que había pasado en las Cortes. El vecindario se hallaba tranquilo, las tiendas abiertas y todo el mundo en las ocupaciones habituales de cada día. La casa de mi amigo don Nicolás estaba de duelo; la madre política de cuerpo presente. No quise pasar, y aplacé mi visita para el siguiente día... Volví á divagar por la vía pública. En la plaza del Angel me encontré á Pepe Ferreras, con quien hablé de la increíble tranquilidad que notaba en la población.

«Fíjese usted bien—me dijo el agudo periodista,—y notará más que tranquilidad, alegría... ¿Se asombra usted, querido Tito?... Aquí producen siempre regocijo los cambios de Gobierno, sobre todo cuando son radicales y hay que mover todos los títeres. La mitad de las personas que pasan á nuestro lado son

cesantes que aguardan la formación del nuevo Gobierno para pedir que los repongan. Esta situación hará un desmoche tremendo... Notará usted también que en las tiendas reina cierto alborozo. Los tenderos salen á la puerta creyendo oír ya el voceo de los extraordinarios de periódicos *con el nuevo Ministerio*... Madrid se anima, el comercio se despereza, la industria renace de sus cenizas como el Ave Fénix, los negocios se desentumecen, y ya mañana las criadas irán á la compra con más dinero del que suelen llevar á diario.»

Entramos en una sastrería, de cuyo dueño era Ferreras muy amigo. El escuálido sastre, apenas le preguntamos su parecer sobre el cambio político, nos dijo con semblante de júbilo: «Pues nada, señor don José y la compañía, que estamos de enhorabuena; toda la calle lo está. El cambio parece de esos que todo lo ponen al revés. Nos hallamos abocados á una zafra que ha de ser magnífica y provechosa. Algo me ha de tocar á mí de los encargos que han de caer sobre la sastrería de Madrid...

»Antes de media semana habrá que tomar medidas para las 49 levitas de los 49 gobernadores nuevos. De pantalones y chalecos negros, de ternos de lanilla, tendremos tantísimos encargos que será fácil nos quedemos sin género catalán, de ese que llamamos inglés. En el ramo de capas, que es mi especialidad, espero que la cosecha será de las no vistas, pues el invierno crudo y la crisis

honda se han puesto de acuerdo para que la gente tenga que abrigarse.

»Ya era tiempo, señor don José, pues en esta *crujida* de la República lo íbamos pasando muy mal. Los republicanos son muy buenos chicos; pero con sus grescas escandalosas, su Pacto, sus Cantones, y la maldita y arras-trada Igualdad, no traen más que hambre y mala ropa. Mis compañeros y yo vivimos de vestir á los españoles. ¡Lucidos estaríamos si nuestro negocio dependiera del lujo que gastan los *descamisados!*»

Nos despedimos del sastre. De madrugada había yo visto cómo se empequeñecían las cosas grandes; acababa de ver cómo crecía y se hinchaba lo infinitamente pequeño.

## X

Después de enterarnos mi amigo Ferreras y yo del júbilo de los sombrereros (que en tiempos de República el armatoste llamado *chistera* iba muy en desuso), entramos en el café de La Iberia, donde tuvimos el feliz encuentro del bondadoso Llano y Persi, que nos convidó á almorzar. Eran las doce. En el Congreso estaban reunidos el Duque de la Torre, Cánovas, Sagasta, Martos, Becerra y algunos santones más, civiles y militares, amasando el pastelón del nuevo Ministerio para meterlo en el horno. Cánovas dijo que si no se proclamaba en el acto Rey de Espa-



ña al Príncipe Alfonso, debía declararse por lo menos abolida y conclusa la forma republicana. A esto no accedieron los altos repositores, y continuaron trabajando el hojaldre para darle una pronta cochura y servirlo al país.

Ferreras, que era un águila para las indagaciones políticas, difirió por un rato el almuerzo y se fué al profanado Templo de las Leyes, de donde volvió al cuarto de hora trayéndonos los nombres del nuevo Gabinete, trazados por él con lápiz en un papelejo. Ante los amigos que formábamos corrillo en dos mesas próximas leyó la esperada y emocionante lista, que reproduzco para conocimiento de los papanatas del tiempo venidero:

Presidente del Poder Ejecutivo, General Serrano.—Presidente del Gobierno y Ministro de la Guerra, General Zabala.—Estado, Sagasta.—Marina, Topete.—Hacienda, Echegaray.—Gobernación, García Ruiz.—Gracia y Justicia, Martos.—Fomento, Mosquera.—Ultramar, Balaguer... Almorzamos alegremente, y allí fué el acumular cálculos sobre la vitalidad de la nueva Situación, sobre el atropellado asalto de puestos oficiales y demás preparativos de la pública merienda burocrática que se aproximaba. Llano y Persi nos contó que, cuando Castelar iba del Congreso á su casa rodeado de amigos, á las siete y media de la mañana, se le presentó un ayudante de Pavía, rogándole de parte del General que continuase al frente del Gobierno. Don Emilio contestó con frase desvergonza-

da, única respuesta que á tal ultraje correspondía, y prosiguió inalterable y firme su retirada dolorosa.

Gratísima era la tertulia de La Iberia, donde se oían opiniones y comentarios dignos de ser grabados en los mármoles y bronces de nuestra inmortal chismografía política. Pero yo, muerto de cansancio por no haber pegado los ojos la noche anterior, me fuí á mi casa, á punto que atronaban las calles los voceadores de la *Lista del nuevo Ministerio...* Tendido en mi cama y contagiado de la soñación de mi vecina *Chilivistra*, soñé que era yo sastre, y que estaba cortando las 49 levitas para los 49 flamantes gobernadores de provincia. Luego cambió el tema de mis cerebrales aberraciones, y soñé que la dolorida dama se despojaba de su hábito negro para arrojarle en mis brazos amantes. Por último, andando ya la noche, me atormentó la visión ó pesadilla del caso del *Virginus*, que fué uno de los temas tocados en la tertulia del café.

Dicha nave, arbolando bandera americana, fué apresada en aguas de Jamaica por nuestra goleta *Tornado*. Llevaba gran número de filibusteros, norteamericanos, ingleses y españoles, dispuestos á desembarcar en la Gran Antilla para favorecer la guerra contra España. Conducidos á Santiago de Cuba los tripulantes y pasajeros del barco insurgente, fueron fusilados la mayor parte de ellos, contraviniendo las órdenes de Castelar al Capitán General Jovellar para que no se aplicara la pena de muerte sin dar antes cuenta al Go-

bierno de Madrid. Ante la horrenda tragedia de Santiago de Cuba, desperté en mi cama dando gritos atroces: «¡Teneos, bárbaros! ¡No fusiléis!... ¡A mí!... ¡Socorro!... ¡Clemencia!...»

A mis voces acudió Ido del Sagrario en paños menores, alumbrado de un candilejo, y me dijo: «¿Qué es eso, señor don Tito? ¿Qué le pasa?

—Que están fusilando á los del *Virginus* —repliqué yo sentándome al borde del lecho.—Los tiros me han dejado sordo.

—¿Pero está usted en babia?—murmuró mi patrón temblqueando de frío.—Lo del *Virginus* está arreglado hace ya la mar de días, según dijeron los papeles.

—No, no—exclamé yo lanzándome en pernetas á recorrer la estancia.—En este cuarto estaban conferenciando ahora Castelar y míster Sickles. Todavía estoy oyendo el traqueteo de la pata de palo que gasta el Ministro de los Estados Unidos. De aquí pasó don Emilio al cuarto de usted. Bien claro dijeron que es inevitable la guerra con la República Norteamericana. ¡Jesús, qué calamidad! ¡Jesús, qué desastre! ¡Pobre país, pobre España!»

Con no poco esfuerzo me tranquilizó Ido, haciéndome volver á mi camastro. La cuestión del *Virginus* era ya cosa vieja. Castelar y el cojo Sickles arregláronla con los bartolillos y bizcochos borrachos que usa la diplomacia...

El día siguiente, 4, lo pasé casi todo con

Nicolás Estévanez. Embozados en nuestras capitas nos fuimos á divagar por las calles, observando la fisonomía y estado moral de esta compleja Villa. Hallábase el hombre en un grado tal de desaliento y tristeza, que me fué imposible calmarle con mis excitaciones á la paciencia filosófica. La inhibición del pueblo ante el criminal golpe de Estado le ponía fuera de sí... Más de una vez le oí pronunciar estas frases que copio *ad pedem literæ*: *Lo de ayer ha sido una increíble vergüenza... Todos nos hemos portado como unos indecenes...* Visitamos á no pocos jefes y oficiales de la Milicia Nacional, para ver si los *gorros colorados* se decidían á intentar un supremo esfuerzo. A todos les encontramos indecisos y como atontados. Francisco Berenguer (*el Quito*) fué el único que, como siempre, se mostró resuelto á cualquier barbaridad. Era popularísimo en la Latina y disponía de bastante gente.

Antes de tomar una resolución en asunto tan arriesgado, quiso Estévanez ver á Salmerón, y allá nos fuimos. Dejéle en la puerta de la casa y quedé en esperarle en el café de Lepanto. A la media hora volvió el infatigable republicano, diciéndome: «Farsa, farsa; no podemos hacer nada. Salmerón ha recibido un Mensaje de Moriones. El General en Jefe del Ejército del Norte declara que no está dispuesto á reconocer el Gobierno formado por Pavía. Pero encarga que no nos movamos para no hacer fracasar sus intentos, y exige que se pongan de acuerdo los desave-

nidos Salmerón, Pi, Figueras y Castelar... Esto está perdido. Cantemos á nuestra pobre República el debido responso.»

Pasados unos días me enteré de que las únicas poblaciones que protestaron decorosamente contra el golpe de Estado fueron Valladolid, Zaragoza y Barcelona. En la capital castellana se pusieron sobre las armas los Voluntarios de la República. El famoso General don Eulogio González Iscar, familiarmente llamado *Gonzalón* por su extremada corpulencia, salió á calmar los ánimos. El gentío le acosó, rechazándole con ultrajes; mas aunque amenazaba con fusilar á los revoltosos nada hizo. El ruidoso motín, con sus incipientes barricadas, fué derivando hacia la tibieza y por fin hacia la paz, convencidos los republicanos de que la cosa no tenía remedio. En Zaragoza ocurrieron tentativas y desmayos semejantes. En Barcelona, los Batallones Catalanes que mandaba el *Xic de las Barraquetas*, armaron un cisco que dominó fácilmente la tropa de la guarnición. El pueblo más deshonorado en aquellas ve-gadas fué nuestro querido Madrid, dándonos el mal ejemplo de una resignación musulmana. *Estaba escrito* que las crisis políticas resolvían las crisis del pequeño comercio y remediaban el hambre atrasada de sastres, sombrereros, zapateros y patronas de huéspedes.

Una mañana llamó á la puerta de mi casa la *Leona* cartágenera. No tuve el gusto de recibirla porque el señor de Ido, oficioso y pu-



dibundo, conociendo por el trapío de la moza que ésta era de cuidado, le dijo que yo estaba ausente y que hasta la noche no volvería. Pasado un cuarto de hora salí á la calle y me la encontré en el portal: *La Brava*, ducha ya en las mentiras cortesanas, había conocido el ardid de mi filosófico patrón. Ella y yo nos alegramos de vernos, y apenas nos saludamos hice propósito de acompañarla hasta su casa. Cuando pasábamos juntitos á la ace-ra de enfrente miré á mis balcones, y en uno de ellos vi á *Chilivistra* que nos *guipaba* cautelosa y un tanto ceñuda.

En el camino hacia la calle de la Victoria, donde Leonarda me dijo que vivía, advertí que la mujer alegre no había perdido el tiempo en la obra ciertamente admirable de su metamorfosis. En diez días de Madrid iba vestida con traje flamante á la moda, y en lo referente á la adquisición de palabras finas, sus progresos me colmaron de asombro. Ya sabía decir *hecatombe*, *el punto de vista*, *miel sobre hojuelas*, y otras majaderías usuales. Lo primero que me contó fué que el caballero *pagano* con quien llegó á Madrid le había servido de mucho para orientarla en su nueva vida. Pero aquél tomó las de Villadiego, y ella anduvo algunos días un poquito aperreada... Después había tenido la suerte de que le saliera un señorón muy bueno, que sólo con verla se enamoró de ella como un colegial.

Parándose en medio de la calle, para hablarme con más reposo, *La Brava* continuó así su historia: «Mi señor es un personaje

de la Situación *que acaba de salir ahora*, y está tan loco por mí que me llama su tipo y otra cosa muy bonita... á ver si me acuerdo... sí, eso es... su ideal... El nombre, Tito, no puedo decírtelo, porque él es casado y... debe una tener delicadeza y mirar *el punto de vista* de la familia y la sociedad... Le han dado un destinazo muy gordo... Creo que cincuenta mil reales y manos libres... Ya le están haciendo un uniforme bordado y un sombrero con plumas, y todo esto, con el espadín y una banda amarilla, le sale por más de diez mil reales. A mí me ha regalado este vestido. Ya comprenderás que es rico... rico por su mujer, *naturalmente.*»

Vivía *Leona* en una casa equívoca. Al entrar con ella en su habitación no vi más que á una mujer frescachona que me saludó con amabilidad tan equívoca como la vivienda. Seguimos nuestra conversación *La Brava* y yo hablando de Cartagena y de las trifulcas que allí dejamos. Mi amiga me dijo con viveza: «¿Pero no sabes?... Si tenemos aquí á la Ramira... ¿No te acuerdas de la Ramira, una que iba conmigo la noche que te acompañamos hasta la plaza de las Monjas?... Pues llegó ayer con un chico del ferrocarril... En casa está: voy á llamarla para que te cuente.» Salió un momento, y al poco rato volvió acompañada de su amiga, que era menudita y graciosa. «Siéntate aquí, Ramira—dijo *Leona*,—y cuéntale á don Tito el incendio de la fragata. Verás, hijo, verás qué *hecatombe.*»

«Pues señor—empezó diciendo la narradora;—la fragata *Tetuán* se ha quemado hace unos días. A las ocho de la noche comenzó el fuego, y á la media hora las llamas llegaban al cielo. Era un espanto. Los que estaban á bordo tuvieron que salvarse tirándose de cabeza á las lanchas. Decían que si el incendio había sido por las estopas ó por los estopines. Los cañones se disparaban solos. La autoridad mandó que nadie se acercase. La ciudad estaba aterrorizada. A media noche reventó la santabárbara: la cubierta voló por los aires, hasta llegar á las estrellas; se hicieron cisco los palos, el cordaje, cuanto á bordo había, y el casco se fué á pique... ¡Ay Dios mío! ¡Los cristales que se rompieron aquella noche cuando el retemblido!... Puertas y ventanas hubo que de la sacudida se arrancaron de por sí, saliéndose de sus marcos.

—Y fué milagro que no hubiera otras *hecatombes*—añadió Leonarda.—Según dice ésta, la *Numancia*, que á la vera estaba de la *Tetuán*, tenía en las bodegas cuatro mil quintales de pólvora, que hizo sacar del Parque tu amigo Cárcelos porque contra el polvorín tiraba siempre la tropa del Gobierno.

—Mientras duró el fuego de la *Tetuán*—prosiguió Ramira,—Cartagena estaba como en fiestas con luminarias. Toda la gente se echó á la calle, y se veía lo mismito que en día claro. Los del Gobierno no disparaban. Los de dentro hacían catálogos y calculorios sobre el porqué del siniestro. Unos decían que el barco se quemó *de su motivo*; otros que

había sido por mano de los que se fingen amigos y son traidores. Lo cierto fué que cuando los fogoneros de la *Tetuán* vinieron á tierra los encerraron en el Presidio y se les formó causa... En cuantico que voló el barco y Cartagena se quedó á obscuras, los de *López Minguez* arrearon de firme otra vez á cañonazo limpio contra la pobre ciudad. Habíamos pasado de un infierno con llamas á un infierno entre tinieblas.»

Con esto puso fin á su relato la Ramira, porque ignoraba lo que después de su salida del pueblo había pasado. Quiso *Leona* invitarme á almorzar, mas yo la convidé á ella, mandando traer dos cubiertos del café del Pasaje. Informado por mi amiga de que su respetable adorador no la visitaría en toda la tarde, permanecí junto á ella muy á gusto hasta después de anochecido, admirando sus considerables adelantos en el arte de hablar finamente y en otras preciosas y sutiles artes.

Cuando volví á mi casa, ¡ay de mí! encontré á *Chilivistra* con unos morros de á cuarta que deslucían y afeaban su bello rostro. Mis galanterías delicadas no lograron arrancar la máscara de su desapacible seriedad. A fuerza de ruegos y arrumacos, pude oír de sus labios estas amargas explicaciones: «Ya me he convencido, señor don Tito, de que no debo confiar en el que se ofreció á prestarme auxilio con alma y vida en mis tribulaciones. Permítame decirle que *acción fea* es abandonar á una dama en momentos de prueba, yéndose de paseo con una trotacalles indecente.»

Iba yo á contestarle cuando me quitó la palabra de la boca para seguir despotricando de esta manera: «¿A quién volverme ahora? ¿Con qué brazo fuerte, con qué corazón generoso podré contar?

—Con el mío, señora—exclamé, echando el resto de mis pelendengues declamatorios y de mi hábil traŕsteo persuasivo. La domé, la convencí, jurando y perjurando que la *pelandrusca* vino á pedirme un socorro y que sólo fuí con ella hasta doblar la esquina de la calle de las Huertas, desde donde marché al Ministerio de la Guerra. Con mohín remilgado y pucheritos graciosos me contestó Silvestra lo que á la letra copio: «¡Ay, Tito, Tito; no sabe usted cuán lacerado está hoy mi corazón! Esta mañana, cuando volví del Oratorio, me dejó usted con la palabra en la boca al intentar decirle...

—¿Qué, señora, qué?

—Allá voy. Tenga usted calma... Pues mi confesor... no, no, me equivoco... no fué mi confesor, fué el padre Carapucheta, Rector del Oratorio, quien me aseguró que mi marido ha sido puesto en libertad hace unos días... Y usted que es el hombre del gran poder, usted que todo lo arregla con una cartita ¿resulta que ahora no sabe una palabra de esto?

—Perdone, señora. Se lo dice usted todo y no me deja meter baza... ¿Pues á qué fuí yo hoy al Ministerio de la Guerra? ¿Qué me dijo el Subsecretario?... Me dijo, en nombre de mi amigo el General don Juan de Zabala, que,



atendida como siempre mi recomendación, había sido indultado el capitán carlista Gabino Zuricalday. Eh... ¿qué tal?

—Está bien; pero aún no sabe usted lo mejor, quiero decir, lo peor. El padre Carapucheta, que es hombre á quien no se le escapa nada de lo que ocurre entre carlistas *buenas* y *malas* y tiene allá sin fin de espías que le cuentan todo, me ha enterado de que Gabino, en cuanto pescó *la indulta*, se fué á mi pueblo, cogió al nuestro hijo y se largó con él á la frontera de Francia, donde estará en espera de que don Carlos le dé el mando de *otro batallón*.

—Todo eso, Silvestra carísima—afirmé yo poniendo en mi rostro una calma seráfica,—no es para que cojamos el cielo con las manos. Serenidad, amiga mía. Lo primero es inquirir por ese clérigo Carapucheta el lugar donde Zuricalday se encuentra, y seguirle los pasos hasta que se agregue de nuevo al Ejército de don Carlos.»

*Chilivistra*, levantándose airosa y extendiendo hacia mí su brazo, me dijo con rígida solemnidad: «¿Y podré yo contar, pobre mujer sola y sin amparo, con un caballero hidalgo y valeroso que me asista en los pasos arriesgados que son precisos para rescatar á mi hijito de las manos de Gabino, *forajida mala*?

—Aun siendo preciso ir al mismo infierno, y pasar por entre todas las catervas de diablos que andan sueltos por el mundo—exclamé yo, dándome en el pecho un fuerte gol-

pe,—aquí está el caballero, servidor y esclavo de la dama dolorida.

—Mire lo que dice y á qué se compromete.»

Repetí yo, puesto en pie, con hipérboles más deslumbradoras mi juramento, y en el calor de la improvisación me lancé á darle un abrazo... Del abrazo quise pasar á darle un beso en la mejilla, pero ella desvió el rostro vivamente y me quedé con las ganas... Limitábame á besar ardorosamente sus lindas manos, cuando me dijo con severa dulzura: «Admito muy agradecida su oferta caballerosa, pero ello ha de ser sin el menor quebranto ni perjuicio de mi honestidad... La honestidad es lo primero... No habrá nada entre nosotros que no podamos decir á nuestros confesores.»

Asentí, afirmé, corroboré con desaforados aspavientos.

## XI

Mi primer cuidado en los días subsiguientes fué contener la impaciencia de *Chilivistra*, ganosa de lanzarse á románticas aventuras... Una noche, al salir del teatro del Príncipe, encontré á *Leona* que me soltó esta sorprendente noticia: «¿No sabes? Está aquí *don Florestán de Calabria*. Se ha escapado con un oficial de Iberia, herido, que viene á convalecer al lado de su familia. ¡Pobre don Genaro! Ayer tarde me tropecé con él en la calle. Al

pronto no le conocí. Se ha cortado las me-  
nas, pero trae todavía la cara de hambre, los  
cachetes dados de almazarrón y la perilla pin-  
tadita con el humo de la sartén. Me dijo dón-  
de vive, pero no *me recuerdo*... ¡Ay, ya doy  
con ello!... Vive con David Montero. Si tú sa-  
bes el domicilio de éste podrás abocarte con  
el chiflado *don Florestán*... ¡Ah! también tie-  
nes aquí á Dorita, que rompió con Fructuoso  
por *un agravio contundente*, quiero decir *bofe-  
tás*... ¡Y qué cosas cuentan de lo que en Car-  
tagena ha pasado! Dice mi señor que aquello  
ha sido el acabóse de la *apocalipsis*.»

Sin más averiguaciones me fuí al día si-  
guiente á la calle de los Reyes, 15, taller del  
armero Calixto Peñuela, famoso por su habi-  
lidad en la compostura de escopetas de caza.  
Era éste un hombre de pocas palabras, de  
corta estatura, calvo, afeitado. Entornaba los  
ojos para mirar por ser corto de vista, y se cu-  
bría con un blusón ó mandil azul hasta los  
pies. En él vi el último representante vivo de  
aquellas ilustres familias de armeros de Ma-  
drid, que tanta honra y prez dieron á su in-  
dustria en el siglo XVIII.

Su tienda era negra, desordenada, llena de  
piezas sueltas, de armas de fuego en situa-  
ción de reforma. Advertí que no tenía en el  
taller ninguna silla, sin duda para que sus  
numerosos parroquianos no se sentaran á  
darle conversación. Si el hombre era histó-  
rico, éralo también la casa, que había per-  
tenecido á don Francisco Goya.

Con el adusto artífice hablé lo preciso para

formular mi pregunta, mas solo obtuve una respuesta rotundamente negativa: ignoraba quién era el tal David Montero. Comprendiendo que quería guardar el incógnito á su amigo, pronuncié el fingido nombre que el tal me confió en la estación de Chinchilla: *Simón de la Roda*. Al oirlo, Peñuela salió conmigo á la puerta, y señalando calle abajo me dijo en forma seca y lacónica: «En esta misma acera verá usted, tres casas más allá, una que no tiene más que un piso alto, con un balcón y dos ventanuchos. En ese piso hallará usted á *Simón*.»

Al poco rato abrazaba yo á David, á quien encontré limando una pieza de ajuste en un torno, junto á la ventana. No vestía ya de negro, y del disfraz con que le vi en Chinchilla sólo conservaba el total rapado de sus barbas. Apenas habíamos cambiado algunas impresiones sobre las cosas de Cartagena, cuando vi entrar á *don Florestán*, que venía de la compra con su cesta al brazo. Al verme se deshizo en cumplimientos y demostraciones de alegría, y habló de esta manera:

«Aún tengo tiempo de encender la lumbré... Ya ve usted, señor don Tito, en qué menesteres anda el pobre don Genaro de Bocángel... Esa bigarda de Dorita, que pasa todas las noches corriendo las siete partidas con bailarines, toreros y hombres de mal vivir, se acuesta á *la hora de las burras de leche*, y todavía la tiene usted dormida como una marmota. Pero aquí está el hidalgo entre los hidalgos, obligado á tirar de cacerola y so-

plillo, cosa tan contraria ¡oh Dios mío! á su abolengo y á su nombre... Soportemos, aguantemos con paciencia estas humillaciones, que pronto ha de llegar la buena... Habrá usted visto, señor historiador *don Tito Livio*, que se cumplieron mis predicciones: ya está establecido el *Cantón Mantuano*, aunque disimulado y so color de Centralismo para desorientar á los *alfonsainas*.

—Sí, sí—dijo Montero, sarcástico;—¡bonito está el Cantón Matritense, obra de Pavía, Serrano y García Ruiz!... Coja usted la cesta, *don Florestán*, y váyase á la cocina, que yo cuidaré de tirar de una pata á Dorita para que abra las pestañas, sacuda las greñas, se ponga los huesos de punta y vaya á su obligación. ¡Hala pronto, á la cocina, don Genaro!»

Rezongando se fué *el de Calabria*, y David pasó á otro aposento. Oí la voz descompuesta de Dorita maldiciendo á quien la despertaba. Volvió Montero á mi lado... Sentí el ruido que hacía la muchacha lavoteándose la jeta y requiriendo su ropa y zapatillas. Pronto apareció en la puerta alisándose las gudejas. «Este David tan súbito—exclamó entre bostezos—no la deja á una vivir.» Luego advertí que metía sus blanduras torácicas dentro de un corsé muy deteriorado.

«Siéntese junto á mí, Tito—me dijo Montero.—Por esta gente y por otros que han venido huyendo de la quema, sé lo que ha pasado en Cartagena. En los primeros días de Enero arreció el fuego por una y otra par-



te con intensidad aterradora... Los Cantonales izaron en todos los fuertes bandera negra, y los Centralistas se apoderaron de la ermita del monte Calvario, después de retirarse la poca fuerza que la guarneecía. Me han dicho también que la *Tetuán* no ardió por un hecho casual. Cuentan que uno de los fogoneros de la fragata, encerrados en el Presidio, fué malherido en el vientre por un casco de granada, y que antes de morir confesó que había pegado fuego á las estopas de limpiar las máquinas, después de rociarlas con petróleo, recibiendo por este servicio treinta mil reales. Así me lo han referido; no respondo de que ello sea cierto...

»Por el teniente de Iberia que trajo á *don Florestán*, he sabido que López Domínguez recibió el día 3 un telegrama del General Pavia dándole cuenta del golpe de Estado y diciéndole que tal acto fué tan sólo una medida heroica para sacar á España del anarquismo y del caos. Añadía el telegrama que acababa de formarse un Gobierno Nacional, y á éste se adhirió aquel Ejército, sin más reserva que la del Coronel de Ingenieros señor Ibarreta, el cual manifestó que su Cuerpo jamás se había sublevado contra los Gobiernos constituidos.

—Y en tanto—pregunté yo—¿siguieron bravamente unos y otros la lucha emprendida?

—Sí—contestó David.—El día 4, los sitiadores rompieron un fuego vivísimo contra el castillo de Galeras, y los sitiados reforzaron

sus medios de defensa montando un enorme cañón Barrios en el baluarte de la puerta de Madrid. La jornada fué muy dura... En ese día subió al cielo de los inmortales el intrépido rufián don José Tercero (a) *El Empalmaa*.

—Lo que prueba, amigo mío—observé yo,—que toda una existencia de acciones villanas puede ser redimida en una semana de sacrificios heroicos.

—Así es—afirmó sentencioso David,—y no pocos ejemplos hay de ello en la Historia.

—Tengo entendido que voló el Parque.

—Sí, el 6 al mediodía. El estruendo produjo efectos de terremoto. Perecieron en el momento de la catástrofe más de cincuenta personas, y otras tantas, espantosamente mutiladas, fueron extinguiéndose en los días sucesivos. ¡Horrible, horrible!... Lo más importante que vino después fué que López Domínguez, apreciando los estragos que su Artillería causó en los baluartes de Madrid y Muralla, amenazó con emplazar cañones de gran calibre á setecientos metros de la Plaza, para abrir brechas que facilitasen el asalto. Tales amenazas produjeron mayor exaltación en las fuerzas Cantonales, y los presidiarios dijeron que ellos serían los primeros en ocupar las brechas para recibir dignamente á los sitiadores, *sobre todo si venia delante la Guardia Civil.*»

En esto llegó á nuestros oídos el rumorciullo de un altercado en lo interior de la casa, y se nos presentó *don Florestán*, compungido,

diciendo: «Señor Montero, señor don Tito: Dorita me ha pegado. Vean el estropicio que me ha hecho en la frente con las tenazas. Y todo porque quise arrimar á la lumbre el cazo en que hago mi café. Más que el golpe he sentido que me haya llamado ladrón.»

Antes risueño que compadecido, Montero le incitó á llevar con paciencia las genialidades de Dorita. Iguales exhortaciones le hice yo. Pero el desdichado Bocángel, adoptando el tono patético y lacrimoso, se expresó de esta manera: «¡No, señor Montero; las humillaciones que sufro aquí no se compadecen con mi carácter altivo! El pan que como en su casa de usted es demasiado amargo, y no pasa por mi garganta sin producirme vascas horribles. Ya sabe usted que mi prima, la dama ilustre que ha venido á la triste condición de patrona de huéspedes, no quiere admitirme en su casa si no le doy adelantadas las tres pesetas del pupilaje. Pero hay Providencia, señor David, y un hombre como yo no puede andar pidiendo limosna por las calles.

—Eso no, eso no lo consentiremos—dije yo dando ánimos al infortunado prócer.—¡Pues no faltaba más!

—Usted, señor don Tito, que sabe tanta Historia—prosигuió don Genaro,—no ignora que también tengo en mi abolengo ramificaciones con la nobleza castellana. Por mi madre estoy emparentado con el famoso personaje del siglo xvi Ruy Gómez de Silva, esposo de la Princesa de Eboli, el cual Silva

figura en la ópera que llaman *Hernani*, donde sale cantando por todo lo alto... Pero dejo aparte estas grandezas pasadas para repetir que hay Providencia. ¡Vaya si la hay! Sepan ustedes que me ha salido una protectora sumamente caritativa, quien me ha señalado un corto emolumento para vivir con el decoro que cumple á mi linaje... Y ahora, señor don David, agradeciéndole mucho su hospitalidad, le pido licencia para recoger la balumba de mis papeles, y me retiro de su casa.»

Dióle Montero el pasaporte con frases de afectuosa consideración, y don Genaro partió en seguimiento de su mejor acomodo... Dos días me bastaron para saber que la señora caritativa, ángel tutelar del *de Calabria*, era Leonarda Bravo, instalada ya en un pisito segundo de la calle de Lope de Vega, frente á las Trinitarias. A visitarla fuí una tarde. La casa estaba bien arregladita de muebles, cortinas y alfombras, y en ella campaba mi amiga como una reina que al trono de sus ilusiones había subido dignamente. Ya conocía yo el buen corazón y natural generoso de la hetaíra lanzada con veloz carrera por el camino de la ilustración. Lo primero que hizo al instalarse fué señalar á *don Florestán* dos pesetas diarias para que comiese en una taberna ó figón; luego le asignó una peseta más para que le diera lección de escritura, dos horas al día, utilizando la consumada ciencia del eminente calígrafo; y remató el favor concediéndole un cuarto interno de su casa para que

pasase las noches. Ahora dejo hablar á *Leona*, que completará estas interesantes noticias.

«No sólo me enseña la escritura—dijo ella sentándose en un blando sillón—sino cosas tocantes á la poesía; porque has de saber, Tito de mis pecados, que aquí trae mi señor las más de las noches á unos amigos, que por las trazas deben ser gente de pluma, periodistas ó autores de comedias. Ello es que se ponen á decir versos, y á lo mejor salen hablándome de estos ó los otros poetas. Como yo estoy *in albis* de tal jerigonza me veo negra para poder contestarles. Pero ya verán qué pronto me entero de todo eso y los dejo con la boca abierta... *Don Florestán* me está enseñando nombres de poetas, y yo los apunto para metérmelos en la memoria. Primero me ha enseñado los españoles, y ahora está con los italianos que son los que mejor conoce, cuatro no más según dice... el Dante, el Ariosto, el Tasso, el *Petaca*...

—Petrarca, mujer, Petrarca—dije yo.—Ten cuidado, fíjate bien.

—Ha sido una coladura—me contestó Leonarda.—Pero ya pongo en ello mis cinco sentidos, y delante de gente no suelto uno de estos nombres hasta que no estoy bien asegurada de las letras que tiene.»

Felicité á mi amiga por el paso feliz que acababa de dar en su regeneración mundana, y por sus adelantos en el arte de hablar bien, á los que se unirían pronto algunos conocimientos literarios. En ella se manifestaban, cada día más claramente, una inteligencia



muy aguda y una voluntad bien templada para la vida.

Ocasión es ésta de deciros algo del señor á cuya sombra realizaba Leonarda sus planes educativos, y os daré clara razón de él, reservando su nombre conforme á la delicada prescripción de su coima. Era el empingotado caballero un terrible burócrata, que siempre tenía puesto en las situaciones liberales por su pericia en el mangoneo expedientil. Conocíale yo de vista y no dejaba de admirar su corpulenta figura, su pulida ropa, la mirada de protección y los andares majestuosos que centuplicaban su indudable importancia. Bigote y perilla muy poblados y teñidos de negro decoraban su rostro. En su pechera y en sus dedos lucían brillantes espléndidos.

Pero lo más característico de tan imponente persona eran los sombreros que usaba. La forma de tan descomunales chisteras estuvo muy en auge del 60 al 70: el primero que la llevó fué don José Salamanca. Adoptada después por el *Marqués del Bacalao*, Gándara, un conocido agente de negocios y varios bolsistas y banqueros, siguió imperando en un corto número de cabezas de notoria respetabilidad. Cuentan que fué Ministro un sujeto por el solo mérito de usar aquella prenda, cuya especialidad tenían los sombrereros Campo y Odone. Era un armatoste de alas anchas y retorcidas por los lados, con alta copa cilíndrica semejante á la chimenea de un vapor. El arrimo de *La Brava* usó siempre la forma

más hiperbólica. Visto por detrás, el ajuste del sombrero en la cabeza dejaba á la intemperie un segmento de la lustrosa calva del buen señor. Completo en dos palabras el trazado de esta figura diciéndoos que era uno de esos inconmensurables imbéciles que están siempre en candelero.

Visité yo algunas tardes á *Leona*, hurtándole las vueltas al caballero burócrata, para no tropezarme con él. Un día me recibió mi amiga cuando terminaba su lección de escritura, y por cierto que escribía ya gallardamente, con finos y elegantes trazos. ¡Vaya una mujer! ¡Qué aplicación, qué tenacidad, qué inteligencia!...

Viendo salir al pobrecillo *don Florestán*, observamos que pisaba con el contrafuerte. Movida á compasión, *Leona* le llamó y le dijo: «*Florestancito*, no quiero verle más con esas botas; tírelas, y aquí tiene tres duros para comprar unas nuevas.» Elogié yo su caridad, presagiándole que por esta virtud, y por otras cosas que no son virtud, llegaría seguramente á las mayores alturas de la esfera mundana. Ella, riendo, me contestó: «Déjame á mí de alturas, *Titillo*, que yo, *con la modestia que me caracteriza*, andaré siempre á flor de tierra.

—No, *Leona*—afirmé.—En ti se revela una cortesana de alto vuelo, que será tal vez ornamento de la sociedad futura.»

Disimulando con graciosos mohínes la hinchazón de su orgullo, me soltó este verso, seguido de una fantástica cita literaria: «... *Lás-*

*tima grande—que no fuera verdad tanta belleza... como dijo el Petrarca.»*

Gozoso y echando facha con sus flamantes botas se me apareció una noche *don Flores-tán*, cerca de la casa en que moraba su protectora. Me paró y entablamos el siguiente diálogo, que no carece de interés histórico:

«Caballero don Tito, ¿va usted á casa de doña Leonarda?

—No, hijo, que allí estará el señor del chisterómetro.

—En efecto, allí le tiene usted, acompañado de dos poetas tristes y dos bolsistas alegres que hacen sus versos con números. Leonardita á todos les oye y de todos aprende: ya sabe decir que el Interior está á 45,90, que los Bonos del Tesoro se cotizan á 33,12.

—Y á Montero ¿ha vuelto usted á verle?

—Sí señor, pero no en su casa. ¡Dios me libre de encontrarme con Dorita, que es más mala que un dolor de muelas! He visto á don David en un sotabanco de la calle de San Leonardo, donde mora una tal *Graziella*, italiana, que estaba en Cartagena y de allá vino huyendo hace días.

—¡Por Baco, por todos los númenes de Italia, qué grata noticia me da usted! ¡*Graziella* en Madrid! Iré á verla mañana... ¿Habrá venido con el bestia de Perico?

—No señor. Ha venido con Fructuoso Manrique, ese caballerete semejante á un palo del telégrafo que, según me dijo *El Empalmaa* (q. s. g. h.), era novio de Dorita.

—*Graziella* es mujer donosa y atractiva.

Entiende de cábala y se divierte con hechicerías que embelesan y cautivan el ánimo.

—¡A quién se lo cuenta usted!—exclamó don Florestán.—En Cartagena, mediante el estipendio de cinco duros, le hice yo una copia del *Manual Hebraico de Salomón Safetir*, donde están todos los signos, trazos y garabatos que sirven para el barrunto y adivinación de lo venidero, y para saber lo que está pasando á cien mil leguas de distancia en la esfera terráquea... Apenas llegó aquí, la *Graziella* puso taller y despacho de adivinanzas, con tan buena mano que allí tiene un jubileo de mujeres del pueblo y de señoras de alto copete, que van á que les echen las cartas para descubrir los enredos de amantes ó maridos.

—¿Estará haciendo su agosto?

—Ya lo creo. Cuando le pagan bien trae á capítulo á los animales del Zodíaco, *el Carnero, el Toro, el Escorpión, el Macho Cabrito*, y á los que no son animales como *Géminis y Libra ó la Balanza* que, entre paréntesis, es el signo que presidió mi nacimiento, por lo cual estoy destinado á defender y hacer triunfar la justicia. Mi misión es no tener descanso hasta conseguir que la maldita mano muerta no se apodere por inicuos legados de lo que no es suyo... Cuando usted tenga un rato disponible le daré á conocer las cartas que estoy escribiendo al General Pavía, al General Serrano, al señor García Ruiz y al señor Martos, señalándoles el camino que deben seguir para que las leyes tocantes á la he-

rencia no sean conforme al capricho de una vieja loca, sino ajustadas al fuero de Naturaleza.»

No se me cocía el pan hasta encararme con *Graziella*, y allá me fuí á media mañana del siguiente día. El taller mágico de la italiana diabólica radicaba en el piso más eminente de la casa en que vivió y murió el buen don Hilario de la Peña. Cuando yo remontaba con dificultad la escalera, mi audaz imaginación me hizo creer que ante mí corrían negros y peludos diablillos... En una estancia larga y de bajo techo encontré á *Graziella*, tan picaresca y sugestiva como siempre, sentada á lo musulmán sobre un tapiz moruno. Vestía también al uso marroquí, con chaquetilla roja recamada de aljófar, amplios calzones y babuchas encarnadas. Entre sus piernas dormitaban dos gatos negros, que á mi parecer, eran los mismos con quienes jugueteó el santo don Hilario momentos antes de expirar. A un lado y otro de la maga lucían dos velas verdes. En el suelo vi un cuervo atado con delgada cadena, y un buho que en platillo de barro comía su ración de carne cruda.

Al verme entrar, la diablesa soltó la risa y...

## XII

Yo también me reí viéndola con el atrezo y decorado de las hechiceras de comedia de magia. «Esto, en verdad—me dijo,—no es para tomarlo á guasa, porque gano el dinero á es-



puertas... Ya puedes retirarte por el foro: es la hora que he fijado para la entrada del público... Mi parroquia es la Humanidad que, como sabes, fué siempre tonta de remate.» Respondíle que haría mutis inmediatamente, pues mi visita no tenía más objeto que ver á Fructuoso Manrique. ¿Estaba ó no estaba en casa? Me indicó *Graziella* una puerta cercana, diciendo: «Por ahí pasas á mi alcoba, y de ésta á otro aposento donde encontrarás á Manquito tumbado en un sofá de Vitoria. Ha pasado toda la noche fuera y está rendido de cansancio. El también desea mucho verte. Ya te dirá...»

Momentos después había logrado despertar á Fructuoso, y platicábamos de diversas cosas interesantes. Lo primero que me dijo fué que había pasado la noche con Montero, en el domicilio de éste, y que ambos estaban inquietos. Sentían cerca de sí el acecho policiaco como fugitivos del Cantón. Se tranquilizó al saber mi amistad con un inspector de la secreta, Serafín de San José, á quien yo había colocado tiempo atrás de guardia de Orden Público. Aquella misma tarde procuraría verle, seguro de tener á dicho individuo á nuestra completa devoción... El coloquio fué rodando por modo natural hacia los incidentes que precedieron á la caída de Cartagena en poder de los Centralistas. A este propósito, me refirió Manrique lo que á la letra copio:

«La defección del castillo de Atalaya, que está, como recordarás, en un monte que do-

mina el Arsenal, fué el principio del fin. Guarneceían aquella posición fuerzas de Iberia y de Movilizados. A estos últimos los mandaba un tal Joaquín Pagán, *El Enlosador*, y á los primeros un teniente llamado Ibarra. Según me dijo Cárceles, al Gobernador de la fortaleza le ofrecieron los Centralistas diez mil duros. De esto no puedo dar fe. Lo indubitable es que Ibarra y *El Enlosador* estaban en el ajo. Lo es también que un paisano, vecino de Quitapellejos, se presentó en el Cuartel general de López Domínguez con el cuento de que los de Atalaya se hallaban muertos de fatiga y de hambre, y que acaso se rendirían si se les aseguraba que no serían fusilados. Contestó el General en Jefe que concedería indulto á los paisanos, que á los militares los pondría á disposición del Gobierno, y á los confinados los encerraría de nuevo en el Presidio. Exceptuaba de la gracia de indulto á todos los que pertenecieran ó hubieran pertenecido á las llamadas Juntas Supremas del Cantón.

—Por algo que me dijo Montero la rendición fué inmediata.

—No, no: espérate un poco. El 9 de Enero hubo un fuego vivísimo entre los Centralistas y la Plaza. Sólo Atalaya permaneció inactivo y no fué tampoco hostilizado... El día 10, el Coronel Sánchez Mira y el Brigadier Carmona celebraron una conferencia con los jefes del castillo de Atalaya. A las ocho de la noche se reunían en una casa de campo situada entre la fortaleza y las avanzadas del

Ejército sitiador, y poco después estaba concertada la entrega del castillo para las once y media de aquella misma noche, no pidiendo los que se rendían más que el indulto y *algún socorro en metálico.*»

Al llegar á este punto, oímos ruidillo de disputa en la puerta de la casa. Creyendo escuchar una voz conocida corrí á satisfacer mi curiosidad, y cuál no sería mi sorpresa al encararme con Celestina Tirado que, actuando de portera en la consulta de quiromancia, trataba de poner orden en el numeroso público, y alinearlos para formar cola. No se hizo de nuevas al verme, y con su habitual socarronería me dijo: «Si el caballero Tito viene también á que le adivinen, póngase en la cola... Hay señoras principales en la consulta.

—No haré cola, señora doña Celestina—le dije muy quedamente,—si usted me da razón de las damas ilustres que están dentro. Oigo aquí unas vocecitas que... ó yo estoy loco ó son de personas que conozco muy bien.»

Cautelosa y discreta me llevó la Tirado á las habitaciones interiores, dejándome donde podía curiosear á mi sabor. Por una pequeña abertura de la puerta del consultorio mágico vi á Delfina Gay y á *Chilivistra*, que aguardaban el oráculo del cuervo y el buho, y el manejo de cartomancias que la pícara *Grazie-lla* se traía. Visto esto, me volví de puntillas junto á Fructuoso, el cual prosiguió su relato de esta manera:

«El castillo de Atalaya se rindió, y fué inútil la arriesgada tentativa de Gálvez para

recuperarlo. Como nota cómica de aquel indigno pasteleo te contaré que el Gobernador de la fortaleza vendida á López Domínguez, cuando le preguntó éste qué deseaba además del indulto y de los pocos miles de reales con que habían gratificado su infame traición, contestó que deseaba le nombraran... ¿qué dirás?... ¡Administrador del Matadero de Cartagena!

»Sigo mi cuento: al anocheecer del 11 de Enero se presentó al General en Jefe de los Centralistas una Comisión de la Cruz Roja, pidiéndole la suspensión de hostilidades, y asegurándole que si era generoso con los vencidos tal vez se conseguiría la capitulación de la Plaza. López Domínguez contestó ofreciendo indulto para los que se rindieran. De esta gracia quedaban exceptuados todos los individuos de la Junta Soberana, sin perjuicio de recomendarlos á la benevolencia del Gobierno.

»Dió de plazo el General hasta las doce del siguiente día para la entrega de Cartagena, ordenando á su Artillería suspender el fuego. Luego se prorrogó el armisticio hasta las ocho de la mañana del 13. Volvieron los de la Cruz Roja, con unos individuos que se atribuían la representación del Ejército y de los Voluntarios Cantonales. Presentaron á López Domínguez unas bases de Capitulación, que el General rechazó indignado. Siguiéron los tratos hasta las primeras horas del día 13. López Domínguez dijo que la Plaza tenía forzosamente que rendirse á discreción, y que si se

obstinaba en lo contrario la tomaría por asalto, haciendo un duro escarmiento en los que intentasen una resistencia inútil.

»La fiereza que en la mañana del 13 se manifestó en la Junta Soberana y en todos los defensores de la idea cantonal, se fué trocando en resignación estoica. Algunos querían rendirse, distinguiéndose en esta actitud los militares; otros proponían furiosos seguir el ejemplo de Numancia y Sagunto. Por sostener la no rendición hubo algún conato de asesinar á Gálvez, y sus amigos tuvieron que llevarle casi á la fuerza á bordo de la *Numancia*.

—No se puede negar—observé yo—que López Domínguez ha sabido hacerse superior á la menguada fuerza de que disponía, y que sirvió lealmente á la infantil, inestable República.

—Es verdad —afirmó Fructuoso.—Sigamos y acabemos. Llego al momento más dramático y bello del Cantón Murciano, tan infantil é inestable como la República Nacional de la que intentó desprenderse. La Junta Soberana de Cartagena, los jefes de Voluntarios Cantonales y muchos de éstos, además de los penados, no queriendo aceptar un perdón que jamás solicitaran, resolvieron abandonar la Plaza con sus mujeres é hijos, embarcándose en la *Numancia*. Eran en total unos mil quinientos. Confieso que no tuve valor para compartir la suerte de los que se lanzaron con arrojo temerario al inmenso riesgo de la salida.



»Fuera esperaba la escuadra Centralista, compuesta de cinco fragatas, entre ellas dos blindadas, y otros barcos de guerra. Con los ojos llenos de lágrimas me despedí de Manolo Cárceles, Gálvez, Contreras y demás amigos, confundiendo en mis expresiones el sentimiento de mi cobardía y el dolor de ver partir á tanta gente animosa que ponía la honra sobre la vida y la expatriación sobre la libertad... A las cuatro y media de la tarde, mientras entraban en Cartagena parte de las tropas sitiadoras y el General López Pintos se posesionaba del castillo de San Julián, abandonado por su guarnición, levó anclas la nave intrépida que consignó la última página del *Cantón Cartaginés*. Desdicha fué para éste que su postrer aliento sea el más interesante y hermoso en la Historia de aquella turbulenta República.

—Me han contado que en la boca del puerto embarrancó la fragata.

—Tocó ligeramente en el fondo con la proa; pero dió máquina atrás, y con auxilio de un vapor se franqueó prontamente, saliendo mar afuera. Desde el Empalmador Grande presencié la salida, imponente, grandiosa, en medio de las aclamaciones de los que iban á bordo y del griterío de los que quedábamos en tierra... ¡Viva el Cantón! ¡Viva Cartagena! ¡Antes morir luchando que capitular!... Claramente divisé el fez rojo del Comodoro Colau, que sobre el puente gobernaba el buque en la descomunal hazaña de la escapatoria.

»Al pasar de Escombreras, vieron los de la

*Numancia* la escuadra Centralista formada en línea para cerrarle el paso. ¡Momento tan bello que rayaba en lo sublime! Los barcos de Chicarro rompieron un fuego horroroso contra la fugitiva... Colau dió *avante toda máquina*, y viró rápidamente pasando como un rayo por entre la *Carmen* y la *Zaragoza*, contra las cuales disparó sus dos andanadas. Instantes después, la *Numancia*, con veloz carrera, apagadas las luces, se perdió en el horizonte...

»Era la tarde fría, lluviosa y tristísima. El único consuelo de los que permanecemos en tierra fué considerar los palmos de narices con que se quedaron Chicarro y los suyos. Aún no habían vuelto de su asombro, cuando la fragata que realizó el éxodo de los Cantonales al Africa estaba ya en Orán.

»¡Adiós Cantón! ¡Adiós República ingenua y romántica, que á la Historia diste más amenidad que altos y fecundos ejemplos! Tu existencia duró seis meses y dos días...»

Un rato se nos fué en inciertos cálculos sobre lo que hubiera podido pasar en Orán á la llegada de la fragata. ¿Qué habría hecho el Gobierno francés con los cabecillas, qué con los presidiarios?... Divagando estábamos cuando llegó David Montero, en quien advertimos mayor recelo de los corchetes, que ya descaradamente le seguían los pasos. Para sosegar á mis amigos salí á la busca y captura de mi fiel esbirro Serafín de San José, y no encontrándole en el Gobierno civil, me vi forzado á personarme en la tienda de su esposa doña

Cabeza (Concepción Jerónima). Ya era yo sabedor de que se había restablecido felizmente la coyunda matrimonial.

Mi entrada en la tienda fué un éxito ruidoso, que casi trascendió á la calle. Los dependientes me abrazaron, colmándome de felicitaciones, y al punto bajó la rozagante doña Cabeza Ventosa de San José, quien, al estrecharme ambas manos cariñosamente, se puso muy colorada de la retozona emoción que al verme sentía. De boca de ella oí también plácemes y albricias. Preguntando yo la razón de tales extremos, la tendera me dijo: «Ya nos enteró don Francisco Bringas de que la rendición de Cartagena no fué debida al cañoneo y artes guerreras de López Domínguez, sino á la diplomacia de don Tito, que tiene en la cabeza todo el talento de Dios.» El dependiente principal agregó con petulancia: «Don Plácido Estupiñá supo de buena tinta, y así nos lo comunicó, que el General Pavía quiso hacerle á usted Ministro, pero que usted declinó esa honra *con su habitual modestia*. Yo digo que ello será en la primera crisis que *haiga*.»

Como comprenderéis, lectores tan guasones como el que esto escribe, yo dejé correr la bola, y afectando mucha prisa manifesté á la señora la urgencia de hablar con su amante esposo. Por inmediatas referencias de ella me enteré de que Serafín se había reformado; parecía otro hombre, y al ascender á su actual posición su conducta y su porte eran de un perfecto caballero. En tono reser-

vado me dijo la que fué tiempo atrás alivio de mis escaseces: «Como marido cumple, pero es tan *Juan Lanas* como siempre.»

En esto entró el ínclito San José; nos abrazamos, prodigándonos recíprocas expresiones de cariño. Subimos al entresuelo, y reunidos los tres, platicamos sobre el asunto que motivaba mi visita. Total, que Serafín se prestó á ir conmigo á la calle de San Leonardo para devolver la calma á mis amigos los emigrados de Cartagena.

«Ya sé—me dijo por el camino el complaciente policía,—ya sé que el Gobierno le ha nombrado á usted Delegado Secreto con el fin de trabajar la rendición de los carlistas, que nos están haciendo la santísima. Me consta que el Zabala pone á disposición de usted trescientos mil duros que ha de emplear *paulativamente*, según se tercie, en el soborno de los cabecillas que se quieran vender, y para mí que todos morderán el queso. No hay hombre que pueda igualarse á usted en este fregado por su talento macho, su agudeza y el meneo de los palillos en el juego de convencer á la gente, por la buena cuando no por la mala. Como verá, estoy bien enterado: seis millones de reales y manos libres para contratar paces con los carlistas, como lo hizo tan limpiamente con los Cantonales, mediante *conquibus*. No ignoro tampoco que de aquí á Julio tiene usted que dar por finiquita esta comisión. Seis meses y cincuenta mil duros cada mes. ¿No es eso?»

A mi regocijada clientela no le ocultaré

que también dejé correr esta bola, á pesar de su descomunal magnitud. Cuando Serafín me propuso que le llevara de auxiliar ó secretario, le dije que ya pensaría en ello, y tal y qué sé yo; pero que mayormente necesitaba un buen tesorero y contador, muy experto en la Partida Doble. Pronto llegamos al eminente piso de la calle de San Leonardo, y presentado Serafín á Fructuoso y á Montero, quedamos acordes en la manera de asegurar á mis amigos su omnímoda libertad en la Corte de las Españas. Retiróse el bueno de San José, diciéndome que estaba impaciente por tomar aquel mismo día una provechosa lección de Partida Doble. David se fué á ver al armero Calixto Peñuela para que le diese más trabajo, y Manrique salió en requerimiento de sus antiguos camaradas, con idea de ser admitido en la redacción de algún periódico mientras conseguía volver por los trámites de costumbre al servicio de Telégrafos.

Quedéme solo con la hechicera y su ayudanta. Terminada la hora de audiencia, presencié el recuento que hicieron de las ganancias de aquel día. Luego las vi comer en el propio local donde tenían su consultorio de adivinaciones. Apagaron las velas, sentáronse ambas á la turquesca, el cuervo por un lado, el buho por otro, y con buen apetito aplicáronse á devorar un oloroso guiso de carne y patatas y otros condumios que les servía una criada algo gibosa, sin que faltaran las ricas uvas de cuelga y el confortante Valdepeñas.



Celestina Tirado, que vestía falda y pañuelo al estilo gitano, me contó que los dineros heredados del cura don Hilario se le habían ido entre los dedos, porque se metió á fiadora y la desplumaron bonitamente, dejándola por puertas. Desesperada y sin arri-mo se acogió á la sabia *Graziella*, con quien se apanaba muy bien para hacer juntas el oficio de brujas, granjería de mucho provecho en los reinos de España, según ella había probado y visto por sus ojos más de una vez.

*Graziella*, sin abandonar su traje moruno, se había recostado en la alfombra después de la comida para fumar un cigarrillo, acariciando el suave plumaje del buho, y en esta postura me dijo: «Más que de Brujería debemos hablar del Ocultismo, que es ciencia flamante, muy bonita, y yo sé de ella más que saben de Teología y Derecho Romano los doctores de Salamanca. Por dominar esa ciencia héme dado buenos atracones de lengua caldea, pues habéis de saber que de los caldeos y egipcios ha venido esta divina mon-serga. Yo le digo á Celestina que no necesitamos untarnos para salir por esos aires montadas en escobas y llegarnos *pian pianino* al cerro de Zugarramurdi, donde nos espera el *Gran Cabrón* con toda su Corte de rabo y pezuña. Esos son cuentos viejos que ya están mandados recoger. Yo me voy de aquí á los antípodas, ó un poquito más allá si quiero, con sólo echar unas palabritas caldeas sobre el humo de un braserillo en que pongo á que-

mar la muela del juicio de un ahorcado que haya sido viudo tres veces y dos vértebras de una urraca muerta en estado de virginidad. Yo me desentiendo del *Cabrlo*, que ya está jubilado por viejo, y me pongo debajo del patrocinio de Astarté, diosa de aquellos infiernos que sostienen buenas relaciones con la Humanidad.

—Pues aquí me tienes—dijo Celestina,—deseando meterme hasta las cachas en la devoción de esa diosa *Trastera*, y hoy empiezo á rezarle padrenuestros y avemarías para que me tome en su gracia.»

La profesora de Ocultismo me dió á renglón seguido prueba magnánima de su confianza y del interés que se tomaba por mí. He aquí sus palabras: «Hoy han estado en la consulta dos señoras amigas tuyas. La Delfina quería cerciorarse de la fidelidad de un lindo coadjutor de San Sebastián, con quien cambió promesas de cariño místico y rigurosamente honesto. El dicho coadjutor se fué á Valladolid, donde al parecer se halla en coqueteos igualmente místicos, puros y honestos, con otra dama que allá tiene el negocio de ataúdes, según le han dicho á tu amiga en un anónimo. La señora que por el habla me pareció vizcaína está dislocada por ti, y anhela saber si puede contar con tu amor y tu lealtad en un largo viaje que emprender quiere contigo. Yo les hice un horóscopo con todas las de la ley, y ambas se fueron muy satisfechas. La tuya llevó la seguridad de que estás enamorado de ella y de que la seguirás hasta

el fin del mundo. La otra va dispuesta á cambiar de coadjutor, pues en Madrid tiene donde escoger.» Ultimo detalle de esta referencia fué que la vizcaína le había pagado en plata y Delfina Gay en calderilla.

Salí de aquella casa con mi espíritu en rotación vertiginosa. Bajando la escalera creí que brincaban delante de mí negros animales con saltos de batracio. Los peldaños vestustos de la casa de don Hilario gemían bajo mis pies articulando frases que no entendí: sin duda me hablaban en idioma caldeo. El fresco de la calle no despejó mi alocado entendimiento. Este se escapaba de la realidad, lanzándose con avidez jubilosa á navegar por el insondable océano ultraterreno. Cerca ya de mi casa, me parecían vanas y mentirosas las imágenes de los transeúntes que mis ojos veían en derredor. Añadiré que aquel estado mental, sin duda de carácter patológico, me transportaba suavemente á las penumbras de un delicioso éxtasis. ¡Qué gusto mecirme en el vacío y subirme á las estrellas, después de dar un puntapié al sólido asiento de la razón!

Lo primero que hice al entrar en la vivienda patronil fué interrogar capciosamente á *Chilivistra*, para cerciorarme de su visita al sotabanco de las artes mágicas. ¡Grande sorpresa y mayor confusión mía! O la vizcaína disimulaba con extremada sutileza, ó la sesión de Cartomancia y Brujería fué hechura quimérica de mis sentidos, sacados de su orden natural por el influjo hermético de aquellas

mujeres diabólicas. Creció mi asombro cuando Silvestra me soltó estas despampanantes revelaciones: «No por cábalas y sortilegios, que son pecado mortal, sino por confidencias que acaba de hacer al señor Ido del Sagrario un noble caballero de la Italia ó de *Palerma*, que se llama, bien recuerdo el nombre, don Genaro *Bocadeángel*, sé que ha tenido usted amores con una bestia hermosa, que ahora está estudiando para señora fina y aristocrática. Daránle título de Duquesa de Mula.»

Rompió después *Chilivistra* en un reír histérico. Yo me puse muy serio ante aquel brusco retroceso á la realidad... En el resto de la tarde y á prima noche, logré con artificios de lenguaje, mezclando á las patrañas la verdad, llevar el sosiego al ánimo de mi amiga. Sin jactancia os aseguro que tuve un éxito de los más grandes de mi vida enamoradiza y donjuanesca. La severidad de *Chilivistra* se descuajaba y desleía como un témpano de hielo rodeado de llamas... Sus resquemores contra *Leona* quedaron reducidos á una infantil celera por aventuras retrospectivas en que ninguna parte tuvo el corazón de Proteo Liviano. Mi personalidad se creció á sus ojos, y echando el resto de mi táctica seductora, la dejé totalmente sumisa, tierna y acaramelada.

Aquella noche nos tuteamos por primera vez.

Y cuando nos entregábamos al descanso encadenó mi albedrío con un emplazamiento perentorio: «¿Vendrás resueltamente conmi-

go en el viaje que debo emprender para rescatar al hijo inocente del poder de un padre loco?»

Mi contestación fué categórica y rotunda: «Al fin del mundo iré contigo. No me arredran peligros ni distancias. Pasaremos si es preciso del mundo real al mundo quimérico, que es la región de la verdad eterna.»

### XIII

Casi automáticamente me llevaron mis pasos, no sé qué día, á la casa de *Leona*. El estado de constante alucinación, que balanceaba mi alma en impresiones de susto y regocijo, sustraíame la noción del tiempo y me daba sensaciones equivocadas de personas y lugares. La vivienda de *La Brava* se me antojó palacio suntuoso... La señora no estaba, según me dijo una linda criadita al abrirme la puerta. Pasé á la sala y al punto se me apareció *don Florestán*, en la misma facha y pergenio con que le conocí en el patinillo de Santa Lucía. Las molonas ahuecadas, según la moda del 40 al 50, ornaban otra vez su noble cabeza siciliana. Había vuelto el rosclo á sus pómulos, y á su perilla el negro humo de la sartén. Con voz opaca y un tanto medrosa me dijo: «Estoy trazando un documento importantísimo, con escritura notablemente burocrática y todo el primor de sellos y estampillas que han de darle la debida



eficacia como documento público... Perdóneme que le deje un momento, pues tengo que acabar mi trabajo ahora mismo. La señora no ha de tardar; ha salido en coche.»

A punto que desaparecía de mi vista *don Florestán*, se me presentó Leonarda, en cuya persona vi la más exquisita elegancia y distinción. ¿Era ya Duquesa de Mula? Sentóse á mi lado en un rico diván, y apenas me habló de diferentes cosas, ora políticas, ora privadas, advertí la discretísima forma y primor de su lenguaje. No usaba ya sin ton ni son las palabras finas, sino que las seleccionaba, aplicándolas con arte á la expresión de las ideas. Soñaba yo sin duda oyendo la dicción limpia de *Leona*, cual si pasara sobre ella toda la piedra pómez de la Academia de la Lengua.

Díjome mi dulce amiga que no tardaría yo en llegar á *la meta* de mis ambiciones si seguía con paso firme la senda que un *hado propicio* me señalaba. Como yo me manifestase dispuesto á seguir todos los caminos y veredas que los tales hados ó hadas me señalaran, añadió la ya retocada y pulida mujer: «Aunque no han de faltarte los medios monetarios para *dar cima* á empresa tan grande, padecerás un ataque de *inocencia paradisiaca* si crees que podrás salir de Madrid sin numerario. Tú eres pobre, yo rica...»

Diciendo esto sacó un portamonedas de malla de oro, y al ver yo que lo abría para darme billetes y monedas, me levanté de súbito, protestando. Mis primeras palabras, tré-

mulas y confusas, fueron: «¿Eres tú, Leonarda, la que á mi lado veo?... ¿Cómo has subido tan pronto á la cima de tus aspiraciones?... ¿Andan también en esto los hados benignos y las hadas traviesas?... Si mis ojos no me engañan, esta vivienda tuya es un lindo palacio... Agradezco tu oferta. Pero no puedo, ni debo, ni necesito aceptarla. Al mediar de todos los meses recojo yo en la portería de la Academia de la Historia la cantidad que para mis gastos asignada me tiene mi divina Madre... ¿No la conoces?... Mi Madre vive lejos de aquí, y rara vez se deja ver en estos barrios... Pasa temporadas en el Olimpo, con sus hermanas que, naturalmente, son mis tías... Algunas noches viene á esta casa mi tía *Doña Caliope* con los poetas que acá te trae de tertulia el rimbombante señor de los desafortados sombreros...

»Por descuido mío, por el desvanecimiento en que ahora está mi cabeza, he dejado pasar cinco días sin recoger los dineros de la Mamá cien veces augusta y soberana... Allá me voy ahora mismo... allá me voy... No me retengas; no dejes caer sobre mí el dulce peso de tu cuerpo blando y amoroso... No rodee mi cuello tu brazo... no me cautives... Adiós, *Leo...*» Recuerdo haber oído la voz tenue de Leonarda, diciéndome: «Adiós, Tito chiquitín y salado. Largo tiempo estarás sin verme. Adiós.»

El encontronazo que di al entrar en la Academia de la Historia me despertó. Había recorrido como máquina inconsciente un cor-

to espacio de las calles de Lope de Vega y el León. Una de las jambas graníticas que forman la puerta de la antigua casa del *Nuevo Rezado* me estropeó el ala del sombrero, desollándome ligeramente una oreja... Entré en el portal de la Academia, y la portera, señora de mediano viso, afable y un tanto redicha, me dió un paquetito rotulado á mi nombre con gallarda escritura de Iturzaeta. Apresurábame á romper los sellos de lacre para desentrañar lo que el paquete contenía, cuando la mano menudita de la portera alargó hacia mí un pliego voluminoso que al punto reconocí como de los llamados de oficio. En el sobre me daban tratamiento de Ilustrísimo Señor, y vi un sello que decía: *Presidencia del Poder Ejecutivo*. «¿Qué será esto?—me dije suspenso y turulado.

Como alma que lleva el diablo me eché á la calle, dándome un segundo trastazo contra la jamba de berroqueña, y al doblar la esquina de la calle de las Huertas metí el dedo en el sobre para rasgarlo y satisfacer mi curiosidad. Hice propósito de irme á mi casa para examinar allí detenidamente aquel embuchado misterioso; pero sumergido en la onda de mi propio afán, seguí sin sentirlo por toda la calle de las Huertas abajo. Lo primero que saqué del sobre fué un oficio, escrito en preciosa letra de pendolista, con la mar de rasgueos y primores caligráficos... Al final me decían que me guardara Dios muchos años, y que patatín y que patatán. Al principio leí que yo había sido nombrado... ¡Je-

sús, qué demonio será esto!... Me dió en la nariz olor de azufre, pez y otros ingredientes de la droguería infernal.

Con loca precipitación saqué del sobre otro papel. Era una carta firmada por don Eugenio García Ruiz en la que éste me decía que el Consejo de Ministros, después de la entrevista que yo celebré en la Presidencia con los señores Serrano, Martos, Sagasta y el infrascrito, vistos mis honrosos antecedentes, *etcétera*... examinadas mis altas prendas de reserva y diplomacia, *etcétera*... acordado había designarme como Delegado Secreto...

Con mano convulsa, después de restregarme los ojos para convencerme de que funcionaban en toda regla, saqué otro escrito del sobre y... ¡Santa Bárbara!... era un libramiento firmado por el Director del Tesoro y el Ministro de Hacienda señor Echegaray... ¡Ángeles divinos, excelsa Madre: venid en mi socorro!... Con sólo presentar aquel documento en la Administración de Hacienda Pública de Vitoria, me serían entregados *los primeros cincuenta mil duros, de los trescientos mil* que yo debía emplear en la corruptela y soborno de cabecillas carlistas... Lo demás se me iría entregando en otras Administraciones de Hacienda.

Poseído ya de una comezón epiléptica metí todo en el sobre para leerlo despacio en mi casa, y me encontré en el Prado, frente á la Platería de Martínez. Me paré en firme, y un rato estuve haciendo cálculos topográficos para ver qué camino había de tomar. Tras

un largo discurrir llegué á persuadirme de que por la calle de San Juan podía llegar á *la meta*, como decía mi amiga la Duquesa de Mula. Camino del Amor de Dios, y pasando como un borracho de una acera á otra, tropecé con varios transeúntes que me lanzaban hacia el arroyo.

Al cabo, encerrado en mi aposento patronil, traté de reconcentrar mi pensamiento, apurando la lectura de los azufrados papelerios contenidos en el sobre de oficio. Leí, releí: la duda y la certidumbre libraron descomunal batalla en las sombrías regiones de mi espíritu. Lo que más hondamente me alborotaba era el notición de mi conferencia con Serrano, Sagasta, Martos y García Ruiz, en la Presidencia del Consejo, como preliminar y fundamento del cargo de confianza con que el Gobierno me favorecía. Para sacar de aquel abismo de confusiones la verdad que había de tranquilizarme, me arrebujé en una manta, y hecho un ovillo me acosté en mi lecho, amparándome de la obscuridad y un silencio absoluto con el fin de que mi pensamiento trabajase á sus anchas... Ahondando en el problema llegué á creer que la tal conferencia era verdad... En esto, entró en mi camarín Ido del Sagrario con la siguiente ombajada, que refiero sin dilación para solaz de mis regocijados lectores:

«¿Qué hay, carísimo don José?—le dije fingiendo que despertaba.

—Ilustrísimo señor—me contestó,—ha estado aquí don Serafín de San José. No le dejé



pasar porque creí que Vuecencia no quería recibir á nadie.

—A Serafín sí, sí—exclamó saltando de la cama.—¿Y no ha dicho si está ya fuerte en la Partida Doble?

—Nada de eso me ha dicho, Ilustrísimo señor... y no le apeo el tratamiento aunque Vuecencia me lo mande... El recado y comisión que traía don Serafín era del tenor siguiente: Hallábase de guardia en la Presidencia del Consejo el día en que Vuecencia celebró una larga entrevista con el General Serrano y los Ministros de Gracia y Justicia, Estado y Gobernación. Vió á Vuecencia entrar y salir. Uno de los porteros de la Presidencia recogió un guante que á Su Ilustrísima se le cayó al bajar la escalera. El susodicho guante pasó á las manos del señor de San José para que se lo entregase á Vuecencia... y aquí lo tenéis.»

Mis asombrados ojos vieron el guante, pendiente de los trémulos dedos del filósofo, y de ellos lo cogí, diciendo con toda la naturalidad que afectar podía: «En efecto, lo eché de menos al volver á casa. Hágame el favor, señor Sagrario, de buscar en el bolsillo de mi gabán el otro guante, y cotójelos á ver si...»

—Aquí están los dos; son hermanos. El guante perdido y ahora recuperado es el de la mano izquierda.

—Bien, bien. Que me pongan el almuerzo en seguida. Y ahora dígame otra cosa: ¿está en casa doña Silvestra?

—No señor; hoy ha ido á confesar. Para mí que su conciencia está estos días necesitada de un buen limpión... Es un suponer: punto en boca... A Nicanora dijo esta mañana que quizás almorzaría con doña Delfina. Si quiere usted verla váyase al almacén de féretros y allí le darán razón.»

Almorcé sin apetito, y por la tarde no vi mejor manera de pasar el rato que lanzarme por calles y plazuelas, metiéndome más y más en la esfera de la incongruencia que era en verdad un mundo delicioso, poblado de indecibles encantos. A varios amigos encontré, y algunos de ellos me felicitaron reservadamente... «Ya sabemos que... ¡Menuda breva, amigo!...» Al caer de la tarde, mis pasos automáticos me llevaron á la calle de los Reyes. En la puerta de la armería de Calixto Peñuela vi á *Simón de la Roda* (Montero), que también me felicitó, lamentándose de no poder acompañarme en mi diplomática expedición.

Seguí luego por la calle de San Bernardino. Al pasar por las Capuchinas zumbaron en mis oídos voces, primero confusas, luego más claras, de mis familiares espíritus, que alegremente me saludaban, celebrando con blando gorjeo mi rápido avance en la esfera política y social. Aturdido y como asustado de mí mismo me metí en un coche de los que en aquel punto había y al cochero di las señas de mi casa, *Amor de Dios, 12*. El vehículo corrió por las calles con un traqueteo espantoso que me crispaba los nervios... y

no paró en la puerta de mi casa, sino en Atocha, 3, tienda de ataúdes y coronas para muertos. Ya vi que los hados me llevaban á donde querían. Entré, y á mi encuentro salió *Chilivistra*, que al verme se dispuso á volver conmigo á casa. Por el camino, cogiéndome del brazo para que anduviera derecho, me dijo:

«Por mi parte ya tengo arregladas mis cosas. A ver si acabas tú de una vez, para que partamos esta semana. Mañana no podemos irnos porque quiero asistir á la novena de los Misterios Dolorosos de Nuestra Señora. Pasado mañana tampoco, porque se celebra la fiesta de San Pedro Nolasco, de quien era mi padre especial devoto, y pienso encargarle una misa que oiremos los dos en la iglesia de las Trinitarias.»

Contestéle yo que estaba en franquía para partir en globo, en ferrocarril ó á caballo, y correr con mi dama hasta el último rincón del mundo. En casa ya, y sentaditos uno junto á otro en el sofá de los muelles punzantes, me dijo *Chilivistra*: «Aunque he confesado dos veces, no creo tener mi conciencia enteramente limpia de pecado. Seamos buenos, Tito, seamos juiciosos, y no nos lancemos á peligrosas aventuras sin llevar nuestras almas bien confortadas en el santo temor de Dios.» Asintiendo yo á cuanto me decía, todo mi afán era que diese la orden de marcha la dulce, antojadiza y un tanto histérica señora de mis atropellados pensamientos.

Un día entero me pasé en sueño profundo,

durmiendo la mona que contraje al sumergirme en las ondas en cierto modo alcohólicas del océano suprasensible. El largo sueño agravó la intensa embriaguez de mi espíritu, y por la noche, habiendo salido á que me diera el aire, me creí convertido en pompa de jabón que flotaba sobre los transeuntes, al ras de sus cabezas. Yo era una delgadísima esfera líquida, y temblando me decía: «¡Ay, ay; si reviento al chocar con cualquiera de estas cabezas, me deshago y no seré más que un salivazo mísero de agua jabonosa!»

Por fin llegó el momento del anhelado éxodo. Precedidos de baúles y maletas, salimos una tarde á punto de las siete para la estación de Atocha, y nos empaquetamos en el correo de Aragón. Mi bendita compañera se santiguó, una y otra vez, al ponerse el tren en marcha, y luego siguió rezando hasta más allá de Alcalá de Henares.

Ibamos mi dama y yo solos en un departamento de primera. Observé que Silvestra, al paso por algunas estaciones, consagraba devotas plegarias entre dientes á los santos locales. En Sigüenza rezó á Santa Librada; en Huerta á don Rodrigo Jiménez de Rada, creyéndole santo, y en Calatayud dedicó extremados soliloquios y santiguaciones á los *Divinos Corporales*, confundiendo á Calatayud con Daroca. Así se lo dije, añadiendo que el arzobispo de Toledo Jiménez de Rada no figuraba como santo más que en el cielo de la Historia. En tanto, yo no per-

día ripio para proseguir las lecciones que le venía dando á fin de corregir sus vicios de lenguaje, y debo hacer constar que ella demostró con su aplicación el provecho que sacaba de tales enseñanzas.

Aunque salimos de Madrid con el propósito de hacer nuestro primer descanso en Zaragoza, cambiamos de plan en Las Casetas, trasbordando al tren de Castejón. Ya era día claro cuando corríamos por la ribera del Ebro. Nuestro departamento iba mediado de viajeros, los cuales nos informaron de que no se podía ir más allá de Tafalla por la línea de Pamplona, y de que no había seguridad en la línea de Logroño y Miranda, pues se decía que los carlistas de la Rioja Alavesa intentaban vadear el río para ocupar á Cenicero. En vista de estas noticias y ansiando el descanso, nos quedamos en Tudela, donde tranquilamente pasamos la noche.

En la intimidad, sintiéndome yo poseído, por no sé qué fenómeno cerebral, de mi papel de Delegado Secreto, comuniqué á Silvestra todo el intríngulis de mi Comisión diplomática para traer á la paz á los cabecillas carlistas, mediante cebo contante y sonante. Más crédula que yo mi antojadiza y nerviosa compañera, se apoderó gozosa de la noticia, lanzándose á planear mi campaña, que fácilmente podía emparejarse con la suya. «Creo yome dijo en tono de firmísima convicción—que ese bandido de Cucala se venderá por veinte mil duros, ó quizás por menos... ¿Está por aquí el Maestrazgo?



—No, hija mía; el Maestrazgo lo hemos dejado á la espalda, al venir de Las Casetas. Mi parecer es que el primer pez á quien hemos de echar el anzuelo es el cura Santa Cruz, poniéndole una buena carnada de diez ó quince mil duros.

—Bastará con diez. Ya te diré yo cuál es el terreno en que ópera ese forajido, allá entre Tolosa, Betelu y la parte de Vera.

—Mi opinión... ¿á ver qué te parece?... es ofrecerle á Santa Cruz los diez mil duros, dárselos, y en cuanto veamos que se los mete en el bolsillo, cogerle, fusilarle, y en seguida quitarle el dinero, que puede servirnos para otro.

—¡Muy bien, Tito: qué talento el tuyo!— exclamó *Chilivistra* navegando por el piélago inmenso del desatino.—Pero fíjate, debemos ir primero contra los pejes gordos. Si se consigue pescar á Dorregaray con cuarenta mil duretes, á Cástor Andéchaga con veinticinco mil, y á otros tales, habremos hecho más que cogiendo en la red á los bicharracos de menor cuantía... ¡Ah! Pero ahora caigo en que ante todo tenemos que avistarnos con el Administrador de Rentas de Vitoria para que nos entregue...

—Ya, ya, el primer millón de reales— murmuré cayendo en honda perplejidad. Y en mi mente se representó la imagen del Administrador de Rentas como un ser escueto, peludo y rabilargo, que volvía del campo solitario de Zugarramurdi.

## XIV

Cediendo á los apremios de *Chilivistra*, que mostraba impaciencia febril, partimos en el primer tron del día siguiente hacia Logroño y Miranda. Al pasar por Calahorra no olvidó Silvestra sus preces por los santos patronos Emeterio y Celedonio, martirizados en aquella ciudad, y cuyas cabezas fueron hasta Santander navegando por el Ebro, el Mediterráneo y el Océano, en un barco de piedra. En Logroño, acordándose mi amiga de la prisión de su marido, formuló mirando hacia el pueblo este femenil apóstrofe: «¡Ah, pillastre! Más quiero verte vivo que muerto; más atado que suelto por esos mundos, llevándote á mi pobre hijo. Pero espérate un poco que ya te cogemos, tunante... Te compraríamos por cinco mil duros si no supiéramos que habías de jugártelos en seguida.»

Antes de llegar á la estación de Haro, tuvimos una detención de tres horas largas en medio de la vía, sin que nadie supiera por qué. Los viajeros, que entre unos y otros coches discurrían, hablaron de rotura de máquina. Después se dijo que no llegaríamos á Miranda. Un señor que entró en nuestro departamento porque en el suyo había demasiada gente, nos contó que las tropas liberales habían desalojado de La Guardia á los

carlistas. Aquel buen señor, regordete, comunicativo y al parecer de ideas avanzadas, dijo después: «Portugalete está en poder de los carlistas. Ya se sabe que Don Carlos ha repartido recompensas por ese golpe de suerte: á Dorregaray le ha hecho Teniente General y á Cástor Andéchaga Mariscal de Campo. ¡Bonito se está poniendo esto! A Bilbao lo tenemos cercado de carcundas. ¡Ay, mundo amargo, yo que tenía que ir allá para mis negocios!... ¿Van ustedes por casualidad á Vizcaya?» Contestéle que no por casualidad sino por obligaciones ineludibles, queríamos ir á Vitoria.

Nuestro desconocido acompañante, llevándose las manos á la cabeza, aseguró que no podría ser sin llevar un salvoconducto del Estado Mayor del maldito *Terso*, porque los carcas habían levantado la vía desde la Puebla de Arganzón á Nanclares. Repuso á esto Silvestra que si no había tren habría carros ó borricos, y que de algún modo llegaríamos, pues nos era indispensable abocarnos con el Administrador de Rentas de la provincia de Alava... Echado un remiendo provisional á la locomotora prosiguió el tren con marcha perezosa. Hacia las Conchas de Haro se plantó de nuevo como un cojo dolorido de sus débiles piernas. La segunda parada duró hasta el anochecer, y en ella tuvo tiempo el señor regordete para darnos noticia descriptiva y topográfica de la cruel guerra que asolaba el país.

No me detengo á referir los cuentos de

aquel buen hombre porque me urge deciros que llegamos á Miranda de Ebro entrada ya la noche, hartos del tren y de su cojera insufrible. En la fonda de Guinea, donde nos albergamos, diéronnos pormenores de la toma de La Guardia. Aunque Moriones llevó consigo bastantes fuerzas para dominar la Rioja Alavesa, aún quedaba en Miranda crecido número de tropas liberales.

A la mañana siguiente, dejando á *Chilivistra* en el lecho con un leve ataque de anginas, salí á recorrer el pueblo con idea de encontrar entre la oficialidad de los Cuerpos allí estacionados algún amigo que me orientase en la correría fantástica que había emprendido, acompañando á una dolorida señora de buen palmito y un tantico alocada. Tan sólo encontré á un Teniente de Puerto Rico llamado Palazuelos, á quien traté mucho en Madrid, el cual me abrió ruta fácil hacia Vitoria con esta indicación: «Proporcionese usted un carro, amigo mío, y agréguese mañana á la impedimenta de mi Batallón, que por orden de Moriones sale para la capital de Alava.» Corrí á llevar esta feliz nueva á mi costilla postiza, y me la encontró metida en fervorosos rezos á San Blas abogado de los males de garganta (festividad del 3 de Febrero), con lo cual y unas gargaritas de zumo de limón pensaba curarse totalmente de su angina.

Por abreviar diré que San Blas y el zumo de limón triunfaron en la garganta de *Chilivistra*, y seguida al pie de la letra la indica-

ción del amigo Palazuelos, al anochecer del 4 nos aposentábamos en la fonda de Quintanilla, en Vitoria... Atormentado por la idea de mi entrevista con el Administrador de Rentas, no pegué los ojos en toda la noche. Silvestra durmió á pierna suelta... En las primeras horas de la mañana me incitó á levantarme con fuertes voces, diciéndome: «Mientras yo me lavo y me arreglo veto tú á presentar tu libramiento al Administrador de Hacienda... Despáchate, hombre, despáchate... Sacude la pereza. ¿Será preciso que te ayude á vestirme?... Si tuvieras mi genio ya estarías en la calle, atento á tu obligación... ¡Hala, hala, despáñlate!... ¡Ay, qué pelmazo, Virgen Santa!... Me desesperas...»

Objeté yo que nada adelantaría con ir unos de las horas de oficina. Pero ella, con ademán despótico y voces displicentes, me soltó esta rociada: «Veto pronto, que algún tiempo has de necesitar para saber dónde están esas oficinas. Coge tus papeles y no me vuelvas acá sin traerte el millón de reales.»

No pasaré adelante sin duros detallada noticia del carácter complejo de aquella mujer, estudiado por mí á medida que iba observando sus diferentes facetas en el curso del trato íntimo. Era mimosa, blanda y flexible, cuando en ella dominaba el instinto marital, ó sea la irresistible necesidad de aproximarse al hombre. Era ferozmente autoritaria, tozuda y de palabra muy agria, cuando imperaba en ella la soberbia. Su misticismo, ó insana embriaguez de las devociones supersticio-



sas, prevalecía tan pronto como se le apagaba el ardor de las borracheras lúbricas.

En su conducta advertí una oscilación isócrona de péndulo: apenas se levantaba un palmo del lodo en que arrastraba su liviandad, emprendía rápido vuelo para subirse á una region de mentirosas estrellas, y de allí caía otra vez al fango. Del mismo modo, los arrebatos de su irritable amor propio alternaban en el curso diario de la vida con su mórbida humildad de fémína caprichosa. Había yo notado que durante semanas enteras comía vorazmente, sucediendo al buen apetito abstinencias de anacoreta. La conocí tierna y amante; la padecí poseída de celos absurdos y de locas envidias. En resumen; llegué á ver en ella una especie de relicario diabólico en el que estaban contenidos los siete pecados capitales.

Salí aquella mañana por las calles de Victoria en estado de ánimo semejante al de Sancho Panza cuando Don Quijote le envió al Toboso con la carta para Dulcinea. Largo rato divagué movido de una extremada confusión y perplejidad. ¿Presentaría mis documentos al Administrador de Rentas? Sentado en un banco de la Plaza de la Constitución, por hacer tiempo saqué mis papeles, y examinándolos una y otra vez, fijándome en todos sus rasgos y primores de caligrafía, los diuté por buenos, absolutamente fidedignos. Con esta idea me fuí como una flecha hacia el edificio donde me dijeron que radicaban el Gobierno civil y la Administración de Ha-

cienda. Pero al llegar á la puerta me sentí detenido por una mano que llamaré invisible y misteriosa. Así son todas las manos que en casos tales atajan á los personajes de novela, lanzados á veloz carrera por un fuerte impulso del corazón. Supersticioso miedo invadió mi alma. Oí la risilla de un diablo maleante y jovial, que á mi parecer salió de las oficinas armado de látigo, más bien zorro para sacudir muebles...

Me retiré, invocando á *Maricello* para que de aquella horrible turbación me sacase. Pero por más que la llamé con el pensamiento, y aun con la voz, la Madre angusta no vino en mi auxilio. Decidí al cabo volverme á la fonda, después de dar vueltas y más vueltas por las calles circulares de la parte vieja de la ciudad, sin otro objeto que justificar, con una prudente tardanza, el plan concebido para dar el pego á *Chilivistra*... Encontré á ésta ya vestida con su hábito negro de los Dolores, en el cual brillaba el emblema de plata: un corazón atravesado por siete lindas espaditas. Advirtiéndole en Silvestra el temblor de labio, signo infalible del punto culminante de su soberbia, me anticipé á su interrogación diciéndole con afectada serenidad: «Pues verás, mujer, lo que me ha pasado.» Y ella, con seca voz airada, balbució estas palabras: «Acaba pronto, majadero... ¿Traes el millón?»

Me senté risueño, simulando cansancio para desarrollar mi plan dialéctico, que fui exponiendo poco á poco en esta forma: «Es-

pérate un poco... Verás... Déjame tomar aliento... El señor Administrador es un caballero amabilísimo, pero...» Interrampióme Silvestra con estas frases cortadas, que tartajosas salían de sus labios: «Amabilísimo, sí... Será un maula... como tú... un perezoso... Te habrá mandado que vuelvas... Esa gentuza de oficina siempre tiene en la boca el *vuelva usted*... ¿Y cuándo?... ¿Esta tarde?

—Esta tarde no... Pero no te sofiques, no te precipites. Siéntate y hablaremos—dije yo, viéndola correr y dar vueltas como una pantera enjaulada.—Estas cosas no pueden resolverse de momento. Hay casos excepcionales. Verás. El señor Administrador que, lo repito, es hombre muy fino, me ha mandado volver dentro de unos días... ten calma... sin precisar cuántos días... Es que ha tenido que dar á las tropas de Moriones la paga de Noviembre y parte de la de Diciembre. Ponte en su caso, mujer. Ayer hizo el arqueo, y sólo tiene en Caja diez mil duros.

—¿Y por qué no te los ha dado ese bergante?

—Éres una pólvora. Espérate. Los diez mil duros están en calderilla. ¿Cómo quieres qué...?»

Largo tiempo invertí en desfogar el encendido temperamento de aquella hembra, que se ponía insufrible cuando le soplabá el viento de la soberbia. Dos medios había para domarla: ó apurar mis facultades *parlamentarias*, con refuerzo de halagos y carantoñas, ó coger una estaca y convencerla con razones

contundentes. Este sistema radical no lo había empleado nunca. Preferí en aquella ocasión el método de la verbosidad dulzona, y á la media hora de aplicarlo ya estaba la señora como un guante. Díjome que después de almorzar haría sus visitas á las familias de Vitoria con quienes tenía conocimiento y amistad. Los Baraonas eran los primeros á quienes pensaba visitar, porque con ellos uníanla estrechos lazos de parentesco. Después se vería con los Trapinados, Prestameros y Romarates. De todas estas familias, que eran fieles fanáticas del *Dios, Patria y Rey*, esperaba obtener salvoconductos para penetrar sin riesgo en el campo carlista. Cuando comíamos me dijo que, por decoro y honestidad, no era prudente que yo figurase como su acompañante. Parecióme muy sensata esta precaución y le manifesté que si sus amistades y parentela le pagaban la visita, yo me ocultaría discretamente.

Al disponer por la noche nuestra partida en dirección á Durango, itinerario marcado por la terca vizcaína, ésta se rebelaba contra la idea de dejar en Vitoria los diez mil duros, y en su desvarío llegó á proponerme que cargáramos con la calderilla, aunque para ello tuviéramos que alquilar cuantos carros fueran menester. Con nuevo gasto de saliva la disuadí de aquel disparate, asegurándole que con mis libramientos en regla bastaba para reducir á los cabecillas más inaccesibles al soborno.

En un mal carricoche, que alquilamos pa-

gándolo muy bien, partimos de madrugada por el camino real de Peña de Amboto y Ochandiano. Invertimos casi todo el día en llegar á este último pueblo por entorpecimientos de la carretera y por los sobresaltos que nos causaron algunas partidas volantes, de las que logramos zafarnos gracias á los salvoconductos de que se pertrechó en Vitoria lá tozuda señora que me llevaba de rodri-gón ó escudero.

En las agrias cuestas de la divisoria tuvimos que aplicar á nuestro desvencijado carruaje la tracción de una pareja de bueyes. En otras partes del camino, los deterioros causados por el temporal de lluvias nos obligaron á recorrer á pie largos trayectos. Estos desavíos, y el hambre que nos extenuaba por habérsenos olvidado la canasta de provisiones, moviéronnos á guarecernos en la Posada de Ochandiano para comer tranquilamente y pasar la noche. Gozosos entramos á disfrutar del abrigo de aquella casa, donde además de comodidades tuvimos agasajo y cariño. La patrona, que era una mujer fresca, guapa y de gigantescas hechuras, nos trató desde el primer momento con afabilidad campechana. Apenas cruzados lós primeros saludos entre la dueña del Parador y *Chilivistra*, lanzáronse ambas á parlotear alegremente en lengua vasca, dejándome casi á obscuras de cuanto decían.

La cena fué sabrosa, animada y familiar, sentándonos juntos en la misma mesa la patrona con dos hijos suyos de corta edad, Sil-



vestra, dos hombrachos de boina blanca con insignias, de Teniente el uno de Capitán el otro, y un servidor de ustedes. La posadera, cuyo asiento estaba frontero al mío, blasonaba de persona cortés, dirigiéndome frases en castellano macarrónico para indemnizarme del tedio que me producía el asistir en silencio á una conversación en vascuenco. «Esta señora—me dijo mi dama—se llama Polonia Zuazu y es sobrina carnal de nuestro amigo el cura Choribiqueta. Según ella, estás aburrido porque hablamos una lengua que no entiendes, y yo le digo que no debemos hablar castellano para que te acostumbres al son del habla nuestra y vayas aprendiéndola.»

No refiero pormenores de aquella cena ni del franco regocijo que en ella reinó, porque anhelo pasar rápidamente á otro pasaje más interesante. Encendida la vela hospederil en candelero de cobre, Polonia nos guió á la habitación que nos destinaba. Apenas encerrados en ella, vi que mi compañera frente á mí se engallaba con ojos fulgurantes, y el temblor de labio inseparable de sus accesos de ira. Absorto quedé al oír este absurdo propósito:

«Ya he sentido... bien segura estoy... que por debajo de la mesa... le pisabas el pie á Polonia... No lo niegues: tengo yo mucho pesquis para estas cosas... Y ella, la muy puerca, se dejaba caer pisándote á ti... Es claro como el agua... No se me han escapado tampoco las miraditas que cruzabais ella y tú.»

Grave y firme rechazé la indigna suposición de Silvestra. Pero ella, más enfogueta en su imaginaria celera, prosiguió de este modo, agriando la voz y sacudiendo mi brazo:

«La gran bribona me dijo que eres muy guapo... Creerás tú que yo no entiendo de estas cosas... Claro: como soy santita no sé nada del mundo... Te equivocas, sinvergüenza... Yo sé muy bien que las gigantonas gustan de los enanitos... y los chiquitines de las marimachos... Puedes irte con ella... No temas nada... El marido está lejos: sirve como tambor mayor en el 6.º de Navarra.»

De toda mi serenidad y paciencia tuve que valerme para refrenar la cólera. Cuantos argumentos me sugería la razón no bastaban para desvanecer el ridículo supuesto de aquella hembra desconcertada. Llegué á pensar que todo era invención caprichosa, histérica, para mortificarme. Por fin, con rotunda frase cortó la disputa. Ordenó á Silvestra que se acostara, y le dije que yo haría lo mismo, aplazando la cuestión para el día siguiente. Por fortuna teníamos camas separadas. *Chilivistra* se desnudó aprisa, esparciendo su ropa por el cuarto, y se metió en el lecho. Yo también me acosté.

Pero no pude disfrutar ni de un momento de calma porque la furiosa mujer me atormentó con fingidos lloriqueos, y con estos lastimeros reproches: «Podías hacerte cargo, hombre desvanecido y sin seso, de que por culpa tuya estoy yo en pecado mortal. Esto es tan verdad como Dios es mi padre. Yo vivía

en santa ignorancia de ciertos desvaríos, y tú has venido con seducciones infernales á manchar mi conciencia. ¡Ay Virgen mía! ¿Quién me había de decir que yo pasaría del estado angélico al estado de condenación por las artes de este pillete vicioso, sin ley ni Dios?»

Callado escuchaba yo tales desatinos, y mordiendo la sábana para no dispararme en denuestos contra Silvestra, me decía: «A esta loquinaria le rompo yo un hueso antes que amanezca, y si logro contenerme, mañana la dejo plantada, aquí ó donde me parezca mejor.» Furiosa *Chilivistra* porque yo no quería contestar á sus invectivas, me tiró una bota que vino á dar en mi frente. Más benigno que ella, contesté á su disparo tirándole una almohada. No acabó aquí el bombardeo. Viendo caer sobre mí la otra bota de ella, le arrojé yo las dos mías, á lo que contestó *la plaza enemiga* lanzándome un vaso de agua que tenía en la mesa de noche.

Ya no pude aguantar más. Me levanté. Vistiéndome con calma vi que Silvestra se volvía de cara á la pared y se arrebujaba en las sábanas, como para prevenirse contra el vapuleo que merecía.

## XV

Defendiéndome del frío con mi gabán y la manta de viaje me tendí en un sofá de Vitoria, no sin requerir mi cachava, cuyo auxilio

me pareció necesario en expectación de lo que ocurrir pudiera. Contra lo que esperaba, mi basilisco permaneció silencioso entre las sábanas, y á la media hora el rumor de su respiración me advirtió que se había dormido. Yo también descabecé algunos sueñecillos sobre el duro sofá.

Apenas entraron por las rendijas del balcón las primeras claridades del alba, me sorprendió la voz de *Chilivistra* en los tonos más dulces que usar solía cuando su magín recobraba el normal equilibrio: «¡Ay, Tito, ven! Hazme el favor. He despertado con terribles dolores en la paletilla derecha. ¡Ay, ay! Ya se me corren por la espalda hacia el costado. Acércate, dame unas friegas como tú sabes hacerlo, por toda esta parte. Anda pronto, que no puedo respirar.»

Acudí á ella, y sin hablar palabra le di los deseados refregones, recordando que había estado en un tris el dárselos de acebuche. «¡Ay, Tito—me dijo plañidera,—qué arisco estás! Ni siquiera me preguntas cómo he pasado la noche. Yo he dormido algo, ¿y tú?... ¿Pero qué haces, tonto? ¿Te vuelves al sofá sin decirme nada? Llégate otra vez aquí y friégame más fuerte, que aún no se me ha quitado el dolor.»

Mientras yo le raspaba la piel con verdadero ahinco, la fierecilla me habló de esta manera: «Ya recuerdo. Estás enojado por lo que pasó al acostarnos. Tú eres un gran pillo, y yo me disloco cuando me figuro que no me quieren... En mi cama tengo una de

tus botas y en la tuya deben estar las dos mías. Vaya, no se hable más de eso, y veamos en todo ello la fuerza del querer. Se me metió en la cabeza que le pisabas el pie á Polonia; esta idea, y el decirme ella que eres muy guapín, me sacaron de quicio.»

Había pasado el arrechucho. La gata nerviosa pedía reconciliación con suaves mayidos. Como siempre prefiero la situación de paz á la de guerra, accedí á las paces para evitar mayores disgustos. Junto á ella dormí largo rato, y ya serían las nueve cuando me despertó con fuertes empujones, diciéndome: «¿No oyes tocar á misa? Levantémonos, vistámonos á escape. Hoy no me quedo sin misa, y tú irás conmigo, que buena falta nos hace á los dos.»

Al volver de la iglesia, la simpática Polonia nos dió el desayuno en la planta baja de la casa, donde tenía taberna y estanco. Junto á nosotros tomaba la mañana el fornido carlistón en quien vi la noche antes las insignias de Teniente, el cual nos dijo que si á Durango íbamos él nos llevaría gustoso. De diez á once saldría en aquella dirección conduciendo un convoy de víveres. Aceptó Silvestra el galante ofrecimiento, y poco después emprendíamos nuestra marcha en un carro de la impedimenta carlista. Nada de particular nos ocurrió en el camino. A la caída de la tarde, cuando ya nos aproximábamos al fin de nuestro viaje, paró el convoy junto á un robledal espeso. El Teniente, que iba á caballo, se acercó á nuestro carro y nos dijo:



«Antes de seguir adelante, quiero decir á ustedes que yo me quedaré á cenar esta noche en una casa de campo que encontraremos cerca de San Pedro de Tavira. Es la quinta de Aizpurúa, hoy propiedad de mi prima Pepita Izco. Sabiendo que son ustedes amigos de Pepita, les invito á que pasen allí la noche. Estoy bien seguro de que en ello tendrá mucho gusto mi parienta.»

Al oír mi dama el nombre de Pepita Izco palideció, y su labio tembloroso indicó la inminencia de otro estallido de celos. De un brinco descendió del carro; yo hice lo mismo, tratando de contener los bufidos de su enojo ante los soldados que ya se arremolinaban en torno nuestro. Sin cuidarse del público que en derredor teníamos, el basilisco agarróme las solapas del gabán y me increpó en esta forma desatinada y virulenta: «¡Malvado! anoche, mientras yo dormía, concertaste con este Teniente... ya lo veo, ya... que te trajese á la casa de tu antiguo amor, Pepita Izco... ¡Bien, muy bien!... ¿Es ello propio de un caballero?»

Al decir esto me estrujaba, y llenando de arañazos mi rostro, me desanudaba la corbata. Yo no hice más que rechazarla con alguna violencia. El Teniente acudió á contenerla. Sofocado y casi sin aliento, apenas pude formular algunas palabras en mi defensa. «Esta señora está loca—afirmé.—Llévenla donde quieran. Yo me vuelvo á Ochandiano.» Y dejando á Silvestra rodeada de los del convoy, fui á sacar del carro mi maleta, para po-

ner en ejecución inmediatamente lo que había dicho. En esto, sentimos por el robledal toques de corneta y ruido de tropas. Era un destacamento de la división de Lizárraga, que según después supe iba á Portugalete.

Pronto se vió aquel trozo de la carretera lleno de soldados. El Capitán que mandaba á los de Lizárraga reconoció al instante á la fierecilla, y se fué hacia ella gozoso, saludándola con estas voces: «¡Oh, *Chilivistra*! ¿Tú aquí, mujer? ¿Qué te pasa, qué es esto?» Ella, lívida, las manos en alto, la boca espumante, vociferaba contra mí con los dieterios más atroces: infame, traicionero, burlador de mujeres honradas, enviado de Satanás...

En tanto, los del convoy me apartaban hacia otro lado, y por sus miradas y actitudes comprendí que todos se ponían de parte de la señora. Prodióse una confusión tan grande que no pude darme cuenta de lo que pasaba. Luego vi que el convoy se ponía en marcha, llevándose al basilisco en el mismo carro que hasta allí nos condujo. En pie seguía dando gritos, entre los cuales percibí estos acentos trágicos: «¡Matarle, fusilarle!»

El Capitán de la columna se llegó á mí, diciendo risueño y zumbón: «Hola, Tito, gran Tito, ¿viene usted á proclamar la *República Pontificia*?» Fijándome en él caí en la cuenta de que era un muchacho durangués, muy simpático por cierto, llamado Mendía y vecino de mi hermana Trigidia. Al reconocerle abrí mis brazos con éfusión, diciéndole:

«Amigo, déme usted un abrazo. ¡Qué alegría tan grande!

—¿Alegría dice?—exclamó el Capitán.—¿Y quiero abrazarme? ¡Pero si debo usted renegar de mí! Lo tengo á usted por hombre sospechoso. Conozco bien sus ideas, y seguramente no viene usted aquí á cosa buena. Me veo, pues, precisado á detenerle. Venga usted conmigo.

—Deténgame y lléveme á donde quiera. Es usted mi salvador.

—¡Su salvador!... ¿Por qué?

—Porque al librarme de esa tarasca me ha sacado de la más horrenda esclavitud. Dico usted que me lleva preso, y yo digo que esa prisión equivale á mi libertad.»

El Capitán ordenó á un soldado que llevara mi maleta, indicándome que á su lado marchara. Obedecí, y platicamos tranquilamente, andando por senderos para mí desconocidos. Cerrada la noche, entramos por ásperas cañadas entro matorrales espesos.

«Debe usted agradecerme, señor Tito—me dijo el Capitán,—que no le haya dejado ir á Durango, donde tiene usted no pocos enemigos; hay allí personas que desean cobrarle el bromazo que nos dió con aquella pampolina del *Imperio Hispano Pontificio*. Se ha librado usted de que le contesten al discurso con una tanda de cardenales... Además, le diré por si lo ignora, que su padre don Matías Liviano no está ya en Durango: hace un mes se fué con su hija Trigidia y sus nietos á Motrico, buscando mayor sosiego. Ig-

nacio Zubiri está en el Cuartel Real de don Carlos.»

La noticia de la ausencia de mi padre y hermana turbó un poco mi espíritu. Pero estas desazones, así como la idea de mi cautiverio, eran compensadas por la felicidad de haber sacudido el insufrible yugo de *Chilivistra*. A las dos horas de camino por terreno quebrado, vadeando arroyos y franqueando divisorias, empecé á sentir cansancio y desaliento, dándome cuenta de la gravedad de mi situación... ¿A dónde me llevaban? ¿Qué sería de mí entre aquellos hombres fanáticos, que subordinaban toda ley de humanidad á las absurdas pretensiones de un Rey de fantasía?... No estaba yo acostumbrado á las marchas militares sin descanso ni respiro. Aquellos sectarios de inflamado corazón y temple duro tenían piernas de acero. Para engañar el tiempo y la fatiga amenizaban la constante andadura con alegres cantorrios.

El Capitán callaba, y de rato en rato, con frase breve, hacía por estimularme á que pusiera mi paso perezoso al aire y compás de la columna incansable. Ladridos de perros venían á nosotros de una parte y otra, añadiendo las notas campesinas al tumulto de nuestras pisadas. Avanzaba la noche, fría y obscura, sin que el formidable aliento de los recios campeones, ávidos de tragarse las leguas y de medir con sus pies el terreno sin fin, diera señales de amenguarse. A la madrugada, ya era yo como un muerto que se movía por máquina... Al clarear el alba dis-

tinguí casas; vi algunos paisanos que salían á nuestro encuentro; oí terminachos y saluciones en vascuence. Entrábamos en un pueblo. Mis pobres huesos dieron gracias á Dios.

«¿Descansaremos en este lugar?—pregunté á Mendía. Y éste secamente me respondió: «Nosotros no descansamos; hemos de seguir á marcha forzada algunas horas más. Usted se queda aquí á disposición del Comandante de la Fortaleza. Se registrará su maleta y su ropa á fin de saber qué mensajes ó encomiendas trae. Deseo que no resulte nada contra usted. Adiós, amigo.»

En esto llegamos á una plazoleta empedrada y llena de baches. Vi acercarse á unos hombres de boina, embozados en sus capotes. Uno de ellos traía un farol que tristemente pestañeaba en la obscuridad, pues la aurora, mensajera del rubicundo Febo, apenas hendía los horizontes con sus dedos de rosa...

Metiéronme por angosta puerta en una tenebrosa estancia, y á la luz del farol macilento me tomaron el nombre, edad, profesión, etc. Mis respuestas se ajustaron completamente á la verdad. Luego hicieron registros escrupulosos en toda mi ropa, tentándola por una y otra parte, por si entre los forros sonaba ruido de papeles. Los que yo llevaba en el bolsillo, entre ellos mi credencial de Delegado Secreto y algunos apuntes, los entregué antes que me los pidieran. Después me quitaron las botas, sospechando que en ellas es-



condía algún parte ó reservada confidencia. Iguales pesquisas hicieron en el sombrero.

Cuando el registro hubo terminado, el que parecía jefe de los tres que conmigo estaban, me dijo en mal castellano: «Aquí quedarte á las resultas de lo que contenga el contenido de estas papelerías.» Sin más razones, reintegrado en el uso de mis botas, gabán y sombrero, lleváronme por un pasillo de dos ángulos y me metieron en un aposento cuadrilongo, donde vi, á la luz del consabido farol, por un lado un mal avío de estera, jergón y manta, y al otro una silla. En tan regio alojamiento me dejaron, recomendándome la paciencia con frases medio vascas, medio castellanas, y salieron cerrando la puerta con dos vueltas de llave y corriendo un cerrojo, que rechinó como risotada del Infierno.

Reconociendo aquel antro con fugaz mirada, pude apreciar en uno de sus muros una reja que daba al campo. El techo era de bóveda, las paredes renegridas, el suelo mitad de ladrillos, mitad de tierra. Mis pobres huesos me pedían el descanso, y yo lo pedí para ellos y para mi cerebro al hinchado jergón, que por ser de hoja de maíz tocó diferentes piezas de música cuando en él me acosté... Creo que de un tirón dormí todo el día y la noche siguiente. Anidaban en mi cárcel el tedio, la tristeza y la desesperación. Pero yo saqué del fondo de mi alma el caudal recóndito de mi estoicismo para defenderme de las ideas negras.

Corrían los días, sustrayéndome con su lentitud somnífera la noción exacta de su valor cronométrico. El único ser humano que me visitaba era una diligente abuelita, que me traía mi alimento por mañana y tarde: medio pan y una ración de rancho, no mal guisado, ni tampoco escaso. Mi carcelera, que no carecía de espíritu de caridad, solía dolerse de mí con palabras dulces y consoladoras dichas en una mixtura de vascuence y castellano que me hacía mucha gracia. Un día, no sé si al tercero de mi prisión, ó al octavo ó al quinto, me obsequió con estas frases que traducidas copio: «Mire, señor; le voy á traer, si usted quiere, á un curita del pueblo para que le vaya preparando.

—¿Preparándome?... ¿para qué?

—No se asuste, señor. Nuestra fe nos manda que tengamos la conciencia siempre muy limpia y muy ligerita de alas para poder volar hacia Dios cuando éste lo disponga. Nadie se ve libre de un torozón ó de un súbito á la cabeza. Por eso le digo: ¿qué pierde con estar preparadito?»

Llamaban á mi guardiana *Maribatista*, y era tan buena que de su cuenta me llevaba bizcochos, higos pasados, ó alguna otra golosina para mi regalo.

La primera visita que me hizo el jefe de la Fortaleza no fué anterior al décimo día de mi cautiverio, según mis imperfectos cálculos del curso del tiempo. Entró en mi calabozo una mañana, regañando con áspero acento á dos tagarotes que le acompañaron hasta

la puerta: «¡Pero qué brutos *seis!*—gritaba.—¿No *vos* dije que metierais aquí un *tal-burete*? ¿Queréis que el preso y yo hablemos *asentados* en una sola silla?» Pronto trajeron una banqueta, y al punto quedé solo con el terrible fantasmón que en aquel instante disponía de mi suerte. Era un viejecillo seco, de alta estatura, de manos sarmentosas. Si por su habla y acento se me reveló como hijo de Castilla, por su edad entendí que era un veterano de la primera guerra, reducido en la segunda á ejercer funciones sedentarias.

Con rudezas de forma, tras de las cuales traslucí un fondo de humanidad y cortesía, me dijo el viejo carlistón que mis papeles entrañaban prueba plena de intentos alevosos contra la causa del Rey, intentos que sin duda venían de muy alto, por lo cual, él y sus compañeros habían decidido remitir todo el papelerío al General en Jefe, á fin de que éste resolviera *lo procedente* en caso tan grave. Añadió que aún estaba yo vivo *motivado á que* él no quería cerrar mi boca antes que Lizárraga, Elío ó Dorregaray metieran sus dedos en ella, para saber de dónde venía aquella infamia de querer comprar á los jefes carlistas con el judío dinero liberal.

«Pues lléveme usted—dije yo con viveza,—lléveme pronto á presencia de uno de esos Generales, ante quien declararé, como ante usted declaro, que soy inocente y pruebas tengo de ello.» La respuesta de mi cancerbero fué indecisa, con un dejo de sorna caste-

llana: el General era quien había de decidir si se dignaba escucharme ó si por primera providencia debía yo ser pasado por las armas... Ya me lo dirían *para mi conocimiento y efectos consiguientes*.

## XVI

No me afligieron más de la cuenta estos siniestros augurios. Envuelto en la toga de mi resignación esperaba sereno las derivaciones probables de mi cautiverio. Además confiaba en el auxilio de mi divina Madre, que seguramente no me dejaría perecer á manos de aquellos bárbaros. Una noche desperté arrebatado de súbito alborozo y salté del jergón creyendo ver, viendo mejor dicho, el rostro inefable de *Mariclio* asomado entre los barrotes de mi reja carcelaria. Palabras fervorosas se escaparon de mis labios, y oí claramente esta contestación de la excelsa Señora, mil veces augusta:

«Nada temas, hijo: yo estoy al cuidado de ti. Imita mi paciencia, imita mi serenidad ante estas guerras tan inverosímiles ¡ay! como verdaderas. Estamos dentro de un absurdo vestido de realidad, Carnaval sangriento. Escribiremos una Historia que no será creída por los venideros, y al leerla, si es que la leen, pensarán que hemos escrito cuentos disparatados para educar á los niños en la barbarie y en la imbecilidad.»

Al recostarme de nuevo en mi jergón, dilucidaba yo con vagas cavilaciones si lo que había oído me lo dijo la Madre ó me lo cantaron las armónicas hojas de maíz, gimiendo bajo mi cuerpo... Rodaron días sin otra visita que la de la señora *Maribatista*, amén de las que me hacían de noche alimañas audaces, ávidas de aprovechar los restos de mi pitanza. La viejecilla continuaba dadivosa y afable, y me entretenía con amena charla mientras trajinaba en mi calabozo haciendo una limpieza elemental. Rara vez al traerme la comida dejaba de añadir alguna fineza, y una tarde me obsequió muy gozosa con un pedazo de mazapán y un Niño Jesús de alfeñique, obra de las monjas vecinas.

Hecho á la soledad y á la meditación pasaba yo mis horas revolviendo el copioso archivo de mi vida pasada, rememorando mis adversidades y bienandanzas, trazando síntesis históricas para un libro que seguramente no escribiría nunca, y comunicándome por la fuerza expansiva de mi espíritu con seres que me habían divertido sin hacerme ningún daño: *Leona la Brava*, *don Florestán*, *Graziella*, José Ido, sin olvidar las pedantescas figuras simbólicas de *Doña Gramática* y sus vetustas compañeras.

Una noche, después de beberme una botellita de vino blanco que á hurtadillas me llevó *Maribatista*, mi encendido cerebro me trajo la visita de seres, que si eran vivos fuera de allí, no eran dentro de mi calabozo más que simples fenómenos espectrales. El pri-



mero que entró fué Serafín de San José, el cual, fieramente, tirándome de los pies como para despertarme, me decía: «Si me hubieras traído contigo como Contador y maestro de Partida Doble, no te verías como te ves. Con la mitad del dinero que te dió el Gobierno para la compra de cabecillas, habríamos dado la paz á España... y con la otra mitad nos hubiéramos divertido tú y yo lindamente... Contando con este negocio ofrecí yo á Cabeza un aderezo de brillantes... y ahora ¿qué aderezo le daré, como no sea una ristra de ajos?... ¡ja, ja!»

Se me apareció luego *Graziella*, dando el brazo á un bulto negro en quien vi un esbozo de la figura de don Hilario. La diablesa, con mirada burlona, se sentó junto á mí, produciendo en la paja del jergón un ligero estallido de risa. «Para que salgas de estos trances, Tito salado—me dijo,—voy á ponerte en el dedo del corazón el anillo de Astaroth, hijo de Astarté, la infernal divinidad que yo reverencio.» Sentí en efecto el roce del anillo al entrar en mi dedo. El informe bulto negro tiró del brazo de *Graziella*, y ambos salieron dejando tras de sí los ecos ó salpicaduras de una cháchara zumbona.

No fué aquella noche sino otra, cuando la ingestión de medio azumbre de chacolí, obsequio de *Maribatista*, me produjo la visión de un espantable murciélago que se coló por la reja, y después de chillar revoloteando junto al techo, se posó cerca de mí, deslumbrándome con sus ojos de fuego. Era el propio

*don Florestán*, con su melena, perilla y pómulos pintados. De su hocico ratonil escuché estas grotescas manifestaciones: «Acabo de escribir al Séptimo Carlos una carta de su abuelo don Carlos María Isidro, en la que le dice que afane para sí todo el dinero que traes y te ponga en libertad, dejándose de más guerras y nombrándote su Chambelán Honorario.»

En una de las siestas que yo comúnmente dormía, me fueron á ver *Leona* y *Doña Gramática*. Dijome la primera que ya era Duquesa de Mula, y que para evitar la fealdad de esta palabra, la concesión del título decía: *Duquesa de la Mula del Nacimiento*. Había tomado á *Doña Gramática* como aya ó maestra del buen decir para no hacer mal papel entre la grandeza...

Segunda y tercera visita recibí del áspero Comandante castellano, y en ambas no hizo más que repetir ó parafrasear lo que me había dicho en la primera. Una mañana fuí sorprendido por bullicio de multitudes, congregadas en el campo que rodeaba mi cárcel. Más tarde, oí pasos y voces de tropas en acción. Sonaron tiros lejanos, algún tiro próximo, y á esto siguieron chillidos de mujeres no lejos de la reja de mi calabozo... Pensé que de aquella batahola podría resultar mi liberación; pero no fué así.

Al anochecer entró en mi celda el Comandante, seguido de tres descomunales guerrilleros, notificándome que el General de la División reclamaba mi persona, para some-

terme á un interrogatorio *conforme habla lugar en justicia*.

«¿Puedo saber á dónde voy?—le pregunté.

Y él, rígido y seco, me contestó repitiendo el cuento del loro: «*Usted, seor Tito, irá aonde ó leven.*»

Laconismo tan áspero me enfadó; pero el estoicismo selló mis labios. Sacáronme al pasillo y del pasillo á la calle, donde vi grupos de soldados que se iban á poner en marcha. Despidiíme el Comandante con una mirada lastimera y un saludillo militar. En cambio, los adioses de *Maribatista* fueron de ternura casi materna, con el aditamento de unas lonchas de jamón y unos bollitos, que me dió envueltos en un número de *El Cuartel Real*. Ya que la pobre mujer no pudo darme noticia del lugar á donde me llevaban, por ella tuve conocimiento del tiempo que había durado mi prisión. Cincuenta y dos días estuve recluído en aquel antro que, visto por fuera, se me representó cual un resto vetusto de construcción feudal. Como apenas podía yo tenerme á causa de mi dilatada inmovilidad, me metieron en un carro de víveres, atándome los pies para que no me fugara.

Y aquí me tenéis otra vez, llevado por vales y montes hacia lugares desconocidos, donde se decidiría la solución adversa ó favorable que mi Destino me deparase. La noche era fría y clara, con hermosa luna creciente, cielo limpio, atmósfera de hielo. Un individuo de los que custodiaban el carro tuvo lástima de mí y me cubrió con una

manta de munición. Al abrigo de ésta traté de adormecirme. Tocándome las manos y las sienes aprecié en mí un estado febril, y ello fué causa de que la pesada modorra me trajera visiones fraguadas en mi propia caldera cerebral, imágenes absurdas que al desvanecerse no dejaron rastro en mi memoria.

No sé decir á mis compasivos lectores en qué día y hora terminó el suplicio de mi segunda caminata, conducido por amenos valles y verdes montes en un convoy carlista. Sólo apunto que el sol alumbraba en el zenit cuando paró la caravana. ¿A qué lugar de Vasconia me habían llevado? No lo sabía. También ignoraba si el General que reclamara mi presencia era Lizárraga, Mendiri, Dorregaray ó Cástor Andéchaga, pues estos cuatro nombres sonaron en mis oídos durante la penosa marcha.

Desatados mis pies, dos mozarrones me llevaron en vilo á un aposento bajo, espacioso y mal oliente. Yo no podía moverme, debilitado por la inanición y abrasado por la fiebre intensísima. En mi horrible turbación pude hacerme cargo de que me hallaba en un improvisado Hospital de Sangre. Así me lo revelaron gemidos, ayes dolorosos que á mi lado sonaban... Un hombre, que por las trazas era médico, se acercó á mí, y después de reconocerme minucioso, ordenó que me arropasen con mantas ó capotes, prescribiendo brebajes de quinina y alimentación muy moderada.

Desde la visita del *físico* ceso en las referencias directas de mi persona porque estuve privado de conocimiento en largos días, conservando sólo un brumoso recuerdo de la horrenda sed, del amargor de la quina, y del repugnante gusto de los caldos que me daban.

Cuando mis sentidos empezaron á recobrarse, pude advertir que muchos de mis compañeros de Hospital se morían lindamente, y oí los azadonazos de los que á la parte de afuera les cavaban la sepultura. Otros, destrozados por las balas, venían á sustituir á los fenecidos... Mujeres, que parecían monjas por su parda vestimenta y luengos rosarios, andaban entre nosotros con blando pisar de alpargatas. Eran enfermeras bondadosas, calladas y solícitas.

Mi renacer á la vida fué un vertiginoso cavilar sobre la impía guerra civil, monstruo nefando que sólo me mostraba sus extremidades dolorosas. Dos Ejércitos, dos familias militares, ambas enardecidas y heroicas, se destrozaban fieramente por un *quitame allá ese trono y un dame acá ese altar*. No era fácil decir cuál de estos dos viejos muebles quedaba más desvencijado y maltrecho en la lucha. En sin fin de páginas de la Historia del mundo se ven hermosas querellas y tenacidades de una raza por este ó el otro ideal. Contiendas tan vanas y estúpidas como las que vió y aguantó España en el siglo *xix*, por ilusorios derechos de familia y por unas briznas de Constitución, debieran figurar



únicamente en la historia de las riñas de gallos. Así lo pensaba yo en aquellas horas siniestras de mi vida, y así lo pienso todavía.

Ahora voy á dar á mis joviales lectores un plato de gusto, contándoles que una mañana fuí conducido por las blandas mujerucas y algunos militares de indecisa graduación á una estancia del piso alto, ancha y luminosa, donde me dieron alimento escogido para fortalecerme en mi convalecencia. Diéronme también cama bien mullida, y en derredor mío vi un mediano ajuar de cómodos mueblecitos. Encontrábame allí como el pez en el agua y mi sorpresa fué tan grande como mi alegría cuando un vejeto modoso y limpio, de porte un tanto sacristanESCO, y una monja gordita, risueña y algo cojitranca, me dijeron que ya no corría peligro de ser fusilado. Por mi vida se interesaban personajes altísimos, y aun damas y princesas. No necesito decir cuánto me holgué de aquel feliz cambio en mi Destino... No riáis, parroquianos maleantes que entretenéis vuestra ociosidad con estas lecturas, no riáis y esperad lo que resta de mi cuento.

Mis nuevos guardianes no sabían qué hacer para facilitar de un modo grato mi reparación orgánica. Menudeaban las comiditas sabrosas, alternadas con tragos de confortantes licores. De añadidura, me asearon y compusieron, poniéndome muy elegantito. Por efecto de aquel dulce trato y de las cosas estupendas que pasaron ante mi vista, hube de reconocer en mí el trastorno más delicioso y la ensoña-

ción más bella que yo había gozado en mi existencia de historiador y de poeta. A la hora de comer presentáronme cierto día una linda mesa pulquérrima con todo el aderezo de vajilla y cristalería que pide un yantar lujoso. Mandáronme sentar en el único sillón colocado á la cabecera de la mesa. Frente á mí, á bastante distancia, había un gran ventanal, y junto á él extensa hilera de figuras femeninas cuyos rostros no podía distinguir por estar ellas de espaldas á la vivísima luz del sol. La figura del centro, si no era *Maricello* se le parecía mucho.

Dada la señal de empezar la comida por mis guardianes, que permanecían en pie detrás de mí, avanzaron hacia la mesa dos señoras de las que formaban fila junto al ventanal. La una era la titulada Reina doña Margarita de Parma, esposa de Carlos VII; la otra doña Isabel II, que aunque destronada conservaba su rango majestático. Ambas señoras recibían de manos del maestresala y de la monja los platos exquisitos y me los servían con soberana gentileza... Yo no sabía qué decir ante tan inauditos honores, y por no estar callado repetí con turbada voz los famosos versos: *Nunca fuera caballero—de damas tan bien servido...*

Del grupo de las señoras, destacáronse otras para compartir con las Reinas el honor de servirme: eran la Infanta doña María Isabel Francisca, viuda de Girgenti, y doña Blanca, esposa de don Alfonso de Borbón y Este... Las Reinas y Princesas, así como las otras

damas que ponían ante mí los ricos manjares, retirando después los platos ya vacíos, me agraciaban con sonrisas y donosos mohínes sin pronunciar palabra.

Inmóvil en su puesto ante el ventanón permanecía la Madre *Cillo*, como presidiendo la escena de cuento infantil en que yo era estupefacto protagonista. No pude contener mis ganas de conversación, y desde mi sitio dirigí á la Madre estas regocijadas expresiones: «Te veo, Señora, sin distinguir claramente tu semblante augusto. Pero aunque no te viera te reconocería por el bromazo que me das, ordenando que me sirvan de comer testas más ó menos coronadas y altísimas Princesas de sangre real. Ello es el signo fantástico de la soberana protección que concedes á tu siervo humilde, indigno amanuense de tus sacros Anales...»

¡Jesús, qué delirio! Por Júpiter y don Pedro Calderón, ¿soñar es vivir?... Dormí hondamente la mona, empalmando la tarde con la noche, y á la siguiente mañana, apenas me vestí y acicalé, llegóse á mí con su blando andar de alpargatas mi monjita guardiana, y así me dijo: «Un ayudante del Teniente General don Antonio Dorregaray ha venido con el recado de que ésto le espera á usted para conferenciar.

—¡Ah, no sabía...!—exclamé requiriendo mi gabán y sombrero.

—¿Pero no sabe que llegó anoche el General? ¡Pues poco ruido que hicieron las tropas al distribuirse en sus alojamientos! ¿Nada

oyó usted? Claro... ha dormido entre tarde y noche diez y ocho horas seguidas...»

Las últimas palabras de la buena señora fueron para decirme que estábamos en el valle de Luyando, y que corría la segunda quincena de Abril. Inmediatamente salí con el ayudante, que me llevó por la carretera, sorteando baches y montones de grava. A un lado y otro vi soldados que ocupaban caseríos y tiendas de campaña. En corto tiempo llegamos á un grupo de casas, entre las cuales se destacaba una con gran portalada señorial guarnecida de escudos. La muchedumbre de oficiales que vi al entrar, me indicó que aquél era el alojamiento del Teniente General Dorregaray. Subimos al primer piso, y el ayudante me metió en una estancia que parecía biblioteca, con alta estantería de nogal bruñido por el tiempo.

Retiróse el ayudante, después de decirme que esperase un momento, y á los diez minutos de estar allí vi aparecer al candillo carlista don Antonio Dorregaray, cuyo semblante conocía yo por los retratos que en aquella época prodigaban los periódicos ilustrados. Era un hombre fornido, membrudo, de negra y espesa barba partida, despejada frente y expresivos ojos. Desde el primer momento advertí en él cierta benevolencia mezclada de curiosidad. Hízome sentar frente á sí, junto á una mesa donde vi números de *El Cuartel Real*, una escribanía de cobre con plumas de ave mojadas de tinta, y algunos pliegos sueltos á medio escribir. Presidía la

estancia un retrato litográfico de Carlos VII, montado en brioso corcel de flotantes crines, que lanzaba por narices y boca los vahos espumosos de su fogosidad.

## XVII

—Inició el General nuestro coloquio con estas palabras corteses: «Días ha que deseaba yo hablar un rato con usted. Antes de tratar de los papeles que se le recogieron al ser detenido, debo decirle que han llegado á mí referencias de su persona. Por Carlos Calderón, á quien usted conoce, sé que es usted historiador de nota.

—De afición no más, mi General—respondí con modestia.—Mientras llega el caso de examinar los hechos históricos, me dedico á estudiar los caracteres que los producen. Al venir aquí me traje el bosquejo de la figura militar de V. E., y si quiere le daré una muestra de la escrupulosa fidelidad con que hago mis investigaciones.

—Suprima tratamientos y siga.

—Nació usted en Ceuta en 1823, y á los doce años ingresó como Cadete de Infantería en el Ejército de don Carlos María Isidro. Tenía usted el empleo de Subteniente cuando se acogió al Convenio de Vergara, pasando á prestar servicio activo en el Ejército Nacional. Con el mismo grado de Alférez guerreó usted á las órdenes de Oráa y Espartero para



someter á los carlistas que aún asolaban el Maestrazgo. Se batió usted en el sitio de Castellote y en la toma de Morella... El 48 y 49, siendo ya Teniente, operó usted contra la facción Montemolinista que se organizó en las Provincias Vascongadas, y por sus méritos le hicieron Capitán. En Julio del 54 se adhirió usted al movimiento de Vicálvaro, á las órdenes del General don Leopoldo O'Donnell, y ascendió á Comandante. Dos años después se le condecoró con la cruz de San Fernando de primera clase por su animosa conducta en las turbulencias que ocurrieron en Madrid. El 59 fué usted á la guerra de África en el Batallón de Alcántara, uno de los que componían la brigada de vanguardia del Primer Cuerpo, mandado por el General Echagüe. Tomó usted parte en las más lucidas acciones de aquella guerra, y el 9 de Enero del 60 se le dió, á petición suya, el mando de las fuerzas de presidiarios armados. En 4 de Mayo se le nombró ayudante de campo del General de la división en que servía, y en este puesto logró usted el grado de Teniente Coronel.

—¡Oh, qué hermosa guerra!—exclamó Doregaray, dilatando su espíritu en remembranzas placenteras.—¡El Serrallo, Castillejos, Montenegrón, Tetuán!... Siga, siga.

—Después de la guerra de África hizo usted servicio de guarnición en diferentes poblaciones, demostrando siempre sus grandes conocimientos en Táctica, Ordenanza y Ciencia militar. Poseía usted, además de la cruz de San Fernando concedida en 1856, la de

San Hermenegildo, que le fué otorgada el 58, y otra de San Fernando de primera clase, que se le dió por su bravo comportamiento en la batalla de Wad-Rás. El 62 se le imouso el hábito de la militar orden de Santiago... Vea usted, mi General, qué bien enterado estoy de los méritos y servicios del Teniente Coronel don Antonio Dorregaray hasta que, en los últimos meses del 68, sus ideas le llevaron á ingresar de nuevo en el Ejército absolutista.

—Está muy bien, señor mío—dijo Dorregaray, reforzando los conceptos con expresivas cabezadas.—Si completa usted el estudio de las personas con el examen imparcial de los hechos, será usted un historiador digno de tal nombre.

—Me falta decir que conozco y trato á muchos distinguidísimos militares que fueron y son amigos de usted: los hermanos Pieltain, Primo de Rivera (Rafael y Fernando), Martínez Campos, Pavía y Alburquerque, Nandín y Moya, ayudantes de Prim, Echagüe, Zabala, y algunos paisanos ilustres como el Marqués de Beramendi, el Barón de Benifayó...

—Bien, hasta ya—dijo el caudillo realista cual si quisiera apartar de sus ojos una nube de tristeza.—Tengo mis afectos repartidos en uno y otro campo... Pero dejemos esto, y vamos al asunto que motiva nuestra conferencia. Los papeles de usted... ese extraño nombramiento de Delegado Secreto para someter por el soborno á los jefes carlistas, paréceme monstruosamente falso por la enormidad del

intento, y verosímil por la perfección de la escritura. Conozco muy bien la firma de García Ruiz, que conmigo se ha cartado más de una vez; las firmas de Echegaray y del Director del Tesoro también me son conocidas, y por tanto...»

Hubo de interrumpir al caudillo, anticipándole mi sincera y leal explicación de aquellos farandulescos papeluchos. Eran un bromazo que me dió al salir de Madrid el más sutil calígrafo que existe en estos reinos. A la objeción lógica que vi apuntar en los labios de mi sagaz interlocutor, me adelanté diciéndole: «Naturalmente, se asombra usted de que yo, conociendo la falsedad de estos papeles, los haya traído conmigo al pasar del campo liberal al campo absolutista. Comprenderá usted mi torpeza cuando se entere de que padezco desvaríos mentales, que alteran temporalmente mi fiel apreciación de las cosas, y cuando de añadidura sepa que salí de Madrid bajo la sugestión insana de una mujer histérica, antojadiza y atrabiliaria, que me hacía ver lo blanco negro...

—Ya, ya. ¿Hembra tenemos? ¡Malo, malo! —exclamó don Antonio, conteniendo la risa y sacando del bolsillo del pecho los documentos de autos.—Entre los papeles del señor don Proteo Liviano hay un plieguecillo, escrito con lápiz en letra de mujer bastante garabatesa, que dice así: *Pesquemos primero á los pájaros gordos. A Dorregaray 50.000 duros. ... A Cástor Andéchaga 25.000... etc.*

—Me parece que con ese ridículo apunto

de la dama estrambótica que me acompañaba queda bien clara mi inocencia, y donde digo inocencia ponga usted tontería ó flaqueza mental.»

Antes de que me lo preguntase le di cuenta de mis amores con *Chilivistra*, del endiablado carácter de ésta, no bien conocido hasta que juntos emprendimos el viaje, de las querellas y ruidosas trifulcas que nos separaron, largándose ella con mil demonios á no sé dónde y cayendo yo en horrible cautiverio por más de dos meses, del cual me sacó la magnanimidad del hombre generoso en cuya presencia estaba.

«Por lo que aquí hemos hablado—dijo Doregaray,—y por los nuevos informes que de usted me dió esta madrugada Carlos Calderón al partir para Miravalles, queda usted indultado, señor don Proteo.»

En este punto se levantó, y rompiendo en cuatro pedazos los mágicos documentos que me acreditaban como corruptor de caudillos facciosos en el campo inmenso de la fantasía, los arrojó en el suelo con ademán desabrido... Creyéndome libre le pedí licencia para retirarme. Pero él, deteniéndome con un gesto, me indicó que aún faltaba algún rabito por desollar hasta poner término á nuestra entrevista.

«Ya sabe usted—me dijo—que hemos puesto sitio á Bilbao. Esta plaza tan importante no tardará en ser nuestra. Ahora no se nos escapa como se nos escapó en los famosos días de Luchana... Sabrá usted también

que Serrano y Concha embarcaron en Santander para Castro Urdiales, y piensan atacarnos por las líneas de Somorrostro.

—Es la primera noticia que tengo de eso, mi General. Soy un pequeño historiador que ignora la Historia viva que le rodea.

—¿Y tampoco sabe usted que con Serrano y Concha vienen Primo de Rivera, Martínez Campos, Tassara, Echagüe y otros amigos míos...?

—¡Qué he de saber, pobre de mí, si me han tenido ustedes más de dos meses encerrado en Yurre y en Luyando!

—Pues si está usted á obscuras de todo lo que pueda interesarme—dijo Dorregaray un tanto malhumorado,—quédese en libertad y tome la dirección que más le convenga.

—Considere, mi General, que adonde quiera que vaya tendré que pasar por entre tropas carlistas, y si éstas han de volver á encarcelarme prefiero que sea usted el que disponga de mi suerte, llevándome consigo.

—Me figuro yo, señor Liviano—indicó don Antonio con un dejo de socarronería,—que usted, hombre un tanto alocado y de imaginación que tira siempre á los desvaríos, querrá irse con los suyos, que á estas horas andarán por los vericuetos de Somorrostro. Yo le daré un caballejo, unas alforjas con víveres y salvoconductos para que vaya usted hasta Valmaseda, franqueándose de las tropas de Cástor Andéchaga ó Lizárraga, únicas que puede usted encontrar en ese camino. Desde Valmaseda póngase usted en manos de la



Providencia y de sus santos tutelares para llegar á donde estén los suyos, á quienes tengo por tan alecados y fantasiosos como usted. Dios se la depare buena... Otra cosa: si se tropieza usted con Arsenio Martínez Campos dígame que le espero... donde él verá. Adiós, amigo.»

Con todo rendimiento me despedí de aquel hombre que tan gallarda y generosamente se había portado conmigo. Para colmo de bondad cumplió al instante su oferta, proporcionándome un caballo con alforjas á la grupa. En ellas, junto con los víveres, acomodé mi ropa, desembarazándome del estorbo de la maleta. El mismo ayudante que me llevó á presencia del General, me entregó dos salvoconductos, en cuyas márgenes había trazado Dorregaray expresivas líneas recomendándome á Lizárraga y Andéchaga. Ganso de aprovechar el tiempo despedíme de mis buenos guardianes, y entre alborozado y medroso partí hacia el valle de Llanteno, dirección que me indicaron como la más fácil para llegar á Valmaseda.

No quiero entreteneros con pormenores de mi caminata, en la cual nada de particular me ocurrió. Al otro día, cerca de Santa Coloma, encontré tropas de Andéchaga. Hablé con el veterano cabecilla, que me acogió hidalgamente, invitándome á seguir en su compañía. Así lo hice, y en el lugar de Antuñano, el guerrillero me indicó la ruta más breve para llegar á Valmaseda, donde quizás encontraría tropas de Lizárraga. Mi jaco, que

era una buena pieza, me llevó en algunas horas á la capital de las Encartaciones, donde tuve la suerte de no topar con la facción de Lizárraga y sí con un buen almuerzo caliente que me restauró de cuerpo y espíritu. Eran las diez de la mañana de un día de Abril, cuyo número estaría seguramente en los almanaques, pero no en mi flaca memoria.

Después de dar á mi valiente rocín el descanso y pienso que se le debían, me lancé á la ventura por un camino que á mi parecer al encuentro de Serrano y Concha me llevaba. La Providencia iba conmigo. ¿Iría también invisible mi excelsa Madre? Dígolo porque unos aldeanos, á quienes pregunté si me había equivocado en el camino de Múzquiz, me respondieron: «Va bien, señor; tuerza por la carretera que encontrará pronto á mano derecha, y todo seguido llegará, si le dejar *los cristinos* que andan por esos montes.»

Seguí la indicada ruta, y al meterme en las encañadas de una sierra (que según después supe se llama de Saldoja) me vi sorprendido por una turbamulta de soldados carlistas á pie y á caballo, que en veloz retirada venían hacia Valmaseda. Eran sin duda los vencidos en un reciente combate. Sus caras atristadas, su andar presuroso, las inflexiones de su lenguaje vasco que unidas al ademán resultaban inteligibles, me revelaron que iban en humillante fuga. Algunos me injuriaron, en otros advertí una hostilidad nada tranquilizadora. Tuve miedo de que, por lo menos, me quitaran el jaco, ya que

no descargasen en mi propia persona la rabia de su vencimiento...

Cuando pasaban los últimos de la dispersa manada, mi buena suerte me deparó á la derecha del camino una venta ó parador. Pican-do espuelas á ella me fuí, con ánimo de guarecerme por si venía nuevo tropel de guerre-ros desmandados. En la venta sólo había dos mujeres, las cuales, á mis primeras palabras en demanda de hospitalidad me contestaron en purísimo castellano y con acento muy cortés. Eran de Castro Urdiales, hija y ma-dre, y estaban solas porque los dos hombres de casa habían tenido que ir con sus carros, llevados á la fuerza, á portear víveres y mu-niciones en un convoy de Mendiri.

«¡Ay, señor!—me dijo la más joven.— Desde ayer, por todo el terreno de aquí á Somorrostro, en los altos de Las Muñecas y en la parte de Montellano, no han cesado los tiros de fusil y los zambombazos de la Arti-llería. Todavía hay para rato y no se sabe quién lleva las de perder. Ha venido de Ma-drid, según dicen, un General que llaman el de la Concha con otros tales. El Serrano pa-rece que ahora va por delante. ¡Menudas trapatiestas vamos á tener, señor!»

La vieja, que con mirada de águila explo-raba las lejanías, saltó diciendo: «Me *paiz* que al carlista le zurran la badana. Hacia aquí vienen algunos más, huyendo de la quema. Por la encañada de allá abajo veo un montón de ellos, *espavoridos*, que corren bus-cando la vuelta de Güeñes. Señor; si es usted

moro de paz, puede guarecerse en el pajar hasta que pase esta tremolina. Comida no tenemos, como no sea un poco de cecina que asaremos en las brasas. Vino sí lo hay, y no faltan cerezas en aguardiente.»

Cuando esto decía la buena mujer, arreció de un modo espantable el tiroteo, y distinguíamos el humazo de los disparos como blancos vellones que surgían incesantemente los términos remotos. Quedéme en relativa tranquilidad al abrigo del ventorro, y al amparo de aquellas tal vez encantadas princesas, que así curaban de *mi rocino* como de mi humilde persona. Todo aquel día duró el estampido de las lejanas batallas. La ventera más joven me señaló diferentes puntos de donde venía ruido de volcanes en erupción, entre ellos unos picachos que á mano derecha y á larga distancia se parecían, donde el humo de la pólvora formaba espesa nube.

Relacionando días después aquella visión con lo que en el campo liberal me contaron, vine á comprender que mi ventera me había señalado, sin saberlo, el formidable paso del General Concha por los desfiladeros de Las Muñecas. Como he dicho, todo el día siguió el tremendo chocar de ambos ejércitos, y durante la noche, agazapado en el pajar, oí distintamente el zumbido aterrador de los carlistas en retirada por los caminos y veredas colindantes.

El día siguiente amaneció cerrado de nieblas. Desde muy temprano empezó el fuego

de fusilería y cañón. Salí de mi escondite, advirtiéndole que el ruido bélico se extendía marcadamente hacia mi derecha. Nada se veía. Pedí á la mesonera anciana noticia de los lugares que la niebla blanquecina en aquella dirección ocultaba, y me dijo: «Lo más cerca por ese lado es Avellaneda; luego sigue Galdames de Suso y de Yuso; después Abanto, y al cabo Portugalete.»

Arreció el rumor de batalla conforme avanzaba el día. Por la tarde llegaron al parador dos viejos, con la noticia de que los carlistas habían sido destrozados y de que el Ejército *Cristino* también tenía muchas bajas... Horas después vimos que por una loma distante pasaban de izquierda á derecha tropas que parecían liberales. No pudiendo contener mi curiosidad impaciente enjaecé mi caballo, y despidiéndome de las bondadosas mujeres, me lancé á buen trote en la ruta que me pareció conducente al lugar de Avellaneda... Antes de anoecer me encontré cerca de los míos. Alegría retonzona inundó mi alma. Metiéndome entre ellos reconocí el Regimiento número 38, *León*.

## XVIII

Al instante me puse al habla con los soldados que consideraba como mi familia política y militar. Entre los oficiales reconocí á un joven Teniente, sobrino de don Romualdo



Palacios, el cual me dijo que las divisiones de Letona y Martínez Campos estaban ya cerca de Portugalete, pues las líneas carlistas habían sido forzadas y el enemigo, poniendo pies en polvorosa, dejaba libre el camino de Bilbao. Descansamos algunas horas en Avellaneda, y al salir de madrugada con el mismo Regimiento, vi el suelo, á un lado y otro del camino, sembrado de cadáveres. A las cuatro horas de marcha oí de nuevo fuego lejano. Dijéronme que hacia Galdames de Suso se estaban batiendo todavía. Encontramos tropas que creo eran de la retaguardia de Martínez Campos. Muchos hombres se ocupaban en enterrar muertos. Era un espanto, un horror. ¿Y esto para qué? ¿Qué finalidad tenían aquellos cruentos combates, con sacrificio de tantas vidas generosas? Luego os diré, lectores de mi alma, las ideas que empezaron á bullir en mi mente al presenciar la pavorosa escena.

Entre los oficiales que dirigían los enterramientos encontré á Palazuelos, aquel Teniente que en Miranda facilitó mi viaje á Vitoria con la enfadosa *Chilivistra*. Abrazándome me dijo: «De *Puerto Rico* he pasado á *Saboya* número 6, y aquí me tiene usted, en la División de Martínez Campos.» Aquella misma tarde, pasado Abanto, Palazuelos y dos oficiales más, despachando juntos y aprisa un ligero tente-en-pié, me hicieron una descripción sintética de las bravas acciones que franquearon el paso hacia la ría de Bilbao. Contáronme la muerte de Andéchaga y el audaz

movimiento del Marqués del Duero por la cumbre de Las Muñecas, que envolvió al enemigo atacándole de flanco hasta ponerle en dispersión presurosa.

Según el relato de aquellos amigos, las pérdidas nuestras habían sido dolorosas. Mucho más lo fueron las de los carlistas. Los cadáveres eran como jalones que marcaban el paso de la Historia en aquellos trágicos días... Amaneció el 1.º de Mayo, día feliz en concepto de los liberales. Colocado yo en un altozano próximo al lugar de Cabreces, viendo á nuestro Ejército en el término de aquella jornada truculenta, lancé al aire vago y á los vapores de la tierra ensangrentada pensamientos que si entonces tenían algo de profético, luego se resolvieron en una apreciación clara y justa de la hispana vida. Sin duda me inspiraba la Madre, cuyo aliento fecundo penetró en mi cerebro; sin duda la Madre augusta me sugirió después el criterio clarísimo con que, andando el tiempo, he podido juzgar los sucesos que entonces vi... Escribo estas líneas cuando el paso de los años y de provechosas experiencias me ha dado toda la claridad necesaria para iluminar el 2 de Mayo de 1874.

Ved aquí lo que pensaba y pienso: liberales y carlistas se desgarraron cruel y despiadadamente por dos ideales que luego han venido á ser uno solo. ¿Cabe mayor imbecilidad de una parte y otra? Los liberales derramaban á torrentes su sangre y la sangre enemiga sin sospechar que entronizaban lo

mismo que querían combatir. Los carlistas se dejaban matar estoicamente ignorando que sus ideas, derrotadas en aquella memorable fecha, reverdecerían luego con más fuerza de la que ellos, aun victoriosos, les hubieran dado.

El 2 de Mayo, la suerte me deparó el honor de acompañar al General Concha cuando en un vaporcito entró por la ría de Bilbao hasta llegar al casco de la ciudad, recién liberada de un sofocante asedio. No puedo describir el júbilo del vecindario. Era una locura, un delirio. Las aclamaciones abrasaban el aire, infundiendo en las almas el fuego de una nueva vida. Bilbao creía que inauguraba una era de grandeza nacional, de cultura, de emancipación del pensamiento, de todo cuanto podían dar de sí la pujanza mental y la nativa riqueza de aquel pueblo. Al recordar hoy los sublimes momentos de aquel día, ayes de gozo, alaridos de esperanza, me parece que oigo burlona carcajada del Destino. Sí, sí; porque la Restauración primero, la Regencia después, se dieron prisa á importar el jesuitismo y á fomentarlo hasta que se hiciera dueño de la heroica Villa. Con él vino la irrupción frailuna y monjil, gobernó el Papa, y las leyes teñidas de barniz democrático fueron y son una farsa irrisoria.

Los desdichados carlistas, que entonces lloraron su retirada, vinieron luego á instalarse sin rebozo en la ciudad opulenta, y á dar en ella carta de naturaleza á las ideas sombrías que no pudieron imponer con las

armas. Pero si el hierro vizcaíno ha servido para forjar las cadenas que cercan la vida de un pueblo llamado á influir derechamente en la reconstrucción de España, también las almas oprimidas recibieron del acero la dureza y temple con que han de romper algún día el asedio moral que les ha puesto la barbarie... Hablando de esto no hace mucho, la excelsa Madre me dijo: «Tito del alma: aquellas peleas que viste el 74 fueron juego y travesuras de chicos malcriados.»

Pasados los ruidosos alegrones del 2 y 3 de Mayo en la invicta Villa, me instalé en Portugalete, acomodándome en la propia casa donde se alojaban el Teniente Palazuelos y otros amigos de *Saboya y Ciudad Rodrigo*. En aquel período de descanso menudecaron las comilonas en diferentes sitios próximos á la ría, pues ya se sabe que donde hay bilbaínos no pueden faltar las alegres cuchipandas campestres. En una de éstas me contaron (no respondo de la veracidad) que los Generales afectos á la dominación borbónica propusieron á Concha la proclamación del Príncipe Alfonso, como el mejor entretenimiento para pasar el rato. Mala cara puso el General en Jefe al oír tal despropósito, y aun se dijo que reprendió ásperamente á los que con tanta prisa querían atropellar los acontecimientos...

El 13 de Mayo, bien presente tengo la fecha, emprendimos la marcha... El General Concha, con noble ardimiento, quería llevar la guerra á lo que él llamaba *el corazón del*

*carlismo*, Navarra... Acompañando á los de *Saboya* me puse en camino, montado en el trotón que me dió Dorregaray. Mi cabalgadura, con el largo descanso y los buenos pensamientos, iba tomando trazas de corcel brioso y era la envidia de mis amigos. Estos, con graciosa burla, le pusieron el nombre de *Babieca*. Por la misma ruta que yo había traído fuimos con otros muchos Regimientos y Batallones hasta Valmaseda, donde pernoctamos. Al día siguiente recorriámos el Valle de Mena hasta Bercedo y Medina de Pomar.

No describiré los movimientos de la numerosa hueste que llevaba consigo don Manuel de la Concha... Sólo diré que de Medina de Pomar marchamos á Villasante y desde allí seguimos por el Valle de Tobalina, orilla izquierda del Ebro, en dirección de Sobrón. Interpretando mal el pensamiento de nuestro General pensé que nos llevaba á Miranda. Pero no fué así. Desde Puentelearrá fuimos á Salinas de Añana; allí supe que Concha, al frente de una división, había entrado en Orduña, donde impuso un fuerte tributo, volando después la fábrica de pólvora. El 18 de Mayo, se reunieron en Nanclares las diferentes fuerzas de aquel Ejército. El 19 estábamos todos en la capital de Alava.

En los cinco ó seis días que pasé en Vitoria ocurrieron acontecimientos históricos de extraordinaria importancia, y me apresuro á referir el que estimo de mayor interés: mi repentino encuentro con la destornillada mujer á quien los Anales de *Olio* dieron el claro



nombre de *Chilivistra*. Iba yo por la calle de la Zapatería, abstraído en vagos pensamientos, cuando un sisco que no podía confundir con ninguna otra expresión humana me obligó á detenerme. Era ella, ¡Dios!... Hacia mí vino presurosa, alargando los brazos como para estrecharme en ellos. ¿Qué había de hacer yo? Dejarme abrazar, dejarme besuquear, recibiendo en el rostro su saliva y sus lágrimas, y oír estas lastimeras voces entremezcladas de amargor y dulzura:

«¡Ay, Tito de mi vida, lo que habrás sufrido!... Cuéntame... ¿Has estado preso en el campo carlista?... Culpa mía fué tu desgracia... ¡Perdóname!... Muy mal me porté contigo, lo reconozco... ¡Ay; cuando te encuente yo mis infortunios verás á qué pruebas tan duras me ha sometido el Señor!... ¡Oh, qué dicha tenerte á mi lado!... Hace días que no ceso de pedir á la Virgen Santísima me conceda el favor inefable de recobrarte... La Virgen me ha oído... y aquí estás... aquí te tengo... Dime tú ahora: ¿has venido con ese Concha?...»

Los atropellados conceptos de Silvestra no tuvieron fin hasta que accedí á llevarla conmigo, colgada de mi brazo, por las calles curvas de la ciudad vieja. Observé en *Chilivistra* una desdichada transformación de la persona en lo tocante á la vestimenta y alíño del rostro. Venía mal trajeada, el cabello en desorden, ojerosa, revelando el descuido de las artes de tocador con que acicalar y componer solía su faz bella. Lo primero que

me dijo al sosegar su ánimo fué que acababa de salir del convento de las Brígidas, donde había permanecido tres semanas en durísimos ejercicios espirituales, con toda la severidad de ayunos y mortificaciones y el sin fin de rezos que le fueron impuestos por su confesor. La causa de estos rigores me refirió en seguida con la tranquilidad propia de un alma cristiana. Había sufrido tan áspera penitencia para limpiar su alma de los pecados más graves á que nos induce la humana flaqueza.

«¡Ay, Tito adorado! —prosiguió parándose frente á los pórticos de la Colegiata de Santa María.—Éntremos en la casa del Altísimo y en ella te contaré... Quiero que seas mi segundo confesor...»

En la cavidad oscura del templo, Silvestra me guiaba como lazarillo, pues mis ojos deslumbrados por la luz solar nada veían. Ella, como rata de iglesia, iba fácilmente de una parte á otra en el recinto tenebroso. Nos sentamos en un lustroso banco bajo el coro. En el fondo de la nave y en alguna capilla distinguí macilentas luces, que con el tintineo de campanillas me indicaron que había misa en algunos altares. Como *Chilivistra* había oído ya tres, puso más atención en mi persona que en el Santo Sacrificio.

«Te contaré mis ansias—me dijo con susurro,—sin ocultarte los horrendos pecados que me han traído á esta tribulación. Todo lo sabrás. No quiero tener secretos para mi Tito, que es bueno, indulgente, y sabe perdonar...

Pues verás: estuve unos días en Durango, otros en Elanchove, donde me ocurrieron cosas que hoy tengo por secundarias y te las contaré después. Vamos á lo principal, vamos á lo gordo. De mi tierra me vine aquí, atraída por la amistad de mis parientes los Baraonas, y al mes de estar en Vitoria haciendo vida de recogimiento y devoción, conocí á un sujeto que dió en acosarme y perseguirme con requerimientos amorosos. En todas las casas conocidas, así los Romarates como los Trapinados y los Prestameros, me lo encontraba. Es un hombre que ya pasó de la juventud y aún no está en la madurez de la vida, muy pulcro y atildado, de trato finísimo y palabra dulce y sonora, como nacido en el riñón de Castilla, Avila, patria de Santa Teresa de Jesús.

—Y ese señor tan finústico—dije yo, poco interesado en aquella historia—¿será también místico y extático como su paisana?

—No te diré que sea místico—prosiguió *Chilivistra*,—pero de palabritas devotas y de lindas frases tocantes á la Santa Religión, y aun á la misma Teología, se valió el muy tuno para cortejarme... No te rías... El buen señor estaba desatinado por mi frialdad y resistencia. Me esperaba en la calle, y andando junto á mí, en voz baja me decía cosas... ¡ay, Tito, qué cosas!... La verdad... tiene el hombre una imaginación, una labia, un modo de expresarse que... vamos... Yo, muerta de vergüenza, callaba y me ponía muy colorada... Una tarde me llevó á la Florida y

nos internamos en los paseos más reservados.

—Vaya, mujer, acaba pronto. ¡Tantos rodeos para venir á parar en...!

—Si el hombre se hubiera mantenido en el terreno del amor puro, ó como quien dice platónico, menos mal. Pero buscaba el melindre, quería llevarme á la deshonestidad, al desenfreno, á la impureza... Una noche, paseándonos por la Plaza, sentía yo mucha sed porque había comido bacalao asado... Llevóme á una Cervecería para que refrescáramos... ¡Ay, perdóneme Dios el mal pensamiento!... Yo creo que aquel hombre me echó en la copa de cerveza una droga endiablada, incitativa y *calórica*, que me trastornó por completo.

—En fin, que...

—Sí, hijo, sí... ¡Qué desgracia, ay!... Como él es viudo y vive solo, iba yo á su casa... De este desvarío, que fué sin duda obra del Enemigo Malo, resultó para mí el bochorno que puedes imaginarte... Todo el pueblo se enteró. Los Baraonas, los Trapinados, los Prestameros, los Romarates... ¡ay!... me dieron de lado... Ahora que conoces mi mal, Tito mío, te diré lo que ha de causarte admiración y espanto. Aquel hombre que me arrastró al pecado con maleficio y artes corruptoras es... ¡asómbrate, Tito!... es el Administrador de Rentas de Vitoria.»

Antes que compadecer á *Chilivistra* sentíme inclinado á reirme de su simplicidad. Mi estupor subió de punto cuando me dijo, cam-

biando el tono patético por el que familiarmente usamos en los negocios: «Comprenderás que con Eulogio Mentirola, que así se llama el asaltador de mi virtud, hablé de tu Delegación Secreta, y más de una vez me dijo que tiene orden de pagar los libramientos y espera que tú vayas á cobrarlos. Ya lo sabes. Si quieres, yo te llevaré á su casa ó á su oficina, identificaré tu persona y...»

Para mi sayo me dije: «Esta mujer está loca rematada y lo mejor que puedes hacer, Tito, es poner tierra por medio.» Y en alta voz proseguí: «Pero tú, después que el confesor te sacó de ese oprobio y con la penitencia y los ejercicios espirituales en las Brígidás has restaurado tu pureza, ¿vuelves á caer en las garras del espíritu maligno?

—¡Ay, hijo... si supieras! El me persigue, me acosa, no me deja vivir... Anhele ser buena y no puedo... Pero esto acabará, si tú quieres, Titín. Decídete: te presentas á Mentirola, cobras el primer libramiento y yo, aquí donde me ves, estoy dispuesta á ir contigo para tender el anzuelo á Dorregaray... Ya te dije que ese es el primero á quien debes enganchar... En Oñate le tienes: me consta.»

Comprendiendo ya que la enajenación mental de la pobre Silvestra no tenía remedio, la compadecí de veras. Díjome que vivía con la familia del Capellán de las Brígidás y que á la mañana siguiente me visitaría en mi hospedaje, fonda de Pallares. Dicho y hecho: estaba yo vistiéndome cuando se me-



tió en mi cuarto, y con lenguaje atropellado y febril, viva expresión de su demencia, repitió la enmarañada historia: el Administrador... el libramiento... los cincuenta mil duros... Oñate... Dorregaray...

Fingiendo pesadumbre le dije: «Hoy no puede ser. Dejémoslo para dentro de unos días. ¿No sabes lo que pasa? Tenemos interceptado el camino de Aránzazu y Oñate. Dorregaray, que ha sustituido á Elío en el mando en jefe del Ejército carlista, ocupa los altos de Arlabán. Hoy saldrán de aquí fuerzas considerables que manda Concha para batir á don Antonio si se atreve á bajar al llano.» A esto añadí el socorrido embuste de que tenía que unirme inmediatamente al Cuartel General de Concha: Don Manuel me había llamado con urgencia, y tal y qué sé yo. De esta suerte logré despachar á la pobre mujer, cuyo desconcierto cerebral influía, sin darme cuenta de ello, en mi nada segura imaginación.

Oprimiendo los lomos de mi *Babieca* salí con la columna del General Martínez Campos, una de las tres que mandó Concha al reconocimiento de Arlabán. Fuimos hacia Arriaga y Urrúnaga, que los carlistas abandonaron tras un ligero tiroteo. Echagüe se llegó por la izquierda hasta Ulibarri Gamboa. Por el centro, otra columna avanzó hasta Villarreal, al mando de no sé quién. Se vió claramente que Dorregaray no aceptaba la batalla, permaneciendo en las alturas con sus doce batallones. Al día siguiente, cuan-

do regresábamos á Vitoria, hervían en mi pensamiento las consideraciones escépticas que desde la liberación de Bilbao formaban mi criterio sobre aquellas vesánicas cam-pañas.

En las alturas de Arlabán teníamos á Dorregaray, que empezó su carrera en el absolutismo, y después de servir con gloria y provecho en el Ejército liberal, volvió á la liza bajo las banderas de don Carlos. En el llano de Alava, se agolpaban armados hasta los dientes los que compartieron con don Antonio las fatigas de la guerra de Africa y de las contiendas familiares del liberalismo. Habían sido amigos: lo serían siempre...

Con sutileza de imaginación introducíame yo en el cerebro del de arriba y de los de abajo, y encontraba la percepción de un solo ideal. ¿Qué querían, por qué peleaban? Debajo del emblema de la soberanía nacional en los unos y del absolutismo en el otro latía sin duda este común pensamiento: establecer aquí un despotismo hipócrita y mansueto que sometiera la familia hispana al gobierno del patriciado absorbente y caciquil. En esto habían de venir á parar las mareantes idas y venidas de dos Ejércitos que unas veces peleaban con saña y otras se detenían, como esquivando el venir á las manos.

Discurría yo, metido en las entendederas de aquellos hombres, que si por el momento no era lógico el acuerdo entre ellos, no tardaría el tiempo en dar realidad á mis maliciosas conjeturas. Concluirían por hacer paces,

reconociéndose grados y honores como en los días de Vergara, y la pobre y asendereada España continuaría su desabrida Historia dedicándose á cambiar de pescuezo á pescuezo, en los diferentes perros, los mismos dorados collares.

## XIX

Mayor interés que los toques proféticos que acabo de colocar á mis lectores tiene en la Historia la noticia siguiente: cuando á partir hacia Logroño me disponía, con el grueso del Ejército de Concha, volvió á presentármese *Chilivistra*, ya restituída felizmente á su pristino estado de compostura y arreglo personal. No era ya la figura luctuosa, mísera y lastimera de los días anteriores. En su rostro advertí los discretos afeites que comúnmente usaba. Venía risueña, aliviada ó quizás totalmente restablecida del dolor en que la sumergieron sus deslices escandalosos con el Administrador de Rentas. ¿Fué todo ello una farsa, un caso más de las aberraciones históricas? Las personas atacadas de este mal inventan historias lúgubres, aflictivas, y acaban por creérselas.

El lenguaje y la actitud de la que fué mi costilla falsa eran de una perfecta tranquilidad de espíritu, con ráfagas de alegría. Habíase colocado de nuevo en el terreno de sus primitivos afanes, y ansiaba continuar conmigo la odisea romántica en busca del

errante marido y de la inocente criatura. No quise contrariarla por temor á que saltase de la mansedumbre á la cólera, mostrando una vez más el labio tembloroso que tanto miedo me inspiraba. Con buenas palabras la entre-tuve, y acompañándola hasta su casa, allí la dejé asegurando que volvería por ella. Mi vuelta fué la del humo... Apresuré mi partida para librarme de aquella desdichada cuyos desvaríos morbosos no podía yo remediar, y me agregué á las primeras fuerzas que salieron en dirección á la Rioja. Iba con el temor de que Silvestra se lanzara en mi seguimiento, y adelantéme todo lo posible fiado en que, confundido entre las tropas, no podría fácilmente encontrarme la que había venido á ser enemiga de mi tranquilidad.

En Logroño supimos que los carlistas, rehaciéndose con tenaz esfuerzo del descalabro de Bilbao, reorganizaban y fortalecían sus huestes para salir al encuentro de Concha, en Navarra. Faltos de recursos apelaban á la munificencia de las Diputaciones Forales y al patriotismo de los realistas pudientes; esquilaban á los pueblos, y decididos á no perdonar medio alguno para adquirir dinero, llegaron al extremo increíble de afanar los fondos de la Santa Cruzada. Sin hacer caso del Obispo que puso el grito en el cielo al tener noticia de la exacción sacrílega, conminaron á todos los párrocos á que aflojaran sin demora *los parneses* de la Bula, alegando que se trataba de defender la Religión y que ya ajustarían ellos sus cuentas con el Papa.

En tanto, á espaldas de Concha surgían diferentes cabecillas aguerridos y ligeros de pies, que asolaban las tierras de Burgos, Palencia y Santander, mientras otros se corrían hacia el Alto Aragón. Tranquilamente organizaba nuestro General en Jefe un poderoso Ejército, con innúmeros batallones, muchas piezas de Artillería Plasencia y Krupp, y formidable contingente de Caballería. Después de varias marchas y contramarchas, que el mareo de mi cabeza no me permite referir, me encontraba yo en el lugar de Allo hacia el 20 de Junio. Me alojé con mis amigos de *Saboya* y *Ciudad Rodrigo* en el mesón de *La Jarra*, Plaza del Ayuntamiento. Nunca vi una casa más divertida, por el sinnúmero de viajeros que salían y entraban durante el día y la noche. La guerra aumentó la caterva de huéspedes: tan pronto invadían la posada los oficiales carcas como los *guiris*, que con tal nombre eran conocidos en Navarra los liberales.

En el poco tiempo que allí estuve me sentí contento de la vida, gozando de mi libertad sin ningún enojo, rodeado de muchachos simpáticos y valientes á quienes miraba como á hermanos. Bestial apetito se despertó en mí, y en todo el día no cesaba de meter algo en el estómago. Muy tempranito me servían el desayuno: sopas de sartén con torrezños. A las diez me regalaban con media *pinta* de vino y una escudilla de aceitunas. Al filo de las doce ya estaba en la mesa la sacramental sopa de ajo; después el riquísimo *Chilin-*



*drón*, un guiso de cordero con *pementonicos de cuerno de cabra*; luego las magras con tomate, y de postre los blandos roscos y el mostillo dulzón.

Por la tarde me iba con los oficiales *guiris* al casino de la placeta, conocido por *el de la Mormoña*. En él tomábamos café, coñac y algún pisco-labis, para conservar las fuerzas hasta la hora de la cena. Esta empezaba con la ensalada al uso navarro; seguía el abadejo en ajo arriero, y el lomo con *pementones* picantes. Y vengan *pintas* y más *pintas* para remojar y reblandecer el succulento comistraje, que terminaba con gran acopio de frutas secas y del tiempo.

Conociendo mi carácter comprenderá el lector que una de mis primeras ocupaciones en el simpático pueblo de Allo fué echarme una novia: tocóle la vez á una linda muchacha, llamada Ruperta, hija del *Nuncio*, nombre con que es allí conocido el pregonero, que anda de calle en calle anunciando al redoble de un tambor la llegada y venta de pescado fresco, y dando publicidad á los edictos de la Alcaldía. Mostrábase la moza blanda y accesible, y tales ventajas brindó el amor mío á su loca imaginación que desdeñó los obsequios y la palabra de casamiento que le había dado el *Ministro*, remoquete con que designan en aquellas tierras al alguacil del Ayuntamiento.

En fin, señores míos; las delicias de Allo, no menos gratas aunque sí más breves que *las delicias de Capua*, terminaron bruscamen-

te con el son guerrero de cajas y clarines en la madrugada del día de San Juan, cuando aún ardía en la plaza del pueblo la enorme hoguera donde hacen chocolate las mujeres, á las doce de aquella noche, para celebrar la tradicional festividad.

La columna, división ó lo que fuera se puso en marcha, y no me preguntéis el derrotero que yo seguí caracoleando en mi *Babieca* porque la mente del buen Tito no dominaba todavía la fácil comprensión de los movimientos militares.... Sólo supe de cierto que el General Concha emprendió la marcha después de organizar en Tafalla una numerosa hueste con la mar de batallones, que según después supe ascendían á cuarenta y ocho con los que le mandaron de Bilbao, de Medina de Pomar y de ambas Riojas. Las piezas de Artillería con que contaba eran, según oí, veinte Plasencias y treinta y tantos Krupp. Del número de caballos se hacían cálculos que me parecieron hiperbólicos.

El temporal de lluvias nos entorpeció algo el camino, y el 25 estábamos, según creo, en las estribaciones del monte Esquinza. En mis cortos alcances comprendí que se trataba de ocupar las entradas de Estella, donde estaba Dorregaray con veintiocho batallones. Unidos al grueso de la división de Martínez Campos escalamos sin dificultad las alturas del monte, que tenían los carlistas abandonado. Seguimos nuestros movimientos, y tras penosa marcha pernoctamos en Alloz. Otras

fuerzas de nuestra división quedáronse en Lácar. Según oí, las tropas de Echagüe ocuparon á Murillo, y las de Rosell á Villatuerza y Arandigoya, después de desalojar de allí á los carlistas. El General en Jefe no debía estar lejos.

En una parada que hicimos entre Allo y el monte Esquinza, tomé á mi servicio á un viejo muy despabilado, ágil, parlero y de carácter jovial, ajustándole por *ocho sueldos* diarios (léase reales) como asistente ó espoulique. Llamábase de nombre Fermín y de apodo *El Sargentico*. Pronto eché de ver sus buenas cualidades: era un andarín fabuloso, conocía palmo á palmo el suelo navarro, y daba razón de todos los habitantes de los pueblos que recorriamos. Para que me fuera más simpático figuraba entre los pocos *guiris* que en tal terruño existían. En los descansos cuidaba al *Babieca* como si fuera hijo suyo; en las lentas marchas me daba conversación; cautivándome con su charla donosa; indicábame los nombres de los montes, pueblos y ríos que encontrábamos al paso.

En Alloz, divagando por las calles, me dió cuenta minuciosa de todas las chicas bonitas del pueblo, sus familias y viviendas. Ya me había descubierto el flaco, y queriendo halagarme me ilustraba en todo lo referente al bello sexo. Seco y avellanado, insensible al cansancio así como al frío y al calor, no llevaba más equipo que la camisa de lienzo, el chaleco de pana, faja, calzón, peales, y en la cabeza *el zorongo*, que es un pañuelo de co-

lores ceñido á estilo aragonés. Cuando se le apagaba el cigarrillo á medio fumar se lo ponía detrás de la oreja.

Salimos de Alloz y marchamos por terreno quebrado horas y horas, entre pueblos cuyos nombres me iba diciendo mi espolique con la puntualidad de un experto geógrafo. No me pidáis, lectores míos, que os dé cabal noticia de los complicados movimientos tácticos de aquel nutrido Ejército en extensión tan considerable. Estas complejas acciones de guerra las describen los historiadores después que han sucedido, valiéndose de planos y documentos guardados en los archivos del Estado Mayor Central. *A priori* y en el curso de los sucesos no hay quien puntualice los varios accidentes marciales.

En la mañana del 26 me encontré, sin saber cómo ni por qué, en el Cuartel General de don Manuel de la Concha. Este tenía todo dispuesto para dar la batalla; pero hubo de retrasarla por la tardanza de un convoy que le era indispensable para racionar y municionar debidamente á las tropas. La impaciencia y malhumor del General en Jefe se comunicaron á cuantos estaban cerca de él. Por fin, á las tres de la tarde, en vista de que el convoy no llegaba, ordenó atacar al enemigo. Yo me retiré á retaguardia porque no había ido á la campaña con miras heroicas. *El Sargentico*, que todo lo sabía ó lo adivinaba, me dijo que la línea carlista se extendía desde Dicastillo hasta el puerto de Eraul, y que el pueblo que atacaban los nuestros era

Abarzuza. Hubo un momento en que estuve muy cerca del General Concha; le vi á caballo, revestido de su impermeable, echando los anteojos al lugar del combate.

No bien empezaron á disparar los cañones, estalló en los aires una horrisona tempestad de truenos, rayos, centellas y demonios coronados. El espectáculo que daban juntamente el cielo y la tierra, confundiendo su furor y estruendo, pertenecía ¡vive Dios! al orden de las cosas más sublimes que pueden verse en la vida. No sabré yo deciros que mis ojos percibieron los pormenores de la lucha, ni tampoco preciso el tiempo que duró. Sólo sé que después de abrasar con incesante fuego á los pueblos enemigos, lanzáronse contra ellos en frenética legión las tropas de los Generales Echagüe y Martínez Campos. Al anoecer eran nuestros los lugares de Abarzuza, Zurucuain y Montalbán.

Llegada la hora del reposo, que tan bien habían ganado los esforzados combatientes, consulté yo con mi espolique á dónde iríamos á repararnos del cansancio, del hambre y la mojadura, y el buen Ferminico me dijo guiñando el ojo: «Señor; vámonos á Zurucuain, donde tenemos la posada de mi primo Matías que nos dará un trato superior. Además, para que usted se alegre un poco, le diré que en ese pueblo hay chicas *mucho guapas*.»

Ni sosiego ni comodidad tuve en la posada de Zurucuain por causa del gran gentío que la invadió aquella noche, y en cuanto á las lindas mozas de que me habló *El Sargentico*



declaro á fe de buen galanteador que no las vi por ninguna parte. De madrugada supimos que el convoy que esperaba el General Concha había llegado á Murillo, y que se habían circulado órdenes á todo el Ejército para el combate del siguiente día.

En la mañana del 27, las tropas de Martínez Campos rompieron el fuego amenazando con coronar la sierra de Estella, que domina el pueblo de Zurucuain. Mi amigo Palazuelos me dijo que el General en Jefe había dado orden de no consumir la operación hasta que la columna que estaba en Abarzuza tomase Murugarren y el caserío de Muru. La misma orden se dió á los que atacaban al pueblo de Grocín. Martínez Campos repartió entre su gente las primeras raciones del convoy, y los que operaban en Abarzuza no pudieron ser racionados á tiempo. Por esta contrariedad, se pasó la mayor parte del día sin hacer otra cosa que entretener en fuego á los carlistas mientras hacía sus preparativos el grueso del Ejército liberal.

Por fin, á las cuatro de la tarde, comenzó el ataque. Don Manuel de la Concha (y esto lo aseguro como historiador *de visu*, pues no estaba yo lejos de él) se situó con dos batallones y los Regimientos de Caballería *Numancia*, *Paola* y *Talavera*, en una excelente posición alta, donde se habían emplazado treinta cañones Krupp para batir los atrinchamientos de Muru y Murugarren. Se rompió el fuego y la Artillería, corregida el alza, causó enormes estragos en las trinche-

ras carlistas. A galope tendido corrían los oficiales de Estado Mayor con órdenes á las columnas que luchaban en Abarzuza, Villatuerta y Zurucuain, previniéndoles que sostuvieran el fuego sin tirarse á fondo sobre el enemigo. Los carlistas tuvieron que abandonar sus trincheras varias veces por el horrendo destrozo que en ellos hacían nuestras granadas. Espantosa confusión se produjo en el campo enemigo. La terrorífica escena ponía los pelos de punta.

El General Concha dió á sus edecanes breves y fulminantes órdenes. Estos las transmitieron con la velocidad del rayo al Brigadier Blanco y al General Reyes. Momentos después, las masas de Infantería se lanzaban como avalancha impetuosa en dos columnas, la una contra Murugarren, la otra contra el caserío de Muru. Eran doce los batallones que avanzaban, seis en cada columna. Los carlistas, sólo en Murugarren, tenían catorce batallones.

En lo más recio del combate llegó un aviso del Brigadier Beaumont comunicando que las fuerzas de su mando eran furiosamente atacadas por los facciosos, los cuales habían abandonado sus trincheras para caer contra Abarzuza. Con ayuda de un mal catalejo y por las explicaciones de mi espolique, yo me daba cuenta de estas terribles peripecias. Los doce batallones que avanzaban contra Murugarren y Muru fueron embestidos del mismo modo que la columna Beaumont. El choque fué tremendo, como una pelea de gigantes

furiosos. Al cabo, los nuestros retrocedieron, acuchillados á la bayoneta.

Los treinta cañones emplazados en la altura escupían á torrentes la mortífera metralleta. Concha, con gesto de rabia y ronco acento imperioso, daba órdenes y más órdenes. La formidable Artillería logró al fin contener el ímpetu de los valientes realistas, obligándolos á buscar el refugio de sus trincheras. Por segunda vez treparon nuestros soldados con increíble arrojo por las fragosidades de Murugarren y Muru, y de nuevo fueron atacados en su avance. Descompuestos retrocedieron hasta la carretera. Pero los cañones, vomitando fuego, pusieron nuevamente á raya á los bravos batallones de don Carlos. En tanto, hacia Zurucuain y por las líneas Villatuerta-Arandigoyen y Murillo-Grocín, oíamos fuerte tiroteo. Eran las columnas allí destacadas, que entretenían á una parte de la legión absolutista hasta que se les ordenase realizar acción más decisiva.

Atento á los incidentes de la lucha, el General en Jefe ordenó que las columnas de Reyes, Blanco y Beaumont se concentraran en una sola. La concentración tardó en efectuarse por estar harto diseminadas estas fuerzas. Pasaba el tiempo, caía la tarde, la Artillería empezaba á sentir escasez de municiones, apuntaban en nuestro Ejército síntomas de desaliento, y el combate seguía sin resultado práctico.

Cansado de esperar á los batallones del General Reyes, se decidió Concha á intentar

el esfuerzo supremo. Dejó los tres Regimientos de Caballería en la altura donde estaban emplazados los cañones, para que protegiesen esta posición y aseguraran el flanco derecho. Llevóse consigo los dos batallones de Infantería y con ellos se unió á los diez y ocho que acababan de reconcentrarse. Al frente de estas fuerzas se lanzó al asalto, cuando ya el sol, enrojeciendo las nubes de Occidente, se hundía en el horizonte. Arrebió el combate con creciente furia. Las tropas de Reyes no llegaban. Concha enviábale de continuo órdenes apremiantes para que acudiera pronto en apoyo de sus movimientos. Y decidido á jugar el todo por el todo, ascendió al frente de sus tropas hacia las trincheras carlistas.

Ante el soberano arrojo del caudillo enardecieronse los soldados, y seguían á su General como si no hubieran sido arrollados momentos antes. Yo, moviéndome á impulsos de una fuerza magnética, fuí detrás de los combatientes. Concha trepaba impertérito, unas veces á pie y otras á caballo, según los accidentes del terreno. Al llegar á cierta altura, el General y los demás Jefes tuvieron que dejar los caballos al cuidado de los ordenanzas. Con éstos quedé yo, teniendo de la brida á mi *Babieca*. Me uní á Ricardo Tordesillas, asistente de don Manuel de la Concha, y ambos nos pusimos al amparo de unos árboles donde creíamos librarnos de las balas enemigas.

La Artillería continuaba teniendo á raya á

los carlistas, que ya no se atrevían á salir de sus trincheras. El avance de Concha fué tan rápido que llegó á cincuenta metros del enemigo cuando aún no se le habían incorporado los batallones del General Reyes. Por falta de este apoyo no se pudo dar fin y remate al supremo esfuerzo. A las siete y media de la tarde, Concha no tuvo más remedio que aplazar el ataque definitivo, dando por frustrada en aquel día la operación. Empezó á descender, dirigiéndose con los demás Jefes á donde aguardaban los caballos.

Llegó el General donde estábamos Tordesillas y yo, ocultos á la vista de los demás asistentes por un matorral espeso. Con voz displicente dijo á su ordenanza: «Ricardo, el caballo.» Estas fueron las últimas palabras que pronunció en el mundo de los vivos... En el momento de cruzar la pierna derecha por la grupa del caballo, una bala, que lo mismo pudo venir del cielo que del mismo infierno, le atravesó el corazón. Con débil gemido expiró el primer soldado español de aquellos maldecidos tiempos.

## XX

A las voces de Tordesillas acudieron los que estaban más próximos. El cuerpo del General en Jefe cayó en tierra. Tal fué la consternación y el espanto de los primeros espectadores de la terrible escena, que todos que-



daron un momento mudos. Los ayudantes de Concha, creyendo que aún vivía el caudillo, le desabrocharon el impermeable y la levita, haciendo saltar botones y rasgando ojales. Nada vieron que no indicase la seguridad de una muerte instantánea. Pronto se formó un grupo espeso en el cual nadie osaba determinar cosa alguna. ¿Qué pensar, qué decir, qué hacer...?

Por fin, entre los ayudantes y Tordesillas discurrieron lo único práctico en trance tan fatídico. Ante todo urgía apartar de allí el cadáver. Con gran trabajo, por la pesadumbre del recio cuerpo exánime, colocaron éste sobre un caballo y sigilosamente fué conducido al pueblo de Abarzuza, evitando que las tropas pudieran darse cuenta de la catástrofe. La triste caravana, fatal término y desenlace de un acto militar que debió ser glorioso, deslizábase furtiva por los campos como una decepción horrenda, ó una burla del Destino que quiere sustraerse á la mirada humana, y aun á los ojos de la Historia. La media luz crepuscular, alumbrando este paso solemne y medroso, daba á la escena la intensa melancolía de las grandezas caídas súbitamente en los abismos de la nada.

El primer Jefe que se presentó en Abarzuza fué el General Echagüe, que enterado del desastre tomó el mando del Ejército á pesar de hallarse muy enfermo. No olvidaré nunca la cara del Conde del Serrallo cuando vió el cadáver de su amigo y maestro. El dolor concentrado y mudo no tuvo jamás expresión

más fiel que la que le dieron aquellas facciones duras, angulosas, de soldado curtido en cien combates. La primera determinación de Echagüe fué convocar consejo de Generales y Brigadieres. Se reunieron sin demora los que estaban más cerca de Abarzuza: Beaumont, Burruiel, Reyes, Blanco, Bargés y el Coronel de Artillería señor Echaluze. Por unanimidad acordóse la retirada del Ejército á Tafalla para el amanecer del siguiente día. Y al cabo se circularon órdenes á fin de que el movimiento se realizase aquella misma noche.

Las tropas se pusieron en marcha. El desfile de las de la derecha fué protegido por las del centro. Las de la izquierda mantuviéronse en sus posiciones hasta que desfilaron todas las demás. El cadáver del Marqués del Duero fué colocado con misterio sigiloso en un furgón de Artillería, y los heridos quedaron en Abarzuza confiados á la humanidad del enemigo. Como el éxito de la operación dependía del tiempo que se ganase y de que los carlistas no advirtieran la retirada, se apresuró ésta todo lo posible y se tomaron minuciosas precauciones. Determinóse prohibir á los vecinos de los pueblos por donde había de pasar la tropa el encender luz ni fuego en las casas; se advirtió á todo el Ejército que nadie podía fumar, del General en Jefe para abajo; se conminó con penas severísimas al que imprudentemente produjera el menor ruido. De este modo, bajo la protección del silencio y de las sombras, realizóse

el prodigio de que antes de amanecer hubiera desfilado ya la muchedumbre armada, incluso la Artillería y los convoyes, por delante de las posiciones de Villatuerta, sin que los realistas sospechasen siquiera lo que ocurría en el campo liberal.

Ya era día claro y nos aproximábamos á Oteiza cuando los carlistas se dieron cuenta del fúnebre desfile. Tarde conoció el enemigo su engaño, y fué inútil cuanto intentó para molestar á nuestras tropas. Las columnas delanteras donde iba el furgón mortuorio avivaron el paso. Las de retaguardia, combinadas con las fuerzas de Rosell y de Reyes, tomaron posiciones y contuvieron el tardío movimiento de los soldados de Dorregaray, retirándose después por escalones con el orden más perfecto. No se perdió ni un hombre, ni un fusil, ni un cañón, ni una acémila, ni un carro del convoy: la retirada dispuesta por Echagüe en Abarzuza fué una brillante aunque triste página militar. En las encarnizadas acciones del día 27 las bajas del Ejército de Concha habían sido: 121 oficiales y 1.300 individuos de tropa fuera de combate, más 268 extraviados y prisioneros.

Seguimos á buen andar, bordeando los montes de Baigorri; hicimos una corta parada en Larraga para tomar alimento; y dejando á la derecha los altos de Val de Ferrer, á media tarde llegamos á Tafalla, donde tuve el descanso que mis asendereados huesos imperiosamente reclamaban. Mi oficioso espolique me buscó cerca de la Plaza un aloja-

miento muy aceptable. Allí platiqué con mis amigos, comentando cada cual según su entender las bravas refriegas y el inmenso desastre que mató en flor las hermosas esperanzas del Ejército liberal. Enaltecieron todos el saber estratégico, la genial maestría y la bravura del héroe muerto que trajimos en mísero furgón, ocultándolo como si fuera un robo que se había hecho á la Fatalidad.

Entre los oficiales que conmigo formaban corro alrededor de una mesa, bebiendo y fumando, había un Teniente de Infantería muy desahogado, sobrino según creo de una persona de alta significación en la política, el cual, colmando de alabanzas la figura militar del Marqués del Duero, aseguró (sabiéndolo de buena tinta) que el primer acto de éste al entrar en Estella, si á entrar llegara, hubiera sido proclamar Rey de España al Príncipe Alfonso. La irrespetuosa manifestación de aquel jovenzuelo llevó nuestro coloquio al vértigo de las disputas políticas, y se oyeron las opiniones más peregrinas, diferentes en estilo y criterio, flemáticas unas, ardientes las otras. Queriendo yo poner término á la controversia dije estas palabras: «Caballeros; no pierdan el tiempo discutiendo lo que pudo pasar y no ha pasado... Descuiden que todo se andará. Lo que no hizo Concha lo harán otros, y estas peleas horribles acabarán poniéndose todos de acuerdo para llegar á un feliz arreglito, cuya finalidad será que nos gobierne el Nuncio.»

.. Antes de entregarme al descanso fuí al

Ayuntamiento, á punto de las diez, deseoso de presenciar las primeras honras que se tributaron al grande hombre muerto, reuniendo en un solo acto el esplendor militar y la escasa pompa religiosa que en aquel pueblo pudo ostentarse. Arreglado y compuesto el cadáver, sin que desaparecieran las huellas de una muerte gloriosa en el campo de batalla, le colocaron en un ataúd decoroso. Paños negros y blandones encendidos completaban el triste cuadro. Las facciones del héroe apenas habían sufrido alteración. Ignoro si hubo ó no embalsamamiento. Permanecía tal como le vi en el instante de caer del caballo: el ceño fruncido, apretados los labios cual si aún durase el dolor de la herida que le mató, el corto bigote rígido, la frente surcada de arrugas. Por un momento creí yo adivinar dentro de aquel cráneo la visión de su postrer arranque frustrado, y el agotamiento de su voluntad al expirar el día.

Bien dijo el que dijo que tras de las pisadas duras de la tragedia suele ir el blando paso de la comedia. Así lo quiere la complejidad tumultuosa de nuestra vida, y yo lo confirmé aquella noche con el descomunal contraste que voy á referiros. Hallábame en mi cuarto con *El Sargentico* y á meterme en la cama me disponía, cuando sonaron golpecitos en la puerta. Fugaz presagio cruzó por mi cerebro. El sonido seco de la madera me delataba los nudillos de una persona conocida. ¿Sería *Chilivistra*?... Sí, sí; era ella, ¡Dios!... Apenas pronuncié yo el *adelante*, abrióse la puerta y



penetró de rondón la señora mística y destornillada. Venía bien arregladita, con el hábito de los Dolores. En su bello rostro notábase, fresco y reciente, un discreto aliño de colorete y polvos.

«Pero mujer, ¿qué es esto?—exclamé indicándole un sillón cojitranco.—¿Qué buscas, qué quieres, cómo has venido aquí?» Y ella, serena y flemática, me contestó: «Desde lejos he seguido tus pasos, sabiendo día por día y hora por hora dónde estabas. Razón tuve de tu alojamiento en cuanto llegamos aquí, á eso de las diez. En esta misma posada buscamos albergue. Tú no te enteraste porque habías ido al Ayuntamiento á ver el cadáver del pobrecito Concha.

—Según eso, no has venido sola—exclamé yo, aterrado ante la idea de habérmelas con el elegante caballero, Administrador de Rentas de Vitoria.

—Solita hubiera venido—afirmó Silvestra, —sin más compañía que mi anhelo de verte. Pero traigo conmigo dos personas respetables que, compadecidas de mis infortunios, no han querido separarse de mí en todo el viaje, y me seguirán, según dicen, hasta donde yo vaya. Una de estas buenas almas es el Capellán de las Brígidas. La otra, una señora mayor con quien hice conocimiento en el trayecto de Vitoria á La Guardia. Es dama muy principal, de finísimo trato y mucho saber. Conversamos, intimamos y nos hicimos muy amigas.»

Oyendo á la voluntariosa mujer me mara-

villaba de los enredos é imaginarias historias que se traía. Mi estupefacción llegó al colmo cuando me dijo, para darme pormenores de sus compañeros de viaje: «El Capellán de monjas, para que te enteres, es el padre Carapucheta, que como recordarás, estaba de Rector en el Oratorio del Olivar. La dama es una matrona de régia estirpe... no te rías... que á ti te conoce mucho y te llama su muñeco. Su nombre es... ¿no lo adivinas?... *Doña Mariana.*»

Este nombre retumbó en mi cerebro como el eco de un cañonazo... Se nublaron mis ojos, no sabía lo que me pasaba. «Tú—dije á Silvestra, poniendo mis manos trémulas junto á su rostro,—ó padeces un mal que te sugiere los absurdos más desatinados, ó posees una imaginación que deja tamañitos á todos los inventores de fábulas, á todos los poetas del mundo. Si esa *Doña Mariana* no es engendro de tu caletre enfermizo, quiero verla ahora mismo. Pronto, pronto.»

Grave y serena se levantó *Chilivistra*, y cogiéndome la mano, me dijo: «Pues ven á verla. Bien cerca la tienes. Dos puertas más allá, en este mismo pasillo. Ven, Tito, ven.»

Momentos después, mis ojos, asustados de su propia visión, distinguieron la imagen ó la persona de *Mariclio* en una estancia mal alumbrada, anchurosa, con las paredes cubiertas de viejos cuádras al óleo ennegrecidos por el tiempo. En un sofá de dos cabeceiras y respaldo de crines, modelo antiquísimo que sólo se ve ya en alguna fonda de

pueblo, estaba la excelsa Madre, apoyada en una de las cabeceras, en actitud de tristeza y cansancio. Adelantéme hacia ella con timidez y respeto...

Las primeras palabras articuladas por sus labios augustos determinaron súbitamente en mí la transformación de lo interno y lo externo, de todo cuanto yo llevaba en mi espíritu y de lo que mis sentidos podían apreciar. La estancia creció desmesuradamente, la figura olímpica se agigantaba, y su voz llegó á mis oídos como lejana música. Mi turbación no me permitió retener el justo sentido de aquella música. Creo que me dijo: «Lo que has visto de esta guerra estúpida yo también lo vi... La Fatalidad, ley que viene de muy alto, impidió al gran soldado dar un golpe decisivo... No creas que puedan concluir estas luchas de otro modo que por conciertos y canvalaches como los de Vergara... Tu pobre España gemirá, por largos años, bajo la pesadumbre del despotismo que llaman ilustrado, enfermedad oscura y honda, con la cual los pueblos viven muriendo... y se mueven, gritan y discursen, atacados de lo que llaman *epilepsia larvada*... Debajo de esta dolencia se esconde la mortal *tuberculosis*...» Si tales no fueron sus expresiones textuales, no creo equivocarme respecto al sentido de ellas.

Desde que oí á la Señora subió de punto el desvarío de mis pensamientos. Se me olvidó el nombre del pueblo donde me encontraba. «¿Pero dónde estás, Tito? — me pre-

gunté... Vi á *Chilivistra* arrastrando por los polvorosos ladrillos de la inmensa habitación la cola negra de un vestido como los que usan las damas en la Corte. Me senté á distancia de la Madre en una banqueta de nogal lustroso. Creí advertir que el sofá de antiguo modelo no estaba próximo á la pared, y que por aquel hueco discurrían las figuras descendidas de los cuadros viejos, tomando las negras apariencias de *Doña Gramática* y *Doña Caligrafía*.

Transcurrió un lapso de tiempo, que ignoro si fué de minutos ó de horas. Silvestra se llegó á mí, diciéndome: «Quiero que conozcas á mi segundo acompañante, el bendito Capellán padre Carapucheta.» Ausentóse un momento, y reapareció trayendo de la mano á un sujeto esmirriado y larguirucho, vestido de luenga sotana. ¡Dios, Jehová, Lucifer! El hombre que hacía reverencias frente á mí era el mismísimo Ido del Sagrario. «¿Pero es usted don José—dije ó creí decir yo. Y él, dilatando su boca en larga sonrisa, habló en su habitual estilo: «*Francamente, naturalmente*, señor don Tito, no podía venir á estas tierras sin disfrazarme... Sabrá Vuecencia que al llevar á mi hija Rosita, el mes pasado, á la feria de Huete, que es el pueblo de Nicanora, me fué robada en Fuentidueña de Tajo por la partida carlista que manda el cabecilla Santés. Desesperado salí á recuperarla. Dijéronme que su raptor se la llevó á Navarra, y aquí me han dicho que ahora podré encontrarla en tierras de Guadalajara ó de

Cuenca. Ayúdeme usía en mi empresa y Dios le dará el reino de los Cielos.»

Al oir estos desatinos, me llevé las manos á la cabeza creyendo que de ella se me escapaba la razón y todo el sentido de la realidad. Salí de la estancia como alma que lleva el diablo, gritando: «¡Favor, socorro!...» Dando tropezones y metiéndome en diferentes cuartos llegué por fin al mío, donde me encontré frente á un hombre escueto, con chaleco de pana y *zorongo*. Cogiéndole de los brazos le zarandeeé mientras le decía: «¿Qué hace usted aquí?... ¿Quién es usted?... ¿Dónde estoy?»

Turbado me contestó el buen hombre: «Señor, ¿qué le pasa? Soy *El Sargentico*. ¿No me conoce ya?... De aquí salió usted despierto y vuelve dormido.»

## XXI

Con solícitos cuidados, mezclando en su lenguaje la expresión seria con la festiva, mi buen espolique se esforzaba en serenarme. Hízome tender en la cama, y sentado junto á mí apuró razones y cuchufletas para traerme á la percepción de la realidad. Yo le dije: «Quedamos en que tú eres *El Sargentico*. Bien: *El Sargentico*. Sobre eso ya no hay duda. Dime ahora cómo se llama este maldito pueblo donde estoy, pues mi memoria es esta noche como una jaula rota de la que se escapan todos los pájaros.» Al oir el nombre



de Tafalla, repetido tres veces por mi espolique, agarré el vocablo y me lo metí en la casilla más honda de mi cerebro.

«Ya me vuelve poco á poco el sentido—dije incorporándome en el camastro.—Tafalla es esta ciudad, y á ella hemos traído un muerto que se llama... ¡ah, ya me acuerdo!... el General Concha... Y ahora, Fermín, contéstame á otra pregunta. Pero has de prometerme, por la salvación de tu alma, decirme la verdad. Vamos á ver, ¿no crees tú como yo que estamos en una casa encantada?...

—Como encantada por achaque de brujería ó maleficio, no lo creo, señor—replicó mi espolique.—Ahora, si achacamos á encantamiento el golpe de gente, el rebullicio, el entrar y salir de oficiales, curas, mujeres de toda laya... con perdón... todos pidiendo de comer, comiendo el que puede, éstos borrachos por el mosto, aquéllos por el meneo de los naipes... si es así, la casa de Irucheta está dada, como quien dice, á todos los demonios.»

Con la grata conversación de *El Sargentico*, mi ánimo iba entrando en su normalidad. Sentí sueño, me metí en la cama, y cuando mi espolique quiso retirarse le ordené que se quedase á dormir en mi cuarto. Yo tenía miedo de que se repitieran las morbosas aberraciones que me atormentaron antes de media noche. En un sofá de enea arregló lindamente su cama mi escudero con dos mantas y un maletín que convirtió en almohada. Dormí algunos ratos. En mis instantes de desvelo agra-

dábame oír á los serenos cantando las horas.

La del alba sería cuando hirió mis oídos una música dulcísima, un coro armónicamente concertado con voces agudas y graves, tan hermosas por su timbre como por su cabal afinación, música deliciosa, solemne y mística, que á mi parecer pasaba por la calle cual bandada de angélicos cantores que al término de la noche se retiraban de la Tierra al Cielo. Embelesado por aquel divino cántico, en cuyas vocalizaciones distinguí el nombre y alabanzas de la Virgen María, me incorporé en el lecho y afiné mi oído para que no se me escapase ni un acento de tan incomparable salmodia.

«¿Qué es esto que oigo?—pregunté á Fermín, notando que remuzgaba desperezándose.

—Señor—me contestó al momento.—¿No sabe que estamos en la tierra de los cantores? Todo navarro nace músico antes que carlista. Eso que oye es *el alba*, como decimos por acá, un canticio *mucho precioso* que los serenos echan al retirarse, alabando á la Virgen Santísima. Sereno hay aquí que cuando suelta la *melódia* da quince y raya á los tiples de las iglesias... ¡Ay, señor, si hubiera usted oído á un chico del Roncal que vino á Pamplona poco tiempo ha!... ¡Aquello sí que era voz! Por gracia cantó algunas mañanas con los serenos, y los vecinos salían en paños menores á los balcones para oírle más á gusto. Voz de tenor tan fina y bien timbrada diz que no se ha oído jamás, como no sea en los coros que festejan al Padre Eterno. Por toda

Navarra se corre que han venido unos maestros de Madrid para llevarle á cantar óperas en el Teatro Real.»

Ya entraba la luz solar en la habitación cuando dije á mi espolique: «Mientras yo me levanto vete callandito á la cocina, manda que me aderecen la riquísima esencia de castañas que aquí llaman café, y me la traes con abundante leche bien caliente para desayunarme. Para ti pides el chorizo y panazo que te gusta. En cuantico que metamos ese lastre en el cuerpo recogemos nuestros bártulos, bajamos de puntillas sin que nadie nos vea, pagamos la cuenta, ensillamos el jaco y salimos pitando de esta condenada Tafalla.»

Largo rato empleó *El Sargentico* en dar cumplimiento á mi encargo, y cuando me ponía delante el cocimiento de achicorias y la leche aguada, me dijo tranquilamente: «Bueno, señor: nos escapamos de tapadillo sin que nadie nos vea. Muy bien. Y ahora le pregunto yo: ¿á dónde vamos?»

La pregunta del viejo navarro me dejó suspenso. ¿A dónde iríamos? El problema era grave. Hallábame perplejo y atontado, discuriendo á qué punto del globo terrestre debíamos encaminar nuestros pasos, cuando un súbito estremecimiento como sacudida de terremoto me hizo saltar en la silla. Mas no fué temblor del suelo propiamente sino dos tremendos golpes en la puerta, los cuales, por la dureza de la percusión, debieron ser dados con nudillos de piedra. «¡Ay!—grité.—

No abras, *Sargentico*... Sí, sí; abre, que si no, puede que nos derriben la puerta.»

Franqueada la estancia vi en el umbral una mujer de espigada estatura, vestida de luengos paños negros que caían hasta sus pies con pliegues estatuarios. La blancura de su rostro era blancura de alabastro, y su voz, como articulada por una boca de piedra, heló mi sangre cuando me dijo: «La señora doña Silvestra y el padre Capellán han ido á la iglesia de Santa María y San Pedro. Allí está también la soberana Madre. De su parte vengo á decir al señor don Tito, que le espera sin demora en aquel lugar: *Clio* necesita dar órdenes á su gentil muñeco.»

Al decir la última palabra se apartó para darme paso. Yo alargué mi mano y toqué la suya: era de mármol... Temblé de frío y de pavora... Miré al *Sargentico* y vi que se santiguaba... «No temas—le dije tratando de sobreponerme á la turbación.—La Señora que me llama es mi Madre, es también la tuya, porque tú, Fermín, antes de estar á mi servicio y desde que estás en él, si no has escrito la Historia la has hecho. Todos hemos sido y somos modeladores de la vida de los pueblos.»

Salimos, apoyado el uno en el otro, pues ambos flaqueábamos de las piernas... En la calle, cuando dije á Fermín que me guiara á la iglesia de Santa María y San Pedro, me sentí otra vez navegante en el piélago de las cosas suprasensibles. «Mejor—pensé avivando el paso.—Bien venido sea el mundo qui-

mérico. Bendita sea la sinrazón que es casi siempre el molde de la razón.»

Lo primero que vi al entrar en la iglesia y llegarnos á una de las capillas, fué un delicioso absurdo que en pocas palabras refiero. ¡Ido del Sagrario estaba acabando de decir misa, con casulla encarnada! Al pronto dudé. Pero cuando se volvió de cara á los fieles para decir el *ite, misa est*, reconocí sus inequívocas facciones. Al retirarse el oficiante hacia la sacristía, calado el bonete y llevando en sus manos el sagrado cáliz, no pude reprimir las ganas de soltarle una chirigota. «Vaya, don José—le dije,—que sea enhorabuena: esto es mejor que ir á la compra.»

Vi á *Chilivistra* surgir de un grupo de mujeres arrodilladas, y cuando iba hacia ella, una mano blanda me tocó en el brazo. Era la Madre, que me dijo con acento jovial: «Ven aquí, perdulario; ahora no te me escapas. Salgamos al pórtico y hablaremos.» Se me presentaba *Mariclio* en la forma más humana, ajustada estrictamente al tipo de señora principal, como tantas otras que vemos en el mundo físico. No advertí en ella ni el menor asomo de figura olímpica ni de fantástica evocación pagana. Su rostro y porte eran los de una matrona hermosa, aunque algo madura. Llevaba un trajecito de merino y su mantilla negra; en la mano el libro de Jonofonte, *Agésilao*, impreso en griego, que yo pude hojear cuando *Cllo* me visitó en la fonda de Cartagena.

Al salir al pórtico me llevó la Madre á uno



de los poyos más distantes de la puerta, donde charlamos tranquilamente en el lenguaje más opuesto al que suelen usar las almas del otro mundo. «Esta vez, como siempre—me dijo,—has de cumplir fielmente mis órdenes. Forzoso es seguir los pasos de una guerra, que juzgo hermanando dos calificativos tan distintos y antitéticos como lo son los de *infantil* y *sangrienta*. Creyérase, mi querido Tito, que estos niños grandes se matan por el gusto de la destrucción, y que el fin sin fin de las batallas, encuentros y emboscadas, no es otro que disminuir la población hispana. Vuestros políticos y vuestros guerreros estiman como un mal el crecimiento de la raza. Hay que matar, matar sin tregua para que se acorte el número de los españoles que viven y comen... Has visto, en sus diferentes fases, la guerra en el Norte. Conviene que la veas en el reino de Valencia y términos fronterizos de Castilla. Vete, pues, yo te lo mando, en compañía del buen Capellán padre Carapucheta y de la desdichada señora á quien sus conterráneos dan el gracioso nombre de *Chilivistra*.»

Como yo, sin oponerme á sus mandatos, indicara que las genialidades de Silvestra me amargaban la vida, la excelsa matrona rebatió mis escrúpulos con estas sesudas razones: «Has de persuadirte, hijo mío, de que en el carácter borrasco y tornadizo de tu *Chilivistra* tienes un perfecto símbolo de la vida española en el aspecto político, y estoy por decir que en el militar. Tan pronto es ca-

riñosa y tierna como altiva y marimandona. El amor la dulcifica hoy, y mañana la endurece el orgullo. Inventá con lozana imaginación fábulas absurdas y acaba por creerlas. Se finge deshonestá sin fundamento real de sus mentirosos pecados. En ella habrás observado que al fuego del sentimentalismo sustituye rápidamente el hielo de los negocios menudos, todo ello sin criterio fijo, sin noción alguna de la realidad. En su desconcertada cabeza es un mito el Administrador de Rentas de Vitoria; mito es también ese marido errante, y por fin, personaje de leyenda es el hijo que busca.»

Asombrado escuché el admirable juicio que en cortas razones hizo *Cllo* de la histérica dama, y acabó de maravillarme con esta discreta síntesis: «Fíjate bien, hijo mío, y verás que con el sistema puramente *Chilivistril*, y conforme al voluble proceso mental de tu amiga, gobiernan á España las manadas de hombres que alternan en las poltronas ó butacas del Estado, ahora con este nombre, ahora con el otro. También ellos invocan el sentimentalismo patriótico cuando les conviene, ó se entregan á los espasmos del despotismo cuando no hallan salida por la vía patriótica, ó sea la vía liberal. También ellos inventan historias para domar las fieras oleadas de la opinión y acaban por creer lo que engendró su propia fantasía. Tus gobernantes son creadores de mitos, y mostrándolos al pueblo andan á ciegas sin saber lo que quieren ni á dónde van... Resígnate, pues, á lle-

var contigo este emblema de la vida nacional en la cristalización que llamamos política militante. *Chilivistra* será para ti lección viva, que hora tras hora te mostrará los capitales defectos de tu patria, para que aprendas á precaverte contra ellos con la mira de que algún día seas llamado á gobernar la Nación.»

El talento de la Madre, con ser divino y de tan extraordinarias luces adornado, no acabó de llevarme al convencimiento. Pero, sin dejar salir de mis labios la menor objeción, declaré que obedecería ciegamente sus mandatos. Donosa y risueña me dijo la Señora que en todo tiempo no me inspiraría conducta y acciones que no fueran para mi provecho, y con dulzura materna me encareció que desechase toda sensación de miedo cuando ella creyese necesario llamarme á su presencia. Respondíle que la noche anterior me había sobrecogido el verme de improviso y sin preparación alguna frente á tan excelsa divinidad, y que asimismo me turbé horriblemente aquella mañana cuando recibí sus órdenes por la mensajera más clásica y más helénica que vi en mi vida: una estatua de mármol. «¡Pero, hijo del alma—exclamó la celeste Musa, soltando una deliciosa risa que también me pareció helénica,—si el recado para que vinieras aquí te lo mandé con la criada de la fonda!»

En esto, llegaron al pórtico Silvestra y el enigmático sujeto en quien se fundían las dos personalidades del cura Carapucheta y

del filósofo simple Ido del Sagrario. Reunidos los cuatro, *Mariclio* se mostró impaciente y nos incitó á partir sin demora. En mis manos puso una carterita que contenía, según me dijo, cuanto dinero pudiera yo necesitar para un largo viaje. Antes de que preguntase á dónde íbamos, afirmó que *Chilivistra* y el señor Capellán marcarían nuestro derrotero. Preparado tenía un buen coche con cuatro poderosos caballos, que podríamos dejar cuando se nos presentase coyuntura de recorrer largos trayectos en ferrocarril.

Antes de emprender tan aventurada correría, no debía yo olvidar á mi buen espolique Fermín, ni al espejo de las cabalgaduras, el gallardo y sufrido *Babieca*. Pero la Madre, que todo lo había prevenido, declaró que á su cuidado quedaban *El Sargentico* y mi corcel, agregando que ella guardaría y conservaría con toda solicitud al hombre y al bruto, para que yo los recobrase en el punto y hora en que tan dulces prendas me fueran necesarias. Llamé al escudero fiel, que á corta distancia nos oía, y con pocas palabras le enteré del acuerdo. Quedó muy complacido de servir, por plazo más ó menos largo, á la más alta Señora que en estos reinos existe.

En fin, lectores de mi alma, que no sé si llamar severos ó socarrones, sabed que me llevaron á donde esperaba el coche, que en él metieron los equipajes de los tres viajeros, que por un callejón cercano vi que se retiraba *Mariclio* entre dos estatuas de

mármol vestidas con negras y ajustadas túnicas, que al *Sargentico* se le humedecieron los ojos al despedirme, y que á mis oídos llegó lastimero relincho de mi *Babioca*, encerrado en una cuadra próxima. ¡Adelante con la Fábula, adelante con la Historia! El coche partió á escape por la margen del río Cidacos. ¡Arre, caballitos, arre hacia lo desconocido, hacia las alturas, hacia los abismos, hacia el ensueño!...

## XXII

Como mi pobre cabeza tardó horas y horas en recobrase de aquel vértigo, no me es fácil determinar el lugar y momento en que cambiamos el coche por el ferrocarril. Sí recuerdo que al anochecer íbamos en un tren mixto, de cuya dirección no pude enterarme hasta que Silvestra dijo que estábamos cerca de Las Casetas. Poco antes de esto, tras penosa lucha entre mi razón y mi fantasía, llegué al convencimiento de que no llevaba traje sacerdotal aquel don José, que en boca de Silvestra era el padre Carapucheta y en la mía el señor Ido del Sagrario.

En la estación que empalma la línea de Castejón con la de Madrid á Zaragoza, bajamos á restaurar nuestras fuerzas con el comistraje que dan en las fondas ferroviarias, y entre una sopa aguanosa y un pollo más



duro que la pata de un santo deliberamos sobre la ruta que nos convenía seguir. Opinó *Chilivistra* que debíamos continuar en tren hasta Calatayud, y de allí internarnos por Daroca hacia la provincia de Ternel. El don José, cuya delgadez era ya transparente, sostuvo la conveniencia de llegarnos por el ferrocarril hasta Guadalajara, donde él tenía que tomar lenguas acerca del asunto que á tales trotes le llevaba. Yo, Proteo Liviano, mensajero de los Dioses, envolviéndome en una serenidad majestuosa les dije que mi opinión era no tener ninguna, y que me dejaría llevar á donde la dama gordita y el caballero flaco determinasen, ora fuese á las delicias del Paraíso Terrenal, ora fuese al mismísimo Infierno.

De la deliberación de mis dos compañeros de viaje resultó que haríamos una paradita en Calatayud. Paradita fué que en la ciudad aragonesa que los antiguos llamaron *Bilbilis*, patria del poeta latino Marcial, estuvimos tres días. Ello sucedió porque nos metimos en una fonda con ánimo de pasar la noche, y apenas vióse Silvestra bajo techo se puso tierna, indolente, mimosa, aquejada de esa insana languidez que sólo se cura con los melindres afectivos. Estábamos en la faceta de los arrumacos pasionales. Ya vendría la contraria. ¡Dios!

Respondí á los arrullos de mi amiga por mantener la paz en nuestra errante comunidad; yo no tenía prisa en cerrar aquel paréntesis de descanso, ni el bueno de don José

mostrábase impaciente: pasaba todo el día recorriendo calles y visitando conventos... Al tercer día de nuestra parada le cogí á solas en su estancia y así le dije: «Ya mi cabeza está despejada y no le vale á usted su disfraz de capellán ni toda esa monserga que se trae. Usted es mi patrón, el gran filósofo Ido del Sagrario, sujeto que con ninguna otra criatura humana puede confundirse.

—Sí, señor: soy el que Vuecencia dice y no puedo ser otro—me contestó Ido un tanto lacrimoso.—Pero, *francamente, naturalmente*, ¿qué he de hacer yo si esa doña Silvestra se ha empeñado en que soy el padre Capellán don José Carapucheta?... Veréis, Ilustrísimo Señor: fui á Vitoria buscándole las vueltas á la pobre hija que me robaron, y me encontré á *doña Chilinistra*. Esta señora... ya sabe usted que está loca perdida... me metió en el enredo de vestirme de cura para poder penetrar con seguridad en el riñón de Navarra... En el riñón entramos y del riñón salimos. Luego se nos apareció esa *madama Clio*, sabedora de todo lo que ha pasado en el mundo y de lo que ha de pasar, y gracias á la supradicha *madama*, que mil años viva, me veo junto *al hombre del gran poder*, quien seguramente me llevará á donde encuentre lo que busco.

—Sí, sí, no tenga usted duda: rescataremos á Rosita—dije yo pavoneándome al recobrar mi papel de consolador de todos los afligidos.

—Pues bien, Ilustrísimo Señor. Si ahora

vamos Vuccencia y yo á *doña Chilvistrilla*, y le decimos que yo no soy el padre Carapucheta sino el marido de Nicanora, verá Vuccencia cómo le tiembla el labio y nos pega á los dos.

—No le diremos nada; descuide don José. Y si para mantenerla en su engaño fuese menester que dijera usted misa en cualquiera de los pueblos por donde hemos de pasar, la dice usted, yo le ayudo, ella la oye, y *pax Christi*.

—*Amén...* Ahora hablemos de otra cosa. Si esa señora se obstina en ir al Maestrazgo, no cuenten conmigo. He pasado estos días enterándome de las cosas de la guerra, y sé que toda esa parte de Teruel y Albarracín es un volcán. *Francamente, naturalmente*, no he venido yo al mundo para que me fusile un Cucala, un Bonet, ú otro de esos bárbaros matarifes.

—Estamos conformes. ¿A dónde quiere usted que vayamos?

—A donde dije en la estación de Las Casetas. A Guadalajara, Ilustrísimo Señor.

—Pues allá iremos. Yo convenceré á *doña Silvestra*.»

Al día siguiente habríamos llegado á la ciudad que goza fama de ser el emporio de los bizcochos borrachos, si á mi *Silvestra* no se le hubiera metido en la chola hacer otra paradita en Alhama. Seguía la racha voluptuosa. Ya me iba yo cansando de paraditas, mimos y empalagos de sentimentalismo dulzón. Y gracias que en todas las estaciones

siguientes no propuso más que otras dos paradas, una en Medinaceli para ver el sepulcro de Almanzor, otra en Sigüenza porque había hecho promesa de ofrecer sus pías devociones á la gloriosa mártir Santa Librada... Con estas lentitudes, ya corrían los primeros días del mes de Julio cuando entramos en la capital de la Alcarria.

Apenas instalados en la posada de donde parten las diligencias para Brihuega y Pastrana, olvidó *Chilivistra* su terca obstinación de visitar el Maestrazgo, país entonces erizado de peligros que en su magín enfermo se revestían de formas románticas. Ilusionada por nuevas ideas imaginó que sería muy divertido dar un vistazo al país donde se cría la exquisita miel y á los verdes oteros poblados de aromáticas hierbas... A todas éstas, el pobre Ido andaba desatinado por la población, donde no le faltaban amistades y conocimientos. Díjome una tarde que había tenido noticias desconsoladoras; mas para confirmarlas era preciso que fuéramos á Huete.

A *Chilivistra* no le pareció bien abandonar la región melífera. Antojósele además tomar las aguas de La Isabela, en Sacedón, que según decían eran excelentes para conservar la tersura del cutis. En estas disputas acerca del punto á donde debíamos ir pasaron dos días más. Por fin determiné yo alquilar un buen coche para irnos por el camino de Pastrana hacia la provincia de Cuenca, después de asegurar á Silvestra que cuando despachásemos un asunto particular del señor Capellán

la llevaríamos á zambullirse en las aguas de La Isabela.

De mala gana emprendió la vizcaína el viaje, y por el camino nos daba la tabarra volviendo su enojo contra el padre Carapucheta, de quien decía que iba siempre huroneando los conventos de monjas, con las cuales á hurtadillas se refocilaba. Oía con resignada humildad estas cosas el bueno de Ido, cuya inquietud y zozobra se mostraban en lo escuálido del rostro y en el crecimiento de la nuez.

Rodando por desiguales caminos llegamos á Huete avanzada la mañana de un luminoso día de Julio, y don José, apenas nos quitamos el polvo en el parador de *Santa Clara*, encaminóse al monasterio del mismo nombre, situado á corta distancia de nuestro alojamiento. Más de dos horas permaneció el manso filósofo en la casa monjil, conferenciando con una tal Sor Inés de la Transverberación, prima carnal de Nicanora.

En el largo tiempo que pasamos esperando á Ido, noté que á *Chilivistra* le temblqueaba el labio. Ya venía la racha de la impertinencia borrascosa. «Bonito papel estamos haciendo—me dijo—tapándole los vicios á este capellán que parece una mosquita muerta y es un tenorio de monjas. Opino que debemos dejarle aquí, marchándonos nosotros hacia La Isabela, donde encontraré el remedio para estos granitos que me han salido en las piernas. Míralos, Tito, y te convencerás de que me son precisas aquellas aguas, que instaló



Fernando VII para pulimentar la epidermis de su segunda mujer, la Reina doña Isabel de Braganza.»

Hice cuanto pude para contener y amansar á Silvestra con blandas razones. Llegó por fin el buen Ido, consternado, y llevándome aparte discretamente me dijo: «Ilustrísimo Señor; ya sé á ciencia cierta que mi adorada Rosita está en Cuenca, en una casa de esas que llaman... con perdón... mancebías públicas, y yo llamo templos del escándalo.

—Pues vámonos allá, don José—repuse yo,—y salvaremos de la infamia á esa sacerdotisa de Venns.»

No necesito decir los artificios amorosos que puse en juego, halagos que prodigué y patrañas que discurrí, para convencer á *Chilivistra* de que debíamos ir á Cuenca. Con todo, momentos hubo, á poco de arrancar el coche, en que don José y yo estuvimos á dos dedos de ser abofeteados por el basilisco; poco faltó para que sus blancas y afiladas uñas se clavaran en mi rostro. La lucha duró hasta que el sueño y la fatiga rindieron á la fierecilla, andados ya dos tercios del camino. Nocturno fué aquel viaje y fecundo en molestias de todo género. Ya era más de media noche cuando entramos en Cuenca. Nuestros pobres huesos y nuestros desmayados espíritus tuvieron descanso en la mejor fonda de la Carretería, parte llana de la ciudad.

Al siguiente día, 12 de Julio, fecha que no se me olvidará mientras viva, el molimiento

de nuestros cuerpos nos retuvo *en las ociosas lanas* más tiempo de lo que acostumbrábamos. Levantóse Silvestra de mal talante, que manifestaba con agrias y descomedidas voces, y agarrando sus libros de rezos y su rosario requirió mi compañía para ir inmediatamente á la Catedral, pues quería prosternarse ante el sepulcro del bendito San Julián, Obispo de Cuenca.

Salimos los tres y nos dirigimos por la Carretería hasta una vetusta puente sobre el río llamado Huécar, la cual une la ciudad vieja con los arrabales. Como poseo un gran sentido topográfico, andando me enteraba de la estructura de aquella ciudad celtíbera, visigoda, árabiga ó no sé qué, asentada en varios montículos rocosos. El conjunto del viejo caserío escalonado en diferentes anfiteatros, donde al parecer los cimientos de unas casas pisaban las techumbres de las otras, era de lo más pintoresco que yo había visto en mi vida. Pasado el puente entramos en una calle que, según me dijo Ido, se nombraba *de Las Cocheras*. Allí nos separamos; el filósofo torció á la derecha en busca de las casas públicas y pecaminosas, donde creía encontrar á su desdichada hija. *Chilivistra* y yo, por la empinada y tortuosa ruta que nos señaló don José, subimos hasta la Catedral.

Aquel día estaba mi basilisco en la plenitud de sus vesánicas impertinencias. Por la menor cosa reñíamos. Si tropezaba yo en un pedrusco (y hay que ver, señores, lo que eran aquellos empedrados, los partidos losetones.

y los peldaños puntiagudos), se ponía furiosa y me increpaba de esta manera: «Hoy estás cargantísimo. No se puede ir contigo á ninguna parte... Claro, ¡como no te dejo ir con el bigardo del Capellán Carapucheta á jugar con las monjitas!... A mí no me toques, no me des la mano, que yo sola sé andar muy bien. No tengo las piernas de trapo como tú.»

El interior de la Catedral me impresionó grandemente por la majestad y elegancia de sus líneas ojivales, diluídas en un doble misterio de silencio y obscuridad. El presbiterio y el ábside me parecieron espléndidos, las verjas magníficas. Silvestra oyó dos ó tres misas en diferentes capillas, y luego estuvo arrodillada largo rato ante el altar de San Julián, un armatoste greco-romano del estilo más antipático y pedantesco. Beatas vejanconas no cesaban de llegarse á los mármoles del sepulcro para besuquearlos y llenarlos de babas. Apenas se apartó del altar mi basilisco para marcharnos, adelantóse á darle agua bendita un hombre de buena estatura, vestido con decorosa modestia, de negra barba, pelo rizado, facciones de varonil belleza y edad como de cuarenta ó cuarenta y cinco años. Al acercarme yo, le oí decir: «¿No me reconoce usted, Silvestra?» Y como ella dudara observándole, él prosiguió: «Soy primo de Delfina Gay, y en su casa nos hemos visto algunas veces, ¿no se acuerda? Mi nombre es Avelino Palomeque.

—¡Ah! ya, ya, Palomeque—dijo Silvestra

agraciándole con su más delicada sonrisa.—  
¿Es usted de aquí?

—No, señora; yo nací en Toledo. Pero estoy en Cuenca desde muy niño y en ella tengo mis negocios: dos fábricas de harinas y los molinos de San Antón.»

Salimos los tres. El gagnápiro de Palomeque iba junto á Silvestra, dándole conversación, y á mí ni me saludó ni me hacía caso. Le pagaba yo este desaire con la moneda de mi desprecio. Mirándole bien recordé haberle visto en la casa de Delfina y en la tienda de ataúdes. Era un carlistón rabioso, fanático, muy cerrado de mollera. Al llegar á una calle, que luego supe se llamaba de *Caballeros*, tan pendiente que por ella había que andar á gatas, se paró el cerril carcunda y dijo estas palabras, volviendo su rostro hacia mí como para que yo me enterase bien:

«No pasarán dos días, y casi estoy por decir que no pasará ni uno, sin que entren en Cuenca las tropas del Ejército Real del Centro, mandadas por Sus Altezas los Serenísimos Infantes don Alfonso y doña María de las Nieves. Creo que no ha de hacer resistencia este pueblo donde hay pocos liberales, y esos pocos tontos de remate... Si usted teme el fuego y las balas, póngase en salvo hoy mismo, señora doña Silvestra. Puede usted refugiarse en mi casa, donde estará más segura que en ninguna parte. Soy viudo y vivo con mi madre, mi hermana y una hija mía de catorce años.»

Luego seguimos bajando hasta la plaza de

San Vicente. Palomeque invitó á *Chilivistra* á comer en su casa aquel día, anunciándole que iría á buscarla á la fonda. El basilisco, con no poca sorpresa mía, aceptó diciendo al carcunda que se arreglaría de prisa y corriendo para no faltar á la hora.

Solos otra vez Silvestra y yo, nos dirigimos á la fonda por la puerta que llaman del Postigo. Ibamos á escape, yo silencioso, ella punzándome con sus acres intemperancias. «Aprende, tonto—me dijo.—Ese caballero sí que es fino y galante. Tú, en cambio, eres un avefría y no sabes tratar con damas.» Poco después de las doce llegó Palomeque á nuestro alojamiento. Silvestra, bien apañadita de ropa y pergeñada de lindos accesorios, sin omitir ninguno de los retoques de su bella faz, se fué con él, dejándome en una soledad deliciosa.

Como Ido no había vuelto de sus diligencias, me lancé solo por las calles de la ciudad baja, después de comer. Por un momento se me ocurrió volver á la Catedral para pedirle á San Julián que me concediera el inmenso favor de librarme para siempre de la fémica mortificante y tornadiza. Pero me detuvo el extraordinario movimiento que notaba en las calles: iban y venían hombres y mujeres en actitud de recelo y alarma. Acerquéme á un grupo y no tardé en conocer la causa de tal agitación. Del pueblo de La Cierva, distante unas cuatro leguas de Cuenca, había llegado una mujer con la noticia de que allí y en Pajarón estaban los carlistas: la



mar de batallones, con unos llamados *zubbos* que parecían fieras, y el don Alfonso y la doña Blanca. En otro grupo oí que de Palomera, distante sólo una legua, acababan de llegar emisarios que también anunciaban la presencia de las bárbaras legiones.

Antes de amanecer caería sobre Cuenca la turba desmandada, feroz y hambrienta, y se haría dueña de la ciudad ríscosa si las peñas y los corazones no le oponían una brava defensa.

## XXIII

Recluído en el cuarto de la fonda, pasé la noche muy agitado por el tumultuoso ruido que de la calle venía. Además, me inquietaba que Silvestra no hubiera vuelto á mi lado, no porque me hiciera falta su presencia, sino por el temor de que le hubiera ocurrido algún desavío. Al manso filósofo, le esperé hasta la madrugada; mas tampoco vino á la mansión hospoderil. Pensé que había encontrado á su hija, ó que las diabólicas sacerdotisas venustas le retenían en sus nefandos cubículos. Al amanecer, las cornetas tocaron diana cerca y lejos, las unas en el interior de la ciudad, las otras en el campo, ocupado ya por los carlistas. Me asomé un momento á la ventana de mi cuarto, y vi en las crestas de los cerros humazo de fusilería. Poco después empezó el tiroteo en los términos cercanos.

Dijéronme que los sitiadores atacaban la Puerta del Castillo, y que ya eran dueños de un barrio del mismo nombre, situado extramuros de la ciudad.

Bajé al comedor, donde el patrón y otros que con él estaban me dieron noticias desconsoladoras. Las fuerzas que habían de defender á Cuenca eran harto débiles: cuatro compañías de la Reserva de *Toledo*, un escuadrón de Lanceros del Regimiento de *España*, otro de Carabineros, algunos Guardias civiles, y dos centenares de Voluntarios, gente por punto general poco aguerrida. Las fortificaciones se reducían á unas verjas de hierro, arrancadas de las iglesias para ponerlas en las entradas de la ciudad vieja, y á unos cuantos remiendos echados de cualquier manera en la vetusta muralla. Cuatro cañones con insuficiente servicio de artilleros eran las únicas piezas disponibles para tener á raya al enemigo.

El fuego siguió muy nutrido durante la mañana. Poco antes de las once, los vecinos de los arrabales, creyéndose poco seguros en aquella parte de la ciudad, empezaron á trasladarse á toda prisa á la ciudad alta. Mi patrón y su mujer, personas sencillas y afables, se empeñaron en llevarme consigo. «Caballero—me dijo el fondista,—aquí no puede usted quedarse, porque esto está muy malo. Véngase con nosotros. Allá, en los altos de la Plaza de San Nicolás, tenemos una casita en paraje resguardado de los zambombazos que atizan esos perros. Coja usted su ropa y los

efectos de valor; nosotros salvaremos lo que podamos. Bueno que se lleve el diablo nuestros intereses, pero la vida no queremos perderla... ¡Ay, caballero: lo peor para la pobre Cuenca es que tenemos el enemigo en casa! Muchos vecinos, muchas familias de acá son carcundas hasta los tuétanos. Conque hágase cargo...»

Por el puente de la Puerta de Valencia me llevaron á un barrio de calles pinas, angostas y oscuras. Entramos en una casa de no sé cuántos pisos: la escalera no tenía fin. En un desván lleno de pobretería de ambos sexos hallé albergue que parecía seguro de las balas, mas no lo era de insectos y alimañas molestas. En aquel camaranchón traté inútilmente de conciliar el sueño. Pasada la infernal noche, decidí cambiar de alojamiento, y bajé á otros pisos donde encontré mejor compañía, personas amables que me dieron pan y vino para sostener mis fuerzas. Entre los allí refugiados había un chico de tipo gitano, vivaracho y más listo que el hambre, el cual salía y entraba á cada momento, trayéndome noticias de lo que ocurría.

Por aquel galopín supe que se habían apoderado los sitiadores de la Carretería y calles inmediatas, saqueando casas y tiendas con infernal estrépito. Supe también que los carlistas quisieron parlamentar junto al Instituto; pero el Brigadier don José de la Iglesia, Gobernador Militar de la Plaza, hombre tan chiquitín como bravo, les mandó á escardar cebollinos... Mientras el chiquillo andaba re-

corriendo los sitios donde más empeñada era la lucha, mi patrón, dolorido y suspirante, me dijo: «Caballero, nos quedamos sin agua. Esos cafres han cortado el acueducto en el caserío de la Cueva del Fraile.» La patrona, llorando, agregó: «¡Ay, Virgen Santísima, mañana no habrá ya pan en Cuenca! El poco que amasaron hoy se lo arrebató la gente en la calle, y los pobres que están batiéndose no tienen qué comer.»

Por la tarde, volvió despavorido el chicuelo contándonos que había un fuego horroroso en la cuesta de Tarros, Matadero, Jardín de las Carteras, Retiro, San Miguel y las Angustias, con la mar de muertos y heridos. Una vieja que vino después nos dijo que los Voluntarios, con el cañón que habían puesto en una de las ventanas del Instituto, estaban abrasando á los carcas. Otra vieja, con las sayas en la cabeza, compareció ante nosotros y nos largó un relato terrorífico del fuego que hacían los carlistas desde las casas contiguas á las puertas del Postigo, Valencia y convento de la Concepción. Los pobres carabineros, soldados y voluntarios que defendían aquellos lugares caían como moscas.

La noche fué pavorosa. Los insectos y la fetidez de las habitaciones atestadas de gente expulsáronme de la casa. Bajé á la calle, prefiriendo que me matase una bala á morir de asfixia y asco. Tirado en el suelo, entre un ciego, dos lisiados, un sin fin de mujeres, y rapaces medio desnudos, me enteré de que

los caribes que llamaban *Zuavos* habían intentado vadear el Huécar, siendo rechazados por unos cuantos Lanceros. Las llamas de los incendios daban á la ciudad un aspecto de siniestra desolación.

El hambre, el miedo y el cansancio me obligaron á meterme en el zaguán de una casa, y arrimándome á un bulto que debía de ser un durmiente envuelto en mantas, descabecé algunos sueños. Al amanecer, noté que el tiroteo había disminuído considerablemente... Dijéronme que los carlistas desmayaban por la tenaz resistencia del pueblo en el día anterior.

A media mañana, advertí grande animación en la ciudad. Corría la noticia de que se aproximaba una columna de tropas del Gobierno mandada por un tal señor Calleja. «¡Ay, Dios mío—exclamaba todo el mundo,—que venga pronto ese Calleja!» Contagiado yo de estas públicas alegrías, y sintiendo los horrores del hambre, trepé por los empinados escalones de una calleja angosta, en busca de un alma caritativa que me diera un pedazo de pan. Torciendo á mano derecha, vi venir hacia mí un esqueleto que me estrechó en sus brazos. ¡Por San Julián bendito! El esqueleto cuyos huesos chocaron con los míos era don José Ido del Sagrario.

«¡Ay, don José de mi alma!—exclamé con grande alegría;—¿está usted muerto?

—Por milagro no estoy muerto—me contestó Ido.—Sepa Vucencia que una bala me atravesó de parte á parte.



—A ver, á ver; enséñeme esa tremenda herida.

—No es de cuidado. Mire, ha sido en el chaquetón. El proyectil lo pasó de parte á parte... ¡Ay, don Tito, toda la noche buscándole! No ha sido mala suerte encontrarle ahora para poder decirle...

—Cuénteme, don José; ¿ha encontrado á la niña?

—Sí señor. Estuvo algunos días en una casa de picaronas; pero ya ¡gracias á Dios! ha ido á parar á lugar más honesto, aunque no del todo limpio. ¡Ah, señor, déjeme usted que suspire!

—Yo también suspiro, don José, pero de hambre.

—¿Hambre Vucencia, Ilustrísimo Señor? Pues aquí tengo yo pedazos de pan para Usía. Cómalo, que es bastante bueno.»

Vi el cielo abierto. Me abalancé á los men-drugos, y para comerlos con más comodidad me senté en un escalón, en medio del arroyo. Lo mismo hizo Ido, y en aquel momento se nos acercaron unos pobres perros que olieron el pan. No tuvimos más remedio que darles algo de lo que nos sobraba.

«Ya que este corto desayuno me aclara un poco las entendederas—dije al filósofo,—prosiga el cuento de la infeliz Rosita.

—Pues, nada: que hace días está al servicio de un señor Canónigo, muy apersonado y muy galán, que la tiene en su casa en calidad de doncella para todo y con honores de sobrina. Allí he pasado yo la noche bien

resguardado de esta horrenda trifulca, y de allí salí á buscar á Vuccencia para llevármele conmigo.

—¿A casa del Canónigo?... ¡Sí, hombre, vamos! Allí estaremos bien seguros, porque supongo que el amo de Rosita será carcunda neto.

—Sí que lo es, pero buena persona y muy torero, con perdón. Está loco por la niña... Vamos, vamos... Pero ¡ay de mí! buscando á Vuccencia me he perdido en el laberinto de estas rinconadas y costanillas, y no sé por dónde volver allá.»

En esto, oímos que de la parte baja venía, con gran clamor de gente, estruendo de cataclismo. Unos ancianos que subían nos dijeron que, en la calle de la Moneda, los bravos defensores arrojaban petróleo con la bomba de incendios del Municipio sobre las casas de la calle de los Tintes, ocupadas por los carlistas. No pudiendo realizar su intento, lanzaban á mano el líquido inflamable contenido en botellas. Huyendo de la quema seguimos calle arriba, acelerando el paso. Don José, casi sin resuello, me dijo: «¿No sabe, don Tito, que ayer tuvieron los carlistas una gran pérdida? El cabecilla Segarra quedó muerto de un balazo junto al convento de la Concepción, al atacar la Puerta de Valencia.

—¿Segarra? Pues en el Infierno nos espere muchos años... Vamos, vamos á ver si podemos dar con la casa del Canónigo. Preguntaremos al primero que pase para que

nos oriente. ¿Cómo se llama ese señor?»

Detúvose Ido perplejo, y llevándose un dedo á la frente me dijo: «¡Ay, señor don Tito! el apellido del Canónigo es de tal manera enrovesado y estrambótico, que no sé si lo podré recordar ahora. Ayer, cuando él me lo dijo, le apunté en un papel, y toda la noche lo estuve repitiendo, sílaba por sílaba, para ver si me lo clavaba en la memoria... Espere Vucencia un poco... déjeme pensarlo... Ya tengo algunas sílabas, pero otras me faltan... Calma, calma...»

Mediano rato aguardé á que terminase su trabajo mental el cuitado filósofo. Luego, con semblante risueño, me dijo: «Ya, ya tengo las sílabas todas. Ahora falta el acento... Espérese otro poco, Ilustrísimo Señor... Tengo que arrimar-me á la pared para poderlo decir seguido... y he de agarrar-me la nuez, vea Vucencia, la nuez, que se me quiere escapar cuando pongo el acento... Allá va. El Canónigo que ahora es tío de mi Rosita se llama de apellido Pagasauntúrdua.

## XXIV

—Después de pronunciar ese nombre—dije yo—es preciso tomar alguna cosa, por ejemplo, una copita de Jerez. Vamos á ver si ese bendito Canónigo nos la da.

—Excelentísimo Señor—replicó Ido,—llevando por única guía ese nombrache no lle-

garemos nunca. El tío de mi niña hace poco tiempo que ha venido á esta Catedral desde la de Calahorra, y apenas se le conoce. Además, señor, no hay un solo conquense que sepa entender ni pronunciar el trabalenguas de ese apellido.»

Llegamos á una plazoleta en la que Ido reconoció que había confundido la torre de la Catedral con la de *Mangana*, y cuando discutíamos la dirección que debíamos seguir para enmendar nuestro rumbo, nos vimos envueltos en un tumulto de gente que nos llevó consigo como barredera humana al grito de *¡Abajo todo el mundo! ¡A las Puertas, al Instituto, que vienen los nuestros! ¡Ya está ahí Calleja! ¡Viva Calleja!* Imposible resistir al torbellino patriótico. Corriendo, más bien rodando, descendimos por las calles de guijas puntiagudas. A mi lado se puso, chillando desafortadamente, el chiquillo gitanesco y vivaracho que me había servido de informante histórico en los primeros encontronazos entre conquenses y carlistas. «Quieren entrar—me dijo—por la calle de la Moneda. Allí hay fuerte quemazón. Pero no saben ellos quién es Calleja. ¡Viva, viva Calleja!»

Fuimos á parar cerca del Instituto, y allí nos encontramos á nuestro fondista y á un sin fin de mujeres llorosas, que se disputaban los corruscos de pan... No sé el tiempo que duró aquella situación equívoca en que alternaban los gritos de entusiasmo con las expresiones de desaliento. Por fin corrió entre la muchedumbre ansiosa esta desoladora

noticia: «El que viene no es Calleja ¡maldita sea su alma! sino un cura guerrillero que llaman *el de Flix*, con dos batallones de fieras desbocadas... ¡Perdición, ruina, muerte!»

Esta triste realidad alentó á los carlistas residentes en Cuenca. Propalaron por todas partes que los sitiadores entraban ya en la ciudad, sembrando el desaliento, y muchos defensores se retiraron de sus puestos, convencidos de que era inútil toda resistencia. Sin saber cómo, nos encontramos Ido y yo en la miserable casa donde pasé la primera noche de asedio, y en uno de sus aposentos nos guarecimos, esperando la suerte que nuestro adverso Destino nos deparara. Allí supimos por algunos Voluntarios que los defensores que ocupaban el Jardín de las Carteras se habían retirado y la facción era ya dueña de algunas casas de la calle de la Moneda.

La última página de la tenaz resistencia fué gloriosamente escrita por el Gobernador Militar, Brigadier don José de la Iglesia, que levantando barricadas disputó palmo á palmo la ciudad á las salvajes hordas realistas. En esta postrera jornada pereció heroicamente el Teniente Coronel de la Reserva de *Toledo* don Francisco de la Peña. En tanto, el Brigadier La Iglesia, sereno en medio del peligro, al frente de cuarenta hombres, se retiraba lentamente mandando hacer fuego de trecho en trecho. Al llegar á la parte más empinada de la calle de San Pedro, agotados todos los recursos y siendo la retirada imposible, hizo



señal de parlamento. Los carlistas, que estaban á pocos metros, destacaron un pelotón mandado por un jefe. La Iglesia se desciñó la espada, y entregándola al cabecilla, puso término definitivo al esfuerzo gigante de los humildes y beneméritos defensores de Cuenca.

Desde aquel momento cambió con súbito giro el panorama histórico, trocándose el honrado choque de las armas rivales en feroz desbordamiento de los vencedores, que hollaron con cínica barbarie las leyes de la Guerra y los elementales principios de Humanidad. Contaré los horrores, crímenes y vergüenzas de las jornadas de Cuenca en los días 15, 16 y 17 de Julio, con toda la fidelidad que mi oficio me impone; contaré lo que vieron mis ojos espantados y lo que, visto por otros ojos, fué transmitido del alma de las víctimas y de sus allegados al alma dolorida de éste humilde narrador. Ante la brutalidad de los hechos que fluctúan vagamente entre lo verdadero y lo inverosímil evitaré la mentira y la hipérbole, y no recargaré de negras tintas las perversidades de los hombres, ni aun cuando éstos, más que hombres, parezcan demonios.

Al penetrar en la ciudad las manadas realistas, fueron víctimas de su desenfreno las propias familias de los vencedores. Dióse el caso de que algunos facciosos nacidos en Cuenca oyesen de labios de sus madres, al abrazarlas, súplicas implorando respeto para sus vidas y haciendas. Pero tales ansias traían aquellos bárbaros de celebrar su vic-

toria con la saciedad de todos los apetitos, aun los más infames, que nada respetaron. Entraban en las casas, lo mismo por las puertas que por las ventanas, forzaban los muebles, sacaban ropa, dinero, alhajas, y luego porfiaban entre sí para repartirse el fruto del pillaje. Lo mismo expoliaron las casas liberales que las carlistas; no hicieron diferencias de clases ni de ideas, ni se acordaron para nada de la Religión que figuraba en su execrable bandera.

En una desdichada iglesia, cuyo nombre no recuerdo, afanaron con avara rapidez un soberbio pectoral, dos mantos de terciopelo de San Juan, y una corona, rosario y diadema de la Virgen del Puente. En los casinos rompieron los espejos, las mesas y sillas, hartándose de licores, cuyas botellas arrojaban á la calle después de vaciarlas. En el Instituto destruyeron el Gabinete de Física y el de Historia Natural, lanzando por las ventanas los aparatos y las colecciones zoológicas. Al ver la máquina eléctrica llegó á su máximo el ansia de destrucción, y mientras la pulverizaban decían: *¡Duro, duro con esto, que sirve para mandar partes al Gobierno!*

Se les veía correr de calle en calle y de casa en casa, dando alaridos de salvaje alegría. Algunos se desnudaron públicamente para vestirse la ropa blanca y los trajes que habían robado. Después de vestidos, dejaban en medio del arroyo los guñapos llenos de porquería y miseria. Aunque uniformados, los *Zuavos de los Príncipes* presentaban el as-

pecto más siniestro y repugnante por la desenvoltura cínica de sus maneras y la grosería de sus vociferaciones, en ronca mixtura de italiano y francés. Con hambre atrasada devoraban embutidos, lonchas de jamón y cuanto pudieron atrapar. Por toda la ciudad retumbaron destemplados toques de corneta y estas estridentes voces: *¡No hay para nadie cuartel!*

De los *Zuavos* y de los que no eran *Zuavos* huían las mujeres, lo mismo jóvenes lozanas que viejas temblicas, corriendo á refugiarse en los sótanos más hondos ó en los más altos desvanes. Aun allí eran perseguidas, pues aquellas bestias lujuriosas no sólo habían perdido la vergüenza sino el sentimiento de la hermosura, de la gracia y de la juventud... Los facciosos no se limitaron á saciar sus groseros instintos, y movidos de criminal saña política, perseguían como perros rabiosos á los *cipayos*, que así llamaban á los liberales, y á los que habían contribuído con su denuedo á la defensa de la población.

Voy á referir á mis horrorizados lectores el trágico fin del Comandante don Enrique de Escobar y Valdeolivas, que se hallaba en situación de reemplazo, recluído en su domicilio por larga enfermedad. Creyeron los carlistas que aquel *cipayo* había tomado parte en la defensa, y asaltaron su casa, en la calle de Cordoneros, subiendo atropelladamente hasta las habitaciones altas, donde el infeliz señor yacía en el lecho, asistido por su madre. Al verse rodeado de aquellas fie-

ras que le insultaban profiriendo las amenazas más atroces, el desdichado enfermo perdió el conocimiento. La madre lloró, imploró, y no pudiendo ablandar los corazones petrificados por la incultura y el fanatismo, se abrazó á su hijo intentando en vano librarle de las acometidas de tales monstruos. Sobre el cuerpo de la pobre mujer llovieron golpes terribles. El Comandante fué cosido á bayonetazos, y cuando ya se le escapaba la vida, arrancáronle de los brazos maternos y lo arrojaron por el balcón.

El cuerpo chocó contra las piedras, y yacía exánime en medio del arroyo, cuando apareció en la calle abigarrada muchedumbre, á cuya cabeza venía una mujer á caballo, como amazona de circo, radiante de fatuidad, decidida y altanera. Era la tristemente famosa Princesa doña María de las Nieves, esposa de don Alfonso de Borbón. Los que la vieron venir pensaron que desviaría su caballo para no pisar el cuerpo expirante. Pero la terrible capitana de bandidos no se inmutó, y sin dar señales de ninguna emoción ante aquel espectáculo dejó que el animal pisotease á un honrado caballero moribundo.

## XXV

Siguió la cruel amazona su sangriento camino hacia la Correduría. Era de corta estatura, flaca, rubia, de azules ojos: su belleza,

completamente apócrifa, consistía tan sólo en la marcialidad de su apostura y en su destreza hípica, cualidades de marimacho, no de mujer. En su rostro vi un mirar ceñudo y una rígida contracción de la boca que indicaban la sequedad del corazón confundida con la brutal soberbia. Llevaba boina roja con borlón de oro, traje negro de montar, altas botas de charol, en la mano un latiguillo que le servía de bastón de mando, y en el cinto un revólver. Tras ella iba el marido, que sólo brillaba por su insignificancia junto á la marimandona. Llevaba boina encarnada con áureo borlón y dormán de Caballería. Seguía la caterva de jinetes, algunos con distintivos de oficiales, otros como escolta, todos de aspecto bárbaro y provocativo.

No sé á dónde iban en aquel instante. Pero, esclavo de mi obligación, he de referir las escenas más patéticas del drama conquense, y para ello haré uso del don de ubicuidad que, con otras atribuciones, me concede en casos tales mi divina Madre *Clio*. Sabed, pues, que aquella mañana presentóse ante la Catedral el aparatoso y ridículo cortejo de la Generala doña Nieves de Borbón, de Braganza ó de los demonios coronados. Apeóse la tal de un salto y entró en la basílica seguida del marido y de los jefes que componían su abigarrado séquito. Junto á ella se coló en el sagrado recinto un perro de presa que era su inseparable compañero. Ya se habían dado las órdenes para que el Obispo saliese á recibirla y le cantase el indispensable *Tedéum* por la



feliz entrada del Ejército Real en la histórica ciudad de Cuenca.

He aquí, lectores míos amadísimos y cristianísimos, al venerable Prelado señor Payá y Rico plantado en el trascoro con todo su Clero, para recibir ceremoniosamente á la que representaba el poder majestático impuesto por la fuerza bruta. Con evangélica humildad acompañaron el Obispo y Clero Capitulár á los regios figurones, llevándolos al presbiterio, donde tomaron asiento en los sillones preparados para el caso. El *Tedéum* fué breve, llevado á paso de carga, á estilo militar. Berrearón los cantores de mala gana, y el alto Clero, con excepción del Obispo, hizo gala de la pompa litúrgica y de su fanático servilismo.

Terminada la ceremonia con su canticio hostezante, acompañado de sonoros golpes de órgano, los Príncipes *de la sangre* se aposentaron en el Palacio del Obispo, próximo al templo diocesano. Ignoro si la ocupación de la morada episcopal fué por galante obsequio del señor Payá y Rico, ó por *motu proprio* de la desenvuelta doña Nieves, que á sus indudables dotes de mando unía la frescura y desahogo que á las personas vulgares da la falsa conciencia del derecho divino. Su temple arbitrario se manifestaba lo mismo en la llaneza para incautarse del solar ajeno, que en la fea costumbre de tutear á las personas de más alta posición y jerarquía. Apenas instalada en el Palacio la trashumante Corte, se vieron llenas de uniformes las anchurosas es-

tancias; el arrastrar de sables y el militar bullicio sustituyeron al murmullo sigiloso de una mansión eclesiástica.

En el salón de honor, decorado con un soberbio crucifijo, recibieron los Príncipes comisión de señoras, comisión de notables, que eran lo más granadito de la carcundería conguense. Allí dictó la despótica doña Blanca los fieros bandos que causaron terror al sufrido vecindario. En el primero se ordenaba que los habitantes de la ciudad, sin distinción de clases, acudieran á demoler las fortificaciones, llevando ellos mismos los útiles y herramientas necesarios. En el segundo se disponía que acudieran las mujeres y señoras con vasijas llenas de agua á sofocar el fuego del Gobierno civil, incendiado por los carlistas. El tercero, inspirado por Judas, mandaba que todos los Voluntarios defensores de Cuenca se presentasen en los claustros de la Catedral, advirtiéndoles que de no hacerlo así serían fusilados donde quiera que se les encontrara. Los tres bandos se fijaron en las esquinas ó fueron publicados por pregón, y decían que sus disposiciones habían de cumplirse *bajo pérdida de la vida*.

Obedientes á las draconianas órdenes de la que algunos llamaron *el Atila con faldas*, acudieron con palas y picos los pobres de chaqueta y los señores de levita á desbaratar las obras de fortificación. Y como á todos les iba en ello la pelleja, también corrieron á sofocar el fuego las menestralas y las señoras, transportando el agua en cántaros, barreños

y pericos. Los Voluntarios defensores de la Plaza, entendiendo que serían indultados si hacían acto de arrepentimiento en el sagrado recinto de la Catedral, allá se fueron cual ovejas sumisas y, con más paciencia que el amigo Job, esperaron el fallo benigno de la serenísima tirana.

¿Benignidad dijísteis? Espérense un poco, caballeros. Apenas estuvieron los Voluntarios reunidos en los claustros de la basílica, llegó una cuadrilla de *Zuavos* que les maniató por parejas; sin pérdida de tiempo los condujeron á los sótanos del Palacio episcopal, y allí quedaron encerrados cual rebaño destinado al sacrificio.

En tanto, la soldadesca vencedora, harta de comistrajcs y de vino, harta de volubles placeres, mas nunca saciada ni satisfecha en sus brutales instintos, continuaba la cacería y exterminio de *cipayos*. Pedro Díaz Escamilla, maestro alpargatero de la casa de Beneficencia, voluntario que peleó en la calle de la Moneda, retiróse herido, escondiéndose en un desván de su casa. Allí lo encontraron los carlistas, y después de rematarlo á tiros y bayonetazos le rompieron el cráneo con las culatas de los fusiles, haciendo saltar en pedazos la masa encefálica. A la viuda de este infeliz la martirizaron cruelmente pinchándola en la espalda, y á una muchachita hija del muerto la dieron á beber tila con pólvora *para que se le pasara el susto*.

A un pobre vendedor de frutas, *Anico el de la Ventosa*, á quien acusaban de haber

matado á dos *Zuavos*, lleváronle á rastras por las calles con infernal gritería, y después de asestarle innúmeros bayonetazos, acabaron con él, junto al cuartel de San Francisco, quemándole la cara con petróleo. Un humilde dependiente municipal fué capturado cuando regresaba de llevar un parte del Ayuntamiento al Brigadier Villalaín. Cediendo á instigaciones de un carlista conquense, aquel desventurado fué conducido en las puntas de las bayonetas por la Correduría, y en su sangre mojaron los asesinos la suela de las alpargatas *para reforzarla*. Junto á la puerta del Postigo asesinó la soldadesca á un cartero, de quien dijo una mujer que había dejado de entregar algunas cartas á los carlistas del pueblo. La agonía de este desgraciado fué horrenda, pues su delatora se obstinaba en hacerle comer pan y pepino.

Por soplo de gentes malignas, que nunca faltan en casos tales, supieron los vándalos del *Dios, Patria y Rey*, que en una casa del Pósito se escondía un *cipayo* llamado Vicente Cornago, enfermo de viruela negra. Allá marcharon en tropel los asesinos, decididos á librar de penas al virulento. La pobre madre del enfermo creyó que mostrándole el cuerpo de éste, cubierto de pústulas, les convencería de la verdad de la dolencia. Los menos feroces quedaron perplejos; mas otros, que sin duda eran fieras en figura humana, insistieron en asegurar que el *cipayo* era un enfermo de conveniencia y que aquellas costras serían pintadas. La embriaguez

les enloquecía. Tras una espantable escena en que la madre trató de salvar la vida de su hijo, abrazándole con desesperado esfuerzo, se consumó el crimen odioso, entre salvajes gritos y carcajadas infernales de aquellos caribes.

Más horrores contaría; pero temo que mis buenos leyentes aparten sus ojos de estas páginas, bárbaramente ensangrentadas. Por mi gusto pondría siempre en ellas la miel de la Historia, aderezándola sabiamente con las hieles amargas que en todo tiempo afluyen de las humanas acciones. Mas tengo que rendirme á las brutalidades de una raza, que en sus accesos de locura suicida se divierte rasgando sus propias venas para morir de anemia.

Diré tan sólo que á la mujer de un pobre zapatero, asesinado en la calle del Agua, dieron el pañuelo de la víctima empapado en su propia sangre, caliente todavía. A la esposa de un humilde agente de Orden público le ofrecieron el sable con que acababan de cercenar el cuello de su marido. No satisfechos los facciosos con ser asesinos y ladrones, fueron también incendiarios, y á más del Gobierno civil pegaron fuego á la Diputación provincial, á la Plaza de Toros y á otros edificios. Con enormes lavativas lanzaban petróleo á los pisos altos; con regaderas empapaban de líquido inflamable las plantas bajas. El inmenso ruedo de la Plaza de Toros, del que surgían llamas gigantescas, era como el cráter de un volcán.



Como infernal apoteosis de aquella fiesta de barbarie, clavarón los vándalos banderillas de fuego á los caballos heridos ó enfermos que, locos de dolor, corrían por la ciudad, entre el chisporroteo y las detonaciones de la pólvora que abrasaba sus carnes.

## XXVI

Mi privilegio de ubicuidad permitiómeme presenciar las pomposas audiencias que daba doña Nieves á los Jefes de su mesnada de matachines: salían éstos llevándose el aplauso y albricias de su Generala por los asesinatos y desvergüenzas con que castigaban al pueblo infeliz. En esto, anunciaron la llegada de una Comisión del Ayuntamiento que iba, con toda sumisión y protestas de fidelidad, á impetrar de sus Altezas clemencia para los vencidos. Como medida preventiva, metieron á los comisionados en las habitaciones bajas donde estaban las cuerdas de Voluntarios presos. No quise dejar de ver á los que representaban el organismo municipal, algunos del antiguo Ayuntamiento, otros de la nueva hornada carlista. En todos vi caras afligidas y largas, y admiré las arrugadas levitas que habían sacado del fondo de los cofres para presentarse ante las reales personas, así como las chisteras abolladas y peinadas á contrapelo en las precipitaciones que la etiqueta les imponía.

*Francamente, naturalmente*, diré con mi amigo Ido que me acompañaba por las escaleras y pasillos de la casa episcopal, me dieron lástima los señores concejales tratados como perros, y aun el propio don Avelino Palomeque, concejal de nuevo cuño, me fué menos antipático, por verle en tan humillante situación. No pensaba yo hablarle; pero él se dirigió á mí con menos arrogancia de lo que yo esperaba, diciéndome estas palabras: «No pase usted pena por doña Silvestra, que está bien segura en mi casa, al lado de mi madre. Si los excelsos Príncipes acceden á lo que les pediremos, todo se arreglará.

—Quédese *Chilivistra* al lado de su señora madre—contesté yo cumplidamente,—que allí estará como en la gloria. Y si la nobilísima doña María de las Nieves la toma bajo su protección, miel sobre hojuelas. Silvestra es una malva como usted habrá visto, un carácter angelical, dulcísimo. Para mí será muy grato que permanezca en la honesta y sagrada casa de usted hasta que Dios fuere servido de poner término á los males que á todos nos afligen.»

Díjome entonces el estirado señor Palomeque que si yo gozaba, como parecía, de algún predicamento cerca de la brava doña Nieves y de su augusto esposo, les hiciese presente la conveniencia de que fuera pronto recibida la Comisión municipal que ansiaba ofrecerles sus respetos. Sin negar yo mi supuesta influencia, respondí que hablaría de buen grado á los Serenísimos Infantes, pro-

curando llevar á feliz término aquellas diferencias, y añadí que esperaran sentaditos á que de arriba viniera la orden de ser recibidos en audiencia solemne.

Volví con Ido del Sagrario al piso principal, y lo primero que vi fué el venerable Obispo sentado en el banco del portero, aguardando ser admitido á la presencia de doña Nieves. Diferentes personas había en la antecala, y entre ellas... no sé si por testimonio de mis ojos ó de mi exaltada imaginación... creí distinguir la faz de *Mariclio* en un grupo de señoras que hablaban con Payá y Rico, lastimándose de la humillación que sufría. Estoy bien seguro de haber oído de labios del Prelado estas tristes palabras: «Ayer me pedían ustedes su protección: hoy la necesito yo.» Puse toda mi alma en cerciorarme de si era verdad la presencia de *Mariclio*, mas no pude obtener la certidumbre que buscaba porque el buen Ido me cogió de un brazo, y llevándome al cercano pasillo donde aguardaban varios clérigos en actitud expectante, me dijo: «Véngase acá, Ilustrísimo Señor, que quiero presentarle al Canónigo Paga-sauntúrdua. Este buen señor desea conocer á Vuecencia.»

Presentado al Canónigo, nos estrechamos las manos con familiaridad cortesana. Era un clerizonte guapo, joven y rollizo: su desenvoltura de lenguaje y ademanes revelaban el gusto del buen vivir y el menosprecio de las trabas y preocupaciones que entorpecen la existencia. Después de los saludos cam-

pechanos, quedamos en que honraría yo su casa aquella misma tarde para tomar juntos una copita de Jerez y fumar un buen habano.

Al volver á la antesala vi que entraba una caterva de vándalos, arrastrando los sables y metiendo mucha bulla. Entre denuestos y amenazas decían que la canalla *cipaya* trataba de asesinar á los Príncipes, y que para castigar su intento sería conveniente acabar con ella. De estas inauditas barbaridades resultó que Sus Altezas dieron orden de despedir á la Comisión municipal, mandándola que se largara con viento fresco. Poco después fué admitido en audiencia el reverendo Prelado, y al gozar yo el extraordinario privilegio de presenciarla reconocí la proximidad de mi excelsa Madre, que por interés de ella y honor mío se dignaba ponerme en directo contacto con las verdades netamente históricas.

Vi á doña Nieves en pie frente á una mesa forrada de damasco. Rodeaban á la Infanta su insignificante esposo y unos cuantos bigardos de su cuadrilla: Monet, Grollo, Freixá, Villalaín, el cura de Flix y otros. La Generala vestía el traje de amazona, cuya falda recogía con la mano izquierda; en la derecha empuñaba el latiguillo que era como el cetro de su realeza, lo mismo á caballo que á pie. El perro de presa no faltaba en aquel acto solemne, vigilante al lado de su ama. Con la boina roja encasquetada, los cabellos rubios mal recogidos en un voluminoso moño, el

cuerpecillo tieso, la mirada fría, el rostro avinagrado, condensando en sus duras facciones toda la energía de un alma dominadora y salvaje, aguardó la entrada del Obispo.

El venerable Payá se adelantó con sereno continente, y anticipando sus finas reverencias, rogó á la Infanta que perdonase la vida á los Voluntarios presos y que pusiera término á los actos de inhumana crueldad, tan contrarios á la Religión que el Rey don Carlos ostentaba en su bandera.

«Ya he dicho á las señoras—contestó colérica y nerviosa la terrible mujer—que mis soldados necesitan un poco de expansión, después de los trabajos y privaciones que han sufrido.» Y tras esto, atreviéndose á tutear á persona tan venerable, investida de la autoridad evangélica, esgrimió el látigo para imprimir acento y vigor á estas infames palabras: «Da gracias á Dios porque no hacemos contigo lo mismo que con todos esos miserables.»

Aguantó el Obispo con firme ánimo la rociada y dijo, tarde ya pero aún á tiempo, lo que debió decir á los Príncipes cuando entraron en Cuenca pidiéndole que les cantara un *Tedéum*. Allá va el verdadero *Tedéum* y la sagrada voz evangélica de un Prelado que sabe su obligación: «Señora: con esa conducta ni se conquistan tronos en la tierra ni coronas para el cielo. Adiós, adiós.»

Dió media vuelta el buen Payá, y retiróse de la sala sin hacer la menor reverencia.



## XXVII

Permitidme ahora, lectores muy católicos y muy amantes de nuestra patria, que os dé una opinión sincera y humana de la nefasta María de las Nieves, opinión que, sin excluir las execraciones que merece al mostrarse por primera vez en la candente arena de aquel torneo político y militar, contendrá las alabanzas que le corresponden como el modelo más extraordinario de fuerza y energía dentro del tipo femenino.

Al ponerse con su esposo al frente del Ejército Real del Centro, doña Nieves fué el alma de la facción; se impuso á todos los cabezas y cabecillas; erigióse en Generalísima incuestionable; llegó á ser muy pronto la primera estratega, la primera autoridad táctica de sus cuadrillas, á las que disciplinó y gobernó dándoles apariencias de hueste organizada. Compartía con sus soldados las inclemencias del cielo y las fatigas de las penosas jornadas; compartía también con ellos los piojos, la bazonía, los mendrugos de pan, la dureza de los lechos de piedra en las sierras ásperas, la humedad y desamparo en las desoladas llanuras.

De este modo les llevó á la conquista de Teruel, tan difícil y cruenta que hubo de levantar el asedio y salir en busca de otras arriesgadas aventuras. Con su infatigable

tropa, ella, que no conocía tampoco el cansancio, compartió la rabia de no haber podido ganar á Teruel, y en terrible avalancha cayeron sobre la pobre Cuenca, donde alcanzaron la gloria (qué gloria fué para ellos) de plantar por primera vez en la capital de una provincia española el pendón del Carlismo.

Cuando se tuvo en Cuenca conocimiento de la entrevista de *doña Blanca* con el señor Obispo, antes referida, dijeron algunos: *esa mujer es una hiena*. Pues yo os digo que será todo lo hiena que se quiera en determinada ocasión; pero me permito enmendar la frase de este modo: *esa mujer... es un hombre*, el primer hombre del absolutismo, desde los tiempos de don Carlos María Isidro hasta la edad presente. En los días del asedio de Cuenca, cuando los Infantes tenían su Cuartel General en un lugar apacible de la Hoz del Huécar, la Generala, que todo lo disponía y ordenaba como experto caudillo, viendo que la ciudad no se rendía tan pronto como ella deseara, llamó á Villalaín y le dijo: «Necesito que las tropas reales tomen al momento la ciudad. Apelo á tu bravura y no creo hacerlo en vano. Ve y tómala, yo te lo mando. Si en el término de una hora no se cumplen mis órdenes, fusilarás al jefe ú oficial que flaquea en el cumplimiento de su deber.»

Chispazos del genio de Atila y del Tamerlán iluminaban el cerebro de aquella hembra temeraria y cruel, negación de su sexo. Desde el momento en que Cuenca cayó en poder de *las honradas masas*, la doña Nieves les permi-

tió todas las brutalidades, crímenes, atropellos y vandálicas libertades que se han descrito, porque sabía que de este modo se captaba para siempre la voluntad y sumisión de aquellos forajidos. Consintiéndoles la saciedad de sus apetitos, les adestraba para continuar peleando por ella y allanando los caminos por donde corría desenfrenada la feroz ambición del marimacho más genial que ha tenido España.

Aquella misma tarde, don José y yo volvimos la espalda á los horrores trágicos para penetrar en la mansión apacible del Canónigo don Plotino Pagasauntúrdua. Abriónos la puerta Rosita, no sin precauciones, descorriendo cerrojos y quitando trancas de hierro. El buen Capitular no había llegado aún: estaba acompañando al señor Obispo y dándole ánimos para soportar la tribulación que sufría. ¡Por Júpiter Capitolino y por la divina Cytherea, que me gustó Rosita! Estaba muy linda, tan limpia y bien apañada de ropa y aliños del rostro, que daban ganas de comérsela. Por hacer tiempo á que llegara su amor nos llevó al aposento alto en que moraba, en el cual admiré el buen arreglo y la comedida elegancia de un vivir modesto y dichoso.

Antes de repetir en mi presencia lo que á su padre había dicho respecto á su nuevo estado, quiso mostrarnos á los dos los diferentes regalitos que le había hecho su tío putativo: unos zapatitos de charol muy monos, todavía no estrenados; un vestido de merino negro muy honesto y apersonado, para ir á

la iglesia; otro de percal sin colorines, pero adornado con mucho aquel; varias alhajas de poco precio, de oro fino, que no llamaban la atención ni por sus dimensiones ni por su riqueza; medias negras de semiseda; zapatillas de abrigo para dentro de casa; peinas y avíos de tocador; un rosario hecho con huesos de aceitunas del Huerto de las Olivas donde oró el Señor en Jerusalén; y por último, un devocionario monísimo, con sus tapas de nácar y broche dorado para cerrarlo. Viendo y admirando estas cosas advertí en el rostro de Ido del Sagrario una mezcla singular de alegría y tristeza.

Cuando Rosita, un poco cohibida y vergonzosa, empezó á contarme las razones que tenía para no abandonar aquella casa, llamó á la puerta el Canónigo. La muchacha bajó, abrió, y poco después estábamos los cuatro en la sala donde el buen sacerdote recibía sus visitas. Desde el primer momento nos mostró don Plotino su llaneza y amabilidad campechana. No necesitó pedir el Jerez, pues Rosita se apresuró á traerlo, acompañado de bizcochos y de unos puros, no de primera, pero bastante aceptables. Como supondréis, la conversación recayó al instante en el asunto de actualidad que excitaba los ánimos en Cuenca. Sirviéndonos Jerez y excitándonos á no ser parcos en la bebida, el desahogado cura señor Pagasauntúrdua nos dijo:

«Es preciso confesar que esa buena señora nos ha hecho un flaco servicio con venirse acá mandando las tropas de don Carlos. Que-

dárase la doña Nieves en Albarracín ó en cualquier otra parte de los Estados del Centro, y no hubiéramos tenido aquí los desmanes y atropellos que ustedes han visto. ¡El demonio con la señora esa!... ¿Se enteraron ustedes del trato que dió esta mañana al señor Obispo?

—Sí que nos enteramos, señor don Plotino —repliqué yo.—Si usted me lo permite, le diré que ese trato y otro peor lo tenían ustedes bien merecido por haber salido á recibirla con palio y largarle luego el *Tedéum* con órgano, cantorrio y toda la pesca. ¿Por qué el señor Payá, cuando la vió entrar en la Catedral, no mandó al perrero que la pusiera en la calle?

—Eso no podíamos hacerlo, señor don Tito de mi alma —repuso Pagasauntúrdua con humildad risueña, tras de la cual asomaban puntas y ribetes de ironía.—El señor Obispo y el Cabildo cumplieron su deber. La Iglesia está siempre en su puesto, y no podía negarse á rendir honores á los Serenísimos Príncipes, hermanos del Católico Rey, nuestro Señor... Comprendo lo que quiere usted decirme; tiene usted razón; déjeme concluir... Esta tarasca nos ha puesto en una gravísima tirantez de relaciones con el pueblo en que vivimos, y no sé en qué parará esto. En fin; creo que se van mañana tempranito. Dios vaya con ellos; la Virgen les acompañe... y que no vuelvan á parecer por acá.

—¡Desgraciado el pueblo en que caigan ahora esos serenísimos diablos! —exclamó



Ido elevando los ojos al techo y atizándose otra copa.

Haciendo lo mismo, el Canónigo pasó á tratar de un asunto muy interesante: «Pues no se van con las manos vacías—nos dijo.—Como contribución de guerra, he aquí que arramblan con todos los fondos públicos y particulares que hay en Cuenca. Verán ustedes: á los vecinos les han sacado cerca de 800.000 reales; de la Caja provincial han sustraído bonos del Tesoro, libramientos y metálico, por valor de 90.000 pesetas mal contadas; de la Delegación del Banco de España, casi 100.000; de Tesorería, en pagarés de bienes nacionales y metálico, más de medio millón.»

Lo restante de nuestro coloquio no merece mención. Al despedirnos del bondadoso don Plotino Pagasauntúrdua, le preguntamos si podíamos contar con su ayuda para salir de Cuenca sanos y salvos. El, con gallardía protectora, nos dijo: «No teman nada; si los Serenísimos se van mañana, como dicen, yo les respondo á ustedes de que podrán salir tranquilos, sin que nadie les moleste, ya se vayan por Huete, ya por San Clemente y Villarrobledo... Conque, adiós, señores, y descansar, que buena falta nos hace á todos... Usted, don José, no ponga esa cara triste ni haga pucheros: su hija está en mi casa como en la gloria: ¿Verdad, Rosita, que no quieres volver á Madrid?... Repito que su hija de usted, señor de Ido, al venir á esta su casa, ha pasado del Infierno á la Bienaventuranza...

¿Verdad, Rosita?... ¡Ay, señor Sagrario! Si usted la hubiera visto donde estuvo, no lloraría de verla aquí. Al contrario, bailaríamos de gusto.

—¡Ah, sí señor!... Pero ya ve usted... un padre...—rezongó el filósofo lagrimeando.

—Rosita está muy contenta. Vea usted esa cara—dijo el clérigo, acompañándonos hasta la puerta.—¡Y ahora que la voy á llevar de viaje!... En cuanto llegue Agosto tomo una licencia y me voy á Lequeitio, mi pueblo, para que Rosa respire las brisas del Cantábrico.»

## XXVIII

Camino de nuestro albergue (que era una cabrería de la calle de Pilares, donde pasamos la noche anterior con sosiego y buena compañía), iba yo consolando al buen Ido, lo que no me fué difícil, pues la fácil teoría del mal menor vino muy á pelo para el caso de la deshonra de Rosita. ¿Qué mejor solución podía esperar el desolado padre que ver á la niña reposando á la sombra de una protección tan benéfica como la de don Plotino? Obra fué de los hados... estoy por decir que de la Divina Providencia. Por lo que el propio Ido me contara cuando llegamos á Huete, sabía yo los horribles temporales que había corrido la niña, desde que la raptaron en Fuentidueña de Tajo hasta que fué á caer en

las inmundas mancebías. El cómo pasó Rosita de tal ignominia á las paternas manos de Pagasauntúrdua, ni don José lo sabía, ni en averiguarlo teníamos interés. Nos contentábamos con celebrarlo y ver en ello una divina intriga tramada por los ángeles del cielo. Así debía decirlo el filósofo simple á su esposa Nicanora cuando le diera cuenta de la paz y tranquilidad que la niña disfrutaba. Era cosa de que toda la familia festejara el suceso alabando al Señor y encomendándose á la Santísima Virgen.

A nuestro cansancio debimos un profundo y dilatado sueño, entre cabras y honrados vecinos de Cuenca. Al despertar, avanzada ya la mañana, oímos gran trompeteo y bullanga: los forajidos se iban, con su condenada doña Nieves á la cabeza. Marchaban hacia Levante, llevándose prisioneros á los soldados del Ejército, á los Voluntarios liberales y á gran número de contribuyentes, personas de arraigo y posición. ¡Pobrecitos, buena les esperaba! ¡Infeliz Cuenca, infeliz España!

Decididos mi amigo y yo á poner pies en polvorosa, nos abocamos con nuestro protector don Plotino, el cual ya nos tenía preparada fácil salida en los carros de unos madereros que por San Clemente iban á Villarrobledo. Nos despedimos de Rosita, y en la tierna escena advertí que las lágrimas de Ido del Sagrario eran más de alegría que de pesadumbre. La sobrina del Canónigo dió á su papá un imperdible de oro muy lindo para

que lo entregase como recuerdo de la tierna hija á la nunca olvidada madre: ¡Adiós, Rosita; adiós, don Plotino, trasunto de la Providencia; adiós, Catedral, Obispo, vecindario cadavérico; adiós, Cuenca moribunda y trágica, aún envuelta en humo, en vapores de sangre, en ambiente de tristeza y desolación!

No quisimos partir sin informarnos del paradero de Silvestra. Mandamos un recado á la casa del concejal señor Palomeque; mas como este señor no nos diera ninguna respuesta, creímos perdida á la voluntariosa y antojadiza dama, de cuya reaparición daré noticias á mis buenos lectores en posteriores páginas, que ya no caben en este libro. No saldré de la patria de San Julián sin deciros que recobramos parte de nuestro equipaje y que momentos antes de partir vimos entrar por Carretería tropas á caballo, vanguardia de una columna mandada por el General Soria Santa Cruz, que el Gobierno envió el día 13 en auxilio de Cuenca. Entraban con extraordinarias precauciones, cuando ya en Cuenca no había ni un voluntario de la facción. ¡A buenas horas mangas verdes!

Salimos en la gratísima compañía de los madereros. Y no te digo adiós, lector pío, benévolo, buen católico y amante del orden social; no te digo adiós sino *hasta luego*, pues la deuda que tengo contigo de referirte lo de *Sagunto* aplazada queda por apremios del tiempo y del espacio, superiores á la voluntad de vuestro leal y asendereado Tito. Otorgadme

el respiro que os pido, y pronto me encontraréis camino de Sagunto, acompañado de las figuras representativas de la Restauración, *Chilivistra*, *Leona la Brava* y otras no menos interesantes personas que se aprestan á bailar conmigo y con vosotros en la nueva contradanza histórica.

FIN DE CARTAGO Á SAGUNTO

Santander-Madrid.—Agosto-Noviembre de 1911.



## En preparación

Para Febrero de 1912

# C Á N O V A S

tomo 46 de los *Episodios Nacionales* y 6.º de la serie final.



# TRADUCCIONES

---

## En inglés:

*Doña Perfecta*, a tale of modern Spain.

Traducción de D. P. N.—London, Samuel Tinsley, 1886.

*Idem.* Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1883.

*Idem.* New-York, 1884.

*Idem.* Traducción de D. P. W. New-York, George Munro, Publisher, 17 á 27, Vandewater Street, 1883.

*Gloria.* Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1882.

*Idem.* Traducción de Nathian Wetherell. London, Remington and Co, 5, Arundel Street, Strand, W. C., 1879.

*León Roch.* Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1888.

*Marianela.* Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11 Murray Street, 1883.

*Idem.* Traducción de Helen W. Lester. Chicago, A. C. Mac-Clurg and Company, 1892.

*Trafalgar.* Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 1884.

### **En italiano:**

*Nazarin* (Sicut-Christus). Traducción de Guido Rubetti y José Leon Pagano. Firenze, G. Nerbini.

*Gloria*. Traducción de Italo Argenti. Firenze, R. Bemporad & Figlio, 1901.

*Marianela*. Traducción de G. Demichelis. Bologna, Tipografia Pont. Mareggiani, via Volturno, 5, 1880.

*La Fontana de Oro*. Traducción de Denuchelis. Milán, Fratelli Treves, 1890.

*Doña Perfecta*. Traducción de Cunes. Milán, Fratelli Treves, 1897.

### **En holandés:**

*Doña Perfecta*. Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1883.

*Electra*. Leiden, A. H. Adriani, 1901.

### **En portugués:**

*Electra*. Traducción de Ramalho Ortigao. Oporto, librería Chardron, de Lello & Irmao, editores, 1901.

### **En dinamarqués:**

*Fru Perfecta*. Traducción de Gigas. Copenhagen, Priors, 1895.

EPISODIOS NACIONALES

---

CÁNOVAS

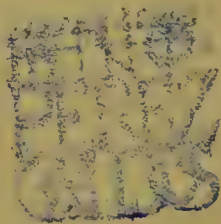




---

Es propiedad. Queda hecho  
el depósito que marca la ley.  
Serán furtivos los ejemplares  
que no lleven el sello del  
autor.

---



B. PÉREZ GALDÓS  
EPISODIOS NACIONALES  
SERIE FINAL

---

# CÁNOVAS

---

4 . 0 0 0



MADRID  
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA  
(Sucesores de Hernando)  
Arenal, 11  
1912

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

# CÁNOVAS

---

## I

Los ociosos caballeros y las damas aburridas que me han leído ó me leyeren, para pasar el rato y aligerar sus horas, verán con gusto que en esta página todavía blanca pego la hebra de mi cuento diciéndoles que al escapar de Cuenca, la ciudad mística y trágica, fuimos á parar á Villalgordo de Júcar, y allí, mi compañero de fatigas Ido del Sagra-rio y yo, dando descanso á nuestros pobres huesos y algún lastre á nuestros vacíos es-tómagos, deliberamos sobre la dirección que habíamos de tomar. El desmayo cerebral, por efecto del terror, del hambre y de las constantes sacudidas de nervios en aquellos días pavorosos, dilató nuestro acuerdo. Inclinábame yo á correrme hacia Valencia, im-pelido por corazonadas ó misteriosos barrun-tos. Di en creer que hallaría en tierras de Le-vante á mi maestra *Maricello* y que por ella

tendría conocimiento de la preparación de graves sucesos. Pero á Ido le tiraba hacia Madrid una fuerte querencia: su mujer, sus amigos, su casa de huéspedes. La ley de adherencia en las comunes andanzas aventureras nos apegaba con vínculo estrecho. Desconsolados ambos ante la idea de la separación, cogimos el tren en La Roda y nos plantamos en la Villa y Corie.

Largos días permanecí recluso en mi aposento pupilar de la calle del Amor de Dios. La casa estaba desierta por ausencia de los estudiantes de San Carlos que gozaban ya de la dilatada vagancia veraniega. Prisionero me constituí en mi celda, sin osar poner los pies en la calle, no sólo por aburrimiento sino por tener mis bolsillos tristemente limpios y mondos de toda clase de numerario. Olvidado me tenía mi excelsa Madre, sin que mi conciencia ni mi razón explicarme supieran la causa de tal abandono, pues nada hice ni pensé que pudiera desagradarla. Cuantas veces acudí á la portería de la Academia de la Historia en busca de los emolumentos que allí, solícita y puntual, me consignaba *Doña Mariana*, hube de volverme desconsolado y con las manos vacías á mi pobre hospedaje. Por fin, avanzado ya el mes de Agosto, ¡oh inefable dicha! la portera de la docta casa me entregó con graciosa solemnidad un paquete que contenía suma moderada de los sucios *papiros* que llamamos billetes de Banco, y una cartita cuyo interesante contenido devoré con mis ojos en



el corto trayecto de la calle del León á la del Amor de Dios.

«Perdona, mi buen muñeco — decía la carta, — si tan largo tiempo estuve sin acudir á tus necesidades. Con la presente recibirás ración no muy cumplida del pan de la vida social. Gástalo con tiento, mantente en la justa ponderación de la economía y la prodigalidad... Estoy donde estoy. No me verás tan pronto. Vivo en obscuro escondite, acechando un hecho histórico que tú no has previsto y yo sí. No pocos caballeros españoles y algunas damas alcurniadas quieren engendrar un ser político, que representará la transformación capital de la familia hispana. Es lo que el bueno de Víctor Hugo llamaba *un gozne de la Historia*... Yo me entretengo mirando á los que ponen sus manos pecadoras en esta labor mecánica. Unos se esfuerzan en engrasar la espiga y el anillo del gozne para que el doblez se efectúe sin aspereza y con silencio decoroso; otros, en su afán de terminar prontito, salga lo que saliere, doblarán la Historia con maniobra violenta, y el chirrido del metal giratorio se oirá hasta en la China... ¿No entiendes esto, historiador travieso y chiquitín?... Vístete bien, ahora que tienes dinerito fresco, y no busques tu sastre entre los de medio pelo. Reanuda y cultiva tus antiguas amistades, y ponte á estrechar las nuevas relaciones que te salgan al paso. No desdeñes á los hombres de pro... El pro se acerca taconeando recio... La pobretería se aleja pisando con el contra-

fuerte... Adiós, hijo. En cuanto lleguen las brisas de Otoño, que avivan la natural frescura y alegría de los madrileños, diviértete lo que puedas. Si sientes apetito de lecturas pon á un lado al amigo Saavedra Fajardo, y entretente con el *Manual del perfecto caballero en sociedad*, consagrandó algunos ratos á la *Moda Elegante*.»

Confuso me dejó la epístola, que leí cuatro veces, y aunque algo pude descifrar de su sentido recóndito, no llegué al pleno dominio de las ideas expresadas por la Madre en aquellas líneas, escritas con genuino trazo de Iturzaeta... Septiembre se me pasó en renovar mis amistades de Madrid, y en ponerme al habla con sastres y zapateros. Amenaguaba ya el calor; pero aún se veían en el Prado grupos de paseantes y tertulias de gente distinguida: formábanlas familias que no habían podido ir á baños y otras que se volvieron antes de tiempo, repatriadas por la escasez de pecunia. En diferentes corros y tertulias mariposeaba yo en las tardes y noches de variado temple. También gustaba de arrimarme á los puestos de agua, frecuentados por parroquianos de distinta marca social, bastos, finos y entrefinos.

Ved ahora la cáfila de amigos que me salieron al encuentro en el Prado y sus aguaduchos: Luis Blanc, Moreno Rodríguez, Serafín de San José, Telesforo del Portillo (*Sebo*), Patricio Calleja, Mateo Nuevo, Fructuoso Manrique, David Montero, *Dorita*, Niembro, Emigdio Santamaría, Díaz Quinte-

ro, María de la Cabeza, Delfina Gay, y el imponderable *don Florestán de Calabria*, que se presentó ante mí con flamantes apariencias de limpieza y elegancia. Apartados del grueso de la concurrencia, que paladeaba el agua fresca con azucarillos y aguardiente, echamos un parrasito. Díjome que á femeniles influencias debía un empleo escribientil en el Círculo Popular Alfonsino, y que desde que se puso en contacto con las *personas decentes* había empezado á echar buen pelo, como lo demostraba su ropa.

A mis anhelos de conocer el paradero de *Leona la Brava*, contestó que estaba en París. ¿Fué quizás con el linchado figurón de los monumentales sombreros? No; el tal no gozaba ya la privanza de la dama de Mula; con su fatuidad *chisteriforme* habíase retirado, dejando el puesto á un protector nuevo, caballero separado de su mujer, regórdete, calvoroto, afeitado de rostro y muy pulido de vestimenta, íntimo amigo de don Francisco Cárdenas, de don Manuel Orovio, y asistente pegajoso á la tertulia del Conde de Cheste. Noté en *don Florestán* cierto pudor para revelarme el nombre de aquel sujeto; sin duda quería guardar el incógnito de uno de los hombres de pro que le habían protegido. No insistí, seguro de descifrar el acertijo en cuanto *Leona* volviera de su excursión parisiense. ¡Y que no vendría poco ilustrada en todo género de novelorías y elegancias! Terminó el pendolista sus referencias diciéndome con cierta vanagloria: «Fíjese usted, don Tito; el

amigo de doña Leonarda es de los que tienen más metimiento en el Palacio Basilewski, donde reside la que fué nuestra Soberana, quien como usted sabe abdicó ya en su hijo don Alfonsito.»

Quedé con don Genaro en que me avisaría puntualmente la fecha de la *rentrée* de *La Brava*, y ya no volví á verle hasta mediados de Octubre. En tanto, los amigos cuyo trato frecuentaba yo por aquellos días, me confirmaron en la idea de que la sociedad española quería cambiar de postura, como los enfermos largo tiempo encamados sin encontrar alivio. Notaba yo la *lenta pero continua* inclinación de las voluntades hacia un ideal que á primera vista deslumbraba, desviándose de los ideales pálidos ya y marchitos. Dábame en la nariz el olor del aceite con que los más sagaces querían engrasar la visagra histórica, y á mi oído llegaba el crujir de los impacientes y el retemblido del aparato con que se hacen los dobleces de la vida de un pueblo.

En la última decena de Octubre tuve conocimiento del regreso de Leonarda y de su domicilio, calle del Saúco, á espaldas del Ministerio de la Guerra. Juzgando indiscreto visitarla sin previa petición de venia, eché por delante un recadito con el de *Calabria*, y por el mismo conducto recibí un pase para penetrar en la gruta de la ninfa. Era la casa linda, coquetona, mejor apañada y dispuesta que la de la calle de Lope para un vivir descuidado y placentero. En el carácter de *Leona*

no advertí mudanza: era la misma mujer afa-  
ble, cariñosa y sugestiva que descubrí en el  
tempestuoso ambiente del *Cantón Cartaginés*.  
En su habla encontré notorio progreso, pues  
no se daba reposo en la tarea de perfeccionar  
su léxico. Apenas abrió la boca, me saltó al  
oído el decir exquisito, que revelaba un trato  
frecuente con personas de cepa *moderada*.  
Con estos refinamientos se confundía un gra-  
cioso empleo de galicismos de buen tono, y  
el desaprensivo chapurrar de términos fran-  
ceses, entreverados con lo más corriente de  
nuestro lenguaje.

Apenas cambiamos las primeras cláusulas de afecto y remembranzas, *Leona* me soltó en nervioso estilo el relato de sus impresiones de París, juzgando con criterio justo todo lo que había visto, sin dejarse llevar del prurito de la admiración ni columpiarse en los espasmos de la hipérbole, como es uso y costumbre de los que llevan á la gran Lutecia todo el bagaje de sus almas provincianas. El buen gusto apuntaba ya en mi dulce amiga, anunciando la deliciosa ecuanimidad de la *mujer de mundo*. «Vivíamos en la *Rue Richemont*, muy cerquita de la Magdalena y á poca distancia de la Plaza de la Concordia—me dijo.—Nos retirábamos tarde, porque casi todas las noches íbamos al teatro. A media mañana nos levantábamos, y yo empleaba largo rato en mi *toilette*, que allí, Tito mío, hay que mirar bien cómo sale una á la calle. Almorzábamos, unas veces en el *Café Anglais*, que es lo me-



jor de París; otras veces en *Vesfour*, en las arcadas de una plaza que llaman *Palais Royal*. Por probar de todo, y para que yo me enterara bien de lo que es aquel gran pueblo en lo tocante á comistrajcs, íbamos algunos días á unos *restauranes* baratitos, pero *la mar* de buenos, que llaman *Bullones* ó *Du-vales*.»

A su caballero daba *Leona* el nombre de Alejandro, que á mi parecer era denominación familiar convenida entre ellos, pues según mis barruntos, el tal personaje figuró después en la Historia no muy lucidamente con nombre bien distinto. «Después de almorzar — continuó diciendo *La Brava*, — mi Alejandrito me dejaba en el Hotel y se iba á sus negocios, que no eran otros que la conspiración alfonsina. Largas horas pasaba en el Palacio de la Reina; visitaba al Marqués de Molins, á Salaverría, al Duque de Sexto, á don Martín Belda y á otros que ya no recuerdo, todos ellos metidos en esa contradanza del alfonsismo. Cansábame yo de estar encerrada en el Hotel, y algunas tardes cogía mi sombrero y mi sombrilla y me marchaba á pasear por los bulevares, llegándome hasta la Puerta de *San Denis* ó un poquito más allá. Yo podía decir lo que dicen que dijo Cúcharres cuando le preguntaron si se había divertido en *Parls de Francia*: *aqueyo es mu aburrlo. To er zanto día está uno olivarej arriba, olivarej abajo*... Y no te creas, Tito, que era *Leona* costal de paja para los franchutes. *Olivares* arriba y abajo me seguían dos, tres y

á veces hasta cinco moscones haciéndome el amor, y diciéndome cosas que yo entendía muy bien sin saber una palabrita de aquel habla. Pero, dándome la mar de pisto y con muchísima dignidad, seguía mi camino sin hacerles caso y me metía en la fonda.»

No volví á ver á *Leona* hasta una noche de Noviembre, en el teatro Real, á donde la llevaba con frecuencia su afición á la ópera, nueva señal de adelanto en su carrera de cultura. Después de buscar á *Leonarda* por las regiones *paradisiacas* la encontré en delantera de palco por asientos, localidad que abonada tenía con dos amigas guapas, elegantonas y de la propia marca social. En los entre-actos picoteaban las tres pasando revista con picante estilo á la concurrencia de damas, y señalando indiscretamente á sus *editores responsables*, confundidos en la turbamulta de gente distinguida, conservadora y alfonsaina. Sobre la negrura de los fraques se destacaban las calvas, relucientes algunas como bolas de billar. La ópera de aquella noche era *Roberto el Diablo*, cantada por Rosina Penco, el tenor Nicolini y el bajo David. Poco pude hablar con mi amiga en aquella ocasión porque de improviso llegaron al palco unos pollastres esmirriados, en traje de etiqueta, que entablaron voluble conversación con las tres damas, acosándolas con bromas de mal gusto y cuchufletas impertinentes. Me retiré á mi localidad del Paraíso un tanto mohíno y desconsolado.

Más dichoso fuí la noche del estreno de

Aida, hacia el 10 ó el 12 de Diciembre, porque tuve la precaución de tomar anticipadamente la delantera de palco por asientos inmediata á las que ocupaban las tres ninfas. Sentado junto á mi amiga pude charlar con ella cuanto me dió la gana. «Esta noche—me dijo *Leona*—tenemos el teatro *au grand complet*. Sabrás, Titín salado, que hace tres semanas me da lecciones un profesor de francés, á quien conocerás el día que vuelvas por casa. Como los temas se me salen de la boca sin pensarlo, te pregunto: ¿Tienes el cordón azul de la sobrina del hermano de mi jardinero? Mi respuesta fué: *No tengo el cordón de la bella hermana del sacristán; pero tengo la inmensa satisfacción de contemplar de cerca tus negros ojos y de admirar los blancos dientes que asoman entre esos labios de coral cuando iluminas el teatro con tu sonrisa.*

—Cállate la boca, Tito, que no estamos solos—me contestó *La Brava*.—Mejor será que eches tus miradas por esta sala espléndida. En aquel palco tienes á la Campo Alegre con su hija Luisa, que esta noche se lleva en el Real la palma de la hermosura. En la platea del proscenio, debajo del palco de los ministros, verás á la Medinaceli. Buena mujer, verdad. ¿Te gusta? ¡Ah, pilló!... Más arriba, en los entresuelos, está la Fernán Núñez y su hija Rosarito, *très gentille*, con otras chicas muy guapas. Sigue mirando. ¿No ves á la Baronesa de Horteiga con su palco lleno de señorones?

—Sí. Y en el palco de al lado la de Navalcarazo.

—*Pardon, moncher Tit.* No es la de Navalcarazo, sino la de Híjar... Allí tienes á Robles, el empresario del teatro, un caballero alto, moreno... En la platea de abajo la Montúfar, guapa, carnosa. Tras ella el Marqués de Bedmar, Heredia Spínola y otro alfonsino vejancón que no recuerdo cómo se llama. En aquella platea, mira, Sardoal, Ricardo Alava y unas señoras que no conozco. En el palco de al lado la Perijáa con la Acapulco.

—Y luego sigue la de Ahumada...

—*Pardon, mon ami.* Me sé de memoria á todo el señorío de Madrid, lo que llamamos *gens du monde*. Esa que dices tú es la Folleville, con la Belvis de la Jara, la Campoalegre y Pepito Montiel... Vuelve tus ojos al entre-suelo y verás á la Villavieja con el Marqués de Yébenes, el neo más rabioso que hay en todo el Universo mundo.»

Cambiando bruscamente de cháchara, sin dejar de prodigar los *pardones* á cada instante, me quitó *Leona* los gemelos para mirar á las butacas. «En el pasillo central, allí, al extremo, de espaldas á la orquesta, tienes al caballero más pomposo y elegantón que hay en el teatro—me dijo.—Es *Monsieur le Marquis du Bacalao*. A él se acerca en este momento mi Alejandrito. Reconócelo por la calva, que es de las que hacen época en la historia del poco pelo. Sé lo que le está diciendo. Cosa muy interesante. En el segundo entre-acto te lo contaré, pues el primero pronto se

acabará... ¿No ves en otro grupo á Ramón de Navarrete? ¡Oh, *le grand critique de société*, por mal nombre *Asmodeo*! Dicen que es más viejo que la Cuesta de la Vega, pero está muy espigadito todavía.

—Ya, ya. También andan por ahí don Ignacio Escobar, y Jove y Hevia.

—Ahora entra Ramón Correa con Cruzada Villamil... A callar, á callar, que empieza el segundo acto... Esta ópera me va gustando mucho. Hoy leí el libreto y sé que pasa en el Egipto, donde están las Pirámides. ¿Saldrán aquí esas Pirámides? Me gustaría verlas.»

Terminado el acto segundo con el grandioso concertante que sigue á la marcha de las trompetas, *Leona* se dispuso á comunicarme las interesantes novedades políticas que, según ella, conocía mejor que nadie en Madrid. Recatando su rostro tras el abanico, me dijo con afectada reserva: «Has de saber, querido Tito, que don Alfonso ha dado un Manifiesto á la Nación, escrito en un Colegio no sé si de Inglaterra ó de Alemania. Hasta ahora no se ha hecho público ese documento, que dice cosas muy bonitas.

—¿Lo has leído tú?

—*Pardon*. No lo he leído. Pero mi Alejandro, que recibió un fajo de ellos para repartirlos, me ha contado todo lo que trae. Cosa buena. Como que está escrito por Cánovas, *voilà*.

—Sí, sí. Dirá... ya se sabe... todo lo que es de rigor cuando los Reyes destronados



quieren que se les franqueen los caminos ó los atajos de la restauración.

—Dice... que seamos buenos... *Pardon...* no es eso... Dice que viene á reinar por haber abdicado su mamá, que á todos abrirá de par en par las puertas de la legalidad, ó como si dijéramos, que todos entrarán al comedero para llenar el buche, *passsez moi le mot...* Y pone más, Tito; escucha: que si al igual de sus antecesores será siempre buen católico, como hijo del siglo ha de ser verdaderamente liberal.

—Dos ideas son esas, *ma chérie*, que rabian de verse juntas. ¿Liberal y católico? ¡Pero si el Papa ha dicho que el liberalismo es pecado! Como no sea que el Príncipe Alfonso haya descubierto el secreto para introducir el alma de Pío IX en el cuerpo de Espartero...»

## II

En el tercer entreacto de *Aida*, Leonarda, coincidiendo con mi excelsa Madre, me aconsejó que me pusiese á tono con la situación que se veía venir. Don Alfonso estaba en puerta, aunque otra cosa pensasen los cándidos *provisionales* y los que creyéndose listos andan á tientas por las obscuridades de la vida. Al Gobierno de Sagasta no le llegaba la camisa al cuerpo y se defendía deportando á Filipinas á todos los que juzgaba sos-

pechosos. Sospechoso era el país entero, que pedía orden y paz, metiendo de una vez en cintura á los malditos carcas y á los insurgentes de Cuba. A tan atinadas observaciones, que mi amiga expresaba en lenguaje más llano del que yo uso, agregé luego estos familiares consejos, inspirados en un claro sentido de la realidad: «Cuídate ahora de la buena ropa, porque se ha concluído el reinado de los cursis y de la pobretería. Arrímate á Cánovas, que es el hombre de mañana, y si no tienes medios para hacerte su amigo yo te los proporcionaré. Qué, ¿te asombras? Esta pobre *Lionne*, que te parecerá una *doña Nadie*, tiene hoy un poder que ya lo quisieran más de cuatro.»

Al final de la ópera, entre el tumulto de los aplausos que prodigó el público á Tamberlick y á la Fossa, me dijo Leonarda que por *don Florestán* me avisaría para celebrar una entrevista y ponerme al tanto de los acontecimientos. Despedíme cariñosamente de ella y de sus dos amigas, que tengo el gusto de presentar á mis lectores, presagiendo que tal vez las encontraremos más tarde en nuestro camino. La una era María Ruiz, menudita y graciosa; la otra Carolina Pastрана, ojinegra, blanca y gordezuela; ambas liadas con alfonsinos de riñón bien cubierto que no debo nombrar porque ya entrábamos en la era de la hipocresía, del mírame y no me toques, y del buen callar, que llamamos Sancho.

Con la mayor parte de los ministros del

Gabinete Sagasta tenía yo pocas relaciones. Al Presidente no le había visto desde el tiempo de don Amadeo. A Ulloa y Romero Ortiz les trataba superficialmente. Por cierto que éste, en su despacho de Gracia y Justicia, á donde fuí con una comisión de postulantes gallegos, nos habló del *Manifiesto de Sandhurst* con marcado menosprecio. El único Ministro con quien tenía yo franca amistad era el de Fomento, Carlos Navarro Rodrigo, el cual en Noviembre me manifestó su proyecto de fundar un gran periódico que defendiera *la pura doctrina constitucional*, contando conmigo para redactor político. ¡A buenas horas mangas verdes!

Una tarde, á fines de Diciembre (creo que fué por Inocentes, día más día menos) fuí á verle á su despacho de la Trinidad, y me le encontré demudado y tan nervioso que su lengua gorda no articulaba las palabras con la claridad debida. «¿Pero no sabe usted lo que pasa, Tito?—me dijo, anonadándome con su gesto y el aire imponente de su procerosa figura.—Esto es inaudito. Vivimos en un país de locos... Por telegrama de hoy se ha sabido que en Sagunto, el General Martínez Campos ha proclamado Rey de España al Príncipe Alfonso. ¿Es esto racional, es esto patriótico?... ¿Qué personalidades del Ejército le han ayudado en su loca empresa? Se habla de Jovellar, de Balmaseda, de los Dabanés, de Borrero; no sé... no sé...»

Acto seguido entraron precipitadamente en el despacho los Directores Generales y los

Secretarios, con sin fin de papelotes que traían á la firma. El Ministro, con presurosa mano, garabateaba su testamento. Al despedirme, don Carlos me dijo: «Nuestro periódico se quedará para mejores tiempos. Ahora mismo voy á ver á Serrano Bedoya y á Primo de Rivera, para saber qué determinan el Ministro de la Guerra y el Capitán General de Madrid... Esto no puede quedar así... Algo muy gordo pasará... Quizás no pase nada... Veremos...»

Caviloso me volví á mi casa, y al subir la escalera sentí mi espíritu lanzado á un torbellino de ideas contradictorias. La renovación social y política que se anunciaba ¿era un paso hacia el bienestar nacional ó un peligroso brinco en las tinieblas?... Apenas entré en mi aposento me dió la ventolera de ponerme los trapitos de cristianar para salir al visiteo de las personas de pro, obediente á las sabias indicaciones de *Mariclio* y de *Leona la Brava*. Yo me había hecho á la entrada de invierno elegante ropita para andar por el mundo: pantalones de última moda, chalecos vistosos, levita inglesa y un gabán con forros de seda y cuello y bocamangas de piel, que quitaba el sentido. Este rico indumento completábase con espléndido surtido de corbatas, guantes, botas de charol y sombrero de copa *dernière façon*.

Disponiéndome para vestirme busqué mi ropa en la percha y en un armario de luna que me habían puesto mis patrones para mayor decoro de la estancia hospederil, y busca

que te busca, no encontré ninguna de aquellas ricas prendas que me costaron un dínaral. Contrariado primero, furioso después, empecé á pegar gritos:

«¿Qué es esto? ¡Don José, Nicanora! ¿Dónde está mi ropa?» No tardó en acudir á mi desesperado llamamiento el filósofo Ido, que trémulo y confuso, me dijo: «Ilustrísimo Señor: llega Vucencia á su casa trastornado, falto de memoria. Las tres y media serían cuando llamaron á la puerta dos individuos con uniforme, que me parecieron ordenanzas de la Presidencia ó ugieres del Parlamento. Venían de parte de Vucencia por su ropa elegante para vestirse allá, no sé dónde...

—Yo no he pedido mi ropa, ¡canastos, mil porras!—exclamé fuera de mí.—Es usted un simple, don José. Se ha dejado usted robar.

—Señor, yo me lo creí porque... verá... A eso de las dos y cuarto me encontré en la calle á ese amigo de Vucencia... don Serafín de San José... el cual me dijo que para que don Alfonso venga con más aquel, se quería formar hoy mismo un Ministerio de conciliación y de ancha base, pero muy ancha...

—¡Qué demonio de conciliación ni qué ocho cuartos!

—Conciliación del orden con el desorden, de la libertad con el palo, de Cheste con don Salustiano de Olózaga. Ya ve usted si es ancha la base... Al saber esto y al ver que Vucencia me pedía su ropa... *francamente, naturalmente...* pensé que era su Ilustrísima



uno de los llamados á componer ese Ministerio, y que tenía que vestirse á escape por mor del juramento y de la toma de posesión...

—¡Qué juramento, qué posesión, ni qué cuerno! ¡Señor don Ido del seguro, señor don Ido de la cabeza, hasta de enredos y venga pronto mi levita, mi gabán, mi...!

—Excelentísimo señor don Tito—exclamó Sagrario consternado y casi lloroso.—Lo que he tenido el honor de decir á Vucencia es el mismo Evangelio.

—Déjeme usted de Evangelios, señor mío. Ya empiezo á creer que esto es una broma de los estudiantones de San Carlos que tiene en su casa, los más traviesos, los más alocados, los más pillos, hablando mal y pronto, que hay en Madrid... Esas diabluras de niños mal educados no las tolero yo. Que los aguanten sus padres, que no supieron darles mejor crianza... Y usted, señor don Ido, señor don Dejado de la mano de Dios, usted es el responsable de este despojo. Ya verán todos quién es Tito. Esta misma tarde daré parte á la policía y...»

En esto presentóse Nicanora, y con tan sinceras y persuasivas palabras confirmó lo dicho por su esposo, que yo quedé perplejo, sin saber qué pensar. El desgaste de energía me llevó á un estado de atontamiento que pronto fué laxitud soporífera. Dijo á mis patrones que me dejaran solo, y me tumbé en el sofá, cuyos muelles cortantes habían sufrido aquel verano esmerada reparación...

Rumor de misteriosas voces atormentó mis oídos. Otra vez me sentí en poder de los entes invisibles que en ciertas ocasiones de mi vida dirigían á su antojo mi conducta social. Y eran precisamente los espíritus malos, bien distintos de aquellos benéficos y protectores que más de una vez endulzaron mi existencia.

De improviso, me hizo saltar en el sofá un anhelo irresistible de echarme á la calle. Y como ya no podía, por falta de la ropa buena, visitar á la aristocracia política, resolví vestirme con un trajecillo raído, añadiendo la capa venerable, astrosa, digna de pasar de mi casa al Rastro, y el hongo abollado que sufrió los rigores del asalto de Cuenca, pues la chistera número dos habíala destinado á medir garbanzos. Iba, pues, como uno de esos cesantes crónicos que todo lo esperan de las algaradas demagógicas. En la calle me sentí populacho, y hube de contenerme para no gritar *¡Abajo Alfonsos! ¡Viva la libertad de cultos y el desestanco de la sal!* En mis oídos resonaba la cháchara de los espíritus maléficos, aviesos y burlones. Tal era mi aturdimiento que llegué á desconocer los sitios por donde iba. A menudo recibía empujones de los transeúntes con quienes tropezaba, y en todos ellos creí ver *moderados* ó alfonsinos orondos, insolentes, pavoneándose en celebración de su triunfo.

Sin saber cómo ni por dónde, cual cuerpo inconsciente lanzado por el acaso á los laberintos callejeros, llegué á la Travesía de

la Parada y á la taberna de Ginés Tirado. Entre los parroquianos que allí mataban el tiempo encontré al maestro de obras Cerrudo, Perico *el de los Mostenses*, el corredor de vinos *Botija*, el churrero *Paja Larga*, el tipógrafo Vicente Morata, Antonio Merino, profesor de esgrima, y otros desaforados patriotas cuyos nombres no recuerdo. Llevóme Ginés á una mesa situada en lo más obscuro del establecimiento. Formé rueda con dos ó tres de aquellos puntos, y un aprendiz de medidor nos sirvió de lo añejo. Pedí al tabernero noticias de su hermana Celestina, y me dijo que se hallaba en el piso alto y que le mandaría un recadito para que bajase á verme.

Caía la tarde. Las luces de gas encandilaban mis ojos. Yo bebía sin darme cuenta de las copas que á mis labios llevaba... Sobre mi alma iba cayendo un velo de tristeza desgarrada, por cuyos intersticios veía las caras de los hombrachos que rodeaban la mesa, y oía jirones de una charla política tocante á la *venida de los higos chumbos*, ó como dijo *Paja Larga*, del *elemento alfonsino*... En medio de aquellas sensaciones caóticas vi aparecer á Celestina, que se sentó á mi lado. En sus facciones angulosas, huesudas y secas, nariz de tajante caballete, barba muy saliente con cuatro pelos en guerrilla, creí ver la caricatura de un rostro aristocrático. Por la manera de liarse el pañuelo á la cabeza su parecido con el Dante resultaba perfecto. Saludóme con arrumacos y caranto-

ñas, echándome su brazo por los hombros.

Pasado un lapso de tiempo que no sé precisar, Celestina me convidó á comer; accedí; desaparecieron los hebedores; sentáronse á la mesa dos muchachas graciosas y joviales, la una más linda que la otra; sirvieron tortilla con jamón, tajadas de bacalao en el condimento que llaman *soldados de Pavía*, conejo en salsa y bartolillos; todo ello remojado en abundancia con peleón, cariñena, moscatel y caña... Entre un tumulto de risotadas que repercutían dolorosamente en mi cerebro, se nublaron mis ojos, me congestioné, perdí el conocimiento.

Mis sagaces lectores suplirán aquí la mutación de teatro que yo no puedo describir porque no me hice cargo de ella. Cuando empecé á recobrar el sentido me vi en la calle, ¡ay Dios mío!, llevado en vilo por cuatro personas, dos de las cuales me parecieron mujeres. Mis conductores no podían tenerse de risa y hacían chistes á costa mía, burlándose de mi lastimoso estado. Quise hablar y no pude... Caballero lector, prepárate para otra mutación. Sumergido nuevamente en profundo sopor, no me di cuenta de nada hasta que recobré súbitamente mi lucidez, encontrándome en una pobre estancia, tumbado en mísero camastro... En pie, junto á mí, vi dos mujeres: la una era *el Dante*, la otra, la más linda muchacha de las que comieron conmigo en la taberna.

Transcurridos los primeros instantes de estupefacción hablé de esta manera: «Pero

Celestina, ¿qué es esto, qué me ha pasado?

—No es nada, señor de Liviano—me contestó la figura dantesca.—Comió usted con gana y empinó más de la cuenta; de aquí que se le fuera el santo al cielo... Se nos quedó usted como difunto y nos dió la gran desazón. Para ver de resucitarle y que recobrara su tino le trajimos á esta casa, que no es la mía sino la de esta joven, mi amiguita, que aquí vive con su tía Simona. La vivienda no es de lujo, como ve. Pero sí bastante apañada para su comodidad. Aquí puede usted estar todo el tiempo que quiera, hasta que su caletre y sus nervios entren en caja.»

Mostré en cortas palabras mi gratitud, dirigiéndome á la mocita gentil, á quien di, no sé por qué desvarío dantesco, el nombre de *Beatrice*. «No me llamo Beatriz sino Casiana, para servir á usted caballero don Tito—me dijo la graciosa muchacha.—En mi casa está usted seguro y tranquilo. Nadie le molestará.» Como yo tratase de indagar el lugar donde me encontraba, Celestina lo describió de esta manera: «Estamos á la vuelta de la Escalerilla, frente á los Mostenses, en el local donde radicó (vamos al decir) la redacción de *El Combate*, *aquel papel* donde escribía Paúl y Angulo, de quien se dijo que tuvo que ver en la muerte de Prim. ¡Ay qué gracia, don Tito: está visto que donde quiera que usted va, allí encuentra la Historia!» Con esta frase y otras igualmente donosas se despidió la Tirado, diciendo que era ya más de la una de la noche. Cuando la vi re-



tirarse, después de encarecer á Casiana que me cuidara con la mayor solicitud, creí que salía para dar su acostumbrado paseo por el Infierno y Purgatorio de la *Divina Comedia*.

Solo ya con mi linda guardiana y aposentadora, ésta se apresuró á meterme en la cama. Hízome levantar; arregló el lecho con sábanas limpias y buenas mantas; me quitó las botas; me ayudó á desnudarme con todo recato y honestidad; me acostó, arropándome cuidadosamente; puso la luz en lugar donde no me molestara, y sentóse á mi lado. Tras de algunas palabras mías de agradecimiento, contestadas por ella de una manera discreta, caí en sueño profundísimo... Desperté muy avanzado ya el día, sintiendo en mi cabeza y en todo mi ser los efectos de la reparación orgánica. Mi cerebro recobraba su lucidez. Yo era yo; me reconocí como el Tito despa-bilado y clarividente de mis mejores días. Llegóse á mí Casianita, risueña y amable, trayéndome una taza de café con leche. Bendiciendo su solicitud, me incorporé para tomar mi desayuno. Apenas puse la taza vacía en las manos de la mozuela, ésta se sentó al borde de mi lecho, y con grácil llaneza y sinceridad, me enjaretó este discursillo interesante:

«Ya está usted en mi poder, caballero don Tito, y lo primero que oirá de mi boca es que ya no le suelto. Celestina me dijo anoche: «Ahí te lo dejo, Casiana; asegúralo bien, y haz cuenta de que con ese hombre chiquito, te ha venido Dios á ver. El buen apaño que

buscabas ya lo tienes. No es un cualquiera el señor que te ha caído del cielo, y aunque le ves mal trajeado y alternando con gente de taberna, es como si dijéramos un grande hombre, con *muchísima* influencia y *muchísimo* poderío.» Yo no valgo nada; pero soy buena, aunque me esté mal el decirlo, sé gobernar una casa y hacer la felicidad de un caballero de circunstancias que no pique muy alto en sus pretensiones. En mí tendrá usted una criada para todo y una mujer fiel que le proporcione paz, alegría y cariño.»

Corté el discursejo pidiéndole antecedentes de su persona y familia. ¿Cuál era su estado, cuál su condición presente? Premiosa, suspirando á ratos y haciendo lindos pucheros, me dió á conocer los rasgos culminantes de su breve historia. La señora con quien vivía era su tía. De su madre, ausente, poco bueno tenía que decir ¡ay! pues ella fué quien la llevó á la desgracia. Con emoción y vergüenza me suplicó que no la obligase á dar más pormenores de su deshonor y de la maldad de su madre. «En fin, don Tito—añadió resumiendo en precipitadas razones la confesión de sus desventuras;—ya sabe usted quién soy. La pobre Casiana se acoge al buen corazón de usted. Ampáreme, señor, téngame consigo para que mi vida sea menos aperreada y menos afrentosa.»

Confieso que la chica empezó á interesarme y que en mí sentía, con la viva compasión, albores ó remusguillos de un afecto incipiente. La muchacha prosiguió: «Puede

usted hacer mucho por mí, señor don Tito. Y si quiero hacerlo con reserva, mejor. Con reserva debe ser, porque usted es persona muy alta. Me lo ha dicho Celestina y todos los que estaban en la taberna de Ginés Tirado. Usted vino anoche á la tasca... ¡ya lo sé, ya lo sé yo!... disfrazado de pobre con una capa vieja, un traje de papel secante y un sombrero que parece un acordeón. Esos disfraces se los pone usted para vigilar á los que conspiran contra el Gobierno y descubrirles todos sus trampantojos. Pero á mí no me la da, que yo le he visto en la calle vestido muy majo, con botitas de charol, gabán de pieles y un chisterómetro reluciente que da la hora...

»Usted se sonríe y me mira con ojos cariñosos—continuó tras una breve pausa.—Ya veo que me amparará. Ya no lo dudo... Y lo primero que le pido, don Tito de mi alma, no es que me dé de comer, no es que me vista decentita; lo primero que le pido es que me enseñe á leer y escribir ó que me ponga un maestro que me dé lección... porque soy una burra... no entiendo una letra... no sé escribir una palabra... Y el ser una burra, créalo como Dios es mi padre, me mortifica tanto, no, me mortifica más que el no ser mujer honrada. ¡Ay... cuando yo le cuento cómo ha sido la infancia de esta pobrecita Casiana, se espantará usted!... De los cinco á los diez años anduve por las calles, descalza, con un ciego que tocaba la bandurria. Largo tiempo pasé durmiendo en un banco

sin más abrigo que unos trapajos indecentes. El abandono en que me tenía mi madre no se cuenta en un año. Me alquilaba para pedir limosna con mendigos asquerosos y borrachines.»

### III

Las ingenuas declaraciones de Casianilla, infeliz pájara vagabunda y analfabeta, me interesaban más á cada instante, y su afán de aprender á leer y escribir despertó en mí los más puros sentimientos de tierna simpatía. Cuatro días permanecí en aquella casa bien alimentado, bien servido, *como fuera Lanzarote—cuando de Bretaña vino*. Suavemente, por naturales atracciones y accidentes circunstanciales, fuimos entrando la mozueta y yo en franca intimidad. La tía de Casiana, Simona, era una mujer tan avezada al trabajo casero que ni un momento daba paz á sus manos bastas, así en la cocina como en el barrido y fregoteo de las humildes habitaciones. Cuando ya me encontraba restablecido y en disposición de salir á la calle, Casiana, infatigable y hacendosa, me arregló la capa disimulando con hábil aguja los siete que la deslucían, y adecentando á fuerza de bencina y cepillo mi desdichada ropa. En medio de estas faenas solía presentársenos de improviso *El Dante*, para darnos buenos consejos y señalarme con profética

autoridad la conveniencia de recobrar mi alta posición.

Por fin, la vaciedad de mis bolsillos que en aquella ocasión pedía inmediato remedio, me lanzó á las calles, llevando conmigo á la que ya conceptuaba como inseparable compañera. Réstame decir que en el período de mi corto encierro acabaron los agitados días del año 74 y empezaron los de su sucesor. Estábamos, pues, en los infantiles comienzos del 75, entre la Circuncisión y los Santos Reyes, cuando Casiana y este humilde cronista atravesábamos medio Madrid alegremente y cogiditos del brazo, para dirigirnos á la portería de la Academia de la Historia, donde esperaba encontrar, con noticias frescas de la Madre, los dineritos que tanta falta nos hacían... No me engañó el corazón. Puso la portera en mis manos el paquete, diciéndome: «Feliz año, don Tito», y salimos mi amiga y yo, no diré que brincando de alegría, pero poco menos. Propuse á Casiana que bajáramos al Prado para descansar y leer detenidamente la carta de mi Madre. Así lo hicimos, y sentaditos en el escaño de la verja del Botánico, me consagré á leer, con el debido respeto y devoción, la carta de *Maricello* que así decía:

«Para que te vayas enterando, mi buen Tito, te mando estos apuntes producto de mi observación directa en los risueños lugares de Levante. Días ha encontrábame yo en las ruinas del teatro romano de Murviedro, recordando la espantosa ocasión de la caída



de la heroica Sagunto en poder del furioso Aníbal, cuando mi fiel criada *Efémera* me trajo el aviso de que en el caserío llamado de *les Alquerietes* ocurría un suceso, que no por previsto era menos interesante para mí. Volando fuimos allá *Efémera* y yo, y vimos numerosas tropas del Ejército del Centro formadas en cuadro. Frente á ellas, el General Martínez Campos, rodeado de brillante Estado Mayor, pronunciaba con ronca elocuencia un militar discurso, comenzado con negra pintura de los males de la Patria y concluído con proponer la panacea de su invención, la cual era proclamar Rey de las Españas al joven Príncipe Don Alfonso.

»Yc vi á Martínez Campos el 27 de Diciembre por la noche, cuando llegó á Sagunto en una tartana, acompañado del Teniente Domínguez. Estábamos él y yo en la misma posada. Ya sabes que aprecio mucho á este General, reconociendo en él cualidades de bravo militar y honrado caballero. Me ha dolido verle metido en este enredo. Si la Restauración era un hecho inevitable, impuesto por fatalismo histórico, los españoles debían traerla por los caminos políticos antes que por los atajos militares. Cánovas opinaba como yo, y al fin ha tenido que doblar su orgullosa cerviz ante la precipitada acción de las espadas impacientes.

»Al tanto estaba yo de lo que tramó don Arsenio en el Ejército del Centro, antes de irse á Madrid; de la misión que llevó á la Corte el Comandante Aznar, de las conferen-

cias que tuvo con Martínez Campos, y de la clave convenida para que éste viniese á dirigir y encauzar el movimiento. La clave telegráfica, que pasó por mis manos, decía: *naranjas en condiciones*. Las primeras tropas que se unieron al General para dar *el grito* fueron las que mandaba el Teniente Coronel Aragón, Jefe de la reserva de Madrid. Las demás no tardaron en agregarse.

»Con mis propios ojos vi al General Martínez Campos, la noche que llegó á Sagunto, escribir tres cartas que mandó á su destino con el Comandante Salcedo. El sobre de una de ellas decía simplemente: *Brigada La-guardia.—Villarreal*. La segunda carta iba dirigida á don Pablo Corral, Teniente Coronel de la misma Brigada. Y la tercera al Coronel Borrero, Jefe del Regimiento de la *Constitución*, que se hallaba en Castellón de la Plana. Tras el emisario mandé á *Efémora*, hija del Tiempo, educada por Eolo, y yo me fuí á dar una vuelta por Valencia, para ver lo que allí pasaba. Cuando me reuní con *Efémora* dejé á ésta al cuidado de lo que ocurriera en Villarreal y volé á Castellón, donde observados directamente los actos y palabras del General Jovellar que mandaba uno de los Cuerpos de Ejército del Centro, comprendí que la Restauración era ya un hecho, y que por la vulgaridad de aquellos sucesos, la Historia no debía precisar pormenores que carecían de todo interés.

»Apunta, hijo, apunta en media página el resumen de las directas observaciones de tu

Madre. Ayudaron á la fácil traída de don Alfonso los hermanos don Luis y don Antonio Dabán, Borrero y don José Bonanza, el Jefe de Estado Mayor Brigadier Azcárraga, el Teniente Coronel Aragón, los Comandantes Aznar y Salcedo, y casi todos los jefes y oficiales de la Brigada Laguardia y del Cuerpo de Ejército mandado por Jovellar. *Efémora* y yo nos reíamos de la llanza ramplona con que en España se desarrollan y se redondean estas revoluciones pacíficas que llaman pronunciamientos. El de Sagunto fué una comedia, *El juego de las cuatro esquinas*, representada en un escenario de algarrobos.

»Y por último, no olvides que entramos en una época de buenas maneras, distinción y elegancia. Ya *se llevan* los chalecos de fantasía y los botines blancos.

»Adiós, muñeco mío. Ten juicio. Si no te escribo ni me ves sabrás de mí por la veloz *Efémora*.»

Afirmándome en la resolución que tomé apenas recibidos los dineros y la cartita, cogí por un brazo á Casiana y nos fuimos á mi mansión hospederil. Grande fué la sorpresa del matrimonio Ido al verme entrar con la bonita res que había cazado en mi ausencia de cinco días. Acostumbrados á mis extravagancias y á la presteza genial con que yo emprendía y realizaba las amorosas conquistas, mis patrones suprimieron toda indiscreta pregunta. Adelantéme yo á satisfacer su curiosidad, diciéndoles en tono que excluía todo comentario: «Esta señorita que

traigo de la mano vivirá conmigo en esta misma habitación ó en otra muy próxima. Prepare usted, Nicanora, una buena cama y los muebles más decorosos que haya en la casa.» Y tirando del paquete que acababa de recibir saqué el fajo de billetitos y puse dos en manos de mi patrona, diciéndole: «Ordeno y mando que esta señorita y yo comeremos en nuestras habitaciones, apartados de la turbamulta de estudiantillos alborotadores y zagateros. Cobren mis atrasos si los hubiere. Abriremos la mano en el dispendio, pues como ustedes saben, vienen tiempos en que las personas han de ser estimadas según su prestancia y el tono que se den al presentarse en el escenario social.»

Cuando esto decía, miré á la percha, abrí el armario de luna, y vi con asombro y júbilo que toda mi ropa buena había vuelto á los colgaderos donde estuvo antes de su inexplicable desaparición. Antes que yo pidiera explicaciones de aquel prodigio, el filósofo don José pronunció estas solemnes palabras: «Excelentísimo Señor: los mismos ordenanzas galonados que se llevaron la ropa, la trajeron á los dos días, intacta y sin el menor deterioro.

—Vamos, lo que yo pensé: un bromazo de los pícaros escolares.

—Dispénsame, Ilustrísimo Señor; no está en lo cierto. La broma, según he podido yo entender por mis cálculos políticos, fué de don Antonio Cánovas, que aquel día tenía gran interés en que Vuccencia no se pusiera

al habla con don Práxedes Mateo Sagasta, ni con el Capitán General de Madrid señor Primo de Rivera.

—Bien podrá ser—dije yo con fingida seriedad.—Me maravilla, señor de Ido, su descomunal *pesquis* y la justeza de sus puntos de vista, así en lo privado como en lo público. Y ahora, querido, ordene usted que nos sirvan á la señora y á mí un succulento almuerzo.»

Mientras almorzábamos, por cierto con soberano apetito, solté el chorro de mi locuacidad sobre el buen Ido del Sagrario, que ceremoniosamente nos servía. «Don José de mi alma—le dije.—Voy á encomendar á usted una misión, en cierto modo sagrada, que no dudo desempeñará cumplidamente por ser usted tan cuidadoso patrón como ilustrado pedagogo. Esta joven, cuyo nombre es Casiana de Vargas Machuca y procede de una de las más ilustres familias españolas, ha venido á ser mi compañera por una serie de lamentables desdichas que no es oportuno referir. En edad crítica para las niñas, entre los trece y catorce años, padeció una terrible enfermedad del cerebro. ¡Ay don José! Casi milagrosamente escapó con vida de aquella hondísima crisis. Pero perdió en absoluto la memoria de cuanto aprendiera en la niñez. Aquí la tiene usted modosa, dulce, cortita de genio, dotada de toda la perspicacia compatible con su inocencia. Mas le falta... le falta... En fin, ilustre amigo: Casiana no sabe leer ni escribir.»



Asombrado quedó mi patrón, y brindóse como viejo maestro de escuela á reparar en corto tiempo la *deficiencia educativa de la señorita de Vargas Machuca*. «Esta misma tarde—le dije yo—proveeré á usted de fondos para que compre una *Cartilla*, el *Catón*, el *Fleury*, el *Juanito*, papel de escribir, pizarra, y todo lo que sea menester para la primera enseñanza. La enfermedad quitó á la niña la memoria, pero le dejó su talento natural, y con tan buen maestro como usted recobrará en un periquete la sabiduría que perdiera.»

Muy orondo y como las propias mieles se puso el bueno de Ido. No veía ya las santas horas de dar comienzo á su faena educativa. Cuando nos quedamos solos, Casiana, soltando la risa, me dijo: «¡Ay, Tito, qué graciosos embustes le has metido! ¡Vaya con decirle que me llamo *Vargas Machuca*, cuando mi apellido es Conejo!

—Y mañana le diré que por la línea materna eres Imón de la Mota, y que te corresponde el título de Baronesa de Canillas de Aceituno, con sus miajas de grandeza de España.»

En el mismo tono de amable socarronería seguimos departiendo largo rato, y á media tarde, adecentándome un poco sin llegar á ponerme los atavíos señoriles, nos fuimos á la calle. Descaba yo ponerme al habla con algunos amigos para enterarme de todo lo actuado políticamente en los días de mi eclipse. Estuvimos en el café de Venecia y en el de

San Sebastián, donde sólo encontré á dos amigos periodistas, Fabriciano López y Mateo Carranza, que habían hecho campañas furibundas en la prensa avanzada durante los pasados días, y á la sazón dejaban traslucir su movible criterio con éstas ó parecidas manifestaciones: «Nosotros, á la chita callando, hemos infiltrado el alfonsismo en toda España.»

Imitando la flexibilidad de sus conciencias, les presenté á Casiana como una prima mía de grandes conocimientos pedagógicos, que había llegado de Cuba con la noble aspiración de ocupar una plaza en la Escuela Normal de Maestras. Subiéndose á la parra y poniéndose muy hueco, ofreció Carranza su influencia para colmar los deseos de la ilustrada joven, pues era muy amigo del nuevo Director de Instrucción Pública y esperaba tener un puesto preeminente en las oficinas del Ramo.

Por Fabriciano y Mateo adquirí frescas noticias del raudo cambio de situación que mi Madre llamaba *gozne* ó doblez histórico. Apenas comprendieron Sagasta y sus Ministros que al pronunciamiento de Sagunto se adhería con blanda unanimidad toda la fuerza militar del Centro y del Norte, se apresuraron á retirarse por el foro cantando bajito. Se hizo la pamema de detener en el Gobierno civil al imponderable don Antonio Cánovas, el cual pasó algunas horas en el despacho del Gobernador señor Moreno Benítez, obsequiado por éste, y recibiendo plá-

ces, mimos y reverencias de innumerables *hombres públicos*, arrimados temporalmente á un sol que alumbraba antes de nacer. Don Emilio, amigo de Cánovas, le envió al Gobierno Civil una cama para que descansase cómodamente en su breve cautiverio. Por tal fineza, el ilustre malagueño favoreció después á su amigo con rápidos adelantos en la carrera de la Magistratura.

Al día siguiente, si no estoy equivocado, después de un fugaz é ilusorio poder omnímodo del Capitán General de Madrid, Primo de Rivera, se constituyó la indispensable Junta con figuras culminantes del alfonsismo. Poco después, *maese* Cánovas, como quien cambia los títeres de un retablo, compuso en esta forma el llamado Ministerio Regencia: *Presidencia*: Cánovas.—*Estado*: don Alejandro Castro.—*Gracia y Justicia*: don Francisco Cárdenas.—*Hacienda*: Salaverría.—*Guerra*: Jovellar.—*Marina*: Molins.—*Gobernación*: Romero Robledo.—*Fomento*: Oróvio.—*Ultramar*: Ayala.

Prosigo ahora mi cuento mezclando sabrosamente lo personal con lo histórico. Sabed, lectores míos, que Casianita dió comienzo á sus lecciones con ardiente entusiasmo, y que el docto profesor, contentísimo de las aptitudes y aplicación de su discípula, aseguraba que pronto leería de corrido y que sus adelantos habrían de ser prodigiosos. Como la señorita *de Vargas Machuca* deletreaba mañana y tarde, y gustaba de emplear el resto del día ayudando á Nicanora en la cocina y

en los trajines de la casa, yo salía solo á recorrer el mundo.

Una tarde, Felipe Ducazcal me llevó al Círculo Popular Alfonsino, hervidero de pretendientes al sin fin de plazas que brindaba la Restauración á los españoles necesitados. Allí me encontré á Carranza, que ya se había colado en la Dirección de Instrucción Pública; á Modesto Alberique, que andaba tras una secretaría de Gobierno de provincias; á don Francisco Bringas, que bien asegurado en Fomento por la protección de Orovio, brindaba sus influencias á la gentezuela advenediza; á *don Florestán de Calabria*, que del empleo escribientil que tenía en el Círculo, quería saltar á una plaza de la Calcografía Nacional.

Entre los que vendían protección me topé con Telesforo del Portillo (*Sebo*), colocado ya en un buen puesto del Gobierno Civil, á las órdenes del Secretario don Federico Villalba. Serafín de San José había sido llevado al Ayuntamiento por el nuevo Alcalde, Conde de Toreno. Mi amigo Fabriciano López, á quien yo había conocido largos años en la intimidad de Llano y Persi, Felipe Picatoste y el Marqués de Montemar, progresistas de abolengo, tenía ya labrado su nido en la Secretaría de la Presidencia, donde estaban colocados Carlos Frontaura, Lafuente, Fernández Bremón y el joven Esteban Collantes. También encontré allí al simpático Vicente Alconero, que no iba ciertamente al olor de los destinos, sino por pasar el rato.

De la conversación que con él sostuve, saqué la sospecha de que tenía puestos los puntos al acta de diputado por el distrito de La Guardia.

Se me olvidaba consignar... y no extrañéis el desorden de mi cabeza, pues ya sabe mi parroquia que yo endilgo mis cuentos brincando locamente de idea en idea... olvidé referir, digo, que el día 2 de Enero del 75 salieron de Madrid los individuos designados para traer al Rey Alfonso de las lejanas tierras donde se encontraba. Componían dicha Comisión el Marqués de Molins, los Condes de Valmaseda y Heredia Spínola, y don Ignacio Escobar, director de *La Epoca*, todos hombres muy serios y de encopetada representación para el caso. Una de las primeras medidas del Ministerio Regencia fué suspender á rajatabla los siguientes periódicos: *El Imparcial*, *El Pueblo*, *El Correo de Madrid*, *La Bandera Española*, *El Cencerro*, *La Prensa*, *El Gobierno*, *La Iberia*, *La Igualdad*, *El Orden*, *La Civilización* y *La Discusión*.

Habituated á la lectura matinal de mis periódicos favoritos, el vacío de prensa me causaba tristeza. A Casiana le tenía sin cuidado que no entraran papeles en casa, porque le estorbaba lo negro, y además, le sabía mal que pasara yo largas horas agarrado al *Imparcial* ó al *Pueblo*. Cada día se metía más en las honduras del *Catón*, y sus ocios los consagraba, con no menor celo, al trabajo físico. Una mañana me la encontré en la parte interior de la casa, fregando los suelos,



de rodillas, con los brazos al aire y las manos moradas de tanto darle á la bayeta. Como rasgo característico de su feliz adaptación á la nueva vida, contaré que los estudiantillos de San Carlos solían acosar con bromas de mal gusto á mi hacendosa compañera; pero ésta les contestaba en breves y agrias razones, y si ellos insistían, refrenaba sus audacias á bofetada limpia.

A menudo era visitada Casiana por su tía Simona, y cuando la encontraba en el trajín de sus lecciones, permanecía la pobre mujer pasmada y muda cual si presenciase un acto milagroso. Analfabeta era también Simona, de las empedernidas é incapaces de enmienda, por causa de su edad. Se consolaba mentalmente admirando el fervor de la muchacha, y la paciencia del escuálido maestro que le iba metiendo en la cabeza tanta sabiduría. Terminada la lección, tía y sobrina solían hablar de sus conocimientos y relaciones.

Refiriéndose á Celestina Tirado, aseguró un día Simona haber descubierto que la hermana del tabernero Ginés tenía trato con los demonios; vivía en sociedad con una tal *Grosella*, italiana ó cosa así, y ganaban la mar de dinero adivinando lo que no se ve y curando con bebedizos á los desamorados. A lo mejor se iban por los aires en busca del *Gran Cabrio* para celebrar las misas demoniacas. Desde que Celestina andaba en estos trotes se le había puesto la cara más huesuda y le habían salido en la barbilla, en la nariz y en las orejas unos pelos largos y feos.

Una tarde, solos Casiana y yo en nuestra habitación, platicábamos sobre lo mismo. Mostrábase mi amiga incrédula de las cosas sobrenaturales que su tía le contaba. Sostenía que eso de las almas del otro mundo que vienen al nuestro no tiene realidad más que en los cuentos de viejas. Díjele yo que existen verdades y fenómenos fuera de la acción de nuestros sentidos; que no debemos rechazar en absoluto el contacto de nuestro mundo con otros lejanos ó próximos, aunque invisibles... y estando en estas amenas divagaciones vi que entraba en la estancia una imagen, una persona, una mujer, sin que precediera el tintín de la campanilla, ni anuncio ni aviso alguno. Di algunos pasos hacia la extraña visitante, y antes que yo le preguntara si en mi busca venía, oí su voz melodiosa que así me dijo: «¿No me conoce, señor don Tito? Soy *Efémera*, la mensajera de su divina Madre.»

## IV

La recadista de mi Madre era una figura estatuaria, vestida con luengo túnico negro algo transparente... El estupor me cortó la palabra. Pero con instintivo movimiento traté de reconocer si era real ó quimérico el bulto de aquella singular aparición. Al tocar con mi mano su hombro sentí la dureza y el frío del mármol, y vino á mi memoria lo que me

aconteció en la fonda de Tafalla una mañana, cuando llamó á mi puerta con dedos de piedra una figura, que si no era la misma que delante tenía, se le asemejaba mucho. «Ya sé quién es usted—dije balbuciente.—En Tafalla... ¿se acuerda?

—Sí; me acuerdo—respondió ella con voz dulce y queda, sonriendo.—Yo fui la que llevó á usted un recado de mi santa Señora, en Tafalla, sí... cuando hicieron honras fúnebres al General Concha antes de traer acá su cadáver... Y ahora vengo otra vez de parte de *Mariclio*.

—¿Me trae usted carta?

—No, don Tito. El mensaje de hoy es verbal y se lo comunicaré á usted en pocas palabras. La que todo lo ve y lo sabe, ha dispuesto que su fiel muñeco... perdone si le doy este nombre cariñoso... se prepare para ir á visitar á don Antonio Cánovas.

—Pero yo no soy amigo de ese señor. No le he tratado nunca.

—¿Y qué importa? Yo tampoco le trataba, y hace días hablé con él como hablo ahora con usted... Ya sabe lo que dice don Antonio: que *ha venido á continuar la Historia de España*.

—Pues iré, iré. Pero no sé qué pretexto buscar para introducirme, para pedir audiencia...

—No se inquiete por eso. Es fácil, casi seguro, que el propio Presidente le abra á usted camino llamándole á su despacho.»

Diciendo esto saludóme con ligero movi-

miento de cabeza y dió media vuelta para retirarse. Salió yo tras ella pasillo adelante. En el recibimiento la despedí con expresiones inefables de gratitud y ternura: «Adiós, *Efémora*. Gracias, *Efémora*... ¡Bendita sea mi Madre que te ha mandado á mí, bendita tú que me traes un destello de su mente divina...» No conservo memoria de haber abierto la puerta. La visión salió no sé cómo ni por dónde... Tampoco sentí el sonido de sus pies de mármol bajando la escalera...

Al volver á mi estancia, vi que Casiana, reclinando su cabeza en el respaldo del sofá, estaba como adormecida. Al llegar yo á su lado se despabiló y me dijo: «Tito, tú hablabas aquí con alguien. ¿Quién era?

—No te asustes. Era una señora, una tal *Efémora*, que vino á traerme un recado.

—¿Cómo dices que se llama? ¿Efe...?

—*Efémora*, nombre que quiere decir la historia de cada día, el suceso diario, algo así como el periódico que nos cuenta el hecho de actualidad.

—¡Ah... ya! ¿De modo que esa *doña Femera* viene á ser un periódico vivo que no dice las cosas escritas sino habladas?

—Justo, así es. ¡Oh, Casianilla, tú tienes mucho talento y todo lo comprendes!»

Desde aquella tarde no se apartó de mi mente la idea de que don Antonio me llamaría para echar un parrasito conmigo. ¿Era verdad el anuncio que me trajo la vagarosa *Efémora*, ó era un artificio de los espíritus

familiares que á ratos venían á divertirse con el pobre Tito?

Mientras llegaba la ocasión de salir de dudas, Casiana y yo matábamos el tiempo acudiendo á presenciar todo suceso pintoresco que el flamante reinado nos ofrecía. Un luminoso día de Enero se puso Casiana el más decente de sus vestiditos, yo la pañosa con embozos de terciopelo carmesí que adquirí con los dineros de la Madre, y nos fuimos al Prado á presenciar la entrada del nuevo Monarca.

Había yo visto el solemne paso procesional de adalides revolucionarios victoriosos, ó de Reyes y Príncipes que venían á traernos la felicidad, y calculaba que todas estas entradas aparatosas eran lo mismo *mutatis mutandis*: gran gentío, apreturas, aplausos, un punto más ó un punto menos en el diapasón de los vítores, la chiquillería subida á los árboles, y los balcones atestados de señoras que sacudían sus pañuelos como espantando moscas. En algunos casos hubo también soldadura de palomitas que volaban despavoridas, huyendo del popular entusiasmo.

Una procesión de carácter bien distinto, tétrica y desesperante, y que marchaba en sentido inverso, dejó en mi alma impresión hondísima: la salida del cortejo fúnebre de Prim para el santuario de Atocha. Señaló una coincidencia que me resultó irónica: en el mismo sitio donde vi la entrada de don Alfonso de Borbón había visto pasar el entierro del grande hombre de la Revolución de



Septiembre, que dijo aquello de *jamás, jamás, jamás*.

Entró el Rey á caballo. Vestía traje militar de campaña, y ros en mano saludaba á la multitud. Su semblante juvenil, su sonrisa graciosa y su aire modesto le captaron la simpatía del público. En general, á los hombres les pareció bien; á las mujeres agradó mucho. Al subir don Alfonso por la calle de Alcalá, el palmoteo y los vivas arreciaron, y en los balcones aleteaban los pañuelos de un modo formidable. Tras el Rey marchaba un Estado Mayor brillantísimo. Lo que más gustó á Casiana, según me dijo, fué el juego de colorines de las bandas con que se adornaban los señores cabalgantes á la zaga del Soberano barbilampiño. Ingenuamente me preguntó si aquellos caballeros tan majos y revejidos eran Generales, y si el Rey jovencito les mandaba á todos. Después contempló embelesada el paso de los coches en que iban los Ministros y el alto personal palatino, cargados de plumachos, galones y cruces, y quiso saber si aquellos pajarracos eran también marimandones; á lo que yo contesté: «Todos los que ves vestidos de máscara mandan; pero más que ellos mandan sus mujeres y otras tales, esas que están encaramadas en los balcones, y algunas que andan por aquí.»

En esto sentí que una mano enguantada me tiraba de la oreja. Volvíme y me encontré frente á *Leona la Brava*, que iba con una de sus amigas del Teatro Real, Carolina Pas-

trana. Tras un rápido saludo, Leonarda me dijo atropelladamente: «Que tienes que ir á ver á don Antonio Cánovas; pero pronto, pronto. Hoy te mandé una cartita con el de *Calabria*. Si no la has recibido, en tu casa la encontrarás. En ella te digo que si don Antonio no te llama, no faltará un amigo que te lleve á su presencia.»

Antes que yo pudiera contestar, *Leona* se fijó en Casiana, requiriendo trato con expresiones francas, afectuosas: «¡Ah! ésta es la muchachita que has pescado en el río revuelto de tu vida. Es linda de veras. Parece buena chica y tú estás muy contento de ella... Todo lo sabemos Tito, y no tienes que guardar misterio con nosotras.»

Intervino entonces la Pastrana, diciendo con bondadoso acento: «¡Oh! Nos han dicho que es una gran profesora, que es punto fuerte en el arte de enseñar.

—¿Sabe francés?—interrogó *La Brava* interesándose por mi amiga.

Con monosílabos balbucientes intentó Casiana formular una contestación, y yo acudí en su auxilio, respondiendo por ella: «Todo lo sabe. Pero es tan tímida que no se explicará bien hasta que tome confianza.

—Quedamos en que visitarás al Jefe—salto *Leona*, presurosa por seguir su camino.—Si el grande hombre te ofrece una posición, tú harás un poquito de coqueteo y melindre, y acabarás por aceptar quedando muy satisfecho, *ça va sans dire*.»

Con poco más de una parte y otra terminó

el coloquio, siguiendo las dos mujeres hacia la Cibeles. Ya los soldados que cubrían la carrera formaban en columna de honor para el desfile. Las voces de mando, los toques de clarín y corneta, daban al nuevo cuadro la brillante animación ruidosa que tanto agrada al pueblo de Madrid. Las masas de curiosos se arremolinaban, buscando salida por una parte y otra. Nos corríamos hacia la fuente de Neptuno queriendo ganar la Carrera de San Jerónimo, cuando Casiana, atormentada por una idea, me habló de este modo: «Dime, Tito, ¿aquellas mujeres son damas ó qué?

—Damas son, querida; pero de esas que llaman *de las Camelias*.

—Pues según me han dicho, la dama *de las Camelias* era tísica, y éstas no están enfermas del pecho: chillaban como demonios.

—Los tísicos son ellos.

—Y dime otra cosa, Tito: los hombres de esas mujeres ¿son los que iban antes en coche, con plumachos y requilorios dorados?

—Sí, hija mía. Uno de ellos llevaba casaca con bordado con muchos ojos; el otro, casaca, llave de oro, calzón corto y media de seda.

—Y los que visten de esa manera ¿son Duques ó Marqueses?

—En algunos casos, sí. En otros son Jefes Superiores de Administración, Gentiles-hombres, ó se les designa con diferentes mote muy bonitos.

—Pues según dice Ido, tú lucirás pronto

si quieres todas esas garambainas, y estarás muy guapo.

—No te digo que no. Cuando se pone el pie en el pórtico de este mundo que hoy has visto, nadie sabe á dónde podrá llegar.

—Otra cosa, Tito—dijo Casiana rasgando su linda boca en franca risa.—¿Llegará un día, no digo que mañana ni pasado, un día del tiempo venidero, en que tú y yo seamos también Marqueses, Jefes de la Sagrada Administración ó personas gentiles de las llaves doradas?

—¡Ya lo creo que podrá ser! Muchos han pasado por aquí que subieron del lodo á las cimas.

—Ahora vuelvo á mi tema: aquellas mujeres guapas que nos hablaron antes ¿también mandan?

—¡Que si mandan! Más que el Rey. Más que nadie. En muchas ocasiones son ángeles tutelares que reparten la felicidad entre los ciudadanos.»

Miróme Casiana con espanto, abierta la boca, y yo me apresuré á cerrársela con estas maduras reflexiones: «En la procesión que ha pasado frente á nuestros ojos, multitud engalanada rebosando satisfacción y alegría, has visto el mundo de los pudientes, de los administradores, mayordomos y capataces de la cosa pública, mecanismo cuyas piezas mueven las cosas privadas y todo el teje-maneje del vivir de cada uno. ¿No lo has entendido, verdad? Pues te lo diré más á la pata la llana. Lo que hemos visto es el fami-

lión político triunfante, en el cual todo es nuevo, desde el Rey, cabeza del Estado, hasta las extremidades ó tentáculos en que figuran los últimos ministriles; es un hermoso y lucido animal, que devora cuanto puede y da de comer á lo que llamamos pueblo, nación ó materia gobernable.

»Sabrás ahora, mujercita inexperta, que los españoles no se afanan por crear riqueza, sino que se pasan la vida consumiendo la poca que tienen, quitándosela unos á otros con trazas ó ardides que no son siempre de buena ley. Cuando sobreviene un terremoto político dando de sí una situación nueva, totalmente nueva, arrancada de cuajo de las entrañas de la patria, el pueblo mísero acude en tropel, con desaforado apetito, á reclamar la nutrición á que tiene derecho. Y al oirme decir pueblo ¡oh Casiana mía! no entiendas que hablo de la muchedumbre jornalera de chaqueta y alpargata, que esos, mal ó bien, viven del trabajo de sus manos. Me refiero á la clase que constituye el contingente más numeroso y desdichado de la grey española; me refiero á los míseros de levita y chistera, legión incontable que se extiende desde los bajos confines del pueblo hasta los altos linderos de la aristocracia, caterva sin fin, inquieta, menesterosa, que vive del meneo de plumas en oficinas y covachuelas, ó de modestas granjerías que apenas dan para un cocido. Esta es la plaga, ésta es la carcoma del país, necesitada y pedigüña, á la cual ¡oh ilustre compa-



ñera mía! tenemos el honor de pertenecer.»

Cerró Casiana su linda boca en el curso de mi perorata y luego, con grandes suspiros, expresó que iba entendiendo y lamentando la pintura que yo le hacía de nuestra sociedad. Tomado un breve respiro, proseguí: «En todo tiempo, y más aún cuando ocurren cambios de situación tan radicales como el que estamos viendo, la caterva de menesterosos bien vestidos, agobiada de necesidades por el decoro social de los señoritos y los pujos de elegancia de las señoras y niñas, cae como voraz langosta sobre el prepotente señorío engalanado con plumas, cintajos, espadines, cruces y calvarios, porque esa casta privilegiada es la que tiene en sus manos la grande olla donde todos han de comer. Aquí la industria es raquítica, la agricultura pobre, y los negocios pingües sólo fructifican en las alturas. La turba postulante se agarra á todas las aldabas, llama á todas las puertas, tira de los faldones de los personajes empingorotados, pide auxilio con discretos tirones á las mujeres legítimas de los tales... y á las que no son legítimas. Ya irás comprendiendo, Casianilla, el manejo que se trae la inmensa tribu de desheredados, y la misión benéfica que desempeñan, en algunos casos y á hurtadillas, las dos mujeres guapas con quienes hemos hablado hace un ratito.»

Terminé diciéndole, en forma que ella pudiera entenderlo, que España era un país algo comunista. Por los canales contributi-

vos venía todo el caudal á la olla grande, de donde salía para repartirse en mezquinas raciones entre el señorío paupérrimo de la flaca España. «He dado el nombre de olla grande --añadí-- á lo que en lenguaje político llamamos Presupuesto.

—¡Virgen de la Paloma!—exclamó Casiana con risueña espontaneidad.—Pues yo te digo ahora, Tito de mi alma, que seremos los bobos de Coria si no metemos nuestra cuchara en ese bendito *porsupuesto*.»

Subíamos por Medinaceli y San Antonio del Prado, camino de nuestra casa, cuando pasó ante mí la fantástica *Efémora*, cual visión rápida que fué á perderse entre los altos abetos que rodean la estatua de Cervantes. Con ella iba otra mujer, vestida también de flotante y negro túnico. ¿Era *Graziella*? No puedo asegurarlo. Sólo diré, que en su rauda fulguración de relámpago, las dos mágicas figuras lanzaron hacia mí una mirada insinuante, cariñosa... Y no hubo más.

El rigor cronológico, al cual inútilmente quiero acomodar la serie de mis históricos relatos, me ordena referir que en la tercera semana de Enero del 75 se me presentó Fabriciano López, quien como sabéis ya tenía un puesto en las oficinas de la Presidencia. Según me indicó estaba yo en la lista de las personas que don Antonio Cánovas citaría para ser recibidas en el despacho presidencial. Ignoraba la fecha en que me tocaría la vez; y como al propio tiempo me dijera que en las covachuelas de la calle de Alcalá te-

nían su abrigado albergue algunos funcionarios de la clase de literatos y periodistas, todos amigos míos, allá me fuí con Fabriciano, movido del deseo de tantear el terreno en previsión de lo que pudiera suceder.

En la hospedería burocrática de la Presidencia me encontré á don Carlos Frontaura, ameno y regocijado escritor satírico, creador de *El Cascabel*, el periódico más divertido y chusco que hizo las delicias de la burguesía matritense en aquellos lustros; á Campo Arana y á Puente y Brañas, autores de comedias y zarzuelas que tuvieron sus días de aura popular; al excelente y hábil periodista Pepe Fernández Bremón, que durante un cuarto de siglo mantuvo después su acreditada firma en *La Ilustración Española y Americana*.

Por mi primera visita entendí que en el asilo presidencial no eran grandes los quehaceres de los buenos muchachos que allí tenían cómodo acogimiento: unos leían periódicos, otros tertuliaban entre el humo de los cigarrillos; iban y venían de una parte á otra, pasándose de mano en mano papeles con trabajos vagamente iniciados. Todo indicaba la plantación de un árbol burocrático que pronto daría flores y quizás algún fruto.

Largo rato permanecí en aquella feliz Arcadia, oyendo el tañido de la ociosa zampaña pastoril. Fabriciano y Fernández Bremón lleváronme al despacho del Subsecretario, Saturnino Esteban Collantes, y á él me presentaron. Era un joven discreto y afable,

hijo del famoso político del antiguo régimen don Agustín, nombrado á la sazón Ministro plenipotenciario en Portugal. En la breve conversación que tuve con el Subsecretario, adquirí la certidumbre de que mi nombre figuraba en la lista de los presuntos visitantes de Cánovas. Pero el Presidente estaba muy atareado en aquellos días... Ya se me avisaría la fecha de la entrevista.

Una larga semana tardó en llegar el aviso. En cuanto lo recibí me puse mi levita y las demás prendas *de vestir*, me encasqueté la *bimba* y ¡hala! á la Presidencia. Mediano rato me tuvo Esteban Collantes en su despacho, esperando que salieran varios señores que estaban dándole la jaqueca á don Antonio. Eran unos comisionados de Málaga, un cacicón murciano, y el caballero de reluciente calva y maneras elegantes á quien vi en las butacas del teatro Real la noche del estreno de *Aida*, hallándome en delantera de palco por asientos junto á *Leona la Brava*.

Despejado el terreno pasé yo, y atravesando el salón donde se reunía el Consejo de Ministros, llegué al despacho del Presidente. A muchos personajes de primera magnitud política había yo visitado en mi vida; pero ninguno me causó tanta cortedad y sobresalto como don Antonio Cánovas del Castillo, por la idea que yo tenía de la excelsitud de su talento, por la leyenda de su desmedido orgullo y de las frases irónicas y mortificantes que usar solía. Apenas cambiamos las primeras frases de saludo, empezó á di-

siparse la leyenda del empaque altivo, pues me encontraba frente á un señor muy atento y finó, y de una llaneza que al punto ganó mi voluntad. Hízome sentar á su lado, en un sofá casi frontero á la mesa de despacho, y hablamos... quiero decir, él habló y yo escuché, atento á su palabra enérgica, vibrante y un poquito ceceosa.

«Deseaba verle, señor Liviano — me dijo, — porque he tenido ocasión de leer páginas sueltas referentes al Cantón de Cartagena, escritas por usted en el propio cráter de aquella revolución empezada sin tino y concluída sin grandeza. Más que páginas son notas trazadas al vuelo frente á los acontecimientos, ya en los bastiones de Galeras ó San Julián, ya en la cubierta de los barcos sublevados. Esas notas borrajeadas con el desgaire que imponen la premura del tiempo y la nerviosidad del observador, me encantan á mí lo indecible, porque en ellas veo como el primer aliento de la Historia, libre aún de artificios y llevando en sí el aroma de la veracidad.»

Quedóse el buen Tito de una pieza oyendo estos elogios, y por un momento llegó á creer que el Presidente le tomaba el pelo. Mi estupor fué tal que ni acerté á darle las gracias por tan increíbles piropos. Don Antonio, ajustándose los lentes y alzando luego la cabeza, movimientos en él muy comunes, prosiguió así: «Ya sé lo que va usted á decirme, y es que esas páginas, esas notas, esos que mejor será llamar apuntes ó bosquejos, han



sido escritos efectivamente por usted; pero no se han publicado. Y usted pensará: *¿cómo puede este señor haber leído mis escritos si aún no han tenido la sanción de la letra de molde?* Pues si no lo sabe le diré que tengo una loca afición á los estudios históricos. A mí llegan diversos papeles interesantes, trozos de la Historia viva que aún destilan sangre al ser arrancados del cuerpo de la Humanidad. Yo los leo con avidez; los ordeno, los colecciono... ¿Cómo llegaron á mí los escritos de usted? No lo sé ni me importa saberlo...»

Al oír esto sentí un tenue desvarío en mi cabeza, miré á un lado y á otro... ¡Jesús me valga!... Creí que en la cabecera del sofá erguía grandiosa y colosal la figura de mi Madre, la divina *Clío*.

## V

Segundos no más tardé en sustraerme al mundo quimérico para volver á la esfera real. El sagaz estadista, adoptando el tono familiar apropiado al asunto que quería tratar conmigo, me dijo así: «Sé que es usted amigo de Cárceles y de otros que tuvieron parte muy visible en las locuras del Cantón; seguramente lo es usted también de *Tonete Gálvez*, que, según mis noticias, fué la cabeza más firme y el brazo más fuerte en las jornadas de Cartagena. Estará usted enterado de que los cantonales que escaparon en

la *Numancia* permanecieron largo tiempo en Orán, encerrados en un castillo. El Gobierno francés dispuso, á fines del año anterior, internarlos en la provincia de Constantina. Contreras y su ayudante Rivero accedieron á ser internados; Manuel Cárceles, Germes, Gálvez y Gutiérrez obtuvieron un salvoconducto para fijar su residencia en Suiza. Allá se fueron, creo que en Diciembre último. Y ahora pregunto yo á don Proteo Liviano: ¿Están aún en Suiza? ¿Alguno de ellos ha vuelto á España? Dígame lo que sepa. Habla con usted el amigo, no el gobernante, y debo advertirle que estoy decidido á no perseguir á nadie, ni aun á esos cuatro que, como usted sabe, están condenados á muerte. Las realidades del Gobierno y la fuerza indudable de la Situación que presido me imponen la clemencia. Oportunamente pienso dar una amnistía general, que ha de comprender á esos ilusos, más románticos que criminales. Espero que me diga usted si lo sabe, el paradero de Cárceles, Germes, Gutiérrez y Gálvez, y no vacilo en indicar que me intereso singularmente por este último. Antonio Gálvez es un hombre de bien; un político de ideas extraviadas, pero muy puro y muy sincero; caudillo valiente hasta la temeridad. Sus sentimientos generosos le impulsan hacia el bien, y si alguna vez hizo el mal fué por obedecer ciegamente á la pasión revolucionaria »

Asentí con fuertes cabezadas y algún monosílabo á lo que don Antonio me decía en

elogio de Gálvez. Como yo declarase con toda ingenuidad que ignoraba el paradero de los emigrados del Cantón, el Presidente me sorprendió con este rasgo de franqueza: «Tenemos una policía detestable. No veo en ella más que la proyección más inútil y desmayada de nuestro matalotaje burocrático. Si yo tuviera tiempo y no me agobiaran atenciones de superior importancia, intentaría organizar un Cuerpo de Seguridad muy á la moderna. Pero es más difícil crear aquí una buena policía que poner en pie de guerra un gran Ejército. Por esa caterva de vagos, mendigos y soplones, que no otra cosa son nuestros actuales corchetes, ha sabido el Gobierno que andan por Madrid algunos presidarios de los escapados de Cartagena. Me han hablado de un armero, muy hábil por cierto, que trabaja en la calle de los Reyes, y de un vejete que se dice aristócrata napolitano y al parecer es gran pendolista y pintor de ejecutorias. De seguro habrá en Madrid muchos más y usted quizás los conozca. Ya comprenderá que no trato de perseguirlos. Si esos infelices viven de su trabajo y no hacen daño á nadie, arréglense como puedan. Lo que yo deseo de usted, señor Liviano, es que por esa gente ó por otra indague si está Gálvez en Madrid. En caso afirmativo, trate de verle y dígame de mi parte que no se dé á conocer y se le proporcionará buen recaudo para retirarse á Beniaján ó Torre Agüera, sin peligro alguno... Y ahora, dispénsame, don Proteo, que yo dé á usted esta comisión, pu-

ramente confidencial y amistosa. Esto queda entre nosotros, y si dan resultado sus investigaciones y tiene la bondad de venir á manifestármelo, ya sabe que con sólo presentarse á Esteban Collantes será usted recibido por mí cuando guste.»

Prometí al caudillo alfonsino ocuparme desde aquel mismo día en dar los pasos necesarios para satisfacer lo más pronto posible sus deseos, y me despedí con todo el rendimiento y veneración que persona tan ilustre merecía. Al atravesar el Salón de Consejos para retirarme, flaqueaban mis piernas y mi cabeza no estaba muy firme. Cuando salí al vestíbulo me alzó la cortina una mujer... ¡Por Júpiter, era *Efémora*!... Mi retirada fué más bien escapatoria. No vi á don Saturnino Esteban Collantes ni á ninguno de los amigos de la Secretaría... Bajé á trompicones la escalera. En cada rellano, en el zaguán y en la puerta se me apareció una, dos y veinte veces la figura de *Efémora*, con su túnico negro y su mirada dulce y un poquito guasona... En la calle tiré hacia el Prado, sin rumbo ni dirección razonable. Me sentía sin aplomo, enloquecido. La mensajera de *Clio* no me abandonaba. Volví á verla en la esquina de la calle del Turco; después junto al palacio de Alcañices. A lo largo del Prado se repitió la visión, desvaneciéndose gradualmente.

Al llegar á mi casa iba totalmente persuadido de que la entrevista con Cánovas era un nuevo fenómeno de la vida quimérica. Ni

don Antonio me había dicho nada, ni yo le vi, ni puse los pies en la Presidencia. Todo había sido un bromazo impertinente de los espíritus picarescos que en aquella temporada pasaban el rato divirtiéndose conmigo. El resto del día permanecí en mi casa sumido en tristes cavilaciones, sin que los halagos de Casiana pusieran término á mis melancolías. ¿Cómo era posible que el Jefe del Gobierno, atento á los problemas políticos que debían consolidar la Restauración, descendiese á la nimiedad de inquirir el paradero de los desgraciados cantonales? La amistad protectora con que distinguía Cánovas á *Tonete Gálvez* ¿era un hecho real ó un desvarío de mi cerebro debilitado? Estas dudas me atormentaron hasta la siguiente mañana en que mi espíritu empezó á serenarse, y di en pensar que tal vez no era ensueño mi entrevista con el árbitro de los destinos de España.

Fuese ó no verdad el fenómeno, una fuerza misteriosa me impulsó á inquirir y olfatear la pista de Gálvez. Vi á David Montero, y ni éste ni *Dorita* me dieron luz alguna. Busqué á Fructuoso Manrique, que vivía con *Graziella*, no ya en la calle de San Leonardo sino en la del Limón. En el taller de amenas hechicerías permanecí un rato entretenido con las donosas diabluras de la italiana, y tuve el gusto de acariciar al cuervo y al buho que gravemente colaboraban en las operaciones de la casa. Ni Fructuoso, ni *Graziella*, ni Celestina Tirado, que entró de la compra con cesta repleta y un conejo de campo para



ponerlo con arroz en la comida de aquel día, sabían una palabra de lo que afanosamente trataba yo de averiguar.

Cuando ya me despedía desalentado, saltó *Graziella* con la idea de apelar á la Cartomancia, arte muy eficaz para descubrir tesoros ocultos y personas escondidas. Agarró la diablesa los naipes, y después de barajarlos y hacer sobre ellos la mar de garatusas, pronunció sobre el humo de un bráserillo palabras hebraicas, llamó al cuervo que saltando á su hombro le picó en el oído, y tras un nuevo sobar y manoseo de las cartas trazando sobre una de ellas crucecitas con saliva, me dijo en tono pausado y altísono: «Angélico Tito; encamina tus pasos vacilantes hacia Perico Niembro, que te dará la luz que deseas.»

Ni corto ni perezoso corrí á ver á Niembro, el cual, después de un largo palique en que se mantuvo escamón y misterioso, me mostró una carta de Gálvez, fechada diez días antes en Lausanne. Ya me consideré satisfecho; ya podía dar al gran estadista la precisa información que anhelaba. De regreso á mi casa, revivió en mí la idea de que la famosa entrevista fué soñación quimérica ó mofa de los socarrones espíritus. A pesar de esto, y temeroso de que no me dejaran llegar á la presencia de Cánovas, endilgué mi levita y chistera, y me fuí con maquinal impulso al caserón de la calle de Alcalá. Contra lo que esperaba y temía, el Subsecretario me recibió amablemente y me introdujo en

el Salón donde vi como unas veinte personas, entre las cuales reconocí al Marqués de Molins, á don Fernando Cos Gayón, á Pepe Cárdenas, á Elduayen, á Valero de Tornos, y á otros que por su empaque provinciano parecían embajadores del caciquismo rural.

Iba Cánovas de grupo en grupo, repartiendo formulillas afectuosas y equívocas, dulces ofertas que á nada comprometen. Yo me mantuve apartado, esperando á que el Presidente me viese y me concediera el honor de un breve coloquio. De improviso vino á mí el grande hombre, y llevándome junto á una ventana, en una sola cláusula condensó el saludo y la interrogación referente al encargo que me había hecho. Comprendiendo que el laconismo se me imponía, saludé y contesté con estas breves razones: «Señor don Antonio, he visto una carta, datada en Lausanne con fecha 18 de este mes, en la cual dice Gálvez á su amigo Perico Niembro que aún no sabe cuándo podrá volver á España.»

Parecióme que quedaba satisfecho el jefe de la Situación, y fui despedido con esta fórmula cortés: «Dispénsese, señor Liviano. Ya ve usted cómo estoy de gente.»

Salí, y en la antesala me sorprendió la voz de Fernández Bremón, que desde la puerta de la Subsecretaría me dijo: «No te vayas, Tito. Precisamente estaba en acecho de ti para que no te me escaparas.»

Cogióme del brazo para llevarme á su oficina y allí, sentados *vis á vis* á un lado y otro de la mesa de trabajo, el sutil periodista me

dejó estupefacto con esta inesperada manifestación: «Por encargo de mi Jefe te pregunto si aceptarías una posición decorosa, correspondiente á tus méritos literarios y á tu conocimiento de la sociedad española. Por el pronto tendrías una plaza en provincias, y más adelante vendrías á Madrid.»

La sorpresa no me permitió formular una contestación inmediata y terminante. Con medias palabras me mostré muy agradecido á la bondad del Presidente... Mas no podía, no debía dar... ¿cómo decirlo?... dar á mis ideas de toda la vida un brutal esquinazo... Saltar tan de súbito al campo alfonsino, parecíame un acto de cínica desvergüenza. Sólo el pensarlo me amargaba y me dolía como un remordimiento.

Apuré Bremón los argumentos más ingeniosos para combatir una susceptibilidad que á su juicio era producto de romanticismos mandados recoger. Dignidad tan fieramente escrupulosa y arisca entraba ya en los términos del mal gusto... Disputamos, primero con serenidad, después con cierto agridulce. Por fin, deseando yo cortar por el momento la cuestión, le dije: «Pepe, lo pensaré. Déjame reflexionar y mañana hablaremos.»

Abandoné la Presidencia con el recelo de encontrarme á *Efémera*, cuya vaga presencia precedía siempre á las burlas de los ociosos geniecillos maleantes. Al llegar á mi casa habíase afirmado en mi ánimo la resolución de no admitir del alfonsismo una merced indecorosa. Respetaba yo á Cánovas y le ad-

miraba por su elevado entendimiento, por su saber de Historia y de política, así como por su palabra enérgica y sugestiva, esmaltada con los donaires de un ingenio sutil. Pero no quería en modo alguno entregarme á la Restauración, induciéndome á ello no sólo el vocerío de mi conciencia, sino el hecho de tener asegurado un vivir modesto por el estipendio que de mi divina Madre recibía.

Decidido á rechazar con toda entereza el soborno, me personé al día siguiente en las oficinas de la Presidencia, y reiteré á mi amigo Fernández Bremón mi negativa exponiéndole exclusivamente las razones de conciencia y dignidad, pues del subsidio materno que aliviaba mi pobreza no tenía yo que dar conocimiento á ningún nacido. En esto llegaron al despacho Frontaura y Campo Arana, y con ellos me dejó Bremon, llamado en aquel instante á la Subsecretaría. Los ociosos funcionarios y yo charloteamos más de media hora de cosas de teatros, comentando la fulgurante aparición del genio de Echegaray en la escena española. Fué como un huracán tonante y luminoso que trocó las emociones discretas en violentos accesos de furia pasional; deshizo los gastados moldes, infundió nueva fuerza y recursos nuevos al arte histriónico, electrizó al público, y lanzó al campo de la crítica, en espantable remolino, los ardientes entusiasmos revolcándose con las tibiezas rutinarias.

Cuando nuestras voces bajaban de tono hablando de Caltañazor, Arderius, Escriu y

otros graciosos comediantes, volvió Fernández Bremón, y llevándome aparte me dijo lo que á la letra copio para que el lector se percate bien de la sorpresa que recibí al oírlo: «Se estima y se respeta tu delicadeza al rechazar lo que se te propuso. Pero hay otra cosa, Tito. Consta en la Subsecretaría que tienes á tu lado á una parienta próxima recién venida de Cuba, una joven ilustradísima que posee todos los conocimientos y títulos para ejercer el magisterio en condiciones insuperables. Como supongo que en esa señorita no existirán los motivos de delicadeza que á ti te obligan á renegar de la protección oficial, dime el nombre de tu prima, sobrina ó lo que sea, y se le dará una de las plazas de Inspectoras de Escuelas que se crearán en estos días.»

Mediano rato estuve pensando la contestación que debía dar. Mi conciencia me acusó de prestarme á una superchería si aceptaba, pues Casiana no había pasado del *be o ene, bon, be u ene, bun*. Luego, mi voluntad un tanto picaresca quiso ahogar á la conciencia, dictándome la conformidad con lo que se me proponía. Vacilé. Mi boca trémula hizo una emisión de monosílabos que expresaban el pro y el contra. Sentí en mi cabeza un leve desvanecimiento. Miré en derredor. Frontaura y Campo Arana habían desaparecido.

En la mesa de despacho una mujer escribía silenciosa, haciendo con sus lindos morros muecas infantiles... ¿Era la vaporosa



*Efémera?* No puedo asegurarlo. Sólo afirmo que en mi ánimo se extinguieron las dudas, y sin miedo á la superchería dije á Bremón: «Si quieres, ahora mismo te daré el nombre.» Acordéme entonces de que el apellido de Casiana era Conejo, palabreja innoble y bajuna que á mi parecer envilecía la persona de una Maestra Superior, y resolví traducirlo al portugués, diciendo á mi amigo: «Apunta, Pepe, apunta el nombre: *Señorita doña Casiana Coelho...* y por más señas *Coelho de Portugal.*»

Seguro estoy de que al leer esto, mis fieles parroquianos preguntarán: «¿Y *Efémera?*» Honradamente les contesto que no la vi al salir de las cova-huelas presidenciales, ni acierto á discernir si una figura de flotante ropaje blanco, que iba delante de mí por las calles de Alcalá y Cedaceros, reproducía la vagarosa estampa de la recadista de mi Madre. Creo haber notado que se detuvo á comprar *El Cencerro* en la esquina de la calle de Gitanos, y que por esta vía húmeda y tabernaria desapareció.

Me fuí á mi casa, y entretuve la tarde repasándole las lecciones á Casiana y oyendo el voluble disertar de mi buen patrón sobre materias políticas y militares. «Sabrá usted, ilustre don Tito... ¿y cómo no ha de saberlo si un día sí y otro también hociquea usted con don Antonio Cánovas?

—Párese un poco, don José—dije cortándole el discurso.—Yo no he hablado con Cánovas. Por mis ideas y por mi insignifican-

cia no sé, ni puedo, ni quiero tratar á personas tan altas.

—Respecto, Excelentísimo Señor, las razones que Vucencia tiene para hacerse el chiquito — prosiguió Sagrario. — ¡Sabe Dios lo que se traerá Su Ilustrísima entre ceja y ceja! No me meto, no quiero meterme en escudriñar su interior, las ideas, los propósitos, los planes que algún día han de salir á la luz pública. Yo, que no veo más que lo que tengo pegado á mis narices, pregunto: ¿Qué va á pasar aquí?... No alterno con sabios ni con gentes de grandes lecturas. Lo que sé lo aprendí oyendo la voz del pueblo, *vox cæli* que dijo el Latino. Todas las mañanas voy á la compra, como Vucencia sabe, y un ratito en la tienda, otros en los cajones y puestos de los Tres Peces, me voy enterando de los dichos que corren de boca en boca. Cuando vuelvo á mi casa y me recojo en mi discernimiento natural, de lo que me entró por el oído y de lo que yo discurro saco la verdadera enjundia y el meollo de eso que llaman la Cosa Pública.

—Muy bien, don José. Los ruidos de la calle, traídos al crisol del entendimiento, nos dan la verdadera clave de la opinión de un pueblo.

—Y *francamente, naturalmente*, un hombre que ha vivido mucho, que ha tratado innúmeras personas de arriba, de abajo y de en medio, que ha sufrido adversidades personales y públicas viendo pasar ante sus ojos tantas mudanzas, revoluciones y cataclis-

mos, tiene derecho á decir: yo veo lo que no se ve, yo presiento el suceso que aún está escondido en los pechos de los que engendran la actualidad de hoy y la actualidad de mañana. Y como pienso muy al derecho, al derecho le digo á Vucencia, señor don Tito, que su amigo don Antonio Cánovas..., amigo, ¿eh? aunque Su Ilustrísima lo niegue por razones de sigilo diplomático... está tragando mucha quina, una barbaridad de quina, apretado entre dos muelas cordales. pues de una parte pe-an sobre él los malditos *moderados*, los Chestes, Moyanos y Orovios que le pilen neísmo, intolerancia y tente tieso, y de otra parte le acosan los alfonsinos que vienen de lo de Alcolea y quieren franquicias, unas miasas de Soberanía Nacional y vista gorda para el libre pensamiento.

—Así es, amigo Sagrario. Lo que usted cuenta no es nuevo para mí.

—Pero hay algo más que usted no sabe, ó si lo sabe no quiere decirlo, y es que la Reina doña Isabel está dando las grandes tabarras á don Antonio: solicita que la dejen venir acá, creo yo que para mangonear y meterse en lo que ya no debo importarle. Con Pezucla y Roca de Togores se entiende por cartitas dulces que menudean lo que usted no puede figurarse... Los *moderados* escupen ya por el colmillo; quieren ser los amos y que Cánovas gobierne á gusto de ellos. Por esto yo digo á todo el que quiera oirme: aquí va á pasar algo... Ya se habrá usted enterado de que el Rey don Alfon-

so, que se fué á Zaragoza y Tudela á los cuatro días de llegar á Madrid, marchó después á Peralta, donde acudieron los Generales Moriones, Laserna y Ruiz Dana, y con éstos y Jovellar, Primo de Rivera, Despujols, Terreros, Portilla, Morales de los Ríos y otros, celebró Consejo para acordar el plan de operaciones.

—Sí, ya lo sé. Y el 22 de Enero largó sendas alocuciones á los habitantes de las Provincias Vascongadas y Navarra y á los soldados del Ejército del Norte.

—¡Consejo de Generales, alocuciones! Y yo pregunto: ¿Se trata de dar el golpe definitivo á la negra facción, organizando descomunal batalla con todos esos ilustres caudillos y el total contingente de nuestras valientísimas tropas? ¿Estará próximo ese día de júbilo, ese día grande, principio de la redención de España? Para mí, no hay duda, reunidos todos esos elementos que han de constituir una hueste tan poderosa como las de Alejandro y César, la victoria es indudable. Venceremos, señor don Tito, barreremos de nuestro suelo y de una vez para siempre esa escoria del retroceso, esa inmundicia del absolutismo, esa paparrucha indecente de la legitimidad. ¡Oh alegría, oh inmensa dicha de las almas liberales!... Un abrazo, don Tito. Y tú, Casiana, ven aquí... ¡Un abrazo al amigo, al patrón, al maestro!»

## VI

En los primeros días de Febrerillo loco, mi amigo Prieto y Villarreal me llevó á una reunión de zorrillistas en casa de Cristino Martos. Concurrieron á ella todos los que seguían á don Manuel y muchos militares de los que quedaron defraudados y vencidos el 3 de Enero de 1874. Asistí yo al conciliábulo como simple testigo, y no despegué los labios por no sentir mi ánimo dispuesto para ninguna clase de campañas políticas. Había levantado don Manuel Ruiz Zorrilla la bandera de la República frente á la Restauración, y tales fuerzas militares y civiles agrupó á su lado, que el Gobierno alfonsino creyó preciso disponer el extrañamiento de aquel gran ciudadano, rebelde y tenaz.

Decretado el ostracismo de don Manuel el 4 de Febrero, con la coletilla de que no podía volver á España sin permiso previo del Gobierno, aquella misma noche fué puesto en ejecución. Los zorrillistas y otras personas unidas al temible revolucionario por vínculos de amistad, hicieron acto de presencia en la estación del Norte.

Representando el ideal vencido que la Restauración quería lanzar del suelo patrio, estaban en el andén Castelar, Salmerón, Carvajal, Rivero, Echegaray, Martos, Pablo Nougués, Aguilera, Pedregal, García Ruiz y



otros muchos. Del estamento militar vi á los Generales Izquierdo y Lagunero y al Brigadier Carmona, que salieron pitando para el destierro al día siguiente.

Entre los amigos distinguíanse por su significación alfonsina don Pedro Salaverría, Ministro de Hacienda, y el simpático Subsecretario de la Presidencia, Esteban Collantes. De dónde provino la amistad de Salaverría con don Manuel, no lo sé; la de Esteban Collantes y García Ruiz tuvo su raigambre en la tierra palentina, donde Ruiz Zorrilla ó su señora poseían extensa propiedad rústica. La despedida fué triste y afectuosa; los abrazos efusivos; discreto el entusiasmo.

A este acto que considero público, y si queréis histórico, sigue en mis crónicas otro que también me parece digno de perpetuarse en letras de molde, y los escribo engarzados en una sola página para que resalte mejor la desacorde calida d de ambos sucesos. Una tarde de a puel mismo Febrerillo, que ahora llamo loco de atar ó loco furioso, hallábame yo solo en mi aposento, trasladando al papel con nerviosa escritura mis impresiones de los pasados meses, cuando... ¡ay Dios mío!... vi entrar á una mujer sin que la precediera rumor de pasos ni sonsonete de campanilla. Llegóse á mi mesa la fantasma, y yo, sin sorpresa ni espanto, con la mayor naturalidad del mundo, le dije: «Hola, *Efémera*; bien venida seas. ¿Me traes carta de mi adorada Madre?»

Ella, dejando caer su izquierda mano mar-

mórea sobre la mesa, alargó hacia mí la derecha con un pliego, mientras sus labios helénicos articulaban estas palabras que me sonaron cual si las transmitiera por rafagas del aire una voz muy lejana: «No te traigo carta de tu Madre, sino este pliego que me han dado para ti.»

Y yo, rasgando ávilamente el sobre y enterándome de su contenido, exclamé: «¡Ah! La credencial nombrando á Casiana Inspectora de Escuelas. Gracias. Mi buena Madre no se cansa de favorecerme... Tú no ignoras, *Efémara*, que Casiana *Coelho* es mujer meritísima, muy versada en la teoría y práctica del arte pedagógico... ¿Por qué no descansas á mi lado?... ¿Qué dices? ¿Que no te sientas? ¡Oh! divina mensajera; tu destino es correr, volar, llevando por el mundo la verdad del momento. Del conjunto de estos átomos, aglomerados por el Tiempo, se forma la verdad histórica en lustros, en siglos... Espera un poquito, que quiero hacerte algunas preguntas. ¿Qué me dices de mi Madre? Ya sé que por su condición inmortal está exenta de toda enfermedad. Su salud es inalterable. Varían tan sólo su apariencia personal y las vestiduras que cubren su noble cuerpo. Cuéntame: ¿qué calza lo gasta en estos benditos días para andar por el mundo? ¿Lleva por ventura el alto y ceremonioso coturno, señal de la grandeza histórica?»

La recalista de *Clio*, con solemnidad un tanto risueña, contestó: «No lleva el coturno, sino unos holgados borceguíes de

burdo paño, decorados con papeles de rojo y gualda, talco y purpurina, imitando el esplendor áureo del calzado de los Dioses, falsedad que sólo engaña á ciertos académicos. Usa la Madre estos borceguíes blandos y de figurón, porque se los impone la suciedad y dureza del suelo que recorre, todo fango y guijarros puntiagudos.

—Muy bien, *Efémora*. Y ahora dime otra cosa... Esto se refiere á mi persona... Escucha. Con toda sinceridad y franqueza me responderás á lo que voy á preguntarte. ¿Es verdad ó es mentira que yo he visitado á don Antonio Cánovas, hab'auído á solas con él de asuntos políticos y particulares?

—La verdad y la mentira de los hechos no caen debajo de mi jurisdicción. Lo que á mí me concierne es el contacto de las inteligencias en las anchas regiones del espíritu. Del uno al otro cerebro saltan las ideas como chispas de un fuego que es el generador de la concomitancia y simpatía. Recojo yo estas chispas y las comunico entre los seres, hállese próximos ó distantes... Es lo único que puedo contestar al señor don Tito. Tengo prisa. Adiós.»

No me dió tiempo á formular nueva pregunta ni á darle mis tiernos adioses. Desapareció en forma semejante á las magias de teatro. En vez de volverse para tomar la puerta se desvaneció en la cavidad del aposento, dejándome absorto, atontado y sin respiro. Apenas me repuse de la emoción de tal escena, recorrí con rápida vista la cre-

dencial. Nombraban á Casiana Inspectora de Escuelas con sueldo de diez mil reales. En nota aparte me decía Bremón que si la señorita *Coelho de Portugal* ocupaba sus horas en dar lecciones particulares á domicilio, quedaría relevada de todas las obligaciones de la Inspeccion, salvo la de cobrar su sueldo á primeros de cada mes...

Guardé el nombramiento, en el que vi un signo de los tiempos. Todo era ficciones, favoritismos y un saqueo desvergonzado del presupuesto... Después de un largo titubeo, decidí no dar conocimiento á Casiana de aquel momio inverosímil y esperar, esperar á que se pusieran de acuerdo los ángeles que me favorecían y los demonios que me burlaban.

Una noche, avanzado ya Febrero, cuando Casiana y yo volvíamos de ver una funcioncita en el proximo teatro de Variedades, donde trabajaban actores tan graciosos como Luján y Riquelme, nos encontramos á don José Ido en estado de gran consternación y abatimiento. Creímos que Nicanora estaba con *el histérico* ó que habían llega lo noticias desagradables de Rosita, de quien se dijo días antes que se hallaba ya fuera de cuenta. No era nada de esto. Dejo al propio Sagrario la explicación del enigma, reproduciendo el texto fiel de sus acongojadas manifestaciones:

«¡Ay don Tito de mi alma, qué pena, qué horrible desengaño! Ya sabe Vuecencia que hace dos días venían corriendo unos rumores sumamente halagüeños para la Patria y para

la Libertad. Las voces públicas decían en tiendas, porterías, plazuelas, cafés, estancos y boticas que en el Norte estábamos dando una gran batalla, mejor dicho, que ganamos una y luego dimos otra más reñida y sangrienta, ganándola también; que en la tercera batalla, el suelo quedó totalmente cubierto de cadáveres carlistas en una extensión de cuatro leguas á la redonda. Saturio, el amolador de las Niñas de Loreto, me dijo ayer que de resultas de esa terrible matazón de carcundas, los pocos que de éstos quedaron salieron por pies, desapareciendo al otro lado del Pirineo.

»Pero ¡ay!... esta mañana, cuando más contento iba yo entre los puestos de los Tres Pecces, empezaron unos runrunes que dejaban patidifusos aun á los que no les dábamos crédito. Hice mi compra, y donde quiera que yo iba la voz pública seguía cantando el *miserere*. Al entrar en la Plaza de Matute, para comprar vino en el almacén de Roque, me encontré al amolador y al sacristán de las Niñas que discutían en medio de la calle. El sacristán, que es más neo que Judas y más borracho que Noé, se dejó decir que á los liberales nos habían dado un palizón horroroso... Qué tal sería la somanta, que los carlistas cogieron prisionero al Rey don Alfonso y se lo llevaron á Estella.»

Signió diciendo el mauso filósofo que del sofoco que tomó al oír tales desatinos le flaquearon las piernas, y tuvo que arrimarse á la pared para no dar con su pobre cuerpo en



el suelo. Luego se equivocó de tienda y le armaron el gran escándalo por pedir tinto de mesa en una cerería. Al referirnos esto, se acentuaba tanto la flaquez del rostro del buen hombre que los huesos se le transparentaban debajo de la piel, y la nuez le crecía desafortadamente.

«Esta tarde—prosiguió mi atribulado patrón, sentándose para tomar aliento,—me fuí á Buenavista con la esperanza de que mi primo Macario, sargento de la brigada obrera de Estado Mayor, me sacara de mis horribles dudas y me dijese la verdad de lo acontecido en Navarra. ¡Ay Dios mío, cuánto sufre un corazón patriota cuando el demonio enreda las cosas de la guerra!... Lo que ha sucedido es cosa desdichada y lastimosa; pero no tanto como las asquerosas mentiras que contaba esta mañana el rapavelas de las Niñas de Loreto. Parece, según reza el telégrafo, que entre dos pueblos llamados si no recuerdo mal Lácar y Lorca, hubo un momento en que por milagro de Dios Nuestro Señor no cayó Alfonso XII en poder del faccioso.

—Estas cosas de la guerra—dije yo, dándole ejemplo de serenidad,—son para miradas despacio. Esperemos los despachos oficiales que nos darán relación detallada de los hechos. Tranquilícese, don José; tomémoslo con calma, que ni por una victoria debemos perder el sentido, ni por un descalabro hacer malas digestiones. La grandeza de un pueblo no está en la guerra sino en la

paz; la desdicha de los españoles consiste hoy en que para llegar á la paz tenemos que pelearnos fieramente unos con otros. A los labradores hemos convertido en soldados, y ahora falta que los mansos obreros del terruño se cansen de andar á tiros y vuelvan á coger el arado.»

A la noche siguiente no falté á la tertulia que algunos amigos teníamos en el café de Zaragoza. Casiana iba conmigo. Asiduo concurrente á nuestras mesas era el Capitán Palazuelos, á quien yo conocí de Teniente el año anterior: á la sazón prestaba servicio en la Subsecretaría de Guerra. En cuanto llegué se puso á mi lado y me refirió lo que sabía del suceso de Navarra, acaecido no lejos del siniestro lugar en que murió trágicamente el General Concha. He aquí su relato sucinto:

«El 2 de Febrero, si no estoy equivocado, el jefe carlista Mendiri atacaba con preferencia al segundo Cuerpo de Ejército, por suponer que con el General en Jefe, Primo de Rivera, hallábase el Rey Alfonso. En la tarde del 3, cuando menos lo esperaba la división Fajar lo, compuesta de dos brigadas (una de las cuales estaba en Lácar bajo el mando de Bargés y la otra en Lorca), embistieron los de Mendiri el pueblo de Lácar con extraordinaria bravura, llevando consigo á Cervera, Pérula y no sé quién más, con aguerridos batallones y bastantes piezas de artillería. Ante lo formidable del ataque flaquearon los nuestros; oyéronse gritos de: *¡Estamos vendidos! ¡Sálvese el que pueda!*, y el Regimiento de

*Valencia* se dispersó, siguiéndole al poco rato los soldados de *Asturias*. Ni Fajardo ni Bargés cuidaron de poner centinelas en los altos de Alloz y de Murillo, y á ello se debió principalmente el descalabro.

»Cuando Fajardo, que estaba en Lorca, oyó los primeros disparos, se puso al frente del Regimiento de *Gerona* y se dirigió á la montaña que separa aquel pueblo del de Lácar. Mas nada pudo hacer para dominar la confusión en aquella hora fatídica. El desaliento era unánime, lo mismo en los jefes que en los soldados. También se dispersó el Regimiento de *Gerona*, y el brigadier Viérgol se vió forzado á retirarse del sitio de peligro. Primo de Rivera, ocupado entonces en el emplazamiento de piezas de Artillería sobre Monte Esquinza y en hacer pruebas de puntería sobre los pueblos enemigos, acudió con algunas fuerzas en auxilio de los de Lácar y Lorca, logrando remediar un tanto el desastre.

»En la madrugada del 4, el General Fajardo, al frente de la tropa, con las cajas de caudales, botiquines y material de guerra, salió de Lorca, retirándose hacia Esquinza. También los de Mendiri se desmandaron, y viendo éste que sus tropas se lanzaban al saqueo y al inútil derramamiento de sangre, retiróse á Estella. En el Ministerio aseguran que el Rey no estuvo en peligro más que breves instantes. Alguien ha dicho que se hallaba en la torre de una iglesia situada entre los pueblos de Lácar y Lorca. Según las

versiones oficiales, S.ª Majestad permanecía en su alojamiento de Villatuerta, donde oyó muy de cerca los disparos de fusilería. Cuentan que dijo á los que le rogaban que no se aventurase á salir: *Un Rey no debe ocultarse cuando silban las balas á su alrededor*. Como y en qué forma salió de su alojamiento, no he logrado saberlo. En Guerra me han dicho, sin precisar la hora, que el Rey emprendió la marcha á galope tendido hacia Puente la Reina.»

A mis observaciones sobre la obscuridad del relato de Palazuelos, contestó éste: «Ha de pasar algún tiempo antes que sean conocidas en todos sus pormenores las jornadas dudosas y equívocas que hoy designamos con los nombres de Lácara y Lorca. Entiendo yo que la Historia, cuando se ve precisada á referir con verdad acontecimientos de esta índole, pasa grandes apuros y se ve ahogada en perplejidades enojosas. Los que intervinieron en estas acciones, procediendo con negligencia ó aturdimiento, no ponen en sus despachos la debida fidelidad. Si es sospechoso el testimonio de los nuestros, también lo es el de los enemigos, que siempre exageran y sacan las cosas de quicio cuando han tenido algún momento afortunado... Los carlistas cantaron victoria al recogerse á Estella. Ya veremos quién cantará el último.»

Cuando terminó el Capitán su bosquejo de Historia equívoca, nos enredamos en otras pláticas más amenas y en bromas y diálogos picantes que no nos corrompían las oracio-

nes. Amenizaba las tertulias cafeteras un pianista navarro llamado Cárcar, que solía venir á nuestra peña brindándonos las piezas de su repertorio que más nos agradasen. Aquella noche, para quitarnos el amargor de las desagradables peleas de Lácar y Lorca, le pedimos que tocara jotas y rondallas, pues era consumado maestro en la música popular de su tierra. Hízolo prodigiosamente y los aplausos creo que se oyeron en Getafe. Hartos de conversación y de música nos retiramos, no sin que Casiana hiciera la indispensable requisa y acopio de terrones de azúcar para endulzar nuestro café matutino. Con este típico detalle queda bien demostrado que en aquella dichosa era de distinción y elegancia habíamos escogido lugar preeminente en la esfera de la cursilería.

Pocas noches pasaron hasta una que en cierto modo debo llamar memorable, porque en el diálogo familiar que tuve con Ido del Sagrario no faltaron unas briznas de Historia. «Venga usted acá, excelso patrón—le dije, viéndole entrar en casa *cabiztivo* y *pensibajo*.—Acérquese y le contaré un suceso que disipará sus murrias, colmándole de satisfacción y alegría... Aquí tiene usted á Casiana, su ilustre discípula, que pronto va á saber más que el maestro.

—Así lo creo y lo deseo, Excelentísimo Señor—dijo el filósofo, tomando asiento á respetuosa distancia.

—Ya sabe Casiana el suceso de autos que voy á contarle á usted, y se ha puesto muy



contenta... Ea, no quiero dilatar el plato de gusto que le tengo á usted preparado. Oiga, don José, y vaya sacudiendo las tristezas que le agobian desde que supimos la terrible trapatiesta de aquellos malditos pueblos navarros. ¡Animo, valiente, que no hay mal que cien años dure, ni desdichas que no terminen con algo lisonjero!... Pues señor: don Alfonso XII celebró en Puente la Reina consejo de Generales, donde se acordó lo que no sabemos ni nos importa. De allí fué á Pamplona y luego se dirigió á Logroño, con objeto de visitar al Duque de la Victoria. ¿Qué tal? Su ídolo de usted, el invencible Espartero, recibió al joven Monarca con las demostraciones de afecto más efusivas, y pidiendo á sus ayudantes la cruz laureada de San Fernando que él ganó en las gloriosas campañas de la primera guerra civil, la puso en el pecho del simpático reyecito. Debo añadir amigo don José, para que usted se esponje, que al realizar don Baldomero este acto de acendrado monarquismo, elogió calurosamente la conducta de Alfonso XII en la breve campaña que á usted le tiene tan compungido.

—Algo es algo. ¡Viva el Duque!—exclamó Ido.—Me complace el suceso; pero siempre me queda un dejo de aquellos amargores.

—*Sursum corda*. Recobre usted su fe en la libertad; hínchese de patriotismo; nos hincharemos todos... Y ahora, don José, cuídese de que nos sirvan la cena. ¿Verdad, Casiana, que el patriotismo nos desarrolla furiosa-

mente las ganas de comer?... Oiga, señor Sagrario: para celebrar el suceso con la debida solemnidad, dígame á Nicanora que nos ponga una tortilla de seis huevos, para los dos, y esas chuletas á la *papillote* por las cuales merece su esposa de usted el título de Cocinera de los Dioses.»

## VII

Menudas jaquecas daban á don Antonio los señores del lastre reaccionario, que pesaba brutalmente en la nave de la Situación. Por el sistema *esfemerideo* que me había revelado la Madre, introducía yo mi pensamiento en el cerebro del grande hombre. Allí se me comunicaba su iracundia por las enormidades que imponerle querían los bárbaros del vetusto *Moderantismo*. Ponían éstos el grito en el cielo al ver que los primeros puestos de la Política, de la Administración y del Ejército eran arramblados por *la taifa de Septiembre*, y se aprestaron á las represalias metiendo á don Francisco Cárdenas, Ministro de Gracia y Justicia, en el jaleo de derogar la Ley de Matrimonio Civil de 18 de Junio de 1870. Con tal atropello resultaron concubinatos los matrimonios legalmente contraídos, y naturales los hijos habidos en ellos. Horrisona tempestad levantó en la Prensa y en la opinión este atroz desafuero, y mientras el Papa se frotaba las manos de

gusto, el jefe de los alfonsinos rabiaba en silencio, viendo frustrado su sano propósito de cimentar su política en el Manifiesto de Sandhurst.

Nadie me contaba el estado mental del Presidente del Consejo. Sentíalo yo en mí mismo por el contacto misterioso del pensar *canovístico* con el pensar de este humilde vocero de la vida hispana. Por el mismo artificio milagroso pude apreciar que no hicieron maldita gracia al insigne malagueño los airados decretos con que Orovio puso en la calle y desterró á los Catedráticos de la Universidad Salmerón, Giner de los Ríos, Azcárate y otros, lumbreras de la Filosofía y del Derecho, y apóstoles de la libertad de conciencia. Per este acto de brutal intolerancia y por sus pintorescos chalecos, transmitió su nombre hasta los alrededores de la posteridad el Marqués de Orovio que, aparte su ciego fanatismo, era una persona decente y honrada.

Con un bello desorden que á mi parecer da colorido y sabor picante á las minucias históricas, os contaré que el Rey don Alfonso, muy contento con la cruz laureada que Espartero puso en su pecho, partió de Logroño á Burgos, y después de visitar Valladolid y Avila regresó á Madrid, donde *las masas oficiales* le recibieron con palmas. En tanto, su madre doña Isabel no cesaba de mover el ánimo irritable de los borbónicos netos para que le abrieran brecha ó caminito por donde colarse en el suelo patrio. Suspiraba por la

espesura florida de Aranjuez; necesitaba una estación balnearia para la primavera, y en verano no podrían pasarse, ni ella ni las Infantitas, sin los baños de mar.

Cánovas, que profesaba el principio filosófico-político de mantener á las Reinas Madres alejadas del foco de la gobernación, indicó á doña Isabel, con muchísimo respeto, la residencia de Mallorca para sus esparcimientos y regocijos primaverales y veraniegos. En esto, sabedor Carlos VII de los anhelos de su augusta prima, le escribió brindándole para su descanso y recreo las Provincias Vascongadas donde él reinaba... Ridícula es la carta en que el Pretendiente ofrecía las playas vizcaínas y guipuzcoanas á doña Isabel para su temporada estival. Entre otras simplezas se dejó decir lo siguiente: «Si quieres ir á Lequeitio ó Zarauz, donde estuviste en otras épocas, puedes ocupar los mismos Palacios que entonces habitaste, pues no creo posible que en tal caso los marinos de tu hijo continuaran bombardeando aquellos puertos, y si lo intentasen, tengo cañones de suficiente alcance para que te dejen tranquila.» Doña Isabel fué lo bastante discreta para no aceptar la farandulesca protección de su primito. ¡Estaría bueno que las dos ramas que habían desgarrado el cuerpo de la pobre España disputándose un trono durante más de medio siglo, licieran paces vergonzosas por los baños de ola de Lequeitio!

Si buenas dosis de acíbar tragó Cánovas por las imposiciones *del elemento retrógrado*

y *obscurantista*, como diría Ido, no fué mala compensación la dulzura de ver entrar en la legalidad al truculento guerrillero don Ramón Cabrera, culminante figura del carlismo. Conviene consignar algunos antecedentes familiares de este gran suceso. Cuando el llamado *Tigre del Maestrazgo* pasó el Pirineo en 1840, perdida ya la causa de don Carlos, fué á parar á Inglaterra, donde la fama de su temerario arrojo rodeó su nombre de una aureola de trágica leyenda. En Londres se destacó vigorosamente su atezado rostro, su mirada fulgurante, el aspecto de fiera medieval, y se contaban las cicatrices que hacían de su cuerpo un heroico jeroglífico. No necesitaron los ingleses forzar su imaginación para ver en Cabrera una figura genuinamente *shakespiriana*.

Pasado algún tiempo, la leyenda del guerrillero y su prestancia personal interesaron el corazón de una dama inglesa, protestante, rica y noble. La dama y el héroe contrajeron matrimonio con todas las de la ley. Entró, pues, Cabrera en una vida pacífica y burguesa, á la cual se atemperó fácilmente el adalid más terrible, sagaz, activo y sanguinario que ha existido en nuestras discordias civiles. Determinó esta evolución del carácter de Cabrera el genio de su esposa, que supo subyugar la fiera del cabecilla insigne.

El *tigre* cedió á la blanda ferocidad de la *tigresa*, convirtiéndose en apacible cordero. Un amigo de Cabrera, que le había conocido



en España, me contó que una noche fué á visitarle á su casa de Londres, situada en el West, junto á un Square ó plazoleta jardinada. Al entrar en ésta encontró á don Ramón, de frac, fumándose tranquilamente un puro. Al abrazar á su amigo, *el tigre* domesticado le dijo: «Me encuentra usted aquí porque mi mujer no me deja fumar en casa.»

En rigor de verdad debe decirse que más que la señora contribuyó á la domesticación de la fiera el plácido ambiente de un país liberal y protestante, de un país en que imperaban la justicia y el orden, en que los ciudadanos vivían dichosos ejercitando sus derechos y sometidos al suave rigor de las leyes. A nadie pudo sorprender que un hombre tan inteligente y agudo como Cabrera evolucionase radicalmente, acabando por abominar de la salvaje guerra dinástica de su país, y se asqueara de las vesanias y horrores en que él desplegó todo su coraje. Últimas palabras de esta conversión fueron los intentos de transigir con don Amadeo y aun con la República, y por último el acto decisivo de reconocer á don Alfonso como el único Rey posible en España. A este feliz resultado se llegó mediante negociaciones en que intervinieron de una parte el Duque de Santoña, Merry del Val y Pareja de Alarcón, y de la otra el señor Homedes, sobrino del famoso guerrillero, y otros amigos de éste.

En un Manifiesto publicado en París, dijo Cabrera á los carlistas con buenas formas que el absolutismo teocrático era una estu-

pidez en nuestros tiempos, y que del lema de la bandera facciosa dejaba á los fanáticos el *Rey*, llevándose consigo el *Dios y Patria*. Don Carlos espetó contra su antiguo General un enfático documento, privándole de todos sus títulos, empleos y honores, castigo que al flamante alfonsino le tenía sin cuidado. En cambio don Alfonso incluyó el nombre de Cabrera en el escalafón de Capitanes Generales, reconociéndole el título de Conde de Morella y todas las condecoraciones que ganara en los campos de batalla, peleando contra la causa liberal.

Figurando ya en la Grandeza militar y social del nuevo reinado, el de Morella se instaló en Biarritz para trabajar más de cerca en pro de Alfonso XII. Muchos carlistas prestigiosos se fueron con él, y la estrella del Pretendiente empezó á perder su brillo, anunciando un próximo eclipse. Aquel amigo que había encontrado á Cabrera en la plazoleta del West londinense fumándose un habano, me contó que en Biarritz la transformación de la figura del *tigre* superaba en radicalismo á la mudanza de sus ideas y de su carácter. Se había dejado la barba; su rostro no carecía de serenidad placentera; el empaque y la ropa delataban la rigidez protestante y el característico tono británico. Hablando, salpicaba de sus labios un ligerísimo acento inglés. *¡Oh tempora, oh mores!*

Mezclando sabiamente lo útil con lo dulce, conforme al precepto del Latino, os contaré que Casiana *Coelho* adelantaba maravi-

llosamente en sus estudios. Había pasado el *Catón*, y ya leía sin grandes tropiezos las primeras páginas de la infantil enciclopedia llamada *Juanito*. En la escritura, vencido el agobio de los palotes y el duro aprendizaje de letras sueltas, escribía palabritas enteras con limpieza caligráfica y puro estilo de letra española. Gozaba yo lo indecible viéndola trabajar, y el paciente Sagrario me profetizó que el año próximo la señorita de *Vargas Machuca* sería un portento de ilustración.

Continuaba yo manteniendo en reserva la famosa credencial de Casiana, y como mi conciencia repugnaba la villanía burocrática de cobrar el sueldo de la *Señora Inspectora* sin que ésta prestase al Estado servicio alguno, inclinábame á permanecer á la expectativa, sospechando que el tiempo ó los espíritus amables me traerían una solución decorosa. En tanto, deslizábase mi vida sosegada y sin quebraderos de cabeza, viendo pasar los días grises y melancólicos: si alguno traía un suceso digno de atención, el siguiente se lo llevaba para diluirlo en las penumbras del olvido.

Redondeaba mi tranquilidad la paz amorosa de mi unión con Casianilla, cuya modestia, docilidad y aptitudes caseras, encantábanme lo indecible. La compenetración de nuestros caracteres y de nuestros gustos llegó á ser tal, que mi pensamiento rechazaba con horror la idea de separarnos. Ya he dicho, y ahora repito, que nos habíamos declarado muy á gusto figuras culminantes en

la flor y nata, ó dígase *crema*, de la cursilería.

Para que mis simpáticos lectores se rían un rato, les contaré lo que hacíamos mi compañera y yo, ganosos de afianzarnos y sobresalir dignamente en aquella interesante clase social. Sigo creyendo que la llamada *gente cursi* es el verdadero estado llano de los tiempos modernos, por la extensión que ocupa en el Censo y la mansedumbre pecuaria con que contribuye á las cargas del Estado. Atención, caballeros. Mi Casiana era su propia modista. Juntos íbamos los dos á comprar las telas; luego, entregábase la pobre chica al corte y confección en la mesa del comedor, guiándose con patrones hechos de papel de periódicos y figurines sebosos, que le traía no sé de dónde su tía Simona. Largas horas de la tarde y la noche dedicadas á la costura, sin sustraer tiempo al estudio, completaban la obra, y cuando llegaba la ocasión de las probaturas, éstas se hacían en mi presencia para requerir mi opinión de hombre de mundo y corregir los defectos que yo advirtiera.

Sepan también las edades futuras que mi compañerita se arreglaba los corsés, echando piezas nuevas allí donde hacían falta, renovando ballenas, ojetes y cordelillos. En cuanto á los polisones ¡ay!, yo, Prometeo Liviano, era el fabricante de aquellos absurdos aditamentos. Tras cortos ensayos llegué á dominar el armadijo de alambres y crinolina, que hubiera causado vergüenza y ho-

rror á la *Venus Callipige*. Agradecía Casiana esta colaboración convirtiendo en lindas corbatas para mí los retazos sobrantes de sus vestidos. Sus hábiles manos *confeccionaron* igualmente un chaleco que resultó tan bien cortado y *fashionable* como los de Orovio.

Cuando teníamos aderezado nuestro equipo nos echábamos á la calle pistonudos y fachendosos, y exhibíamos nuestras personas en Recoletos, la Castellana y el Retiro, saboreando el efecto que causábamos en la plebe ignara. A los teatros íbamos comúnmente con el noble carácter de *tifus*, acudiendo á la fina amistad de Ducazcal, Arderius y otros rumbosos empresarios. Rara era la noche en que faltábamos al café, prefiriendo los que tenían piano y violín, complemento artístico de la frescura de la leche merengada y del rico chocolate con picatostes. Deliciosos ratos pasábamos en las *soirées* cafeteriles, entre la escogida sociedad de señoras equívocas y señoritas del pan pringado, sin olvidar á última hora la rapiña picaresca de terrones de azúcar.

Procedía yo de esta manera extremando las formas de ordinariez presumida, no por el corto gasto que tal vida supone pues bien podía dárme la mejor, sino porque se me habían hecho odiosas las elegancias faranduleras y la hinchada presunción traídas á la sociedad española por el cambiazó de Sagunto.

Me cargaban los hombres jactanciosos y vacíos que se habían elevado de la pobreza cesantil á las harturas del presupuesto, gen-



tes por lo común holgazanas, marimandonas, atentas no más que á encarnar en sí mismas la pesadumbre del armatoste burocrático. Me reventaban los Condes y Marqueses, mayormente los de nuevo cuño, sacados por don Amadeo y don Alfonso del montón de indianos negreros, de mercachifles enriquecidos ó de agiotistas sin conciencia. Me encocoraban los señores pudientes, que rebajando su jerarquía ancestral entregábanse al servilismo palaciego y monárquico. Detestaba, en fin, todas las vanidades que se habían mancomunado para contener los progresos de nuestra Patria, y encerrarla dentro de unos moldes que no podría romper sin nuevas y más iracundas revoluciones.

Como yo me tenía por superior á toda esta turbamulta, materializaba mi desprecio adoptando la modalidad que á mi parecer era contrafigura del señorío enfatuado, rémora contumaz de la vida española. Y cuando ante él ostentábamos Casiana y yo nuestros atavíos fachosos, mentalmente les decíamos: «Miradnos bien. Somos cursis por patriotismo.»

Mis odios más vivos recaían sobre una casta de señoritos en su mayor parte salidos de las Universidades, ricos por su casa, y algunos participantes de las delicias de la nómina. Trastornadas estas criaturas por las parambombas que introdujo la Restauración, elevaron á fórmulas dogmáticas el arte y reglas de la elegancia. A todos los que no tuviéramos exquisita hechura personal, en modales y ropa, nos miraban como á raza infe-

rior, no más digna de aprecio que las turbas gregarias despectivamente llamadas *masa obrera*. Entre ellos y los de abajo ponían una barrera de lenguaje, neologismos extraños, chistes y camelos, mezclados de una galiparada insubstancial.

Citaré el caso de uno de estos mancebos de cultura somera y ademanes finústicos, que tras una temporadilla de dos semanas en París, volvió acá reventando de exquisitismo europeo. Su refinamiento no excluía el gusto extravagante de algunos manjares españoles tan ordinarios como sabrosos. En suma, que le gustaba con delirio el plato llamado *callos*. Entró á cenar con varios amigos en uno de los mejores restaurantes de Madrid; mas no se atrevió á pedir el comistraje de su gusto con el nombre español, que á su parecer era lo más contrario al buen tono. Después que sus amigos pidieron lo que les vino en gana, él dijo al mozo: «Para mí traiga usted... A ver, á ver... ¿Cómo se llama eso?... Ya, ya... *tripes à la mode de Caen*.»

## VIII

Confundidos Casiana y yo entre el gentío fastuoso y el de medio pelo que paseaba en la Castellana ó el Retiro solíamos encontrarnos con *Leona la Brava*, acompañada de su amiga María Ruiz. Una tarde, bajando de la Casa de Fieras al *Parterre*, nos sorprendió la

voz de Leonarda, á quien vimos bebiendo un vaso de agua en la Fuente Egipcia. No iba con María Ruiz sino con una doncella de servir llamada Pilar, que á Casiana conocía por haber dado juntas no pocos pasos en las correrías mundanas. Reunidas las tres mujeres y yo, seguimos deambulando.

*Leona*, que en otras ocasiones había mostrado simpatía por Casiana, estuvo aquella tarde más expresiva, diciéndole entre otras cosas amables: «Mujer, no te des tanto tono. ¿Por qué no has ido á mi casa como me prometiste aquella noche que nos vimos á la salida de la Zarzuela? Tendré mucho gusto en que comas conmigo. Después de comer iremos al teatro, donde se nos agregará tu gallardo caballero, que no vive separado de ti.»

Contestaba Casiana modosita y con infantil cortedad... Balbuciente, ya se excusaba con finura encogida, ya contemporizaba prometiendo acceder á la invitación. La Pilar, aunque se hallaba en servidumbre, miraba con cierta protección compasiva á la pobre-cita Casiana, considerándose como término medio entre el esplendor de su ama y la obscuridad de la que en otros tiempos fué su igual en la vida galante.

Desmedido era el contraste entre la vestimenta magnífica y un poquito estrepitosa de *Leona* y los trapos caseros de mi humilde amiguita. Esta me había dicho mil veces que no sentía envidia de la dama de Mula, á pesar del rumbo que gastaba, y andando el tiempo me dió pruebas mil de su encan-

tadora modestia. Cuando salíamos del Paseo de las Estatuas á la calle de Alfonso XII, me dijo *La Brava* con su poquito de misterio:

«Este año tardaré un poco en salir á mi veraneo, porque Alejandrito tiene un asunto... un negocio... un proyecto de ferrocarril que ha de ir por Miraflores á Segovia y La Granja... ya te contaré... y hasta que no se lo despachen no saldremos... No sé si sabes que los moderadotes están que echan bombas: todo lo quieren para sí, *les belles places, les gros affaires, la lune et le soleil...* Y á propósito: Alejandrito les ha vuelto la espalda, arrimándose á Romero Robledo y á López de Ayala, que le han prometido echar los bofes para sacar adelante su asuntillo. Cuando esto sea, *nous partirons pour la France*. Pasaremos una temporadita en Arcachón y luego nos vendremos á Biarritz.»

Terminó *Leona* sus confidencias diciéndome que Carlota Pastrana se iría pronto á San Juan de Luz, y que María Ruiz estaba *au bois*, porque *el suyo*, que era empresario de casas de juego, dió el trueno gordo y tuvo que salir escapado de Madrid para que no le matasen.

En la Cibeles nos separamos. Cuando íbamos hacia nuestra casa, la discreta Casiana consagró á la dama de Mula estos juicios sinceros: «Leonarda es linda, simpática y cariñosa. Viste muy bien y tira el dinero que es un gusto... Pues con todo eso, yo no quiero parecerme á ella. Según tú, *La Brava* y yo nos asemejamos en que las dos hemos que-

rido instruirnos para pasar de burras á personas. Pero no es lo mismo, Tito. La de Mula hipa por la grandeza, aprendió el habla fina, luego francés, y todo su aquel es tratarse con hombres ricos. Busca el boato, la bambolla, y así como otras se pintan la cara para ser más bonitas, *Leona* se pinta el alma con la ilustración para que se enamoren de ella los Duques, los Príncipes y hasta los mismos Reyes.

»Yo soy de otra manera; no pretendo más que saber leer y escribir, y unas miajas de Aritmética para llevar las cuentas de mi casa. Muy corto es mi genio, pero más cortos son mis deseos. Con un poquitín de lo que Dios reparte á sus criaturas tengo asegurada la felicidad: un hombre bueno que me quiera, una casa modesta y limpia, un pasar mediano y sin ahogos, un vivir tranquilo, cuidar á mi hombre y tenerle todo á punto y muy arregladito, y para colmo de contento mi plancha, mi aguja y mi estropajo.»

Entre San Juan y San Pedro, entrada de verano, cambiamos Casiana y yo el escenario en que exhibíamos nuestras bien aderezadas personas. Abandonamos la Castellana y el Retiro, y vestidos cómodamente y sin pretensiones nos íbamos por las tardes á la Fuente de la Teja ó á la Pradera del Corregidor. La libertad del vivir plebeyo al aire libre nos encantaba, mayormente cuando llevábamos merienda ó cena y nos la comíamos tumbaditos sobre la hierba.

Era nuestra delicia la sociedad de los ven-



torrillos, donde escuchábamos las conversaciones más graciosas; los musiquejos mendicantes nos divertían, y el vocerío alegre regocijaba nuestros corazones. Por cierto que una tarde encontramos á María Ruiz, una de las amigas de *Leona*, paseando del brazo de un gallardo sargento de Caballería. Al poco rato bailaban una mazurca, bien agarrados, al son de los atronadores organillos. Otra tarde se nos apareció el masón llamado burlescamente *Epaminondas*, á quien conocí en la tertulia de *Candelarita Penélope*. Le convidamos á merendar en un ventorro; aceptó, y apenas nos sentamos los tres, empezó á discursar de esta manera:

«Ya tenemos á Periquito hecho fraile, ya tenemos á Sagasta metido en la legalidad. ¿No leíste la semana pasada el artículo de *La Iberia*? Pues bien claro lo dice. Los elementos procedentes del amadeísmo y del unionismo, juntamente con los restos del antiguo progresismo que no están con Zorrilla, quieren ahora formar un parti lito que á un tiempo se llame liberal y borbónico. ¿Entiendes esto; lo entiende usted, señora?

—Sí que lo entiendo, querido *Epaminondas*—respondí yo.—Ni el *elemento* liberal ni el *elemento* borbónico quieren perecer. Para vivir y pescar lo que se pueda, se alían, se juntan, y buscan un *dogma* que encuentran en seguida... Aquí hay *dogmas* para todo, hasta para las combinaciones y mezcolanzas más extravagantes... Encontrada la fórmula, se aprestan todos á *comulgar* en la iglesia

alfonsina que hoy abre de par en par sus puertas al culto del Funcionarismo. No te asustes de nada, *Epaminondas*. Sagasta formará un partido liberal dinástico que alterne con el de Cánovas en la gobernación de estos Reinos venturosos.

—A eso iba—prosiguió el masón, mostrando en su rostro el júbilo y la vanagloria de contar un suceso que él solo sabía.—Oyeme. Puedo asegurarte como si lo hubiera visto, que ayer y hoy se han reunido Sagasta y Cánovas en casa de este último, Fuencarral, 2. Encerrados estuvieron más de dos horas cada día, tratando de... La conversación entre ambos prohombres no he de referírtela, porque no la oí... Pero te diré, si te interesa saberlo, la hora exacta con minutos en que entró Sagasta y la hora en que salió. Lo sé por Ramón, el ayuda de cámara de don Antonio, que es paisano y amigo mío, y todo me lo cuenta... Total, es claro como el agua que los empingorotados corifeos conferenciaron acerca de la forma y modo de fundar el nuevo partidito, *bajo la base* del equilibrio de los *elementos* dinásticos, conforme al *credo* borbónico.

—En mi sentir—respondí yo—todo lo que me has dicho es la pura realidad. Por mi parte, debo declarar que no patrocino el nuevo partido ni me opongo á su creación, y así lo hago por dos razones: la primera es que sucederá lo que debe suceder, y la segunda, que todo ello me tiene sin cuidado.»

Disertamos un poco más sobre el asunto,

cada cual según su temperamento y estilo, hasta que el amigo *Epaminondas* se fué con unas mozas barbianas que salieron del mendero próximo.

Transcurrieron días calurosos, tardes de holganza placentera en las soledades campesinas, noches serenas que empezaban tibias y concluían con dulce frescura matinal. Más de una vez, la aurora risueña nos acompañó á Casiana y á mí al tornar á nuestra vivienda.

El primer suceso público que relatan mis crónicas en la declinación del verano fué la recrudesencia de las sofoquinas que á don Antonio daban los *moderados*. Los antagonismos en el seno del Ministerio parecían ya irreductibles. Se tiraban los trastos á la cabeza por si las primeras elecciones de la Restauración habían de hacerse con el sufragio universal ó con el restringido. Cánovas del Castillo, que á sus grandes talentos unía un arte sutil para deshacerse de los revoltosos y amansar á los díscolos con el sencillo gesto de abandonar el Poder, dejando tras sí como emblema de castigo el vacío de su persona, inventó un Ministerio Jovellar que fué plasmado rápidamente en esta forma: Romero Robledo, Ayala y Salaverría conservaron sus carteras de Gobernación, Ultramar y Hacienda. En Guerra, con la Presidencia, quedó Jovellar. Y entraron: en Estado, don Emilio Alcalá Galiano, Vizconde del Pontón; en Fomento, don Cristóbal Martín Herrera; en Gracia y Justicia, don

Fernando Calderón Collantes, y en Marina, Durán y Lira.

Heroico remedio fué para la turbada política el mutis de don Antonio, mejor dicho, medio mutis como los que en las acotaciones de las comedias se designan con la siguiente fórmula: *hace que se va y se queda*. Para estos pasos escénicos tenía el maestro Cánovas una singular destreza, casi estoy por decir travesura, y de ello dió nuevos ejemplos en posteriores épocas de su mando. El flamante Ministerio correspondió dócilmente á los fines que motivaron su presencia en el retablo político, y el 1.º de Octubre, tras una gestación que no debió ser muy laboriosa, la señora *Gaceta* dió á luz un decreto estableciendo que el nuevo Parlamento se formaría con arreglo á la ley electoral de 1870. El sufragio universal había vuelto á levantar la cabeza, y los *moderados*, con excepcion del inflexible don Claudio Moyano, bajaron la cresta convencidos de que se quedarían fuera de la circulación política si continuaban encerrados en las covachas del tiempo viejo.

Desembarazado de los engorrosos obstáculos que le ocasionó la cuestión electoral, Cánovas volvió á ser cabeza visible de la Situación en la Presidencia del Consejo. A Jovellar dió el mando supremo de Cuba, prebenda que fué muy del agrado del General. En Guerra entró Ceballes; en Fomento el Conde de Toreno. Martín Herrera pasó á Gracia y Justicia, y don Fernando Calderón Collantes á Estado. Los demás Ministros,

excepto Alcalá Galiano, siguieron en sus puestos.

Ante un público de amigos inquietos y ambiciosos, congregado en el Circo del Príncipe Alfonso el 7 de Noviembre, celebró Sagasta con endechas tribunicias el advenimiento del partido liberal monárquico y la felicidad que había de resultar del turno pacífico, del equilibrio, del balanceo metódico entre los dos *elementos* que diferenciaban é integraban la política general, sirviendo á la Nación y al Rey cada cual con su *credo*, cada cual con su *dogma*, sin perjuicio de *comulgar* ambos en el ideal común, en el ideal dinástico, etc... No expresó don Práxedes su pensamiento con los vocablos y frasecillas que aquí empleo. Yo no asistí á la reunión; pero creo interpretar fielmente la substancia del discurso utilizando las notas tomadas al oído que me trajo el diligente informador *Epaminondas*.

Que Sagasta puso en las nubes la Constitución del 69 y pisoteó la del 45, no hay para qué decirlo. Hizo un discreto elogio de los derechos individuales y de la libertad de conciencia, armonizando estas conquistas con el estricto mantenimiento del orden, y concertó las notas chillonas del *Himno de Riego* con la grave salmodia de la *Marcha Real*. El Partido Constitucional combatiría con el mismo ardimiento los excesos de la demagogia y las atrocidades de la reacción... Todo iba bien, muy bien. Los liberales dinásticos, provistos ya de las necesarias recetas para entrar con



salud en la política activa, andaban por Madrid á fines del 75 como chiquillos con zapatos nuevos. Faltaba que el Gobierno convocase al pueblo á los comicios, que se efectuaran las elecciones, y que se supiera quiénes salían triunfantes del seno hermético de las urnas.

Perdonadme, lectores de mi alma, que pase como gato fugitivo por este período de una normalidad desaborida y tediosa, días de sensatez flatulenta, de palabras anodinas y retumbantes con que se disimulaba el largo bostezar de la Historia. Todo este fárrago de convencionalismos resobados pasó de las manos caducas del año 75 á las tiernas manecitas del 76. Funcionó el artefacto electoral, y para haceros comprender su eficacia me bastará decir que Romero Robledo estrenó entonces su extraordinaria maestría en la fabricación de Parlamentos. Con tiempo y saliva designó y encasilló á los padres de la Patria, formando á su gusto el montón grande de la mayoría conservadora y el montón chico de la minoría liberal dinástica, sin olvidar unas cuantas figuras sueltas, sacadas de las urnas ó de los cubiletes con un fin ornamental y pintoresco. Fué al Congreso Emilio Castelar por el cariño que Cánovas le tenía, y para que no estuviera solo pusieron á su lado al señor Anglada. Una vez más, y aquella vez más que otras, lució sobre Madrid y España la espléndida mentira de la Soberanía Nacional.

Ya sé, ya sé que mis lectores me agrade-

cen mucho que no les cuente la teatral apertura de las Cortes el 15 de Febrero de 1876, con la fastuosa mascarada palatina, ni el discurso del Rey, ni los subsiguientes trámites rutinarios de elección de Mesa, examen de actas y constitución definitiva en las dos Cámaras. Todo esto, visto á cierta distancia, es aburridísimo, letal, y el que lo contase de buena fe ó lo leyere con paciencia moriría de un ataque agudo de fastidio. Las Cortes alfonsinas habían de empezar sus tareas perfeccionando una nueva Constitución, pues la del 12, la del 37, la del 45, la del 51 y la del 69, todas incumplidas, ó *barrenadas* como suele decirse, estaban ya inservibles.

Aunque el pío lector no me lo agradezca, doy de lado la discusión del Mensaje, juego de pirotecnia verbosa en el cual cada orador respiraba por sus heridas, conforme á la postura política en que le habían dejado los sucesos de los últimos años. Pidal se revolvía contra don Antonio por no haber traído éste á la Restauración las furias ultramontanas; Moyano execraba la Revolución de Septiembre, pintándola como un criminal esparcimiento demagógico; Sagasta, cantando por todo lo alto, izaba el gallardete de la Soberanía Nacional; Castelar y Pavia disertaron extensamente sobre el pro y el contra del 3 de Enero del 74; Cánovas, con derroches de lógica elocuente, contestaba á unos y otros requiriéndoles á la paz y concordia en los altares de la legalidad alfonsina; todos, en fin, se encastillaban en las ficciones ó deco-



rosas pamplinas que les servían de plataforma en aquella encrucijada de los destinos de España.

Sospecho que estas páginas tendrán más amenidad hablando en ellas de mí mismo, de la honda depresión de mi ánimo en aquellos días de amodorrante sensatez. Sin que pudiera decir que estaba enfermo, yo me sentía desganado y triste; apenas salía de mi casa; ni una sola vez traspasé la puerta del Congreso; huía de la rarificada atmósfera de los que llaman *Círculos*, y para colmo de mi desdicha, en los meses transcurridos del año 76 no me visitó la vaga *EfémERA*, ni tuve más relaciones con mi adorada Madre que la cobranza de mi asignación en la portería de la Academia de la Historia, sin que á la entrega de fondos acompañara carta ni referencia directa de la divina *Clío*. Llegué á creer que mi Madre yacía en grave postración espiritual ó que se hallaba en estado de catalepsia, única enfermedad que acomete á los Dioses cuando no tienen nada que hacer, ó se creen dispensados de intervenir en las acciones humanas.

También la vida de este pobre Tito había llegado á ser vida de durmiente ó cataléptico. Sus horas se deslizaban una tras otra lentas, pardas y sin ruido. El ayer, el hoy y el mañana eran un solo día: esfumábanse los recuerdos, extinguíase la esperanza... De improviso, una noche me sacudió y me puso en pie restituyéndome bruscamente á mi ser normal un suceso inopinado, un relámpago

de vida, la visita de un amigo queridísimo á quien yo no había visto en algunos años. Este amigo era Segismundo García Fajardo, el rebelde más tenaz y el revolucionario más gracioso que ha existido bajo el limpio cielo de los Madriles.

En los días trágicos de la muerte de Prim y en todo el año 70, fecundo en emociones y disturbios, derrochó Segismundo su agudeza satírica y los donaires de su feliz ingenio en soliviantar las masas populares de Lavapiés y las Peñuelas. Grande amigo de Romualdo Cantera, recibió de éste albergue y sustento en los azares de la vida más desordenada y tormentosa que cabe imaginar. Aquel trueno de la política, bala perdida en la sociedad, era como sabéis sobrino carnal del Marqués de Beramendi, caballero talentudo y de alta posición, que se cansó de proteger al mozo cuando las extravagancias de éste llegaron á ser escandalosas. Abandonado del tío y de sus padres, Segismundo se dejó arrastrar por la desesperación revolucionaria, y aunque no tuvo arte ni parte en el conato de regicidio contra don Amadeo fué perseguido con tanta saña que salió por pies y no paró hasta París. En aquella capital permaneció largo tiempo entre los innúmeros españoles que conspiraban para cambiar radicalmente las cosas de España.

Cansado, al fin, de soportar humillaciones, hambres y desnudeces, se valió de sutiles arbitrios para repatriarse. Atravesó toda Francia empleando los más inverosímiles me-

dios de locomoción gratuita, y protegido por un fogonero vino de Irún á Madrid... Cuando ante mí se presentó, su rostro estaba tan desfigurado por la miseria y su vestimenta era tan haraposa que hubo de decirme su nombre más de una vez para que yo pudiera reconocerle... Le abracé conmovido, hícele sentar á mi lado, y él, con voz doliente y asmática, eco de un cuerpo vacío, me dijo: «No vengo á pedirte albergue, querido Proteo, que ese, aunque no mejor que la guarida de una bestia, ya lo tengo. Vengo á pedirte un pedazo de pan...»

## IX

Mi respuesta fué dar voces llamando á Ido para que nos sirviera al instante la cena. «Cenarás conmigo—dije á Segismundo,—y con esta señorita, Casiana *Coelho*, que si no es ya una gran profesora de instrucción primaria, lo será muy pronto. Ya sabes que diariamente, desde esta noche, habrá siempre en mi mesa humilde un plato para ti.» Por causa de la turbación de su ánimo, ó quizás por la vacuidad de su estómago, el pobre Segismundo no pudo expresar su gratitud más que con truncadas frases expresivas.

Apenas tragó García Fajardo las primeras cucharadas de sopa y media copa de vino, pudo advertirse que recobraba su perdido vigor. Ya era otro hombre, y á medida que



avanzaba en la ingestión de alimento, su gesto hacía menos desmayado y su voz más segura y vibrante. «Gracias á mi antigua camarera y aposentadora, la benéfica *Señángela*—nos dijo,—no duermo á la intemperie. Aquella fiera, tan deslenguada como caritativa, me ha dado cobijo en un cuchitril inundo de la calle de Cabestreros. Allí tengo unos palmos de terreno donde estirarme, sobre un montón de trastos y rollos de esteras. El amigo Balbona ya no está en la taberna de la calle de Toledo, y Romualdo Cantera se ha ido á vivir lejos de Madrid... Todo mi guardarropa se reduce hoy á estos venerables guñapos que ves colgados sobre mi cuerpo.

—No te apures, noble hijo de España—le contesté yo.—Nosotros te proveeremos de ropa con algunas prendas mías y otras del amigo Ido, que próximamente mide tu estatura. Todo es cuestión de tijera y aguja. Aquí tenemos á Casianita, que es una gran sastra y arregladora de vestimentas para todos los gustos. Te adecentaremos... no te rías... y podrás salir á la calle con elegancia de figurín barato. Ya sabes que la elegancia es el signo de los tiempos. Bien apañadito, como un estirado señorete que viene de París, podrás presentarte á tu ilustre tío el Marqués de Beramendi, y á tu amigo Vicente Halconero.»

Poniendo breves pausas en el buen comer, mi huésped replicó así: «En el fondo y aun en la superficie de su espíritu, mi tío Beramendi es un rebelde á macha martillo; pero su mujer, sus hijos y la sociedad en que vive

no le permiten sustraerse á esta atmósfera de artificios convencionales y de mentiras aparatosas. Los hombres de ideas más avanzadas se vuelven suspicaces y medrosicos, y se acomodan á vegetar dentro de esta cárcel fastidiosa de la sensatez monárquica, mayormente si poseen buenas rentas para tratarse á cuerpo de rey mientras dure su cautiverio. En cuanto los jesuítas establezcan aquí esos Colegios elegantes de que ya se habla, los primeros niños que entren en ellos serán los de mi tío Pepe. Así lo quiere María Ignacia y así será.

»Lo mismo te digo de Vicentito Halconero. Es un chico excelente, talento claro de los que miran al porvenir y á la regeneración de este pobre pueblo. Pues hostigado por su madre, Lucila, y por sus suegros los Calpeñas, solicitó el acta de La Guardia; le encasilló Romero Robledo, y ahí le tienes, entre los borregos de Cánovas... no, me equivoco... entre los de Sagasta, que viene á ser lo mismo. Te diré ahora que la hermosa Lucila, al cabo de los años, se siente un poco ultramontana y papista. No hace mucho tiempo hizo un viaje á Roma con su esposo don Angel Cordero, el sutil economista, sin otro objeto que besar la sandalia de Pío IX, y recibir la bendición pontificia... Con que ya sabes, á esta sociedad que me execra y me maldice, no puedo yo acercarme sin recibir desaires y sofiones.»

Avanzada ya la cena, añadió Segismundo á las manifestaciones anteriores confidencias

de un orden más delicado. Poniendo en su acento el respeto que á su madre debía, díjome que ésta, Segismunda Rodríguez, esposa del primogénito de los García Fajardo, se había dedicado en los últimos años al negocio de préstamos usurarios, y laboraba sigilosamente tras la pantalla de testaferros sin conciencia. Amasado un grueso capital desplumando lindamente al prójimo, la buena señora hipaba por la grandeza y era rabiosa alfonsina. Se desvivía por pescar un título nobiliario, y no siéndole fácil conseguirlo de los de Castilla resignábase á tenerlo pontificio, que como es sabido resultan muy económicos.

De sobremesa volvimos á tratar la cuestión de indumentaria. Casiana, movida de repentina inspiración, sacó de su cesta de costura la cinta-metro que usan los sastres y modistas, y puesto en pie Segismundo, le tomó las medidas á lo ancho y á lo largo. La señorita de *Coelho* cantaba los números y yo los iba apuntando en un papelejo. Hecho esto, y cuando Segis se despidió con demostraciones de gratitud, bien provisto de tabaco, le aseguré que á la tarde siguiente encontraría en mi casa el remedio de su indecorosa desnudez.

Coincidiendo en una resolución práctica, habíamos pensado Casiana y yo que la más expedita obra de misericordia era vestir al desnudo con un traje de *El Aguila*. En efecto, á la mañana siguiente adquirimos, por las medidas que llevábamos, un terno modestito

y de buen ver. Luego, en la calle de Toledo, compramos tres camisas y otras prendas interiores, á las cuales agregamos un sombrero blando adquirido en *Las Tres B B B* de la Plaza Mayor... Con toda esta carga nos volvimos á casa satisfechos y gozosos, pues nada era tan grato para mí, y lo mismo para Casianilla, como aplicar nuestros limitados recursos á una obra esencialmente cristiana y altruista.

Por la tarde, cuando se nos presentó el infeliz repatriado y le mostramos las para él lujosas prendas de vestir, advertimos que se humedecían sus ojos y que su boca temblante no acertaba á formular las oportunas frases de reconocimiento. Con un tonillo evangélico, que maquinalmente me salía del pensamiento á los labios, le hablé de este modo: «Amigo, mejor será decir hermano mío, cogo estas ropas y tenlas por tuyas sin reparar en la mano que te las entrega; corre á tu morada, y una vez que purifiques tus carnes con santas abluciones, vístelas con la decencia que Dios te ha deparado.»

El hombre infeliz, recogiendo parte de su equipo para hacer con él un lío, me contestó en el tono más sencillo y familiar: «Benditos sean los que practican el amor al prójimo con verdad y donosura. Muchos se precian de socorrer á los desvalidos; pocos hay que posean el arte de la caridad. Yo acepto estos dones y admiro la gracia con que se me ofrecen... Permitidme, mis queridos amigos, que no traslade á mi casa toda la ropa inte-

rior; me llevo sólo una muda; lo demás aquí queda, pues mi desmantelado cubil se me antoja que es, no ya el *Puerto*, sino el *Golfo de Arrebatacapas*.»

Con toda la presteza que su contento le infundía, el desgraciado y ya favorecido Segismundo partió, llevándose su ropa envuelta en un pañuelo. Casiana y yo nos quedamos discurrendo nuevas manifestaciones del arte de la caridad. Al otro día sorprenderíamos al menesteroso caballero con una pañosa nuevecita y unas botas de becerro mate adquiridas en un bazar de calzado. Todo resultó á las mil maravillas: cuando resurgió á media mañana el amigo, bien lavoteado y vestido de limpio, parecía otro. Obsequióle Casiana con unas corbatitas de colorines en las que había trabajado la noche anterior. El espléndido regalo final de la capa y botas puso al buen Segismundo en un estado de beatitud seráfica. Yo reventaba de gozo, Casianilla no cesaba de reir, y los dos creíamos hallarnos en presencia de un muerto á quien acabábamos de resucitar.

Tras un largo rato de ocioso charloteo, en que intervino Ido con su cándido filosofismo, nos sentamos á la mesa. El muerto resucitado, dueño ya de los varios registros de su inteligencia, nos contó interesantes casos y episodios del vivir azaroso de los emigrados españoles en París. Habíalos allí de todas castas y procedencias: republicanos federales del 73, zorrillistas de la última extracción con afiliados civiles y militares, carlistas de



todas las épocas, especialmente de la última, pues la causa de la legitimidad iba de capa caída y muchos partidarios del Pretendiente pasaban la frontera ansiosos de buscarse la vida en un país pacífico y libre. El *Pasaje Joffroy* y el *Café de Madrid* hervían de españoles aburridos y famélicos. Algunos, embozados en sus capitas, acechaban el paso de un amigo que les diera un Napoleón ó les convidase á un almuerzo de *dos francos cincuenta*; otros se instalaban en las mesas del café, y allí pasaban largas horas en tristes añoranzas, ó planeando medios de trabajo para poder matar el gusanillo. Los más prácticos apencaban con los rudos oficios y se metían en una cerrajería, en una tahona ó en talleres de encuadernación.

«Me han contado—dije yo—que republicanos y carlistas fraternizan allí, unidos por la común desgracia, y se buscan la vida dando lecciones de español.

—Así es—prosiguió Segis.—Yo me asocié con un ex-capitán carlista, natural de Azpeitia, excelente chico, que no hablaba bien más que el vascuence. Pereciendo de hambre, anunciamos una *Gran Academia de Lenguas* en la cual, el vascongado y yo, y un andaluz muy despierto que se nos agregó, ofrecíamos dar lecciones de español, de latín y de griego. El resultado fué desastroso... Debo añadir que de la emigración zorrillista poco podíamos esperar, porque los prosélitos de don Manuel, mal que bien, tenían para vivir y se cuidaban poco de los demás, como no fuera para

darnos de vez en cuando un corto auxilio.

»De Ladevese recibí yo algún socorro que le agradeceré toda mi vida... La conspiración zorrillista labora en España tratando de mover las fuerzas militares para producir los tan acreditados pronunciamientos. En París se manifiestan con un *ojalaterismo* rosado y transparente que á muchos deslumbra, á mí no, pues de los pronunciamientos no espero nada bueno para mi Patria... Desesperado de la inutilidad de mis esfuerzos para resolver el problema vital, abandoné el *Pasaje Jouffroy*, donde todo se volvía cháchara sin substancia, y planté mis reales en el *Café Cluny, Boulevard Saint Michel, Barrio Latino*.

—Dime, Segis, ¿no has visto por allí á Estévanez?

—Sí; pocos días antes de mi salida, llegó de Portugal. Está muy desalentado, y cree que todo intento revolucionario, ya sea zorrillista, ya sea de otro orden, quedará hecho polvo bajo el peso de esta oligarquía de tres cabezas: la femenina aristocrática, la militar masculina y la papista epicena... Como decía, me instalé muy á gusto en el *Barrio Latino*, que es para mí el París luminoso, la urbe de la ciencia y el arte. Allí están todos los focos del saber y de la enseñanza pública; allí están la Sorbona, el *Collège de France*, la Universidad; allí las Escuelas Superiores de Medicina, de Farmacia, de Ingenieros, el Observatorio Astronómico, innumerables Institutos, Laboratorios y Bibliotecas; allí todos los grandes editores de París; allí, en fin, la

inmensa caterva de escolares, estudiosos los unos, otros afiliados á la graciosa hermandad que llaman *bohemia*. Sobre este inquieto y juvenil personal flota la nube de poetas más ó menos *parnasianos*, y de pintores más ó menos *impresionistas*.

—¡Hermosa y florida República—exclamé yo,—esperanza de un gran pueblo!

—En el *Café Cluny* y en otro que está junto al *Odeón*, tenía yo mis Círculos predilectos. Hice amistad con unos chicos mejicanos y chilenos, pensionados para estudiar Medicina. Sociedad más de mi gusto jamás la conocí. Los americanillos eran estudiosos, y de la piel del diablo. Ellos, y un pintor español que hacía paisajes melancólicos, me arrastraron á la *bohemia*, para lo cual es condición precisa tener los bolsillos vacíos. Gocé y me divertí cuanto pude, y mis calaveradas extravagantes dejaron memoria en aquel rincón del París ático y bullicioso. Para que nada me faltase, tuve mi *griseta*, que me adoró durante dos días y medio.

»También aquel barrio era campo de acción de muchos expatriados españoles, que se administraban por un presupuesto absolutamente negativo. Con algunos de éstos me lió yo en sociedad comanditaria al objeto de *arbitrar recursos* honradamente. Un tal Boneta, cantonal, me propuso un negocio que consideraba de resultados infalibles. ¡A trabajar se ha dicho! Alquilamos una tienda en la *rue Grenelle*, y nos instalamos en ella sin muebles ni cosa alguna. Pero en la fachada pusi-

mos este anuncio sugestivo, *Misterios de la vida parisién*, y en la puerta un rotulillo que decía en letras bien claras, *Entrada, un franco*. A mi cargo corría la cobranza, mientras Boneta se paseaba en el salón vacío. El primer día cayeron algunos incautos, que al ver aquellas paredes desnudas preguntaban: «¿Pero qué es lo que se enseña aquí?» Boneta contestaba con voz estruendosa: ¡*Rien!* Intervino la Policía obligándonos á cerrar *el establecimiento*. Con los francos recaudados tuvimos para cenar algunas noches.

—Esa broma ó ese timo, querido Segis—repuse yo,—no habríais podido darlo en Madrid.

—Claro es—signió diciendo el pícaro.—Pero tú no sabes que París es el pueblo más novelero del mundo. Verás ahora otro caso de la maravillosa inventiva de un emigrado español muerto de hambre. Un tal Catuelles, carlista, anunció en la prensa que estaba dispuesto á reconocer todos los hijos ilegítimos no reconocidos por sus padres. En el anuncio, redactado con frases muy patéticas, declaraba que lo hacía por lástima de las pobres criaturas, y deseoso de que éstas pudieran entrar decorosamente en la vida social. Lo demás ya se supone: *precios convencionales*. Pues este hombre que en España habría pasado por loco, en París y en poco más de seis meses, reconoció ciento dieciocho hijos y ganó doce mil duros.

—¡Ay qué gracioso, qué hombre más listo! —exclamó Casiana riendo á carcajadas.—

Peró usted, don Segis, ¿qué inventaba para ganar dinero y salir de su miseria?

—¡Ah, hija mía! Yo no tenía la travesura de Boneta ni el genio de Catuelles. Cuando llegué á los extremos de la necesidad me dejé llevar por dos amigos, uno cantonal y otro carcunda, á las conferencias religiosas que en cierta calle próxima á *San Sulpicio* daba una Sociedad Catequista. Aunque mis dos compañeros eran librepensadores, casi ateos, y yo no tengo creencias religiosas, apencábamos con aquella farsa porque los catequizadores recompensaban nuestro falso catolicismo con un modesto socorro. Por las noches nos hacían oír unas pláticas estúpidas y soporíferas. Pero ¡ay! esto no bastaba: querían los señores dar público espectáculo de nuestra piedad y mansedumbre, como éxito notorio de la labor catequizante y triunfo de Nuestra Santa Madre Iglesia. Eramos como unos doscientos entre hombres menesterosos y beatas vejanconas. Todas las mañanas nos llevaban á confesar y comulgar en *San Sulpicio*, y hasta que ingeríamos el pan espiritual no nos daban el franco, óbolo remunerador de nuestras edificantes devociones.

—¡Pero tú comulgabas, Segis, tú...!—exclamé yo, vacilando entre la incredulidad y la risa.—¿Es posible?

—¡Ya lo creo! Como que si no comulgaba no comía... ¡Ay, amigos del alma! Si ahora que estoy decentito me decido á presentarme á mi madre, ya sé lo primero que me dirá. Me parece que la estoy oyendo: «Hijo mío,



¿vienes dispuesto á sentar la cabeza y á enmendarte de tus errores? Si así es, tu madre te bendice, y lo primero que te recomienda es que entres resueltamente en la grey cristiana y cumplas con la Iglesia.» Yo le responderé: «¡Ah, madre querida; bien *cumplido* y purificado vengo de París. Traigo *cumplimiento* para lo que me resta de vida.»

## X

Desde aquel día, el náufrago salvado de las olas del infortunio quedó unido á mí por vínculos fraternales. Casiana y yo partíamos el pan y la sal con Segismundo, y él nos mostraba un cariño respetuoso que más parecía veneración. Juntos salíamos los tres de paseo, tranquilos, alegres, *ni envidiados ni envidiosos*, y por las noches no perdonábamos nuestra partidita de café en los de Zaragoza, Venecia ó San Sebastián donde poníamos el paño al púlpito despotricando, ora en tonos enérgicos ora en sarcástico estilo, contra la oligarquía dominante. Aunque perorábamos para una posteridad remota, los parroquianos que nos oían con la boca abierta celebraban nuestras locas arengas, cual si en ellas viesan una palpitante actualidad.

En nuestra casa teníamos luego una segunda *soirée* más interesante y divertida, porque en ella gozábamos la inefable libertad del disparate sin acortar el vuelo de nues-

tros arrebatados pensamientos. Reforzada nuestra trinca con la conspicua personalidad de Ido del Sagrario y la de un estudiantillo muy despierto llamado Gayoso, recorriámos hasta lo infinito los espacios quiméricos.

Allí se oyeron afirmaciones aplastantes y atrevidísimas hipótesis. Por ejemplo, oid á Segismundo: «Si en España viniera un cataclismo, *pongo por caso*, como dice Orovio en sus discursos... un cataclismo, *es un suponer*, que decía el General Infante, y fuéramos llamados Tito y yo á ejercer la dictadura, ¿qué haríamos?» El estudiante Gayoso saltó en seguida sosteniendo que no dominaríamos la situación si no consagrábamos los tres primeros días de mando á cortar cabezas, la mar de cabezas...

De esto protestaba Sagrario, movido de un alto espíritu de humanidad, y decía con enfático acento: «No se cuiden los señores dictadores de cortar cabezas, sino de cortar abusos, y esto se hará fácilmente blandiendo en una mano el cetro de la Ley y en otra la antorcha de la Verdad. Sí; con ley, verdad, justicia y honradez ciudadana todo irá como una seda. Matar no, no. Me opongo á la horca y á la guillotina. Todo lo más que admito es el cartel que diga *pena de muerte al ladrón*, sólo como amenaza contra los timadores y descuideros.»

A esto repliqué yo adoptando un término medio entre los feroces procedimientos de Gayoso y la indulgencia de don José. Este me interrumpió con atinadas razones: «Yo lo fío

todo *al progreso*, y harto saben los *preopinantes* que *el progreso* es benigno, suave, mirando siempre á la Voluntad Nacional... Ya que los señores se dignan escucharme, les diré que no veo más dictadura que la del denodado señor Duque de la Victoria.»

Tomó entonces la palabra Segismundo para expresar estas ideas, propias de su elevado cacumen: «Yo, conforme con el sesudo Sagrario, enarbolo los pendones de la ley, la verdad y la justicia; pero ¿cómo hemos de salvar el espacio mediante entre los furores del cataclismo y la normalidad fundada en esos ideales? Al constituirnos necesitamos Ejército. ¿Cómo pasamos del pretorianismo indisciplinado á la posesión de una fuerza regular que apoye la acción gubernativa? Será indispensable conciliar los intereses de los ricos con el bienestar relativo de los menesterosos. Hemos de crear un presupuesto novísimo, descargando las cifras asignadas al Clero y Milicia para reforzar las dotaciones de Enseñanza y Obras Públicas. Y yo pregunto á los *preopinantes*: ¿Cómo nos defenderemos de las fieras que, azuzadas por esta radical alteración del presupuesto, caerán sobre nosotros ansiosas de devorarnos? Por todo lo dicho y por algo más que se me queda en el magín, yo renuncio á la dictadura que gallantemente me ha ofrecido el amigo Proteo, y la transfiero, como propone el señor Ido, al Príncipe de Vergara, Duque de la Victoria y Conde de Morella.»

Casianilla, que había permanecido muda

y atenta ante el varonil senado, se arrancó al fin con este juicio tan tímido como discreto: «Déjenme pedir á los señores *opinantes* que no se devanen los sesos por la incumbencia *del dictado*, que entiendo es el encaminar á la Nación para que del tumulto pase á la paz... Porque yo digo, del mucho orden sale siempre el desorden, *es á saber*, los motines y la rabia del pueblo, y de esto sale siempre la tranquilidad ó *verbo y gracia* quedarse todo como una balsa de aceite. Dios Nuestro Señor ha dispuesto que tras de la calma tengamos las tempestades y tras de las tempestades la calma y el cielo sereno. ¿Que viene cataclismo? Pues que venga. El cataclismo se encargará de volver las cosas á la norma... ó como se diga. ¿Me explico?»

Los cuatro le aseguramos que la entendíamos muy bien, y ella, cobrando ánimos, concluyó de este inodo: «No quiero que Tito ni Segismundo se metan á *dictar* estas cosas. Si España se alborota ya sabrá ella desalborotarse, y por lo que voy viendo, buen desalborotador será ese Duque mentado por don José y que, según yo calculo, no es otro que el señor de Espartero.»

Aplaudimos todos, y disolví la reunión. El primer suceso memorable del día siguiente fué que Segismundo al venir á casa se encontró á *Sebo*, el cual ya tenía conocimiento de que en su repatriación García Fajardo había mudado de piel como las culebras. Díjole Telesforo del Portillo que el señor Marqués de Beramendi deseaba ver á su so-

brino, y que él tenía orden terminante de llevarle á su presencia de grado ó por fuerza. Yo aconsejé á Segis que se dejara querer, pues algo bueno resultaría de su entrevista con el bondadoso prócer oligarca.

El segundo suceso histórico de aquel día fué la terminación de la guerra civil. Desde fines del año anterior andaban muy atropellados los carlistas. No tenían dinero, no tenían Generales de empuje. El atontado Carlos VII puso al frente de sus tropas á don Alfonso de Borbón y de Hapsburgo, Conde de Caserta, hermano del ex-Rey de Nápoles Francisco II, é hijo en segundas nupcias de Fernando, el llamado *Rey Bomba*. El pobre Conde de Caserta, con toda la hinchazón de su regia prosapia, carecía de dotes para regir una poderosa hueste en quien iba faltando la interior satisfacción. En tanto, el Gobierno de Cánovas, viendo ya maduro el fruto de la paz, organizó dos grandes Ejércitos con nutrido contingente de todas armas, mandado el uno por Martínez Campos y el otro por Quesada. El primero llevaba consigo á los Generales Blanco y Primo de Rivera; Quesada iba en la compañía de hombres tan expertos y conocedores del territorio como Moriones, Loma, Villegas y otros.

Ambos Ejércitos adquirieron fáciles ventajas, así en el suelo navarro como en el país vascongado y límites de Santander. Martínez Campos emprendió su famosa marcha hacia el Baztán, iniciando el movimiento envolvente á lo largo de la frontera que pronto dió



sus frutos. Primo de Rivera, después de sacudir duras palizas á las partidas facciosas, no ya Cuerpos de Ejército, en Santa Bárbara de Oteiza, La Solana y línea del río Egea, entró en Estella el 19 de Febrero del 76. Tan importante suceso, y la victoria alcanzada por el General Blanco en Peña Plata, determinaron la desbandada de las tropas carlistas. Estas gritaban ¡traición, traición! y en grupos salían por pies hacia el Pirineo.

Segismundo García Fajardo, después de hablar con su tío el Marqués de Beramendi, me refirió las opiniones de este sagaz hombre de mundo que sabía poner la realidad por encima de los engañosos convencionalismos. Según el Marqués, las ventajas obtenidas se debían en primer término á la eficacia de las armas liberales, después al influjo de la plata repartida entre los pobres carlistas, descalzos, hambrientos, aburridos ya de un heroísmo inútil. Viendo ya seguro el fin de la guerra, Cánovas dispuso que don Alfonso fuese al Norte á recoger abundante cosecha de laureles. Entró el Rey en Tolosa el 21 de Febrero, aclamado por alfonsinos y carlistas. Un batallón guipuzcoano se sublevó en Leiza á los gritos de ¡*Mueran los traidores! ¡Nos han vendido!*, teniendo que retirarse Carasa con su Estado Mayor y escolta, no sin que le insultaran. El batallón de Guernica se insurreccionó contra sus jefes, y en todas partes se repetía: *Esto se ha concluido*.

Completo esta página histórica con otra que me dictó Segis. Dando á tal página toda

la importancia que merece, la copio al pie de la letra: «Mi tío Pepe me recibió con benévola conmiseración. Oyó el relato que tuve que hacerle de mis andanzas y miserias, y al reprendermelo por mi vida borrascosa, atenúa-ba su severidad con inflexiones regocijadas. Harto conocía yo la rebeldía interna, así en lo político como en lo social, de mi señor tío; pero yo era pobre y él rico, yo no tenía casa ni hogar y él vivía en la dorada farsa de un mundo artificioso. Por esta fundamental di-ferencia, la rebeldía y el dogmatismo revo-lucionario de Beramendi eran no más que un adorno mental, florecillas del espíritu que el buen prócer sacaba á relucir tan sólo en la intimidad de sus amigos.

»También María Ignacia, que al oír mi voz entró en el despacho, mostróse conmigo in-dulgente y compasiva. Tratando ante mí de aliviar mi desdichada suerte en la forma más práctica, Beramendi me notificó que es-taba dispuesto á pagarme pupilaje decoroso y buena comida en cierta casa de huéspedes regida por una señora llamada doña Leche. Añadió que hoy mismo daría á Telesforo del Portillo las órdenes oportunas para que fuera yo recibido sin dilación en mi nueva mora-da, Relatores, 4. Acto seguido, María Igna-cia puso en mi mano dos dobloncitos de á á cuatro, para mis gastos menudos de tabaco y café, advirtiéndome con sequedad melin-drosa que si yo no era económico y sensato no repetiría la dádiva.»

Cuando esto decía el buen Segis, sacó las

moneditas de oro con el aleve intento de pasarlas de su bolsillo al mío. Como yo me resistiera enérgicamente, intentó ponerlas en la mano de Casianilla; pero ésta rechazó la oferta con más jovialidad que indignación, diciendo: «Eso es para usted, don Segis; Tito y yo somos ricos por nuestra casa, ya usted lo sabe, y del amigo queremos la amistad y el cariño, no el vil metal, como dice don José cuando se le habla de oro.»

Pasados unos días, el 20 de Marzo de 1876, propuse á Segismundo que fuésemos los tres á presenciar la entrada de Alfonso XII en Madrid al frente de las tropas victoriosas en el Norte, pues según anunciaba la Prensa tendríamos un acontecimiento grandioso, vibrante, solemne, un himno á la paz cantado al unísono por el pueblo y las altas clases sociales. Esta indicación mía dió motivo á un substancioso juicio histórico del rebelde, que merece el honor de la letra de molde. Ahí va:

«Detesto la guerra civil dinástica, y es tan vivo mi odio á ese medio siglo de lucha fratricida sin gloria y sin fruto, que nada encuentro en él que pueda contentarme. Tanto me amarga esa guerra que me incomodan hasta las victorias, me carga el heroísmo y me revientan los laureles. Para mí, la contienda de familia debió quedar acabada y finiquita el mismo año 34, á los pocos meses de entrar en España por Elizondo el inmenso mentecato don Carlos María Isidro, cuando Martínez de la Rosa lanzó la frase de *un fac*.

*cioso más.* En este desdichado país no había entonces sentido político ni militar sentido, ni el vigoroso estímulo de la conservación nacional. Por la flaqueza de estos sentimientos, los españoles no supieron extirpar el mal aplicando con dureza implacable el procedimiento quirúrgico. La querella dinástica se hizo crónica, y la repugnante dolencia creció invadiendo el cuerpo social en el curso del siglo. Todavía ¡pobre España!, todavía tienes sarna que rascar para largo tiempo.

»En vez de resolver á rajatabla el problema *Vendeano*, dióse tiempo á los carlistas para que se tomaran la beligerancia, para reclutar hombres y allegar dinero formando ejércitos casi regulares, para proveerse de una pequeña Corte y erigir un Estado minúsculo, dotado con todos los engorros burocráticos y administrativos. Los liberales, á su vez, se preparaban apercibiendo los resortes complejos del viejo mecanismo histórico. En seguida empezaron los encuentros, las batallitas, el correr y perseguirse por los ásperos montes y los verdes oteros, que fueron y son campos del fanatismo. Para mayor desdicha de la Patria, ambos Ejércitos eran valientes, incansables. Los triunfos y los descalabros se compartían por igual. El heroísmo ilameaba en uno y en otro bando; victorias hubo aquí, victorias allá, mas ninguna bandera logró desgarrar definitivamente la bandera contraria.

»En el rápido crecimiento de la grey militar, muchos veían ventajas positivas. Si

acertaban estos ilusos España era un país felicísimo y envidiable, pues en los fatídicos tiempos de la guerra civil, las frecuentes concesiones de grados por méritos efectivos multiplicaron profusamente la cifra de Oficiales y Jefes. Muchos, hermanando el valor con la fortuna, pasaron muy pronto de Tenientes á Generales. De esta categoría teníamos caudillos bastantes para mandar los Ejércitos de Napoleón. Naturalmente, bromas tan sangrientas en el campo de la Historia no podían ser de larga duración. A los siete años de un batallar tenacísimo, los dos Ejércitos, fatigados y anhelantes de paz, cayeron en la cuenta de que lo más conveniente y positivo para entrambos era pactar franca reconciliación, abrazarse y lanzar el *Todos somos unos*. Tal como lo pensaron lo hicieron, conviniendo en mantener y dar valor efectivo á los grados, empleos y condecoraciones ganados por una y otra hueste en siete años de rabiosa porfía. ¿Por qué, Señor, á santo de qué? Por si debía reinar varón ó hembra.

»El huevo de Vergara fué ciertamente un huevo de paz. Pero de él, al calor de nuestras incurables tonterías políticas, ha salido una gusanera que es incubación de todo aquello que creíamos muerto y sepultado. Te dije antes que en las guerras intestinas me cargan los heroísmos, los laureles marchitos apenas ganados, y ahora te digo que me carga también la paz, porque aquí la paz es el huevo de que sale otra generación con la mis-



ma estúpida manía del pleito familiar dinástico, de la demencia bélica, de la multiplicación de Generales... Ya ves lo que ha pasado en los últimos años. Otra vez parece que tenemos paces. Pero no te fíes...

—En este momento entra don Alfonso en Madrid—dijo Casiana.—¿No oyen ustedes los tambores y cornetas que suenan lejos, lejos?

—Oímos, sí—prosiguió Segis.—Además de oír, desde aquí veo yo el contento del Rey y el júbilo del pueblo inocente y confiado que le aclama. ¡Pobrecitos! Llamen paz á una tregua cuya duración no podemos apreciar todavía.

—Tienes razón—afirmé yo,—y es posible que los carlistas no vuelvan á tomar las armas, porque verdaderamente no lo necesitan. Los vencedores se han traído acá las ideas de los vencidos, creyendo que con ellas consolidarán el trono llamante.

—Todo queda lo mismo—continuó García Fajardo, con gran seguridad en su juicio.—El Borbonismo no tiene dos fases, como creen los historiadores superficiales, sino una sola. Aquí y allá, en la guerra y en la paz es siempre el mismo, un poder arbitrario que acopla el Trono y el Altar para oprimir á este pueblo infeliz y mantenerlo en la pobreza y en la ignorancia. Lo único positivo en ese cortejo brillante que ahora atraviesa las calles de Madrid es un sin fin de Generales, Jefes y Oficiales nuevos, agregados á los que ya teníamos, una caterva de funcionarios viejos ó novísimos que fundarán sobre el doble ca-

tafalco, Altar y Trono, una política de inercia, de ficciones y de fórmulas mentirosas extraídas de la cantera de la tradición. Todo esto va decorado con el profuso reparto de honores, distinciones y títulos nobiliarios. Pronto veréis, amigos míos, el Anuario de la Grandeza empedrado de Condes y Marqueses. En lo de acuñar nobles al por mayor y en la prodigalidad de los *Excelentísimos*, *Ilustrísimos* y *Reverendísimos*, no hay país en el mundo que nos iguale. ¡Oh desmedrada España! Cada día pesas menos, y si abultas más atribúyelo á tu vana hinchazón.»

## XI

Ya supondrán los píos lectores que habiendo paz en España ardió Madrid en fiestas, conforme al ceremonial de alegría pública que amenizaba nuestra Historia desde que volvió del destierro Fernando *el Deseado* en 1814. Vestían los balcones abigarradas percalinas, las más de ellas de respetable ancianidad pues ya figuraron en el regocijo de 1860, cuando entraron las tropas vencedoras en Africa, y en el regocijo del 68, entrada de Serrano vencedor en Alcolea. De noche fulguraban las hileras de gas en los edificios públicos, y en el caserío lucían de trecho en trecho los farolitos de aceite con parpadeo mustio y lacrimoso. La iluminación pública era la misma que esmaltó las noches en diferentes

ocasiones de júbilo, como el nacimiento del Príncipe y las Infantitas, ó la traída de aguas del Lozoya.

Salimos una noche á ver los festejos los tres inseparables; mas no tuvimos paciencia ni valor para recorrer el largo trayecto desde la Cibcles á Palacio, entre un gentío espeso, silencioso y embobado, que á mi parecer personificaba de un modo gráfico el aburrimiento nacional. Nos dijeron que en algún sitio de la carrera se alzaba un armatoste de pintados lienzos. Era sin duda lo que llaman un arco de triunfo, quizás un templete del *género clásico fastidioso* como el que pusieron en el popular regocijo de 1830, cuando María Cristina vino á casarse con Fernando VII. Toda esta balumba de tonterías no nos interesaba y la dimos por vista, acogiéndonos á la sociedad amable, risueña y chispcante del café de Las Columnas.

Y ahora, lector mío, á mi modo *continuaré la Historia de España*, como decía Cánovas. En cuanto terminaron los desaboridos festejos, las Cortes enredáronse en el arduo trajín de fabricar la nueva Constitución, la cual si no me sale mal la cuenta, era la sexta que los españoles del siglo XIX habíamos estatuido para pasar el rato. Naturalmente, se nombró una Comisión cuyos individuos trabajaban como fieras para pergeñar el documento, y á este propósito os diré que la última nota del regocijo público, en los jolgorios de la paz, la dió don Antonio Cánovas con una frase graciosísima que vais á conocer. Hallá-

base una tarde en el Banco Azul el Presidente del Consejo, fatigado de un largo y enojoso debate, cuando se le acercaron *dos señores de la Comisión* para preguntarle cómo redactarían el artículo del Código fundamental que dice: *son españoles los tales y tales...* Don Antonio, quitándose y poniéndose los lentes, con aquel guiño característico que expresaba su mal humor ante toda impertinencia, contestó ceceoso: «Pongan ustedes que son españoles... los que no pueden ser otra cosa.»

Cuando ya conocimos la letra y el espíritu de la Constitución, Segismundo recitaba algunos fragmentos dándoles un sentido contrario al que textualmente tenían. El tercer párrafo del famoso artículo 11, que trata de la cuestión religiosa, lo volvía del revés en esta forma: «Todo ciudadano será molestado continuamente en el territorio español por sus opiniones religiosas y por el ejercicio de su respectivo culto, conforme al menosprecio debido á la moral universal.» Otras cláusulas del mismo Código ponía mi amigo en solfa, asegurándonos que á tales burlas le incitaba una vena profética posesionada de su espíritu. Sin atormentar su fantasía contemplaba en los días futuros la sistemática violación de aquella Ley, como violadas y escarnecidas fueron las cinco Constituciones precedentes. En el propio estado de pérfida legalidad seguiría viviendo nuestra Nación año tras año, hasta que otros hombres y otras ideas nos trajeran la política de la verdad y la justicia, gobernando, no para una clase

escogida de caballeros y señoras, sino para la familia total que goza y trabaja, triunfa y padece, ríe y llora en este pedazo de tierra feraz y desolado, caliente y frío, alegre y tristísimo que llamamos España.

Del pesimismo profético de Segis participaba yo, haciéndolo aún más lúgubre por la negra melancolía que empezó á invadir mi alma poco después de las fiestas de la paz. Rápidamente creció aquel malestar insufrible, no sé si cerebral ó nervioso, que en años anteriores me llevó á los mayores delirios. Durante algunos días conseguí sobreponerme á los fenómenos más enojosos de la dolencia, como la percepción de voces susurrantes que atormentaban mis oídos. Los seres invisibles hurtábanme el sosiego, y en giros vertiginosos se revolvían en torno mío, diciéndome palabras dulces, palabras téticas ó burlonas.

Cuando me encontraba junto á Casiana y Segis, apetecía la soledad, y si estaba solo deseaba cualquier compañía, aunque fuera la de la insignificante Nicanora. Enfadábame la casa, y al buscar alivio en el aire libre y en el bullicio de la muchedumbre, la calle se me hacía también insoportable. En mi turbación hondísima, discurría yo que una de las causas de aquel desvarío borrascoso era el abandono en que me tenía mi divina Madre, pues aunque puntualmente me entregaba la portera de la Academia mi estipendio, ya no venía éste acompañado de cartita ó mensaje, y para mayor soledad no volvió á



llegarse á mí la espiritual mandadera de *Clio*, la voladora *Efémere*.

Los cuidados y mimos de Casiana y las gracias de Segis me aliviaron un tanto á la entrada de verano. Llevábanme á dar largos paseos por las afueras, y alejándome del caserío de la Villa y Corte notaba yo en mis nervios efecto sedante. Un día nos íbamos por el Abroñigal, otros por Bellas Vistas, Amaniel y Arroyo de San Bernardino, ó bien Manzanares arriba hasta cerca de El Pardo, ó Manzanares abajo más allá del Canal. Aunque prohibí á Segismundo que me hablase de política, éste no podía contenerse, y en forma jovial y guasona me daba cuenta de sucesos en los cuales yo no vi ningún interés. Con prodigiosa memoria repetía trozos del Breve que largó el Papa condenando el artículo 11 de la Constitución. Sus chanzas no me divertían; mandábale yo callar diciéndole que, pues éramos más súbditos de Pío IX que de Alfonso XII, debíamos concretarnos á gemir bajo la sandalia que nos aplastaba.

Ni la cólera pontificia, ni la promulgación del sexto Código fundamental, producto de los ocios políticos, ni el presupuesto alfonsino, ni la cuestión foral, atraían mi dislocado pensamiento... Pasaron tardos y tediosos los meses caniculares con suave mejoría de mi dolencia, y á la entrada de Otoño creí notar que lo que ganaba en salud física lo perdía en facultades mentales, pues sentíame tonto, muy lento en el discurrir y en formar juicio

de las cosas. En la soledad de mi casa, suspendidas ya las caminatas campestres, el buen Segis trataba de sacudir mi pereza mental refiriéndome pormenores de la maquinación sediciosa. En París habían llegado á un acuerdo Salmerón y Ruiz Zorrilla, concertando un pacto del cual esperaban grandes frutos los amigos de don Manuel. Contra este convenio tronó Emilio Castelar en carta dirigida á Morayta desde Garrucha. En tanto, los zorrillistas seguían conspirando de lo lindo en Francia y en Madrid. Segis me aseguró que en una vivienda obscura de la calle de la Aduana tenían Ladevese y Santamaría la oficina revolucionaria, en que tramaban un alzamiento combinado de paisanaje y tropa. Llegaron al Gobierno soplos de esta conjura, y una mañanita fueron presas más de doscientas personas entre civiles y militares.

Escuchaba yo esto como quien oye llover, y no presté mayor atención á las parrafadas de Segis comentando el *bill de indemnidad* (dicho á la inglesa para entenderlo mejor) que Cánovas pidió á las Cortes en Noviembre. Sagasta y el Duque de la Torre, capitaneando con bravura el Partido Constitucional recién empollado, pedían ya el Poder, que era como pedir la luna. Al discutirse la reforma de las leyes municipal y provincial del año 70, don Antonio se batió con ellos, con Castelar y con los *moderados*, en memorables sesiones de indudable interés teatral.

Leíame Casiana los discursos del malagueño; decía Segis á este propósito cuantos dis-

parates se le ocurrían, y yo, recobrando por un momento la lucidez de mi espíritu, pude aventurar esta gallarda opinión, que mis interlocutores oyeron estupefactos: «Conozco el pensamiento de Cánovas; penetro en su cerebro por privilegio que me ha dado mi excelsa Madre. El hombre de la Restauración sacude á un lado y otro los latigazos de su potente oratoria porque ve en peligro su obra, la ensambladura del Altar y el Trono; sospecha que los enemigos del régimen se preparan á reconquistar por la fuerza el Poder que por la fuerza se les arrebató en Sagunto.

»Advierto que me miráis con incredulidad un poquito burlona. ¿No sabéis que puede existir y en mil casos existe el contacto espiritual entre dos, tres ó más cerebros situados á larga distancia? Pues si esto ignoráis, yo lo sé y os lo digo para que lo creáis como artículo de fe, y no se os ocurra tomar estas cosas á broma. La vibración pensante se comunica de aquel cerebro al mío por arte magnético desconocido de los tontos, y aquí tenéis al pobre Tito fiel transmisor de las ideas del Jefe del Gobierno.»

Pausa expectante y fúnebre. Casianilla y Segis se miraron perplejos, y luego volvieron sus ojos hacia mí con expresión de lástima cariñosa. Creían sin duda que yo no estaba en mis cabales, ó que mi dolencia nerviosa derivaba marcadamente hacia la locura. Los dos llevaron la conversación á un tema jovial, como para desviar mi mente de las obsesiones monomaniacas... Debo añadir

que empezaba yo á tomar entre ojos al buen Segismundo, por su insistencia en contrariarme y por su afán de traerme noticias que, á mi parecer, eran más que Historia chismografía. También Casiana me causaba cierto enojo y fastidio por la prolijidad de sus cuidados, que los enfermos solemos ser ingratos con las personas que nos asisten.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, salimos de paseo los tres. Casiana y Segis iban delante, yo detrás, por la calle de las Huer-tas abajo. Fuera porque ellos se adelantasen ó porque yo me retrasara, lo cierto es que les perdí de vista. Avancé hacia el Pra lo revolviendo mis ojos de una parte á otra, y al llegar cerca de la fuente de las Cuatro Estaciones vi un grupo de niñas grandullonas que, cantando y cogiditas de la mano, jugaban al corro. El rueda era muy extenso: formábanlo unas veinte ó veinticinco rapazuelas, vestidas con luengos ropajes flotantes de distintos colores. Acerquéme, y creyendo reconocer á una de aquellas ninfas juguetonas, la saqué violentamente del corro y le dije: «Ven aquí; tú eres *Efémera*.

—Sí, sí—me contestó.—Todas las del corro somos *Efémeras*.

—¡Ah! Sí, sois muchas. Ya lo sabía yo. ¿Tú me has visitado algunas veces?

—No puedo asegurártelo. Mensajeras veloces, tenemos alas eternas, pero nuestra memoria no dura más que un día... Y cuando no nos mandan á recorrer las esferas jugamos, ya lo ves.

—Hijas del aire, ¡sed compasivas conmigo! Cogedme entre todas, que bien podéis hacerlo, y llevadme adonde está mi divina Madre.»

Prorrumpió en alegres risas la sílfide picaresca, y desprendiéndose de mi mano volvió al corro con sus gráciles hermanas. Corrí yo hacia ellas; pero á mis primeros pasos me cegó una ráfaga de luz vivísima, sulfúrea, violácea, y tuve que detenerme. No vi más á las *Efémeras*; oía su canto, un murmullo ciclónico que se desarrollaba en espirales cada vez más lejanas. Mi oído pudo percibir estas cláusulas: *En el Salón del Prado—no se puede jugar—porque hay muchos mocosos—que vienen á estorbar.—Con un cigarro puro—vienen á presumir:—más vale que les dieran—un huevo y á dormir...*

Andando á tropezones, medio ciego y en un estado de turbación indecible, traté de orientarme para volver á mi vivienda, sin pretender encontrar á Segis y Casiana. Mis ojos, encandilados por aquel resplandor intensísimo, no me guiaban bien en mi camino. Era la hora en que los faroleros corrían encendiendo los mecheros de gas. Por la Plaza de las Cortes, calle de San Agustín y otras que seguí con andadura maquinal, llegué á mi casa, donde me encontré solo. ¡Solo, Dios mío! No puedo expresar la tristeza que invadió mi alma al hallarme sin Casianilla. Cuando advertí que transcurría el tiempo sin verla entrar, mi tristeza se trocó en ira. Tumbado en el sofá esperé, esperé. Al cabo de



media hora larga que me pareció un siglo, llegó mi compañera, inquieta y turbada. Antes que pudiese darme explicaciones de su desaparición en la calle, la increpé con voces ásperas y descompuestas. Mis gritos atronaron la casa. La pobre mujercita, que jamás me vió en estado tan contrario á mi natural mansedumbre, rompió á llorar amargamente, balbuciendo entre gemidos estas atropelladas razones:

«¡Ay, Tito mío; yo no tengo la culpa!... No me riñas así... Cuando te echamos de menos volvimos atrás. No te encontramos. Adelante otra vez... Como á ti te gusta ir hacia el Botánico, allá nos fuimos... ¡Ay Dios mío!... Tampoco estabas allí... Segismundo dijo que habrías ido hacia el Museo... ¡Ah! en el Museo tampoco te hallamos... Por mi salud, yo estaba loca, no sabía lo que me pasaba... Buscándote por un lado y otro del Prado seguimos hasta la Cibeles... Aturdidos, y sin saber ya qué hacer, subimos por la calle de Alcalá, entramos por la del Tarco. Me dió una corazonada. Yo dije: *Al ver que nos perdíamos se habrá ido á la plazuela de las Cortes, y allí estará sentadito en un banco, al pie de la estatua de...* No sé, no sé cómo se llama aquel hombre... No encontrándote, me dió otra corazonada, puedes creérmelo como Dios es mi padre, y dije: *Apuesto á que se ha metido en casa. Voy corriendo, voy volando.* Y volando vine acá... ¡Tito, por la Virgen Santísima, no me digas esas cosas!... ¡Ay, yo me muero si tú no me quieres!

—¿Y Segismundo?—pregunté con acento agresivo, de suprema desconfianza.

—Pues cuando llegábamos á la plazuela de las Cortes se nos presentó de repente aquel señor *Sebo*, ya sabes, y le dijo á Segis que tenía que hablarle... que si el señor Marqués ó la *señá* Marquesa... En fin, Tito, que yo eché á correr dejándoles con la palabra en la boca.»

Pasado un rato se calmaron mis irritados nervios. La fiel Casiana, con sinceras razones y blandas caricias, me devolvió la perdida tranquilidad. Hicimos las paces. Volví á mi quietud enfermiza, no sin que me atormentaran horas de insomnio, dudas, tristezas y alucinaciones horribles.

No aquella noche, ni la siguiente, sino tres ó cinco noches después (que la cronología por entonces era problema insoluble para mí), hallándonos Casiana y yo de sobremesa pensando mucho y hablando poco, se llegó á nosotros I lo del Sagrario con paso grave y actitud sacerdotal. Imponiéndonos silencio con marcada rigidez de su dedo índice, para que oyéramos las campanadas del reloj de San Juan de Dios, alargó la nuez y en tono sibilitico nos dijo: «Excelentísimo Señor, señorita *de Coelho*, en este momento ha fenecido el año de 1876 y ha entrado á presidir nuestra existencia el 1877. *Laus Deo.*»

## XII

¡1877! La cifra pasó fugaz por mi mente. Menos que los años me interesaban los meses y los días, pues el Tiempo había llegado á ser para mí un concepto caótico... Volvió Segismundo á mi compañía y tertulia con la cordialidad de amigo verdadero y de hombre agradecido. Una mañana (averigüe la fecha quien tenga empeño en conocerla) se presentó ante nosotros con un chaleco rameado y un pantalón de género inglés. Antes que me lo dijese comprendí que aquellas prendas eran el desecho del rico guardarropa de Beramendi.

«Hemos de mostrar prácticamente—me dijo el rebelde con sorna sutil—que nos asimilamos la característica elegancia de la sociedad alfonsina. Otra característica de los tiempos es que éstos se retrotraen y vuelven las cosas al estado que tenían años ha. Sabrás, querido Tito, que el hombre del día es Montpensier. Por las calles le he visto con su tradicional paraguas y su aire de Príncipe acomodaticio y contento de la vida. Sus querellas con la Reina doña Isabel, á quien quiso destronar, el duelo trágico con el Infante don Enrique y los trabajos de zapa para cargarse la corona democrática que las Constituyentes otorgaron á don Amadeo, han pasado al cesto en que arroja la Historia los

papeles inútiles. Busca y obtiene la reconciliación con los Borbones reinantes, moviéndole á ello las gracias de su linda hija Mercedes. Te diré, si lo ignoras, que el simpático Alfonso se ha enamorado perdidamente de su primita.»

Otro día (indagad la fecha por el curso de los astros ó el vuelo de las aves), se nos apareció el pícaro Segis con un precioso alfiler de corbata en que lucían dos perlitas y un rubí, y me dijo, poniendo en sus palabras tanta seriedad como gracejo: «Vivimos en la época del fausto insolente y de los grandes negocios. No se habla de otra cosa que de capitales extranjeros que afluyen aquí buscando empleo y beneficios pingües, de grandiosas empresas industriales, de ferrocarriles más largos que la cuaresma, y de otros cortos y ceñidos al interés particular. La alta banca se mueve; el dinero se desentumece, y corre adonde lo llaman el crédito y el trabajo.

»España renace; pero los provechos de este resurgir de la vida económica no alcanzan todavía más que á las clases opulentas. Y yo pregunto: *¿Por qué lo que llamamos capas inferiores de la sociedad no ha de agregarse también á esta corriente financiera?* Si bien se mira, la multitud es rica por solo el hecho de ser tal multitud. Los *muchos pocos*, aliñados en cifra, representan ¡oh Tito! suma considerable. Ha llegado, pues, el momento de crear los *Bancos Populares*, que recojan los ahorros del pobre y se los devuelvan multi-

plicados. De tal modo, entiendo yo que labo-  
rando de consuno las capas de abajo y las  
capas de arriba se abrigarán recíprocamente.  
¿No crees tú lo mismo?»

Le contesté que sí, sin añadir observación  
alguna. Había yo notado que Segismundo,  
habitualmente muy diestro en el uso de la  
ironía, la sutilizaba entonces hasta hacer de  
ella un arte maravilloso... Pasadas dos se-  
manas, se nos presentó Fajardo mejor apa-  
ñado de indumento: traía botas de charol  
y un gabancete, no nuevo pero en buen uso,  
prenda de fijo a lquirida en un establecimien-  
to de compraventa mercantil. A mis felici-  
taciones por su buen porte, y á las preguntas  
que le hice, me contestó que había mejorado  
de posición gracias á la buena amistad del  
insigne *Sebo*, quien le había conseguido em-  
pleo modesto y decoroso en un *Banco Popu-  
lar*... Relacioné al instante las referencias  
de Fajardo con una entidad de crédito es-  
tablecida no hacía mucho en la Plaza de la  
Cebada, y cuyas operaciones daban que ha-  
blar á la gente.

«Sí, querido Proteo—me dijo Segis;—tra-  
bajo en las oficinas de ese *Banco*, fundación  
admirable que no viene á vaciar un lleno  
sino á llenar un vacío en la sociedad espa-  
ñola, porque ha de traer la sangre plebeya á  
vigorizar el cuerpo financiero de la Nación...  
Sangre nueva, sangre fresca: el ahorro me-  
nudo, el globulillo rojo circulando por las  
venas de este país anémico .. Por último  
sabrás, si ya no lo sabes, que la creadora de



esta institución benéfica y patriótica es una dama ilustre en quien yo veo el símbolo de la raza hispana, mujer de un vigor mental extraordinario cual nunca se vió en hembras de nuestra tierra, portento de sagacidad, clarividencia y maestría en el arte ó ciencia de las finanzas, bonita y graciosa de añadidura; es, en fin, doña Baldomera Larra, hija del gran *Fígaro*.»

En conversaciones posteriores, me contó mi amigo que la gente de la Plaza de la Cebada, y todos los lugareños que se albergaban en los paradores de la calle de Toledo y adyacentes, hacían cola á la puerta del *Banco Popular* para imponer *sus monises* en las cajas de doña Baldomera. Aquello era un jubileo, era un escándalo, y la policía tenía que intervenir para poner orden. Se contaba que en los pueblos vendían las fincas con objeto de hacer imposiciones en el flamante *Banco*. La genial hacendista, persona muy sugestiva y de fenomenales dotes oratorias, echaba discursos á la entusiasta y codiciosa plebe, y al darles el primer plazo de los cuantiosos intereses, les ofrecía ganancias pingües, colosales. La garantía de tan inaudito negocio ¿cuál era? Pues unas minas de plata, de oro ó de piedras preciosas radicales en el suelo virgen de América, minas de incalculable riqueza cuya explotación multiplicaría los parneses depositados en las arcas Baldomeriles.

En las visitas que casi diariamente me hacía el buen Segis, comentábamos el asunto

en cierto modo fundamental y étnico del *Banco Popular*. Sostuve yo que la credulidad candorosa del pueblo español y las artes hipnóticas de la hija de Larra eran, como signo indudable del estado mental de la raza, más dignos del fuero de *Clio* que las ficciones vanas en que se agitaban nuestros políticos; en suma, que la Historia debía consagrar más páginas al zurriburri de las finanzas plebeyas que al barullo retórico de las Cortes, y al trajín de quitar y poner Constituciones que no habían de ser respetadas.

Acorde con cuanto yo dije, Segis me manifestó que estaba contento en su destinillo. La dama banquera le consideraba, mostrándole un afecto casi maternal, al que correspondía el funcionario con su puntual asistencia y el esmero y pulcritud de su trabajo de contabilidad. Iba, pues, muy á gusto en el machito, y como los Marqueses de Beramendi le aseguraban su hospedaje y manutención, el duro diario que en el *Banco* percibía destinábalo á mejorar su vestimenta. Cada vez que se nos presentaba con algo nuevo en su atavío, ya fuese prenda de ropa, ya un relojito barato, nos decía:

«Ved aquí el positivo producto de las minas de América, de esos ricos yacimientos de metales preciosos ¡ay! que han venido á ser la felicidad del pueblo madrileño. Adelante con la ilusión, vida y encanto de las naciones pobres. Tú, buen Proteo, que á ratos escribes ó garabateas en las tabletas de la divina *Clio*, continúa la *Historia de España*, como dice Cá-

novas, transmitiendo á la posteridad estos actos de fe candorosa y de sutil taumaturgia; añade á ello la fiebre taurina, la ciencia recóndita de esos que llaman *los apóstoles*, y que andan por los barrios bajos curando todas las enfermedades con agua más ó menos limpia, y habrás hecho el retrato fiel de la España de la Restauración.»

No tenía yo ánimos en aquellos días para *continuar la Historia de España*, ni conforme al canon político, ni acogiéndome al rico tema de la ilusión plebeya que me recomendaba Segis, deseoso de arrastrarme al concepto irónico de la psicología nacional. Declaro que el acto del Rey poniendo la primera piedra de la Cárcel Modelo en las proximidades de la Moncloa, las sesiones de las Cámaras, el cambio de Ministro de Hacienda, así como el viaje que emprendió don Alfonso para visitar las provincias de Levante y Mediodía, no me interesaban poco ni mucho. Cuando mis amigos me contaban estas menudencias históricas sonábame todo á hueco. La tristeza invadió nuevamente mi alma, complicándose con un malestar físico que me llenó de inquietud, avanzados ya los días tibios de la primavera.

Después de Semana Santa empecé á notar que mi vista se nublaba; sentía como arenillas en los ojos, sin que de ello me aliviasen los cuidados de Casiana, que dos ó tres veces al día bañaba con agua de rosas mis pupilas enfermas. Los patronos me recomendaron ejercicio y distracción. Conforme con

este tratamiento elemental, mi compañera sacábame de paseo todas las tardes; pero mi vista mermaba tan rápidamente, que á los pocos días de estas divagaciones por el Botánico y Ronda de Atocha, tuve que agarrarme al brazo de mi leal Casianilla para no tropezar con los transeuntes. Al propio tiempo crecía la fotofobia, y ni aun amparando mis ojos con gafas negras érame posible resistir la viveza de la luz en plena calle. Fué menester reducir los paseos á la hora crepuscular, motivo mayor de tristeza y abatimiento. Siguiéron á esto dolores en las sien-nes, vascularización en la córnea, que perdía su brillo, tomando según me dijeron un aspecto mate, sanguíneo.

Tanto Segis como los demás amigos que me acompañaban en mis largas horas tediosas, convinieron en familiar consulta que era forzoso acudir á la Ciencia. Agravado el mal en breve tiempo, hasta el punto de que ya no distinguía más que los objetos proximos y de mucho bulto, se trató en mi casa de elegir el médico que había de curarme, y Pablo Nougués, doliente también de la vista, llevó á mi casa una tarde para que me examinase al doctor Albitos. Era éste un oculista joven, inteligentísimo en su profesión, de trato muy ameno y agradable, discípulo del famoso Delgado Jugo. Examinó el doctor mis doloridos ojos con escrupulosa atención y cariño; enteróse de cuanto en mi naturaleza y en mis costumbres pudiera ser considerado como antecedente de la enfermedad.

Sus palabras dulces me consolaron; mi sufrimiento sería tal vez un poco largo; pero si no me faltaba la virtud puramente medicatriz de la paciencia, él respondía de mi curación. Terminó el diagnóstico con el nombre científico y un tanto enrevesado de lo que yo padecía. No se me olvida aquel nombre, que fué como un rótulo, clavado por el médico en mi frente: *Queratitis Parenquimatosa*.

Desde aquella tarde quedamos unidos con vínculo estrecho mi *Queratitis* y yo, cual un matrimonio doloroso que había de durar hasta que la ciencia del oculista nos divorciara. Fortalecido por mi paciencia, de la que hice acopio exuberante, cargaba mi cruz y con ella recorría el agrio camino de la vida hora tras hora, semana tras semana. Recluso en mi habitación, sumido en intensa obscuridad, yo no distinguía los días de las noches, ni un día de otro, ni apreciaba el principio y fin de cada semana. Era para mí el tiempo un concepto indiviso, una extensión sin grados ni dobleces. Las únicas interrupciones de la continuidad eran los momentos en que me hacían la cura de los ojos el doctor ó su ayudante.

En aquel lúgubre rodar de mi existencia notaba yo menos constancia en las visitas de los amigos. Hasta el propio Segis se me antojó poco asiduo: casi siempre tenía perentorias ocupaciones que le obligaban á retirarse pronto. Sólo la fiel Casiana permanecía junto á mí superándome en paciencia, y llevan-



do á los límites de lo sublime la humanidad, el amor y la misericordia.

Compadeceadme ahora más que nunca, piadosos lectores, pues encontrábame ya en el período más doloroso y tétrico de mi largo padecer. Mi ceguera llegó á ser absoluta, mis ojos inflamados dábanme la sensación de dos ascuas mal contenidas dentro de las órbitas. Los fomentos calientes y las duchas de vapor, que me administraba el ayudante del oculista, aliviábanme á ratos. Casianilla me servía con puntual solicitud la medicación interna, mercuriales, antisépticos... Cuando á mis oídos llegaba el tintín de la cucharilla revolviendo las dosis terapéuticas en el vaso de agua, sentía yo cierto regocijo. Aquel rumor cristalino era mi único reloj, y por él tenía yo un vago conocimiento de las horas... En cierto modo imitaba el ritmo de la *Queratitis*, arrullándome en sus duros brazos...

Mi existencia no era más que una sombra encerrada en ancha caverna, que ya me parecía roja, ya de un tinte violáceo surcado de ráfagas verdes. En tal estado llegué á perder, según después he podido apreciar, la conciencia de la realidad. Una tarde ó una noche, no sé precisarlo, sintiendo junto á mí rumorcillo de faldas, alargué la mano y dijo: «Casiana, ven, siéntate á mi lado.» Y una voz tenue, con leve inflexión burlona, me contestó: «Tonto, no soy Casiana. Soy *Efémera*.»

No me dió tiempo á expresar mi alborozo porque, apenas oí la voz primera, otras voces sonaron en alegre y voluble cháchara, y al

par de ésta, rumor de pisaditas como de seres alados que juegan y revolotean rozando apenas el suelo con blandos pies. «Ya os siento, ya os escucho, mensajeras de mi Madre--exclamé.--¿Venís á consolarme?... ¿Me traéis nuevas de la que es vuestra Señora y Señora mía?»

Las ninfas juguetonas siguieron revoloteando á mi alrededor, y el aire que movían sus flotantes túnicas me daba en el rostro. Del murmullo picaresco destacóse una voz que claramente me dijo: «Somos las *Efémeras* ociosas que hoy están libres, dueñas de los aires y del tiempo... La Madre, que se halla lejos, lejos, y también ociosa, nos ha mandado que juguemos y nos divirtamos sin más ley que nuestro albedrío. Venimos de embromar á Cánovas, y ahora la emprendemos con el buen Tito. (*Risillas mal sofocadas.*) Nos ha dicho Cánovas que quiere consultar contigo el problema matrimonial de don Alfonsito... Ja, ja, ja... Ji, ji, ji...»

El giro vertiginoso de las sílfides me mareaba, me volvía loco... Algunas, al pasar junto á mí, dábanme papirotazos en la cabeza con sus manos livianas y frías... Arreció el murmullo reidor, chancero. Levantéme frenético, empecé á dar voces, traté de coger á una de las ninfas, creí agarrar su ropaje, tiré fuertemente y la traje hacia mí diciendo: «Ven, *Efémera*, quédate aquí.» Pero ella se escapó susurrando: «Volveré, Tito. Soy tu amiga.» En esto oí la voz de mi compañera que á mi lado dormitaba y que á mis gritos habíase

despabilado. Abrazándome tiernamente me dijo: «¿Qué te pasa, muñeco mío? ¿Sueñas, deliras? ¿Por qué llamas *Efémera* á tu Casianilla?»

### XIII

Contra lo que sin duda creerán mis compasivos lectores, aquel delirio me sentó muy bien. Acostóme Casiana y me dormí con sueño tranquilo y reparador. Al despertarme, no sé á qué hora, sentí notorio alivio en mi estado general... La oleada de ambiente quimérico me refrescaba el alma y producía en mis pobres vísceras acción más eficaz que los antisépticos y calomelanos... Cuando el bendito don José vino á preguntarme cómo me encontraba, le dije: «Muy bien, amigo Sagrario. Fíjese ahora en lo que voy á encargarle. Si vienen á visitarme las señoritas *Efémeras*, ó una *Efémera* sola, no haga la tontería de cerrarles la puerta; pásame aviso inmediatamente, que estoy dispuesto á recibir las. Mucho cuidado, don José, mucho cuidado.»

Casiana y el patrón callaron. Yo, sin ver gota, comprendí que se miraban alarmados y compasivos, como diciendo: *Nuestro pobre Tito, á fuerza de sufrir ha perdido la chaveta...* Omito los pormenores del proceso patológico, hora tras hora y día tras día, en aquella exis-

tencia de clínica, monotonía y triste... Debo añadir que la imaginación endulzaba mis males, ora tiñendo de color rosa las paredes de mi caverna, ora dejándome ver con los ojos cerrados objetos y figuras enteramente arbitrarios y convencionales. De esta labor anárquica de mi fantasía resultó que, hallándome despierto en mi sillón de paciente resignado, paseábame por las calles viendo todas las cosas como las viera en mis tiempos de perfecta salud, hablaba con los amigos, hacía visitas, y á mi casa tornaba tranquilamente con un paquetito de dulces para Casiana.

Si este regalo de vida ilusoria dábame la imaginación hallándome despierto, ¿qué no me daría en las horas del descanso nocturno, bien arrebujado entre las sábanas?... Una noche de furiosa tormenta con desaforados truenos y copiosa lluvia, que azotaba las paredes y sacudía los cristales de mi ventana, entraron en mi habitación tres *Efémeras*. Saltonas, risueñas y parlanchinas, tomaron asiento en los bordes de mi cama. Asustado me incorporé y les dije: «¿Por dónde entrasteis, picaronas?» Y una de ellas, acercándose tanto á mí que su aliento frío me dió en la cara, contestó: «Entramos por un cristal roto de la claraboya de la escalera, y aquí nos tienes.» Suscitóse entonces un vivo diálogo que transmito á la posteridad en la forma más concisa:

«Yo.—¿Sois espíritus traviosos, maleantes, desligados del gobierno y autoridad de la Madre?

*Efémera 1.<sup>a</sup>*—Somos ninfas libres y desocupadas, dueñas del espacio.

*Efémera 2.<sup>a</sup>*—Llevamos de un confín á otro las razones de la sinrazón:

*Efémera 3.<sup>a</sup>*—Nos divertimos despertando á los dormidos, y adormeciendo á los que se tienen por muy despabilados.

*Yo.*—(*Defendiéndome de los pellizcos y estrujones con que me atormentaban las seis manos de aquellas malditas hembras.*) ¿Qué queréis de mí, espíritus desmandados, aviesos? Idos de mi casa, dejadme en paz.»

Furioso me arrojé del lecho gritando: «¡Casiana, Casiana, despierta, levántate, que hay duendes en la casa!» Y las raudas feminas, que ya me parecían harpías, brincaban por la habitación y chillaban desaforadamente. En su algarabía de aves parleras destacóse este concepto: «No busques á tu Casiana. Tu dulcísima compañera se divierte ahora con otro muñeco...» Como loco me abalancé hacia el lecho de Casianilla, colocado en otro testero de la estancia, y palpando en las ropas revueltas advertí que estaba vacío... Desaparecieron las diablesas con revoloteo susurrante, y yo, medio desnudo, caí fatigado en el sillón de la paciencia, sin cesar en mis alaridos angustiosos: «¡Casiana, don José, Nicanora!...»

La primera que vino en mi auxilio fué Casiana, haciéndose de nuevas y asegurando que se levantaba en aquel instante. «Tú no dormías en esa cama—le dije, rechazando sus caricias.—Tú, ausente de mí, te divertías con otro muñeco...» Disputamos un rato. Yo



callé, al fin, guardando mis recelos, con la idea de observar en noches y días sucesivos... Desde aquel inaudito suceso, real ó imaginario, el monstruo de los celos empezó á morderme el corazón...

Al siguiente día, el doctor Albitos, después de un largo cuchicheo que tuvieron con él apartados de mí don José y mi costilla, me recetó bromuro en frecuentes dosis, y cuando me lavaba los ojos con la ducha de vapor y me ponía colirio de atropina para impedir que se soldasen los bordes del iris, díjome cariñosamente: «No sólo hay que proveerse de paciencia, querido, sino también de serenidad y de sentido común para no dejarse arrebatar por ideas insanas, que insubordinan el sistema nervioso y dan al traste con la acción medicatriz. Animo, amigo. Resígnese á no ver nada por ahora, que mejor está el ciego que el que ve visiones.»

Me convenció Albitos por el momento; mas no tardé en volver á mi horrible pesimismo. Creí notar en Casiana cierta displi-cencia ó cansancio, que atenuaba su celo de enfermera... Aplicando después toda mi observación á Segismundo, traté de escrutar por sus palabras y actitudes el estado de su conciencia. Advertí en él menos acritud en la ironía, y un delicado estudio para medir los conceptos y darles estructura familiar y una intención candorosa. Oyéndole, yo decía para mí: «Tu conciencia se ha impurificado. Ya no eres el mismo. Quieres engañarme y no lo conseguirás.»

Con ánimo de sondearle le dije: «Segis, alguna noche de éstas has estado tú en casa sin entrar á verme, y has permanecido en una habitación interior hasta la madrugada ó hasta el día siguiente.» La contestación fué un reir descompasado de Segismundo, y el sostener que yo desatinaba. Pero bien conocí que su risa era fingida, como de histrión que no domina su papel, y del mismo modo aprecié las burlas que, por lo que dije, hicieron de mí Casiana y Nicanora, allí presentes. Ocurrió entonces un hecho que hubo de aumentar mi escama. García Fajardo varió sutilmente de conversación, largándome estas patrafadas que me dejaron atónito:

«Se me olvidaba decirte, querido Tito, que un periódico de gran tirada viene publicando hace días unos artículos, muy bien escritos, que llaman grandemente la atención. No se habla de otra cosa en Madrid.

—¿Y á mí qué me importa que hablen ó no hablen de artículos de periódico que yo no he leído ni podré leer en mucho tiempo? ¿Para qué me cuentas esas cosas, tontaina?

—Te las cuento porque todo el mundo dice que esos artículos son tuyos, y verdaderamente, su estilo y gracia delatan el ingenio de Proteo Liviano.

—¡Qué desatino!... ¿Y de qué tratan los articulejos, que por lo visto son anónimos?

—El asunto, interesantísimo, está tratado de una manera magistral. La tesis es que el Gobierno español no procede con altas miras patrocinando el casamiento del Rey Alfonso

con su prima Mercedes. Si Cánovas, como dice la voz pública, sabe ver el porvenir y presiente la España futura redimida de tanta barbarie, debe entablar negociaciones para enlazar á don Alfonso XII con la Princesa Beatriz de Inglaterra, hija menor de la Reina Victoria. En las estipulaciones matrimoniales se reconocería á Beatriz el derecho de mantener viva su fe protestante al venir á ocupar el trono de España. De este modo se planteaba sobre sólida base el problema de la libertad confesional, y pronto entraríamos en una vida de tolerancia, de cultura, dejando de ser rebaño predilecto del Romano Pontífice.

—Yo no escribí eso, yo no sé nada de eso—exclamé, en tono descompuesto y airado.—Tales enredos son invención tuya para mortificarme.

—No, no. Todos creen que tú eres el autor de los artículos. Por cierto que en uno de ellos dices que ya hubo conatos de negociaciones en la primavera del año pasado, cuando estuvo en Madrid el Príncipe de Gales.

—Quizás cuando vimos aquí á ese Príncipe dije yo algo de eso. Pero no fué más que una idea, un decir, nada... Ahora estoy pensando que toda esa monserga la has escrito tú, Segismundo, y que me la atribuyes á mí para aumentar mis cavilaciones, mis sobresaltos, y hacerme más viva y patente la sensación de mi inutilidad.»

Comprendiendo Segis que yo me excitaba demasiado guardó silencio, dejando el asun-

to para mejor coyuntura. Con ligeros descansos, mis inquietudes tomaron cuerpo en los días subsiguientes. Mi caverna se teñía de un azul intenso algunas veces, otras de un rojo de sangre... Despierto creía notar que eran demasiado largas las ausencias de Casiana. A lo mejor venía con la historia de que su tía Simona estaba enferma del hígado. ¡Así reventara!... Dormido, ó á medio dormir, adquiría la certidumbre de que estaba vacío el lecho de la que fué mi dulce compañera... Mi corazón era ya una piltrafa, destrozado por la mordedura de los celos...

Una tarde siniestra de soledad y sufrimientos, mi exaltación fué tan grande que salí por los pasillos dando gritos y tropezando en las paredes. Ido vino á mi encuentro para contenerme y llevarme de nuevo á mi cuarto, y las expresiones melifluas de su filosofismo angelical fueron el fulminante que hizo estallar mi cólera: «Déjeme usted... No me toque... Usted me ha vendido, usted es un traidor... Quítese de mi presencia. En su casa se ha labrado mi deshonor... Le tenía á usted por un santo, y resulta usted un alcahuete... Atrás, villano... Déjeme en paz.» Me arrojé en la cama, ocultando mi rostro entre las almohadas, y oí los gemidos del pobre Sagrario que lloraba como una Magdalena.

Pasado un mes, pienso que no entero, de sufrimientos horribles más en lo moral que en lo físico, sobrevino el extraño incidente que á continuación se narra. Antes debo indicar que á ratos iniciábase ligero alivio en mi

dolencia de los ojos. La percepción luminosa cada vez era mayor, y refugiándome en una casi obscuridad podía distinguir vagamente los objetos de más bulto. El amable y gracioso Albitos me vaticinó que antes de tres ó cuatro semanas mi retina cumpliría como buena ejerciendo las funciones que le asignó Naturaleza. Pero no contaba el buen doctor con las aventuras de mi dislocada imaginación, lanzándose sin freno ni paracaídas á los espacios novelescos. Una tarde ó noche, no lo sé, hallándome solo en mi caverna teñida de color violeta con franjas de oro, vi que á mí se llegaba una mujer. ¡Ay! era *Efémora*, la buena, la estatuaria, la que en Tafalla y Madrid me trajo dulces mensajes de mi adorada Madre. La reconocí al sentir en mi hombro su mano marmórea. Alargué la mía para coger su túnica, y advertí que sobre ésta llevaba un delantal casero.

«Aunque te has puesto el delantal de Casiana—dije yo,—bien te reconozco, *Efémora*.» Tras breve pausa, la fantasma pronunció estas apagadas voces: «No soy *Efémora*. Tampoco soy Casiana, aunque lleve su delantal para ser tu servidora y enfermera.» Yo callé, atontado y confuso, y mi perplejidad subió de punto cuando escuché este otro concepto: «¿No me conoces por el acento, pobre Tito? ¿Tendré que decirte mi nombre? Soy *Leona la Brava*.»

La gentil aparición se sentó junto á mí y, echándome su brazo por encima de los hombros, me habló de esta manera: «Vengo á tu



lado para cuidarte y servirte en sustitución de la mujer desleal que te abandona seducida por el ingrato Segismundo...» Algo debí yo responderle, quizás expresando consternación ó vergüenza por la desdi ha que me anunciaba. Insistió ella en su afirmación, prosiguiendo así: «A tu lado me tendrás, si quieres, hasta que recobres la vista y la salud. Si una compañera de amor y de caridad has perdido, en mí tienes otra más solícita y fiel que esa desventurada recogida por ti del arroyo.» Tuve un momento de horrorosa duda; pero no tardé en recobrar toda la fuerza de mi arrebatada inventiva genial. Como yo me asombrase de que *Leona* desendiera de su posición rumbosa, para unir su existencia á la de un hombre enfermo y casi pobre, la dama de Mula me dió esta explicación de su actitud humilde:

«Debí empezar por decirte, Ti'ín salado, que hace algún tiempo me despeñé de aquella cumbre de bienestar y lujo jactancioso en que me viste antes de caer enfermo. Reñí con Alejandrino, ¿no lo sabías? Te contaré el caso con descarnada sinceridad. *J'adore la verité. Je hais le mensonge.* Al dichoso Alejandrino le daré lo suyo, que no es poco: hombre más impertinente y mas chiuche no ha nacido de madre; y á mí me daré lo mío, que es más grave... Pues, hijo, apestada de *mon bourgeois* tuve una tentación... cosas del temperamento, de la ociosidad... En fin, chico, que me colé demasiado, y cuando *mon vieux* se enteró de que yo le había puesto en

la cabeza unas cositas puntiagudas... que no traen gran malicia cuando los hombres no son casados... figúrate la trapatiesta que se armó. Total, que caí de mi escabel dorado. Como yo me había hecho al lujo y á la *bonne chère*, me vi en el caso de vender algunos muebles y empeñar alhajas para seguir viviendo á mi modo. Aunque aún no me tienes enteramente tronada, camino de eso voy. A pesar de mis tropiezos soy siempre una mujer buena, y vengo á tu lado para renovar nuestro cariño y practicar las obras de misericordia.»

Apenas empecé yo á comentar tan vulgar historia, *Leona* me pidió que siguiese escuchando, pues aún faltaba la segunda parte. «Es el juego de la vida humana—dijo,—el eterno balancín, el vaivén de las prosperidades y las miserias. Cuando yo me precipitaba en la desgracia, tu Casianilla subía de golpe á grandezas que nunca pudo soñar. Has de saber que tu dulcísima cuanto traidora compañera, inducida por esa lagarta de Simona, ha cobrado á toca teja todos los atrasos de su sueldo como Inspectora de Escuelas. Para ello ha tenido que mover ciertas influencias altas y bajas el pillastre de Segismundo, *le demon ironique*.

»¡Menuda suerte la de esos bribones! Mientras la señorita Conejo embolsaba buenos duros por un empleo que nunca desempeñó, Segis pescó un magnífico destino en el Ministerio de Ultramar. ¿No lo sabías? Pues el Marqués de Beramendi le pidió á Cánovas esa

bicoca, y don Antonio al instante... pum, pum... Como comprenderás, ahora están en grande. La Conejo lleva brillantes en las orejas y García Fajardo fuma puros de á peseta. Han tomado un piso en la Costanilla de los Angeles. ¿Ves qué vueltas da el mundo, Tito?

—Sí, sí, qué vueltas tan horribles...—exclamé yo.—Vueltas damos todos... todos...» Me sentí anonadado, me faltaba la respiración... Púseme en pie, giré sobre mí mismo y caí redondo al suelo...

## XIV

Después de aquel que yo no sabía si llamar suceso, fenómeno, pesadilla ó caso real, caí en un estado parecido á la idiotez. Hablaba muy poco, no sólo por desgana de conversación sino porque sentía dificultad para articular las palabras. Advertí que Albitos mostrábase intranquilo respecto al curso de mi dolencia cerebral: la de la vista iba indudablemente mejor. Ya no tenía yo dolor en las sienes ni escozor en los ojos, ya veía un poco más. Pero hacíase imposible distinguir las facciones de la mujer que me servía. ¿Era Casiana, era *Leona*? ¿Era una sola que cambiaba de rostro á cada momento? Tocábale yo las orejas para ver si tenía brillantes. Mi olfato buscaba en sus vestidos el perfume que solía usar Leonarda. En las visitas de los amigos

que iban á mi casa tampoco pude discernir si entre ellos hallábase Segismundo, pues las voces de todos me parecían la misma.

Una noche de largo insomnio me levanté á palpar el lecho de mi enfermera. No estaba vacío.

Pregunté: «¿Eres *Leona*?»

Y la respuesta fué: «Sí, soy *Leona*. Déjame dormir.»

Las pérdidas de sueño durante la noche cobrábamelas por el día durmiendo á pierna suelta. No sé cuándo me sacó de mi hondo letargo una mano que tocaba mi frente, mano fría y mármorea.

«¿Eres Casiana?—pregunté á la persona que me despertó.

—No. Casiana se fué de paseo con su marido.

—¿Eres Leonarda?

—No. Leonarda ha salido á comprarte las medicinas que hoy recetó Albitos.»

La mano de mármol cogió la mía, y tirándome del brazo me incorporó en la cama. Al propio tiempo, una voz de dulcísimo timbre me dijo: «¿No me has conocido? Soy *Efémera*, la fiel y amable, la de Tafalla, la mensajera de *Ulio*. Levántate y obedéceme.

—¿Qué tengo que hacer?

—Vestirte para una visita y venir conmigo adonde yo te lleve.

—¿Pero cómo he de salir yo, ciego, enfermo?

—Te digo que me obedezcas, que me sigas y calles.

—Mi ropa ¿dónde está?

—Aquí la tienes—dijo poniendo sobre la cama todas las piezas, sin que faltase una.

Mientras me vestía vi muy clara la figura estatuaria, con su helénico rostro y el sutil ropaje negro. Era mi *Efémera*, la ninfa predilecta, la que me llevaría quizás á los brazos de mi excelsa Madre. Con arte mágico me vestí, sin que me faltara ninguna prenda ni se me olvidase el menor detalle. Por el mismo arte maravilloso y taumatúrgico me condujo *Efémera* de la mano, sacándome no sé si escaleras abajo, ó escaleras arriba por la claraboya de cristales. Lo cierto fué que me encontré en la calle bueno y sano, como en mis mejores tiempos, viendo claramente todas las cosas, alegre y muy orgulloso de llevar en mi compañía una estatua griega. Todo cuanto hallé á mi paso era de una perfecta naturalidad. Tan sólo me parecía ilógico y absurdo que los transeuntes no se fijaran en que iba yo acompañado de una señora de mármol, sin más ropa que el vaporoso túnico negro.

*Pian pianino*, cambiando frases cortas y vulgares, llegamos á la calle de Alcalá y de rondón nos introdujimos en la Presidencia del Consejo, sin que los guardias civiles que custodiaban la puerta pararan mientes en el ser fantástico que iba conmigo. En la escalera oscura y angulosa me encontré solo, y solito llegué á la puerta de la Subsecretaría, á punto que por ella salía Fernández Bremon con un fajo de papeles. «Qué caro te



vendes, Tito—me dijo el sagaz periodista.—Puedes pasar. Aunque Saturnino no está solo, él te dirá si el Presidente te recibe al momento, ó si tienes que esperar un rato.»

En el despacho de Esteban Collantes tertuliaban unos cuantos señores de esos que van á las oficinas á matar el tiempo rumiando la comidilla de la actualidad política. No más de un cuarto de hora permanecí en aquella sociedad *charlamentaria*, deslizando algunas palabritas en la ociosa conversación. Cuando me llegó la vez, Esteban Collantes me condujo al salón presidencial, al tiempo que se retiraban el Marqués de Orovio y el Conde de Toreno. Y héme aquí, lectores cachazudos, crédulos y traga bolas, en el despacho *del monstruo*, hablando mano á mano con él en el diván frontero á la mesa escritorio.

Empezaré por decir que olfateaba yo el ambiente, creyendo rastrear la persona invisible de la Madre *Clio*. Dábame en la nariz el delicioso y peculiar olor suyo. No sé si os he dicho que mi Madre gastaba en sus ropas un solo perfume, el aroma exquisito de los tomillos del monte Hymeto.

Entrando en materia sin preámbulos, como buen tasador del tiempo, don Antonio me dijo: «He leído los artículos de usted. Yo leo todo escrito que tiene entre sus líneas una intención recta y sana, aunque el autor, dejándose arrastrar de las seducciones de la forma, no penetra en las entrañas de la realidad, que no está nunca en la superficie. Ha tratado usted con sumo arte y donosura el

asunto del casamiento del Rey. Escribe usted muy bien, y la gallardía con que eleva sus miras hacia la Historia me encanta. Pero ha de permitirme que á sus opiniones oponga las realidades indestructibles que para tan complejos problemas nos ofrece la constitución interna de nuestro país.»

Bien claro vi que se trataba de los trabajos periodísticos cuya paternidad me había colgado Segis. Con gran agilidad de espíritu me declaré modestamente autor de los articulejos, sin que pudiera percatarme de la ocasión y lugar en que hubo de escribir semejantes cosas. Para no hacer el ridículo dejé correr el engaño y seguí prestando atención al gran don Antonio, que continuó de esta manera:

«Si en algunas afirmaciones se ha equivocado usted, en otras ha tenido un feliz acierto. Hubo en efecto negociaciones para traer al solio de España á la Princesa Beatriz de Inglaterra. Cuando tuvimos aquí al Príncipe de Gales planteé yo el asunto. Pero debo decirle que lo inicié tímidamente, movido de un ideal histórico que siempre me sedujo, aunque nunca dejé de prever las dificultades de tan audaz empresa. No pasaron aquellas tentativas de una exploración que pronto quedó terminada, pues apenas llegamos á tratar del cambio de religión para que la Princesa de Inglaterra pudiera ser Reina de España, se vió la imposibilidad de llegar á un acuerdo. Nos hallábamos ante un nudo imposible de desatar, porque el puritanismo

protestante es tan fanático como nuestro catolicismo. En cuanto la Reina Victoria se enteró de que su hija tenía que hacerse papista para ser nuestra Soberana, cerró la puerta á toda inteligencia. Esto no se hizo público; por el contrario, se guardó un secreto escrupuloso para evitar el estallido de un turbón ultramontano que sabe Dios á qué extremos de violencia habría llegado.

—¿Y cree usted, señor don Antonio—me atreví yo á decirle con el mayor respeto,—que si la Reina Victoria hubiera mirado con buenos ojos el cambio de religión de Beatriz habríase producido aquí alguna tormenta clerical?

—Seguramente, sí. Pero esa la hubiese sofocado yo. Respondo de ello.

—También he dicho en mis artículos—manifesté codeándome con el ilustre estadista—que el matrimonio anglo-español ofrecía dificultades con abjuración ó sin ella; pero luego sostuve que el problema confesional, el gran problema hispánico, no podía ser abordado y resuelto aquí más que por un hombre que ha venido á ser dueño de todas las voluntades: este hombre es don Antonio Cánovas del Castillo.

—Ay, amigo—dijo el jefe de la Situación, afirmando los lentes en el caballete de su nariz;—no me suba usted un punto más de la altura en que me han puesto las circunstancias, ni me atribuya un poder omnímodo sobre la opinión, que no podrá nunca lograr quien no posea dotes sobrenaturales. Abata

usted un poco su fantasía, y véngase conmigo á examinar de cerca el ser interno de nuestra patria. Esta vieja nación, con sus glorias y sus tristezas, sus fuerzas y sus recuerdos, sus instituciones aristocráticas y populares, y su extraordinario poder sentimental, constituye un cuerpo político de tan dura consistencia que los hombres de Estado, cualesquiera que sean sus dotes de voluntad y entendimiento, no lo pueden alterar. El alma de ese cuerpo es igualmente maciza, petrificada en la tradición y desprovista de toda flexibilidad. El único gobernante capaz de llevar á esa alma y á ese cuerpo á un nuevo estado de civilización es el Tiempo, y yo seré todo lo que usted quiera, amigo Proteo, pero el Tiempo no soy.

—Me conformo con esa opinión fatalista por ser de usted. Pero es triste cosa en verdad que España tenga que subsistir largo tiempo bajo un poder extraterritorial que entorpece y ahoga todos sus alientos, y ata sus manos y sus pies con el cordón dogmático, inutilizándola para emprender nuevas direcciones de vida. Esto dije en mi último artículo, y esto repito ante usted, suplicándole que sea benévolo con mis audacias.

—Admito las audacias como labor sintética y teorizante, como un bosquejo artístico de la Historia del porvenir. Mas yo no teorizo, yo gobierno, señor Liviano, y como gobernante estoy amarrado por los ciento y tantos cordones de la realidad. De mi gestión depende que ese ser interno que he descrito á

usted no se convierta en elemento trágico. Mi deber es sofocar la tragedia nacional, conteniendo las energías étnicas dentro de la forma lírica, para que la pobre España viva mansamente hasta que lleguen días más propicios. No podemos marchar á saltos, ni con trompicones revolucionarios. Las algaradas y las violencias nos llevarían hacia atrás en vez de abrirnos paso franco hacia un adelante remoto.

—También escribí que aplicando con firmeza las Regalías de la Corona ó del Estado, un Gobierno fuerte y hábil podría contener al Papa dentro de su esfera espiritual, y atajar sus intromisiones vejatorias en el régimen interior de los pueblos.»

Cuando esto decía yo sentí más intenso el olor de la Madre, la fragancia de los tomillos del monte Hymeto. Después de vacilar un instante, don Antonio habló así: «Mucho tiempo será menester hoy para desenvainar en nuestra edad la espada que esgrimieron Carlos V, Felipe II y Carlos III contra diferentes Papas, desde Clemente VII hasta Clemente XIV. Aquellos Monarcas eran de más fuste que los que ahora tenemos, y el Papa de hoy, desposeído del poder temporal, aprieta furiosamente las clavijas del mecanismo dogmático con que gobierna las conciencias católicas. Yo procuro por todos los medios fortalecer el poder real, debilitado por las agitaciones revolucionarias y por las propagandas de los ambiciosos de bajo vuelo. Y si en este reinado y en los siguientes mantiene su



fortaleza el poder real, será obra fácil reducir y someter al poder eclesiástico.

»Por lo demás, hemos resuelto del modo más feliz el asunto interesante del casamiento del Rey. ¿Qué nos importan las majaderías del inquieto Montpensier, ni la palinodia que ha tenido que cantar para poner á su hija en el trono de España? Hemos doblado esa hoja triste de las querellas dinásticas. Los resquemores de doña Isabel han ido á parar á la cesta de los papeles rotos. Esa buena señora no tiene derecho á trazar una página rencorosa en los anales contemporáneos. Ningún efecto nos han hecho las ridículas bravatas de mis buenos amigos los *moderados* de la vieja cepa, ni el discurso del pobre Moyano sacando á relucir un texto arcaico y manido de Donoso Cortés. Lo importante, lo definitivo es que la Infanta Mercedes, futura Reina de España, atesora las cualidades más bellas: linda, modesta, dócil, amable, inteligente, apenas lanzado su nombre en el remolino de la opinión, se ha hecho popular. ¿Qué más podemos apetecer? Reina bonita, discreta, popular... *Por lo demás...*»

Dejé de percibir la voz de don Antonio. Después vi su figura en pie, desvanecida, alejándose de mí. El grande hombre se hallaba en un salón lujoso, rodeado de damas elegantes, Marquesas y Duquesas que le agasajaban solicitando su conversación ingeniosa, amenísima, á veces cáustica. Entre aquellas señoras creí ver á la dama de Mula, y seguramente vi á *Mariclio*, fastuosa, calzada

con el alto coturno. Pasó á mi lado inundándome con su fragancia helénica.

Lo más extraño fué que detrás de la Madre vino hacia mí Casiana. Al verla empecé á dar voces, y entonces sentí que me sacudían los brazos diciéndome: «Despierta, hijo, que ya has dormido más de la cuenta.» Mis primeras palabras al abrir los ojos fueron: «¡Ah, qué delicioso olor á tomillos!» Casiana me acercó al rostro un ramo de estas aromáticas hierbas. «¡Déjame gozar de aroma tan delicioso!—exclamé yo.—¡Ay, pero esas plantas no son del monte Hymeto!

—Son de la Casa de Campo.

—¿Vienes tú de allí, chiquilla?

—No, hijo, no. Esto me lo trajo Nicanora que fué allá con varias amigas á visitar á un guarda, pariente suyo.

—¡Oh, la Casa de Campo! Allí estarían paseando la Infanta Mercedes y el Rey Alfonso, que son novios y se van á casar pronto, ya lo sabes. La futura Reina es simpática, humilde, linda, y apenas se habló de su boda se hizo popular.

—Todos hablan bien de ella menos Segismundo, que está con la tecla de que por ser hija de Montpensier debían haberla puesto á cien leguas del trono de España. El demonio de Segis y otros tan locos como él, ya lo oíste noches pasadas, querían que nos trajeran aquí una *protestanta* para casarla con don Alfonso.

—Cánovas me ha dicho que la idea es hermosa. Pero que se opone á realizarla *el ser*

*interno... ¿lo entiendes?... el cuerpo y alma de esta Nación, que es Católica hasta los tuétanos. Don Antonio teme que el ser interno se le vuelva trágico, y trata de irlo conllevando por lo lírico hasta que, fortalecido el poder real, etcétera... En suma, Casianilla de mis pecados, que ha de llover mucho hasta que los Gobiernos de esta tierra puedan decirle al amigo Pío, ó á sus sucesores: Tente allá, Papa, que los españoles ya sabemos salvarnos cada cual á su modo.»*

## XV

Desde aquel día, que en mi mente quedó marcado con el recuerdo de los tomillos del monte Hymeto, avancé rápidamente en la curación de mi vista. La horrenda *Queratitis*, que había sido mi suplicio en gran parte del año 77, se apartaba de mí, se retiraba, se iba. Tan acertado estuvo Albitos en devolverme la luz de los ojos como en el régimen y medicinas aplicadas para librar á mi cerebro del desorden anárquico. Gracias á esto no tardaron en deshacerse por sí mismas las fábulas que mi intelecto, lanzado á un delirio de Carnestolendas, forjó para embromar á la razón.

La quimera que más tardó en disiparse fué la de *Leona la Brava*. Mas tuve la suerte de que ésta viniera un día á visitarme, no ha-

biéndolo hecho antes por haber estado ausente de Madrid durante algunos meses. Viéndola en su propio ser, sin ninguna mudanza en su estado de prosperidad y rumbo, comprendí que era pura novela mía picaresca lo de los cuernecitos que le puso á don Alejandro, novelón sentimental el venir á ser mi enfermera, y terrorífico folletín por entregas el truculento caso de la fuga de Casiana con Segismundo. Este buen amigo me desengañó también con su asidua presencia, con la lealtad y gracejo de su conversación amenísima. En cuanto á la entrevista con Cánovas, y á la intervención de las *Eféméras* buenas y malas, diré que esto lo trasladaba yo á la esfera de mis relaciones ideológicas con *Maricello*, estableciendo una especie de equilibrio entre lo cierto y lo dudoso, y saboreando los puros goces que encontré siempre en la verdad de la mentira.

Antes que se me olvide, debo anotar en los anales de mi Madre el estrepitoso fin del drama económico de doña Baldoimera, según me lo contó testigo de tanta autoridad como Segismundo. Llegado el momento en que la sutil arbitrista vió agotada la simplicidad de los imponentes, determinó levantar el vuelo hacia una región lejana de la esfera terráquea. Los mismos que en el fervor del entusiasmo la llamaron *nuestra madre*, al ver en la casa señales de tronicio, no se contentaban con menos que con arrastrar á su protectora por la Plaza de la Cebada y calle de Toledo, hasta la Fuentecilla. Agregó Segis á

sus noticias este comentario fieramente sarcástico:

«Ved aquí, amigos míos, la mejor muestra de la injusticia del pueblo, que si entregó sus ahorros á la genial banquera hízolo por ambición canallesca y por su idea estúpida de la multiplicación del vil metal. Yo sostengo que mi *jefa y principal* no engañó más que á los que ya venían engañados y ciegos desde su nacimiento. Procedió como hábil financiera que ve la parte suya en un negocio, sin cuidarse de la parte de los que operan con ella. Según mi cálculo, la buena señora no se ha llevado más que unos siete millones de reales, cantidad mezquina si se compara con los millones desfalcados por agiotistas de más alta categoría social.

—Ya lo creo—afirmé yo.—Ejemplos mil tenemos aquí del *Baldomerismo* en grande escala, de Sociedades de Seguros inseguros, en las cuales, unos cuantos caballeros de muchas campanillas han arramblado con los ahorros de una ó dos generaciones, quedándose luego tan frescos. A esos elegantes *Baldomeros* les han dado títulos de Condes y Marqueses, y andan por ahí con el rango y tratamiento de *Excelentísimos señores*.

—A la hija de Larra—prosiguió Segis con profunda convicción—le daré yo el superlativo de *archi-excelentísima*, pues era muy buena para sus empleados, afable con los imponentes á quienes llamaba sus hijos, y observante del axioma de que *la caridad bien entendida empieza por uno mismo*. Si le die-



ron siete millones, qué había de hacer la pobrecita más que cogerlos y decir: *gracias, caballeros; me voy á tomar aires*.

»Ahora os contaré la fuga de la banquera, que fué en la madrugada del 4 de Diciembre, día de Santa Bárbara, festividad muy del caso para esta clase de catástrofes. La señora estuvo con unas amigas en el teatro de la Zarzuela viendo la función, y concluída ésta se fué á su casa, calle del Sordo. Allí se preparó para el viaje, y antes de amanecer salió en un coche de colleras camino de Pozuelo, donde tomó el tren mixto del Norte y... ¡Adiós, Madrid, que te quedas sin gente!

»El secretario de la dama, don Saturnino Isiegas, evaporóse también. Se ha dicho que un señor Pallares, que fué Jefe de Policía en tiempo de la República, ha favorecido el mutis de la gran histrionisa de los números. Por mi parte, no he tenido que *desaparecerme*, ni temo que me empapelen como funcionario modestísimo de aquella mágica oficina, porque en el último día de Noviembre olí la quema, pedí mi cuenta y presenté la dimisión, pretextando tener que ausentarme para un asunto de familia.»

El mutis de doña Baldomera en el escenario social tuvo, como supondréis, sus naturales derivaciones. De ello se hablará cuando la sagaz hacendista reaparezca en el campo de la actualidad. Por el momento, en las agonías del 77 y primeros vagidos del 78, lo más importante para mí era el acentuado restablecimiento de mis ojos, y la reconquista

de la facultad visual perdida en largos y dolorosos meses. Los que no han vivido en tinieblas por más ó menos tiempo no conocen el purísimo, inefable gozo de ver y contemplar hombres y cosas, lo feo y lo bonito, la Naturaleza toda en la plenitud de sus maravillosos aspectos. Es como vivir de nuevo. Yo resucité, yo renací, y difícilmente puedo expresar mi alegría.

Coincidió mi resurgimiento á la vida con los desposorios de Alfonso y Mercedes, obligado motivo de festejos oficiales, palatinos, y en aquel caso señaladamente populares. Yo no me acerqué á la basílica de Atocha, teatro del espléndido ceremonial, ni vi el desfile de la procesión epitalámica desde el templo á Palacio. Aunque frecuentaba ya la calle y los paseos, no quise meterme en el remolino de las muchedumbres regocijadas, ávidas de contemplar tan lucido espectáculo. Pero, sin verlo, la frescura de mi imaginación permitíame apreciar el soberbio cuadro, por el recuerdo de otras cabalgatas del propio estilo en diferentes ocasiones de la Historia.

Desde el Retiro, donde me paseaba con Casianilla, veía yo en mi mente las carrozas de la Casa Real, los arreos del guadarnés, los soberbios caballos que pausadamente tiraban de los coches, el mover rítmico de las cabezas de los brutos adornadas de vistosos plumachos, las bordadas libreas, las blancas pelucas, el sin fin de jinetes palatinos y militares, los timbaleros y clarines, reyes de

armas, monteros de Espinosa, caballerizos, correos y carreristas, los mancebos, lacayos y palafreneros, y por fin, los regios novios y el acompañamiento de coronadas testas, de Príncipes, embajadores y magnates, que componían el cortejo nupcial. Si doña Isabel II brillaba por su ausencia, por su presencia majestuosa resplandecía doña María Cristina, de albo cabello y dulce sonrisa que el paso de los años no había logrado destruir. Don Francisco de Asís ocupaba el puesto que por regia clasificación le correspondía, y el suyo los Duques de Montpensier y las Infantas hermanas de Alfonso XII.

Si aparté mis ojos, recién abiertos á la luz, de estas magnificencias callejeras, no pude resistir la tentación de presenciar las dos corridas de toros con caballeros en plaza, que fueron el número popular en el programa de los reales festejos. Obra fué del Municipio esta solemnidad taurina. Por cierto que los ediles discutieron calurosamente si debía celebrarse en la Plaza Mayor, teatro antaño de los regios torneos taurómacos así como de los autos de fe, ó utilizar para el caso la nueva Plaza de Toros, inaugurada en 1874. Prevaleció por fin este criterio, y yo, ávido de gozar el lindo espectáculo, tomé cuatro delanteras de grada, pues además de Casiana convidé á Segis y á Ido del Sagrario.

Llegado el día feliz entré en la Plaza con mi pareja y mis dos amigos, arrebatado de un gozo infantil que embellecía y agrandaba todas las cosas. El nuevo Circo, que yo veía

entonces por primera vez, se me representaba superior en grandeza y hermosura á la idea que tenemos del Coliseo de Roma, y el ornamento de banderolas, escudos, gallardetes, guirnaldas, guardamalletas, lanzas de torneo y demás requilorios, se me antojó lo más bello y gracioso que pudiera imaginarse. El alborozo de mi espíritu convertía las flores de trapo en naturales y olorosas, los tapices de percalina en ricos reposteros de seda y oro.

Si de tal modo transfiguraba mi fantasía las cosas materiales, imaginad mi desenfreno optimista al contemplar el mujerío que en gradas y palcos dábame la impresión de una corte celestial de belleza y amor. Desde nuestros asientos veíamos perfectamente el palco regio; cuando en él aparecieron Mercedes y Alfonso, rodeados de Majestades históricas aunque cesantes y venidas muy á menos, y de las Princesas y Príncipes de Borbón y Orleans, estalló un ciclón de aplausos y aclamaciones que bramaba y crujía como un cataclismo atmosférico.

Después de colocarse en el ruedo, debajo del palco de los Reyes, una Compañía de Alabarderos en triple fila y en actitud de firmes, Mercedes dió la señal para el comienzo del desfile. Tras de cinco alguacilillos aparecieron por la puerta de caballos los timbaleros y clarines de la Real Casa con uniforme de gala; seguía una carroza conduciendo á dos caballeros en plaza, tirada por cuatro soberbios alazanes empenachados; á los estribos

marchaban á pie, como padrinos de campo, *Frascuelo* y otros dos lidiadores, que eran *Regatero* y *Hermosilla*, según alguien me dijo; venían luego dos pajes con rejoncillos, y cuatro más conduciendo del diestro otros tantos caballos, enjaezados con montura de raso y pasamanería de oro y plata.

Vi después lo que enumero con la prolijidad que me permite el continuo pasar de figuras tan pintorescas: otro coche de gala con ocho corceles empenachados, y lacayos ostentando las libreas de los grandes de España que apadrinaban á los caballeros en plaza; gran carroza sobresaliente con adornos y arabescos de plata en su caja, propiedad, según oí, del Duque de Santoña; tiraban de aquel armatoste dos troncos de poderosos potros morcillos, y en él iban dos caballeros, vestidos de azul y rojo y de morado y blanco; marchaban al vidrio los espadas Cayetano Sanz, Gonzalo Mora, Angel Pastor y Francisco Sánchez; detrás, pajes con caballos y rejoncillos, coche de respeto, carruajes de los padrinos Condes de Bazalote y Superunda, escoltados por lacayos, mancebos y palafreneros.

Concluían la relumbrante procesión las cuadrillas de lidiadores, formadas por diecisiete espadas, cuarenta y ocho banderilleros, cuatro puntilleros, tres chulos y veintisiete picadores, y á la cola iban mozos de caballos, tiros de mulas de arrastre con preciosos arreos y mantillas, ramaleros y mayoresales luciendo ropa de terciopelo y fajas de seda.



Pensaba yo que humanos ojos no habían visto nunca mascarada tan espléndida y suntuosa, desfile marcante por lo abigarrado de los colorines, el esplendor del oro y la plata, el movible oscilar de plumachos y el continuo pasar de figuras y figurillas, rígidas unas, flexibles otras, y todas recargadas de tintas chillonas. Casianilla estaba embobada; Ido del Sagrario abría un palmo de boca; Segis, siempre descontento y mordaz, burlábase de aquel lujo estúpido y un tanto chabacano; y yo, que al principio admiraba todo como un chiquillo, acabé por atontarme ante las vueltas, revueltas y movibles luces de aquel rutilante kaleidoscopio.

La cabalgata dió la vuelta al redondel, y al llegar debajo del palco real, apeáronse caballeros y padrinos, saludando todos á las Majestades y Altezas. Los alabarderos abrieron filas, y por la puerta de Madrid salió la brillante procesión, no quedando en el ruedo más que los lidiadores y tres alguaciles á caballo.

Comenzada la lidia, los caballeros en plaza rejonearon sus toros. Era la primera vez que yo veía tal juego, y fuera de la gallardía de los jinetes y de la soberbia estampa de los bridones, no encontré en ello gran emoción. El tercer toro rejoneado embistió á uno de los alguacilillos, que fué á caer con caballo y todo entre los alabarderos, produciendo algún estropicio. El mismo torito alcanzó á un caballero en plaza cuando iba á clavar su rejoncillo, le volteó, matándole la cabalgadu-

ra, y el airoso campeón, vestido á la chamberga, hubo de ser retirado á la enfermería. La lidia ordinaria me interesó un poco al principio; pero como no entiendo de toros ni frecuento este espectáculo, acabé por sentir aburrimiento y ganas de que aquello terminara. Ido del Sagrario, no más perito en tauromaquia, hacía de cuanto veíamos críticas tan sesudas como la que podría yo hacer de la *Iliada* de Homero.

En los ratos de hastío convertía mis ojos del ruedo á los palcos y gradas, para pasar revista al pintoresco público. La hilera de palcos ofrecía un aspecto deslumbrador. Allí estaban la Navalcarazo, la Belvís de la Jara, Luisa Campoalange, la Perijáa, y las más admiradas hermosuras de la Grandeza, luciendo albas mantillas y adorno de camelias y gardenias en la cabellera y en el seno. No lejos del montón aristocrático vi á *Leona la Brava* con Carolina Pastrana y otras amigas del género *demi-mundano*. Ocasión es de decir que, en aquella época de sus progresos en el arte social, daba la dama de Mula la mejor prueba de su talento vistiéndose con modestia, procurando obscurecerse y pasar inadvertida.

En un palco fronterizo entre sombra y sol vi una tanda de mujeres, ataviadas estrepitosamente con pañolones de Manila, mantillas de madroños, altas peinetas y gran carga de flores en el pelo. Eran las que el año 72 hicieron en la Castellana, á las órdenes de Ducazcal, la famosa manifestación contra la

dinastía de Saboya: la *Moño Triste*, la *Condesa del Real Cuño*, la *Sílfide*, *Pepa la Sastra*, la *Cacharrito*, Rosa Huertas, la *Napoleona*, *Paca la Alicantina*, la *Eloísa*, la *Clotildona*, etcétera.

Retrocediendo con mi atenta observación hacia la grey aristocrática, vi en dos palcos á Vicente Halconero y al Marqués de Beramendi con sus familias. En las gradas, no lejos de nosotros, había tres muchachas picoterías, inquietas y reidoras, que á ratos miraban hacia mí, saludándome con lindas garatusas formuladas con los morros y con los abanicos. «¿Ves aquellas tres chicas que vuelven hacia acá sus rostros picarescos como haciéndonos burla?—dije á Casiana.—Pues son tres *Efémeras* que han venido disfrazadas de personas, dejando en alguna percha de los espacios sus túnicas flotantes. Pertenecen al grupo de las malas, traviesas y enredadoras. No mires hacia ellas; no les hagamos caso.» Casiana, sin comprender bien lo que yo decía, se dió por enterada.

Observamos luego que en los tendidos, hombres y mujeres comían á mandíbula batiente y empinaban botellas ó zaques, sin desatender los incidentes de la corrida. La razón de estas merendonas era que, empezando las corridas á las doce y terminando á las cuatro por causa de la cortedad de los días, trastornábanse las ordinarias horas de almorzar y comer.

Entre los accidentes restantes de la lidia ordinaria, el que más presente ha quedado

en mi memoria es el achuchón que dió un toro á los alabarderos, apostados al pie del palco Real. Rechazaron éstos con sus hieiros la embestida del morucho, que volvió á la carga con más coraje, abriendo brecha. La res sufrió terribles lanzazos, rompiéronse bastantes alabardas, dobláronse otras, volaron los tricornios por el aire, y muchos Guardias sufrieron el destrozo de sus uniformes. Pero ni los alabarderos abandonaron su puesto de honor y de peligro, ni el cornúpeto se mostraba propicio á terminar la desigual pelea. Fué preciso que el espada Felipe García colease al codicioso bruto para hacerle abandonar el campo.

Llegó el momento final, que yo vi con gusto porque ya me cansaba fiesta tan prolija y fatigosa por el vértigo de sus complicadas emociones. La inmensidad de la concurrencia dificultaba la salida; largo rato empleamos en pasar de la Plaza á la calle, y en las apreturas de aquel atranco, Segis comentaba con negro humorismo el festejo, en su doble aspecto popular y aristocrático.

«¡Cuánto nos hemos divertido!—exclamó.—¿Verdad, Casiana, que tenemos retortijones de tripas para todo el año? Me alegro de haber venido para no verme obligado á leer en la prensa taurina la descripción de esta chocarrería sublime... Si me dieran el dinero que gastó el de Santoña en esa carroza de cuento de hadas, lo emplearía en comprarle una chichonera de oro, recamada de esmeraldas y brillantes, al Alcalde que inventó

esta mojiganga de *Las mil y una noches...* aburridas... Me ha entusiasmado Manzanedo, me han hecho tilín los padrinos de la Grandeza, y entre las brutalidades de los lidiadores y las *finustiquerías* de los caballeros en plaza, me quedo con las primeras.

»Los alabarderos han estado monísimos; merecen la Gran Cruz de San Fernando por el *canguelo* que pasaron. Y si hubiera que dar un premio á las figuras culminantes del *jembrerio* de los palcos, yo agradecería con la *Jarretiera* inglesa á la *Moño Triste*, obligándola á enseñar la pierna para que el público viese imponer entre aplausos la insignia de tan ilustre Orden. Yo hubiera organizado este espectáculo en la Plaza Mayor, abriéndolo con un torneo y cerrándolo con un auto de fe, para que la fiesta fuese más nacional y castiza. El último y más lucido número habría sido quemar en elegantes hogueras al Duque de Sexto, á Manzanedo, á los Grandes y pequeños de España, á Cánovas, Ducazcal, Romero Robledo, Veragua, Saltillo, y el *Marqués del Bacalao...* en efígie, por supuesto.»

Cuando ya pasábamos de las apreturas á sitio de algún desahogo, nos encontramos con Celestina Tirado, buscando á Fructuoso y *Graziella* que se le perdieron en el tumulto de la salida. Tiempo hacía que no nos veíamos: noté á la mujer *dantesca* más vieja, huesuda y barbuda que en los días de mi última visita al laboratorio de la italiana. Interrogada por Casianita sobre la corrida



regia, la zurcidora de voluntades nos dijo:

«A ratos me ha parecido comitiva de boda, á ratos acompañamiento de entierro, porque... créanlo, yo me fijo en todo... algunas de las carrozas eran coches de la funeraria, pintados de colorines para dar el pego á los bobalicones... La Corte muy brillante; la Reina Mercedes linda y triste... Motivos tiene para ello... *Graziella* y yo examinamos detenidamente el pañuelo que agitaba para cambiar los tercios de la lidia... ¡ay qué penal!... Por el movimiento que hacían en el aire las puntas del pañuelo, y por los giros y pliegues de la tela junto á la carita de Su Majestad, vinimos á conocer como éste es día que la pobre Mercedes vivirá muy poco.

—¡Quita allá, bruja indecente!—exclamé yo indignado.—No nos vengas con vaticinios ni sandeces.

—Por la luz del santo día, Tito; créanlo, que estos signos no fallan: la hija de Montpensier no llegará á San Juan.»

## XVI

Al abrirse las Cortes el 15 de Febrero ya pude yo decir que había recobrado completamente la salud. Pero como me enojaba el barullo del Congreso no asistía jamás á las sesiones. Las únicas noticias parlamentarias que puedo daros son que, por renuncia de

Posada Herrera, fué elegido don Adelardo López de Ayala Presidente de la Cámara popular, y que desde los primeros días arreciaron su oposición los sagastinos. Todo ello es, históricamente considerado, flojo, anodino y sin substancia.

Más interés tuvo la conspiración zorrillista, que desde París enviaba sordos mugidos, llenando de zozobra los corazones monárquicos. Hablábase mucho de los Generales Villacampa y Lagunero, y los más timoratos les veían aparecer aquí y acullá como fantasmas sediciosos, capitaneando soldados ó paisanaje. Renegaba yo de la vana y artificiosa política de aquellos tiempos, y cuidábame tan sólo de darme buena vida y de pasar el tiempo plácidamente en teatros y honestas diversiones. El 30 de Marzo fuí con Casiana al estreno de la comedia de Ayala, *Consuelo*, en el Español, y ocupamos dos modestas delanteritas en el anfiteatro principal. La sala rebosaba de selecto público, descollando en sus palcos los Reyes, los Duques de Montpensier y un lucido acompañamiento de magnates y fantasmones.

Casianilla y yo no apartábamos los ojos de la simpática Merceditas, que en el teatro como en la Plaza de Toros, en los paseos y en todas partes, se llevaba tras sí los corazones. La obra del gran Ayala gustó mucho, sin llegar al éxito clamoroso y entusiasta de *El tanto por ciento*. Pasaje culminante de la representación fué el monólogo del acto segundo, que dijo Vico de un modo magistral.

Aclamado el insigne poeta con aplauso ardoroso se presentó en el palco escénico, no ciertamente cogido de la mano de los actores como es costumbre en estas solemnidades, sino solo, enteramente solo, pues su categoría de Presidente de las Cortes le obligaba, según se dijo, á recibir los homenajes teatrales en un decoroso aislamiento. La eminente actriz Elisa Mendoza Tenorio subió á las más altas cumbres del arte en la creación del carácter de la protagonista.

Como antes indiqué, yo no perdía ripio para gozar de todo espectáculo artístico de noble cultura. En años anteriores fuí parroquiano ferviente de la *Sociedad de Concier-tos*, que celebraba sus fiestas los domingos de Cuaresma en el Teatro-Circo del Príncipe Alfonso. La incomparable orquesta que primero dirigió Barbieri, luego Monasterio, Mariano Vázquez y otros maestros, ha sido y es la gran educadora del pueblo de Madrid en el clásico y supremo arte musical. Por ella han venido á ser el más puro recreo de nuestras almas las monumentales, las soberanas sinfonías de Beethoven y lo mejor del repertorio de Haydn, Mozart, Mendelsohnn, Weber, Handel, Schubert, y demás genios de la gloriosa pléyade germánica. Después de educarme yo quise iniciar á Casiana en los misterios de la santa religión de Euterpe. Durante las primeras audiciones, la pobre-cilla no lograba tomar gusto al intrincado lenguaje de aquella teología del sonido. Pero poco á poco iba entrando, y acabó por delei-

tarse con el andante de la *Sinfonía Pastoral* y el *allegretto scherzando* de la *Octava*.

Cuidábame yo mucho de dar al espíritu de Casianilla un matiz de cultura, sacándola de la rusticidad y ordinariez en que se había criado. Sus nobles sentimientos, y los estímulos de su alma querenciosa de un vago ideal, me ayudaron en mi tarea. Firme en mi propósito, llevábala con frecuencia al Museo del Prado, y á los tres ó cuatro días de andar por aquellas salas mi compañera se asimiló el valor estético de la pintura, supo apreciar á los maestros, y distinguía perfectamente á Velázquez del Tiziano y á Murillo de Rubens, dando á cada uno lo suyo.

Una mañana, cuando nos hallábamos en la Rotonda recreándonos en la variada colección de obras capitales, que no tiene igual en el mundo, sorprendiíme la presencia de Vicentito Halconero, que con su mujer y su suegra se deleitaba como nosotros en aquel Olimpo pictórico. En cuanto me vió el simpático amigo vino á saludarme muy cariñoso, y me presentó á su familia; yo, naturalmente, no les presenté á Casiana, y ésta se mantuvo cohibida y avergonzadita, fijos los ojos en el suelo, cual si quisiera recatarse con el invisible manto de su modestia.

Insinuante y efusivo, Halconero me dijo así: «¡Caramba, Tito, cuánto me alegre de verle! Hasta hace muy poco no supe que ha estado usted enfermo de los ojos... Ya me extrañaba á mí no encontrarle por ninguna parte... Pero lo que es ahora, ya no se me

escapa usted, querido. Tenemos que hablar. Usted es un hombre que vale mucho, y no debe estar obscurecido, huyendo de la gente y malogrando en la inacción sus extraordinarias dotes de talento y cultura. Eso no puede ser, no puede ser. Es preciso que hablemos, amigo mío.»

Contestéle yo, con mi habitual llaneza, que me encontraba muy bien en la obscuridad y que me infundía temor la idea de salir de ella. Disertamos un rato, y al llegar el momento de la despedida me dijo Vicente: «Mala cosa es la obscuridad, y de ello tiene usted ejemplo en la dolencia que acaba de padecer. Los hombres que valen deben vivir en plena luz. De eso hemos de tratar detenidamente. ¿Quiere usted que vaya yo á su casa, ó vendrá usted á la mía?» Le contesté que tendría mucho gusto en visitarle, y con esto nos despedimos. Casiana y yo continuamos admirando á Van Dick, Correggio, Velázquez, Rafael y el delicioso y minúsculo cuadro del Mantegna *Las exequias de la Virgen*.

Ocurrió esto á fines de Abril ó principios de Mayo, no me acuerdo bien. En lo restante de Mayo llevé á Casiana á la Armería Real, donde le fuí mostrando uno por uno los soberbios arneses, y dándole á conocer los altos héroes que habíanlos llevado sobre su cuerpo en famosas batallas. Visitamos también el Museo Naval, y allí vió Casianilla despojos gloriosos de Trafalgar y los modelos de las antiguas y modernas naves de



guerra. En el Museo de Artillería contemplamos recuerdos agradables ó lastimeros de la vida de la Patria, y en el de Historia Natural, mi compañera se deleitó contemplando los fósiles gigantescos y el rico muestrario de la fauna felina, de la ornitológica y de los organismos inferiores.

*Continuando la Historia de España* os diré que la mozuela que yo recogí del arroyo adelantaba con seguro paso en sus conocimientos. Dominada prodigiosamente la lectura y escritura, don José y yo le dábamos lecciones de Aritmética, de Geografía y de Historia compendiada. Había leído ya el *Quijote*, el *Gil Blas* y algunos libros modernos de poesía ó amena literatura. Su instrucción era gradual, lenta y práctica; expresaba su gozo por cada conocimiento recién adquirido huyendo de las demostraciones pedantescas, todo ello sin olvidar los trajines caseros que constituían su mayor deleite. Modista de sí propia, vestía con suma sencillez, evitando las formas llamativas y de relumbrón. Como yo, se encontraba muy bien en la obscuridad y le infundía temor la idea de salir de ella.

A principios de Junio circularon por Madrid rumores de que la Reina Mercedes no gozaba de buena salud. En nuestras divagaciones por la Castellana y el Retiro, Casiana y yo la veíamos pasar en coche con su esposo, y en efecto, notamos en su linda carita palidez, tristeza, un indeciso mohín que á mí me pareció algo como despego de la vida.

Nos interesábamos por la joven Soberana como si fuera de nuestra familia, y el propio sentimiento creo yo que alentaba en todo el pueblo de Madrid. Vino Mercedes al trono de España como símbolo de paz, sin odios por su parte, sin ningún recelo por parte de la Nación. Merecía reinar, merecía vivir...

Después de San Antonio, festividad del padre de la Reina, fué más denso el rumor de la enfermedad de ésta, y ya no se ocultaba lo grave del caso. Quién decía que era una afección al pecho, quién que una fiebre maligna; muchos recordaban que otros hijos de Montpensier habían muerto en plena juventud, de calenturas infecciosas, contra las cuales nada pudo la ciencia; algunos, desviando los hechos del terreno lógico al de las conjeturas supersticiosas, afirmaban que sobre don Antonio de Orleans pesaba una maldición: no podía ser feliz en su vida doméstica el que había sido en la pública desleal, ingrato y locamente ambicioso. Era el Duque una capacidad administrativa, hombre ordenadísimo, económico, buen esposo, buen padre, y á despecho de estas apreciables dotes nadie le quería. En la mente popular se claveteaba con remaches duros la idea fatalista de que los hijos inocentes han de expiar las culpas de los padres pecadores.

El 22 de Junio aumentó tanto la gravedad de la Reina infeliz, que se desconfiaba de salvarla. En la Mayordomía de Palacio agolpábase el gentío aristocrático y oficial, cubriendo de firmas tal número de pliegos que

pronto se formaron montes de papel en las anchas mesas. El pueblo soberano, que no firmaba porque no sabía ó no le dejaban, hizo pública demostración de su afecto á la Reina ocupando silencioso y triste la Plaza de Oriente y sus avenidas. Casiana, Segis y yo recorríamos los grupos de aquella plebe consternada y ansiosa que, clavando sus ojos en los balcones de Palacio, firmaba según su peculiar modo de escritura. Las impresiones que recogimos aquí y allá pueden ser sintetizadas en esta forma: Merceditas era la cándida paloma que trajo á España el ramo de oliva. Mientras ella calentó el nido huyeron espantadas las víboras de la trágica escandalera dinástica en el siglo XIX.

El día 23 llegaron de París los Duques de Montpensier, llamados por un angustioso telegrama del Rey Alfonso. Ante la hija herida de muerte disimularon su consternación, y á espaldas de Mercedes pidieron que fuese llamado á consulta el célebre médico republicano Federico Rubio...

El 24 arreció la gravedad de la enferma con síntomas y caracteres que inducían á la desesperación; se creyó que la Reina terminaría su vida en el aniversario de su natalicio: el día de San Juan Bautista cumplía Mercedes de Orleans diez y ocho años. Contra este horrible sarcasmo del Destino protestaron la familia de la moribunda, el mundo palatino, las clases altas y bajas de Madrid y el pueblo entero de España, elevando al cielo todas las formas de plegaria, desde las más

solemnes á las más humildes. Hiciéronse rogativas en innúmeros templos, catedrales, parroquias, conventos, santuarios y ermitas; enronquecieron frailes, monjas, capellanes y canónigos de tanto pedir á Dios la vida de la joven Reina; y hasta las pobrecitas presas de la Cárcel de Mujeres reunieron, cuarto á cuarto, suma bastante para mandar decir una misa rezada con el mismo piadoso objeto.

En la noche del 24 al 25 se inició ligera remisión en la enfermedad. Las salas próximas á la regia alcoba parecían un campamento; aquí y allá, recostados en los lujosos divanes, daban descanso á sus fatigados huesos Montpensier, la Princesa de Asturias, los Cardenales Moreno y Benavides, y los palatinos de servicio. Las personas que no se movían á ninguna hora de junto al lecho de Mercedes eran don Alfonso, la Marquesa de Santa Cruz y la Infanta Luisa Fernanda.

El 25 renació la confianza. Federico Rubio dijo que no se debía tener por imposible la salvación de la Reina. A propósito del doctor Rubio referiré las voces que aquel día corrieron por Madrid. Según el rumor público, el famoso médico se presentó en Palacio vestido de americana y se le dijo que no podía penetrar en la Cámara Real sin ponerse levita, á lo que don Federico respondió que él no entraba en aquella casa por su voluntad, que le habían llamado para ver un enfermo, y que iba con el traje que usar solía en el ejercicio de su profesión... Después supe por el propio Federico Rubio que todo

aquello era una fábula, que fué á Palacio como le exigían su dignidad, su educación y el respeto á los compañeros.

Llegada la noche del 25 al 26 disipáronse las esperanzas rápidamente. No había salvación para la Reina. Extendida la triste noticia por todo Madrid, el público abandonó los teatros, los cafés y los círculos de recreo. Grandes muchedumbres acudieron á Palacio, invadiendo el patio y galerías bajas. La guardia exterior tuvo que desalojar el edificio; pero el gentío siguió estacionado en la Plaza de la Armería y en la de Oriente...

Desde las primeras horas de la mañana del 26, entrañaba la situación de Mercedes una definitiva, inevitable desesperación. Todas las personas que rodeaban el lecho mortuario, hijas de Reyes las más, magnates ó Príncipes de la Iglesia las otras, presenciaron enmudecidas por la congoja el lento descender de la Reina á la región de la eterna sombra... Mercedes expiró á las doce y cuarto.

En pleno día, el vecindario de Madrid llenaba las calles; se oían más las pisadas que las voces... A punto de las tres de la tarde, el insigne Ayala, desde su sitio de la presidencia del Congreso pronunciaba una corta oración fúnebre, de la cual entresaco lo que á mi parecer expresa con más delicadeza y ternura el duelo de España en aquel luctuoso día:

«Ya lo oís, señores Diputados: nuestra bondadosa Reina, nuestra cándida y malograda Reina Mercedes, ya no existe. Ayer celebra-



mos sus bodas; hoy lloramos su muerte. Tan general es el dolor como inesperado ha sido el infortunio; á todos alcanza; todos lo manifiestan; parece que cada uno se encuentra desposeído de algo que ya le era propio, de algo que ya amaba, de algo que ya aumentaba el dulce tesoro de los afectos íntimos; y al verlo arrebatado por tan súbita muerte, todos nos sentimos como maltratados por lo violento del despojo, por lo brusco del engaño.

»Joven, honesta, candorosa, coronada de virtudes antes que de la Real diádemas, estímulo de halagüeñas esperanzas, dulce y consoladora aparición... ¡quién no siente lo poco que ha durado!... No sé, señores Diputados, si la profunda emoción que embarga mi espíritu en este momento me consentirá decir las pocas palabras con que pienso, con que debo cumplir la obligación que este puesto me impone. No es porque yo crea sentir más vivamente el funesto suceso que ninguno de los que me escuchan; porque son tan variadas, tan acerbadas las circunstancias que contribuyen á hacer por todo extremo lamentable la desgracia presente, que no hay alma tan empedernida que le cierre sus puertas. Pero concurre una tristísima circunstancia, que nunca olvidaré, á que yo la sienta con más intensidad en este momento.

»Testigo presencial de los últimos instantes de nuestra Reina sin ventura, aún tengo delante de mis ojos el lúgubre cuadro de su agonía; aún está fresca en mi mente la ima-

gen de la pena, de la horrible y silenciosa pena que, con varios semblantes y diversas formas, rodeaba el lecho mortuario: he visto el dolor en todas sus esferas. Allí, nuestro amado Rey, hoy más digno de ser amado que nunca, apelaba á sus deberes, á sus obligaciones de Príncipe, á todo el valor de su magnánimo pecho, para permanecer al lado de la que fué la elegida de su corazón, y para reprimir, aunque á duras penas, el alma conturbada y viuda que pugnaba por salir á sus ojos. Allí, los aterrados padres de la ilustre moribunda, viva estatua del dolor, inclinaban su frente ante el Eterno, que á tan dura prueba les sometía, y con cristiana resignación le ofrecían en holocausto la más honda amargura que puede experimentarse en la vida. Incansables en su amor, la Princesa de Asturias y sus tiernas hermanas seguían con atónita mirada todos los movimientos de la doliente Reina, como ansiosas de acompañarla en la última partida. Allí, la presencia del Gobierno de Su Majestad representaba el duelo del Estado; los Presidentes de los Cuerpos Colegisladores el luto del país...»

A estas expresiones elevadas, patéticas, que revelaban al orador elocuente y al poeta eximio, añadió Ayala otras que podríamos llamar de literatura oficial, proponiendo que enmudeciera la tribuna parlamentaria hasta que el cuerpo de la infortunada Reina recibiese cristiana sepultura.

El suceso del día siguiente fué la exposición pública del cadáver de Mercedes en el

Salón de Columnas. No exagero al decir que medio Madrid desfiló por la capilla ardiente. Las apreturas fueron horribles; se entraba por la Plaza de la Armería y se salía por la puerta del Príncipe. El sentimiento, derivando á la curiosidad, convertíase en fuerza irresistible que todo lo arrollaba: hubo desmayos, síntomas de asfixia, magulladuras y estrujones tan violentos que muchas personas hubieron de ser auxiliadas en la Casa de Socorro ó en las farmacias próximas.

Casiana y yo llegamos á la Plaza de Oriente, y viendo el tumulto no nos atrevimos á meternos en tan terribles angosturas. Minutos después nos encontramos á Celestina Tirado que salía de Palacio, desgredada, sudorosa, jadeante. Antes que yo le hablara, llegóse á nosotros con esta retahila:

«La he visto, la he visto. ¡Qué dolor de niña! Está ya medio descompuesta, vestidita con el hábito de la Merced, en una caja de tisú de oro. Por cierto, Tito salado, que cuando en la Plaza de Toros solté la profecía, sacada de los signos y *céteras* que nunca fallan, me equivoqué en el santo, nada más que en el santo... Quise decir San Pedro y dije San Juan... Desde que ando en este oficio se me trabucan los santirulicos.»

## XVII

Una tarde de Julio, paseando por el Prado, oímos estas coplas, cantadas por las tiernas niñas que jugaban al corro: *¿Dónde vas, Alfonso XII?—¿Dónde vas, triste de ti?—Voy en busca de Mercedes,—que ayer tarde no la vi.—Si Mercedes ya se ha muerto;—muerta está, que yo la vi:—cuatro Duques la llevaban—por las calles de Madrid.* La simplicidad candorosa de estos versos, en boca de inocentes criaturas, se me metía en el corazón avivando la doliente memoria de la Reina sin ventura, muerta en la flor de la edad.

Otro día, en Recoletos, oí las mismas coplas, continuadas de este modo: *Su carita era de Virgen,—sus manitas de marfil,—y el velo que la cubría—era un rico carmesí.—Los zapatos que llevaba—eran de rico charol,—regalados por Alfonso—el día que se casó.* Recreándonos con tan ingenua cantata dimos la vuelta al corro, y pudimos enriquecer el poema infantil con esta otra cuarteta: *El manto que la cubría—era rico terciopelo,—y en letras de oro decía:—Ha muerto cara de cielo.*

«Fíjate—dije á Casiana,—y convendrás conmigo en que esos lindos cantares contienen más inspiración y mayor encanto que las odas hinchadas y las elegías lacrimosas con que los poetas de oficio lamentaron el prematuro fin de Merceditas, apedreándonos

con ripios duros y aburriéndonos con el desfile monotonó de imágenes sobadas y terminachos rimbombantes.»

Opinó como yo Casianilla y me dejó estupefacto al preguntarme: «Dime, Tito: ¿tú conoces á los poetas que hacen esos cantares? ¿Quiénes son, dónde están?

—No lo sé, hija mía—contesté.—Sólo te digo que el pueblo hace las guerras y la paz, la política y la Historia, y también hace la poesía.»

Si no referí antes mi primera visita á Vicentito Halconero, fué porque en ella nada hubo digno de mención. Redújose á cortesías de ritual y á remembranzas de sucesos que se desvanecieron en el tiempo. Las posteriores entrevistas tuvieron más interés. Vivía mi amigo en la calle de San Quintín, Plaza de Oriente, y cuando le visitaba por la tarde, como á esas horas salía yo siempre con Casiana, quedábase mi compañera sentadita en un banco de los jardinillos entrando yo solo en la casa.

Requería Vicente mi persona un día y otro para convencerme de la necesidad de que yo me lanzase de lleno á la política activa, afiliándome con él al partido de Sagasta. Apuró Halconero sus razones sin persuadirme, y entre otras cosas me dijo que el propio don Práxedes le manifestó deseos de tenerme á su lado, porque ansiaba fortalecer el Partido Constitucional con gente moza, atraer á todos los jóvenes de mentalidad á la moderna, aunque hubiesen sido revolucionarios y



alborotadores en días no lejanos. El relleno de sus adeptos, consistente en progresistas acartonados, necesitaba renovación.

Después de hablar por boca de Sagasta, habló Vicente por la suya diciéndome que si me determinaba podía contar desde luego con un distrito seguro para salir diputado, bien cediéndome el suyo, La Guardia, bien Villarcayo, el de su suegro, pues éste ansiaba retirarse de la vida pública. «Como ve usted—añadió,—tengo dos distritos. Escoja el que quiera.»

Contestéle que yo agradecía mucho su generoso interés, pero que me repugnaba el *cunerismo* y nunca pasó por mi mente pertenecer á esos rebaños parlamentarios que forma el Ministro de la Gobernación como Dios hizo el mundo, de la nada. Sostuve que en España no existe la representación nacional, y que los diputados no expresan más opinión que la de unos cuantos señores; que en las Cortes no reside ninguna parte de la soberanía, y que la ley fundamental del Estado no es más que una edición bonita y esmerada de las coplas de Calainos. Todos los poderes residen en el Rey y en las camarillas, á las que están subordinados los jefes de las ganaderías políticas.

De estas afirmaciones surgió una discusión entre cómica y seria, y Halconero acabó por arrancarme la promesa de que iría yo con él á ver á Sagasta. Al salir de casa de mi amigo y entrar en los jardinillos para reunirme con Casiana, vi un ruedo infantil que cantaba

con dulces vocecitas las coplas que en otra página he transcrito, y estas que ahora copio: *Los faroles de Palacio—ya no quieren alumbrar,—porque Mercedes se ha muerto—y luto quieren guardar.—Junto á las gradas del trono—una sombra negra vi,—cuanto más me retiraba—más se aproximaba á mí.—No te retires, Alfonso;—no te retires de mí,—que soy tu esposa querida—y no me aparto de ti.*

Cumplí á Vicente Halconero mi promesa de visitar á Sagasta, y una mañana fuí con él á casa del jefe de los Constitucionales, Alcalá, 52. Había yo tratado superficialmente á don Práxedes en años anteriores. Antes que Vicentito me presentase, Sagasta me reconoció, saludándome como si nuestro trato hubiera sido frecuente y nunca interrumpido. Ya sabéis que la característica de aquel hombre realmente extraordinario era el don de simpatía, el don de gentes, la flexibilidad del ingenio y de la palabra, sin que por ello dejase traslucir su pensamiento en la conversación. Entendía yo que en su afable sonrisa no debíamos ver un accidente, sino un estado constitutivo de la personalidad, y además la máscara impenetrable de su genial astucia.

Don Práxedes rompió la conversación sacando á relucir diabluras y extravagancias de mi temprana juventud, y no fué poco mi asombro al ver que tales simplezas conocía y recordaba. Pronto comprendí que trataba de ganar mi voluntad y atraerme á su esfera por la afinidad de los caracteres y la seme-

janza de nuestros respectivos modos de expresión. De frase en frase nos metimos en la política, y Sagasta hizo el panegírico de la Monarquía constitucional, prometiendo á España días muy felices. La buena crianza obligóme á una delicada conformidad con las opiniones del riojano, y al observar yo que recogía la sonrisa en su larga boca para departir con grave estilo, pensaba que seguía riéndose por dentro.

Una observación del amigo Halconero llevó á don Práxedes á tocar el tema de mi incorporación á su partido. Yo me excusé declarándome inepto para la vida pública, tal como aquí se practicaba entonces; y él, entre severo y festivo, me habló de este modo:

«Ya sé, ya sé que á usted las cavilaciones le han hecho algo metafísico y que los desencuentros han matado su optimismo. Déjese de tonterías, amigo, que por ese camino no se va á ninguna parte. Usted sostiene que vivimos en un mundo de ficciones; que la representación nacional, base del régimen, será una farsa mientras hagamos los diputados por un sistema de moldes y cubiletes. Algo hay de verdad en todo lo que usted dice, lo reconozco; pero también afirmo que semejantes males sólo puede remediarlos el Partido Constitucional, maridaje perfecto entre el poder real y la soberanía del pueblo... No lo dude usted, amigo Liviano, pues mi partido, en la oposición, está haciendo ya una gran obra política. El porvenir es nuestro. Si usted no lo reconoce todavía, lo reconocerá bien

pronto. Yo he de intentar la regeneración de este país. ¿Fracasaré? Allá veremos. Lo que aseguro es que si mis esfuerzos resultan fallidos y sucumbo en la demanda, caeré siempre del lado de la libertad.»

Con esto y poco más, terminó mi primera visita á don Práxedes. El rápido avance del verano interrumpió mis relaciones con Halconero porque éste se fué á La Guardia, Victoria y San Sebastián... Casiana y yo, no queriendo infringir la moda de la emigración estival, partimos para nuestras posesiones de La Sagra, radicantes en el término de un desconocido pueblo llamado Borox. Reducíase el patrimonio mísero de los Conejos á unas tierrucas de pan llevar y á una casucha propiedad de la tía Simona. Encantadas entraron Simonica y Casiana en su pueblo natal; pero á mí me pareció muy desagradable. En Borox no se conocía el árbol; había una sola fuente, y el agua de ésta no servía para cocer los garbanzos: utilizábase en tales usos la que brotaba de un manantial distante cinco kilómetros del pueblo, y era transportada por arrieros-aguadores que surtían á todo Borox y sus alrededores.

Aunque la pobreza y sequedad de aquel suelo eran lo más apropiado á nuestra ingénita cursilería, yo no me conformé con tan ruin *villeggiatura*, y nos fuimos á Esquivias, lugar próximo donde Simona tenía parentela. Por mediación de ésta alquilamos una hermosa casa, con huerta, rodeada de viñedos y frutales. Ya sabéis que Esquivias es la

patria de doña Catalina de Salazar, esposa de Cervantes, y que allí vivió algún tiempo el Príncipe de nuestros ingenios. Gozábamos el alto honor de veranear en una villa famosa en los anales de las Letras patrias. El pueblo era cómodo y alegre, y en su vecindario encontramos muchas personas de buena crianza, y algún señorío. Había no pocos veraneantes de Madrid, gente de medio pelo, pero campechana y cortés.

Tan bien nos fué en Esquivias que nos quedamos hasta la vendimia, muy entretenidos y gozosos. En aquella temporada placentera no teníamos más relación con el resto del mundo que las cartas que de vez en cuando nos escribía nuestro amigo Segis, desde San Sebastián primero, después desde Zaragoza y Barcelona. Al llegar á Madrid me enteré de acaecimientos que surgían y pasaban sin dejar tras sí más que el comentario fugaz de las lenguas ociosas: que Martos, después de entenderse con Ruiz Zorrilla, logró catequizar al Duque de la Torre y llevarlo á las trincheras revolucionarias; que los tres celebraron una conferencia en Biarritz, de la cual, según los *ojalateros* de Madrid, resultaría muy pronto el triunfo de la República. Estas ilusiones y otras de rosados matices se desvanecieron en la normalidad perezosa de la vida política en aquellos tiempos de glacial positivismo.

La intentona revolucionaria de Navalmo-  
ral de la Mata fué otro caso de la vacuidad  
histórica que caracterizó aquellas décadas.



El 25 de Octubre regresó el Rey Alfonso de un viaje que hizo á las provincias del Centro, y al pasar en coche por la calle Mayor, cerca ya de los Consejos, un jovenzuelo disparó contra él dos pistoletazos, sin causarle daño alguno. El agresor, detenido al instante, se llamaba Juan Oliva Moncasi, era natural de Cabra (Zaragoza), y según dijo, estaba afiliado á la Internacional. La emoción de este suceso no duró mucho. El tal Oliva era indudablemente un fanático; pero con menos visos de locura que de tontería. Según mi leal entender, en aquella época de una insipidez mal azucarada, hasta el regicidio era tonto, desaborido y sin picante. Del desdichado Oliva se habló un poco en aquellos días, y otro poco cuando le dieron garrote en Enero del año próximo.

El mundo marchaba, dejando atrás á personalidades ilustres que habían cumplido ya su misión en la vida. En Agosto del 78 falleció la que fué Reina Gobernadora, doña María Cristina; en Diciembre perdió la democracia al famoso tribuno don Nicolás María Rivero; y á principios del año siguiente, 1879, acabo sus días Espartero, Duque de la Victoria y Príncipe de Vergara, que durante un cuarto de siglo llenó con su nombre la Historia de España.

Mientras llega ocasión de traer á estas páginas las cosas de Cuba, os diré que la llamada paz del Zanjón (más bien tregua ó convenio, al estilo del de Vergara) pactada entre Martínez Campos y los jefes de la in-

surrección, no era del gusto del Partido Peninsular Español de la Gran Antilla. Sonaron con mayor estridencia que antes las declamaciones patrióticas; Martínez Campos, viendo que el Gobierno de Madrid se mostraba esquivo para realizar lo pactado con los insurrectos, se *atufó*, dió de lado al Capitán General Jovellar y á los *españoles incondicionales*, y se vino á Madrid decidido á plantear la grave cuestión ante el Rey, el Gobierno y las Cortes.

Cánovas del Castillo, estimando con razón ó sin ella que el horno político de España no estaba para bollos autonómicos ni otras zarándajas ofrecidas á los cubanos, mostró su repugnancia á convertir en leyes las estipulaciones del convenio del Zanjón, y para salir de aquel aprieto puso en práctica la consabida artimaña del medio mutis, que había empleado con éxito en los comienzos de la Restauración.

El 27 de Febrero planteó don Antonio la crisis total, aconsejando al Rey que encargase de formar Gobierno á Martínez Campos. ¡Lástima grande que un hombre como Cánovas desestimara el alto ideal que Martínez Campos defendía; error funesto que don Antonio, por falta de valor para imponerse á los patrioterros, entregase el Poder á un hombre que si en lo militar era eminente, en lo político carecía de trastienda y travesura para luchar con las pasiones humanas! ¡Fatalidad inexorable! Cánovas, no atreviéndose á resolver el gran problema antillano, cedía los

trastos de gobernar á quien, sobrado de valor para todo, no podría consumir la magna empresa por falta de aptitudes políticas. De este modo, entre un sabio que no quiere y un valiente que no puede, decretaron para un tiempo no lejano la pérdida de las Antillas.

Llevó Martínez Campos al Ministerio de la Gobernación á *Paco* Silvela, el más joven de los tres hermanos de este ilustre apellido, todos muy notables en la jurisprudencia, la literatura y la política. Fuera de disolver las Cortes y convocar otras nuevas, el Gabinete Campos-Silvela poco ó nada hizo, á no ser que se tenga en cuenta su obra negativa. Las reformas políticas de Cuba, que se había comprometido á realizar don Arsenio, pasaron suavemente al panteón del olvido, y ni aun se trató de sacar adelante el proyecto de ley de abolición de la esclavitud que parecía lo de más urgencia.

En cambio, los Ministros pusieron toda su atención en el proyecto que daba por quebrada á la Compañía constructora de las líneas férreas del Noroeste, facultando al Gobierno para otorgar por concurso lo que restaba por construir. De ello resultó que adjudicaron el bonito negocio á un afortunado francés llamado *Monsieur* Donon, á quien, según se dijo, protegían altísimas personalidades.

Pasando de lo colectivo á lo personal, os contaré que Halconerito insistió en sus deseos de sacarme diputado, aprovechando aquellas elecciones. Yo me negué en absoluto, y nunca me pesó este apego á la dorada

obscuridad: así lo digo, porque en mi salvaje independencia llevo dentro una luz espiritual que me hace amable y placentera la vida.

A los que se hayan sorprendido de no ver en mi compañía hace algún tiempo la figura de García Fajardo, les diré que poco después de irme yo al veraneo de Esquivias mi grande amigo se reconcilió con su madre, Segismunda Rodríguez, señora de circunstancias, dotada de no comunes talentos para traer dineritos de los bolsillos ajenos al suyo propio, y para decorar su vanidad con fáciles blasones. De esta dama os hablé hace algún tiempo, y aquellas referencias las completo ahora diciendo que doña Segismunda había realizado su dorado sueño de poseer un título nobiliario, aunque fuera pontificio: desde el verano anterior titulábase Condesa de Casa Pampliega.

Satisfecho este anhelo, y viéndose ya en la madurez de la vida, sin más afecto que el de su hijo, requirió la compañía de Segis con el ansia de completar su corrección teniéndole siempre consigo. Sacó al rebelde del poder de doña Leche, y firme en la idea de apartarle de las malas compañías de Madrid, emprendió con él largos viajes que fueron á un tiempo de recreo y de vanidad. Pasaron sus temporaditas en los balnearios y playas del Norte, visitaron después Barcelona, Zaragoza y otras capitales, y llegado el invierno se fueron á Andalucía, terminando su agradable excursión con la temporada de Semana Santa y Ferias en Sevilla.

En cuanto supe el regreso de Segismundo á Madrid me fuí á verle á su casa, y lo encontré más reformado de indumento que de lenguaje. La madre de García Fajardo, en el descenso de la vida, conservaba la siniestra hermosura de su rostro ceñudo y desapacible. En otro tiempo compararon su cabeza con la de Medusa, y aún podía sostenerse la comparación; sólo que su cabellera de serpientes había blanqueado. Al visitar por primera vez á mi amigo hablamos de sus recientes viajes, y la señora Condesa de Casa Pampliega se despachó á su gusto, contando con prolijidad enfadosa las preciosidades que había visto en el Norte y Sur de las Españas.

A la tarde siguiente volví á casa de Segismundo, y puedo aseguraros que esta segunda visita fué memorable, digna ciertamente de ser marcada con piedra blanca en mis historias. Al entrar yo se despedía una dama elegantísima, guapetona, de grandes ojos negros fulgurantes, carnosa, espléndida en hechuras, bien plantada... Quedé absorto ante tan seductora belleza, y dije para mí: «Sin saber quién es esta mujer, sé que la he visto en alguna parte. ¿Dónde, Señor, dónde?... No me acuerdo.»

Cuando Segis volvió de despedir á la linda señora, notando mi asombro y perplejidad, me dijo: «¿Pero no la conoces? Parece que estás tonto. Es Elena Sanz.



## XVIII

—¿Elena Sanz?... ¡Ah!... sí... sí—exclamé yo golpeándome la frente,—la hermosa cantante española... Nunca la vi fuera de la escena; por eso la desconocía.

—En el teatro, querido Tite—me dijo Segis,—su belleza entra en el orden de lo monumental, y al pasar del escenario á la vida es un conjunto de gracias y seducciones que quitan el sentido. Recordarás que la aplaudimos en el Real por primera vez, interpretando el carácter de Leonor de Guzmán, favorita del Rey don Alfonso XI y madre del bastardo Trastámara y de sus hermanos, que tanta guerra dieron en estos Reinos.

—Ya, ya me acuerdo—contesté.—Luego la vimos en la *Azucena* de *El Trovador*, tipo musical á que da extraordinario relieve su potente voz de contralto.»

Queriendo mostrar sus conocimientos en el arte del *bel canto* aplicado á la ópera, doña Segismunda intervino en la conversación con estas sensatas razones: «Entiendo yo que eso de *contralto* es lo mismo que *barítona*, ó como quien dice, el barítono de las mujeres. Recuerden lo bien que estaba Elenita, vestida de muchacho, en esa ópera tan preciosa... no me acuerdo... ¿Cómo se llama?

—*Lucrecia Borgia*—contestó Segis.—El papel de *Maffeo Orsini* le va que ni pintado. ¡Qué elegante mozo, qué frescura, qué gra-

cia!... Como dice *Asmodeo* en sus famosas críticas, Elena Sanz rayó á gran altura en el *racconto* del primer acto y en el brindis del tercero.

—Pero donde está incomparable, ideal, es en *Aida*—afirmé yo.—¡Qué *Amneris*! Diríase que es la auténtica hija del Rey de Egipto... Cuando entra en escena parece que viene de dar un pascito por el Nilo y de echar un vistazo á las Pirámides.

—Todas esas óperas y otras le hemos oído en Sevilla—me dijo Segismundo.—Cada vez está mejor.

—Además—añadió la Condesa de Casa Pampliega,—como vivíamos en el Hotel de París, donde ella moraba, nos hicimos muy amigas. Elenita es una mujer simpatiquísima, buena como el pan, toda pasión, generosidad, ternura.»

Hijo y madre siguieron bosquejando con cariñosa benevolencia el retrato de *la diva* guapetona y adorable, y yo me retiré porque tenía que hacer en mi casa. Al bajar la escalera parecióme sentir leves pasos al compás de los míos; volví el rostro y nada vi. Cuando llegué á la calle, además de los pasos oí una voz tenue que deslizó en mi oreja estas dulces palabras: «Soy la *EfémERA* á quien nuestra Madre augusta confía las comunicaciones de índole más delicada. ¿No me ves?

—Vagamente, como un espectro engendrado por la luz solar, veo tu perfil de mármol y tu ropaje azul.

—No es azul; es verde con grecas de plata, fíjate bien. Y la región espiritual que cruzamos con fugaz vuelo mis hermanas y yo es aquella inmensa esfera encendida por el fuego de amor, que crea ó destruye las familias humanas... Cuando hablabas con tu amigo y su madre estaba yo presente, pero no pudiste verme. Cuando salías te seguí para comunicarte el pensamiento de la divina *Clio*: ella movió la voluntad de tus amigos á fin de que te dieran á conocer á la gentil artista que, con su gallarda persona y sus acendrados sentimientos, ha de ocupar grande espacio en la Historia... pero entiéndase bien, en los anales *del ser interno* de la Nación. Demasiado sabes tú que la vida externa y superficial no merece ser perpetuada en letras de molde. Lo que aquí llaman política es corteza deleznable que se llevan los aires. Desea *Maricello* que te apliques á la Historia interna, arte y ciencia de la vida, norma y dechado de las pasiones humanas. Estas son la matriz de que se derivan las menudas acciones de eso que llaman *cosa pública*, y que debería llamarse *superficie de las cosas*.»

Aplicando toda mi atención á las palabras de aquella fémina incorpórea, pude hacerme cargo de las excelsas órdenes que me transmitía. «Bueno—le dije.—Ya sé que la hermosa *diva* de los ojos de fuego trae, además de sus papeles de teatro, otro muy importante en la Historia. Dispuesto estoy á escribir lo que, tocante á esa señora, sea digno de pasar á la posteridad; pero ¿de dónde voy á

sacar los pormenores y noticias de una vida que desconozco? ¿Ha de relatarme ella misma su propia biografía? Los amigos suyos que también lo sean míos, ¿podrán contarme el pasado de esa mujer seductora, algo de su presente, y revelarme los pensamientos y propósitos con que intenta elaborar su porvenir?»

Ibamos por la Plaza de Santa Ana, y al atravesar el jardincillo donde años después se colocó la estatua de Calderón, la infantil y grácil *Efémora* brincaba, separándose por momentos de mí para pisotear el césped y volver luego á mi lado con paso de cabritilla juguetona. De pronto me cogió de la mano, y como yo le manifestase de nuevo mi perplejidad ante la falta de datos para escribir la *Vida y Hechos* de la bella cantatriz, obligóme á sentarme en un banco y me dijo: «No te apures, Titín, que aquí tengo yo, y voy á dártelo, el remedio de tu ignorancia.»

Acto seguido sacó del seno un cartuchito de papel, y de éste una pluma que me entregó, acompañando la acción con las siguientes diabólicas palabras: «Tu Madre te envía la péñola que ella usó algunas veces para apuntar los nombres de los Reyes enamorados que por sus liviandades perdieron el trono, y los de otros que por las mismas ó parecidas flaquezas lo ganaron. Todo lo que con ella se escribe es verdad, aunque otra cosa quiera el que la coge en su mano para llenar de letras un blanco papel. ¿Te vas enterando? Si te propusieras escribir con esta

pluma una mentira, ella no te obedecería y pondría la verdad.»

Pronunciando la última palabra, introdujo la pluma en el bolsillo interior de mi levita y desapareció de mi vista... Apenas percibí un rumor, un viso verde rasgando el aire.

Sin detenerme á reconocer la dirección que por el alto espacio seguía la mensajerita de mi Madre, emprendí presuroso el camino de mi casa; espoleado por la inquietud y confusión que la presencia de la linda *Efémera* me causara, y con la esperanza de que cesarían mis dudas en cuanto pudiese probar la maravillosa virtud de la pluma que á despecho del escritor escribía siempre la verdad. Pocos minutos me bastaron para llegar á mi vivienda, y segundos tan sólo tardé en sentarme junto á mi mesa, requiriendo con ágil mano tintero y papel.

Púseme inmediatamente al trabajo, entregándome al arbitrio de la mágica péñola, la cual empezó á traducir mi pensamiento, ó más bien á sugerirme el suyo en esta forma: «Elena Sanz nació en Castellón de la Plana por los años de 1852 ó 53, y no doy más referencias de su progenie, ni puntualizo la fecha de su nacimiento, porque ello ni quita ni pone un ardite en el valor documental de esta verídica historia. Os diré tan sólo que á mediados del 63 ingresó con su hermanita Dolores en el Colegio de las Niñas de Leganés, sito, como saben hasta los más indoctos, en la calle de la Reina, á mano derecha bajando de la calle del Clavel á la de San Jorge.



»Acreditados autores dan á entender que la gentil Elenita y su hermana entraron á recibir educación en aquel benéfico instituto por los auspicios ó voluntad expresa del representante del Patronato señor Marqués de Leganés, más conocido por los ilustres títulos de Duque de Sexto y Marqués de Alcañices. Cuestión es esa que dejo al libre criterio de los lectores, limitándome á consignar que la nueva colegiala se distinguió por su belleza, por su aplicación al estudio, y singularmente por su magnífica voz y extraordinarias aptitudes para la música y el canto. El maestro don Baltasar Saldoni, profesor del Colegio en las clases de solfa, vaticinó á Elenita un porvenir brillante y provechoso si consagraba su florida juventud y su admirable órgano vocal á la ópera italiana.

»Todo Madrid sabe que en algunas tardes y noches de Semana Santa, acude gran gentío al Colegio de Niñas de Leganés para oír cantar á las educandas motetes, misereres, y otras piezas religiosas propias de tales solemnidades. A fuer de historiador de indiscutible veracidad, aseguro que la voz angelica de Elena Sanz, sobreponiéndose á la de sus compañeras, subyugó al público, y que éste llevó de la iglesia á la calle y de la calle á diferentes Círculos y salones el nombre de la precoz *niña de Leganés*, que anunciaba la extraordinaria mujer de teatro en un porvenir próximo. También sostengo, sin temor de ser desmentido, que el año 66, cuando salió Elena del Colegio, era una moza espléndida,

admirablemente dotada por la Naturaleza en todo lo que atañe al recreo de los ojos, completando así lo que Dios le había dado para goce y encanto de los oídos. Muchas familias aristocráticas se la disputaban para gozar de su canto en reuniones y tertulias. Por fin, en alas de su incipiente nombradía, fué llamada á Palacio por la Reina Isabel, que la oyó, la celebró, ofreciéndole su protección gallardamente, como siempre lo hizo, para que pudiera llegar pronto á las cumbres más excelsas del arte.

»Por conveniencia ó por capricho, averígüelo Vargas, el historiador os anuncia que para seguir su relato dará un formidable salto en el tiempo, omitiendo no pocos episodios de la vida de Elena Sanz, que si para ella entrañan indudable importancia, no han de traer ningún hilo nuevo al sutil tejido de la historia presente. No tengo por qué decir, ni ello hace al caso, cómo fué Elena Sanz á Italia para perfeccionarse en el arte del canto; cómo se dió á conocer en los teatros de aquellos Reinos, obteniendo ruidosos éxitos por su belleza y su arte; cómo recorrió triunfalmente varias capitales de Europa y América; y cómo, en fin, volvió á París el año 73, en la plenitud de su hermosura y de su talento musical. En uso del sagrado derecho de preterición me callo lo que importa poco á mis fines, y me apresuro á consignar que uno de los primeros cuidados de Elenita en la capital de Francia fué visitar á su protectora y amiga la Reina Isabel en el Pa'acio Basileusky...»

Cuando á este punto llegaba, acercóseme Casianilla muy quedito, y mirando por encima de mis hombros lo que yo escribía, me dijo: «Pero ¿qué haces, Titín? No has levantado mano del papel desde que entraste en casa. Eso que escribes, ¿es Historia ó qué demonios es?

—Novela, chiquilla, novela—repliqué un tanto confuso.—Ahora me da por ahí. Pero esta invención supera en verdad á la misma Historia.

—¡Bonita cosa será!—exclamó Casiana pasando sus ojos por las cuartillas.—Ya veo que sacas una heroína y que ésta se llama Elena.

—Nombre supuesto, convencional. Mi heroína es *Doña Leonor de Guzmán*, señora muy bella y frescachona, que cantaba como los ángeles y que tuvo amores con el Rey don Alfonso.

—¿Con este Rey de ahora, con el viudo de Mercedes?

—No, mujer, no digas desatinos. Fué con otro Rey, á quien llamaban Alfonso once—no allá en los tiempos de Maricastaña, siglo XIV.

—¿Y esa *Doña Leonor* era cantante?... ¿De malagueñas, de jotás, ó de...?

—De ópera, hija mía. Uno de sus mayores triunfos era *La Favorita*. ¡Qué arias se cantaba ella sola, qué dúos con el Rey!

—Explicame, explicame eso. ¿Dices que el Alfonso cantaba también?

—No, Casiana, no es eso. Déjame ahora.

Temo que se me vaya el santo al cielo si me entretengo en hablar contigo... Vete á tus quehaceres... Esta noche te contaré todo el argumento.»

Seguí mi trabajo con febril actividad, y la mágica pluma, que ya iba concordando sus verdades con la inspiración mía, trazó estas interesantes cláusulas: «Que doña Isabel II recibió á su amiga Elenita con la efusión más cariñosa, no hay para qué decirlo. La convidó á comer; llevóla en su coche á los paseos por el *Bois*; y para que la oyeran cantar invitó en repetidas *soirées* á sus amigas, entre las cuales estaba la famosa soprano Ana de Lagrange, tan querida del público de Madrid. Aplaudida y celebrada pomposamente fué la Sanz en aquella linajuda sociedad. Todo esto es corriente y vulgarísimo. Lo que sigue, no sólo es interesante sino que pertenece al orden de las cosas de indudable transcendencia en la vida de los pueblos... No reirse, caballeros...

»Ello fué que al ir Elenita á despedirse de Su Majestad, pues tenía que partir para Viena donde se había contratado por no sé qué número de funciones, Isabel II, con aquella bondad efusiva y un tanto candorosa que fué siempre faceta principal de su carácter, le dijo: «¡Ay, hija, qué gusto me das! ¿Conque vas á Viena? Cuánto me alegro. Pues mira, has de hacer una visita á mi hijo Alfonso, que está, como sabes, en el Colegio Teresiano. ¿Lo harás, hija mía?» La contestación de la gentil artista fácilmente se comprende:

con mil amores visitaría á Su Alteza; no, no, á Su Majestad, que desde la abdicación de doña Isabel se tributaban al joven Alfonso honores de Rey.

»Como testigo de la pintoresca escena, aseguro que la presencia de Elena Sanz en el Colegio Teresiano fué para ella un éxito infinitamente superior á cuantos había logrado en el teatro. Salió *la diva* de la sala de visitas para retirarse en el momento en que los escolares se solazaban en el patio, por ser la hora de recreo. Vestida con suprema elegancia, la belleza meridional de la insigne española produjo en la turbamulta de muchachos una impresión de estupor: quedáronse algunos admirándola en actitud de éxtasis; otros prorrumpieron en exclamaciones de asombro, de entusiasmo. La etiqueta no podía contenerles. ¿Qué mujer era aquélla? ¿De dónde había salido tal divinidad? ¡Qué ojos de fuego, qué boca rebosante de gracias, qué tez, qué cuerpo, qué lozanas curvas, qué ademán señoril, qué voz melodiosa!...

»En tanto, el joven Alfonso, pálido y confuso, no podía ocultar la profunda emoción que sentía frente á su hechicera compatriota... Partió *la diva*... Las bromas picantes y las felicitaciones ardorosas de *los Teresianos* á su regio compañero quedaron en la mente del hijo de Isabel II como sensación dulcísima que jamás había de borrarse... Una de las primeras óperas que Elenita cantó en Viena fué *La Favorita*.»

Escrito lo que antecede, suelto la mágica



pluma y me permito obsequiar á los conspicuos lectores con este monólogo de mi propia cosecha:

«¡Bien haya, oh tierna Isabel, Majestad bondadosa y desdichada, aquel filósofo-político que añadió á tu nombre el lastimero mote de *La de los tristes destinos!*... Digo esto porque en tu larga vida de Soberana pusiste siempre tu corazón blando sobre tu inteligencia, y abusaste irreflexivamente del poder afectivo y lo extendiste fuera de tu órbita personal, llevándolo á trastornar y corromper la vida del Régimen... ¿Quién te inspiró la diabólica idea de enviar á la linda histrionisa y cantante como embajadora de tus afectos al Colegio Teresiano, donde tu hijo educábase para Rey constitucional, grave, reflexivo, guardador de las leyes, primer ciudadano de un país ávido de acomodar su vida á la virtud y á las buenas costumbres? ¿No pensaste que Alfonso se hallaba en la edad crítica de la formación del carácter, expuesto á llevar á la existencia del hombre los arrebatos de la edad juvenil? Sin darte cuenta de ello, ¡oh Reina!, movida de tu ardorosa ternura, cumpliste tu sino, en el cual hemos de ver siempre una modalidad incendiaria. Con la tea del buen querer pegaste fuego al templo del Estado.»

Esto pensé, y por lo que valiere aquí lo digo, entre dos parrafadas de la divina péñola forjada por los geniecillos que á su servicio tiene la Verdad.

## XIX

Puestos los puntos de la pluma sobre el papel, rápidamente fué tomando estado caligráfico la vida de Elena Sanz. De las notas que aparté, creyéndolas de escaso valor para mi objeto, se me antoja sacar alguna en estas páginas para que los lectores se hagan cargo de la grandeza de alma de mi heroína. «Hallándose de paso en París durante la tremenda explosión revolucionaria de la *Commune*, apareció en los sitios de mayor peligro recogiendo y curando á los heridos, y cuando las tropas de Thiers acometieron y destruyeron á los valientes comunistas, la intrepidez de *la diva* tocó los linderos de lo sublime. Más tarde le concedió la villa de París distinciones y diplomas por su ejemplar conducta, y de permitirlo la ley se la hubiera condecorado con la Legión de Honor. Añadiré á esto que en todo tiempo distinguió á Elena Sanz una generosidad inaudita; no se presentaba á sus ojos ningún infortunio que no fuese al momento espléndidamente socorrido; el pueblo la titulaba, con sobrada razón, la madre de los pobres.

»De un brinco me planto en el año 79 para deciros...» Al llegar este punto advertí que no necesitaba de la milagrosa pluma para continuar historiando, pues los hechos que ahora relataré fueron apreciados fácilmente

por mi propio conocimiento, ó por fidedignas referencias de los amigos. Guardé en lugar seguro el cálamo de la verdad, y con el mío, vulgarísimo y comprado en la tienda, seguí pergeñando los anales de la vida hispana, sin distinguir lo interno de lo externo.

Según los verídicos informes de Segis y de su madre, en Sevilla dejaron de ser platónicas las relaciones de Alfonso XI con *Doña Leonor de Guzmán*. Durante algún tiempo permaneció esquivia la hechicera cantatriz, encendiendo más con sus desdenes la exaltada pasión del Monarca. Pero al fin, de tal modo extremó Alfonso sus delicadas artes de seducción, artes realmente soberanas, que la pobre Elenita, quebrantada en su tesón de mujer y de artista, *cayó del lado de la libertad*.

Declaro que al saber esto tuve lástima de la hermosa y popular artista. A mi modo de ver, fué gran necedad preferir el título de favorita del Rey al de favorita del público. Pronto habría de serle imprescindible el abandono de su brillante carrera teatral. Ved aquí el triste balance: pérdida de doscientos ó trescientos mil francos anuales con que le pagaba el público sus gorgoritos; ganancia de una obvención de amor relativamente miserable. A este desnivel lastimoso habría de añadir la obscuridad, la social anulación á que fatalmente la condenaba el implacable principio de la Razón de Estado.

¡Oh, la Razón de Estado! Esta pícara norma del vivir de los Reyes, no siempre compatible

con los sentimientos humanos, vino á truncar la dicha de la *bella del Re*. Cánovas, y todos los hombres importantes que con él dirigían la política de la Restauración, creyeron indispensable para la felicidad de España que Alfonso XII contrajera segundas nupcias, y que éstas fuesen con Princesa católica de la más alta estirpe reinante. Busca buscando, encontraron en la familia de Hapsburgo una joven Archiduquesa de la empingorotada parentela del Emperador de Austria Francisco José. Nuestros palaciegos se hacían lenguas de la distinción, talento y virtudes de la que habían elegido para compartir con Alfonso el solio de España.

Entabladas las negociaciones, pronto se llegó á un felicísimo acuerdo. Decidióse celebrar las acostumbradas *vistas* que preceden á los desposorios regios, y este trámite tuvo efecto en Arcachón, á donde acudió la novia con su madre la Archiduquesa Isabel, y don Alfonso con el séquito correspondiente á su alta jerarquía. Resultaron las *vistas* conforme á lo previsto en el Protocolo, es decir, que fuéronse gratos el uno al otro. ¡Ya teníamos Reina!

Un detalle que no debe preterirse es que el Rey fue á la entrevista de Arcachón con el brazo derecho en cabestrillo. En la temporada la estival de La Granja sufrió Alfonso aquel año un accidente de caza, que le estropeó la mano, imposibilitándole para escribir durante muchos días. Por cierto que Su Majestad, hombre poco sufrido y algo voluntarioso, no

quería someterse al sistema de quietud y recogimiento que le impusieran los médicos para curarle. Ninguna de las personas que le rodeaban conseguía que el Rey refrenase su impaciencia por lanzarse á la vida ordinaria.

Sólo el criado de confianza de Alfonso, llamado Prudencio Menéndez, discreto mediador en las relaciones del Monarca con *Doña Leonor de Guzmán*, logró someter á su Señor á las prescripciones facultativas, gracias á este arbitrio de mágico efecto. Escribió á *La Favorita* una sentida carta. Entre otras cosas, le decía: «Cumpliendo mi primer deber os comunico, doña Elena, la verdad sobre la importancia que tiene el accidente sufrido por el Señor, para vuestra tranquilidad y para que no creáis tantas mentiras como os contarán. Le ruego, señora mía, que cuando le escriba le encargue por Dios no haga ningún esfuerzo hasta que la cura esté *echa*, pues de hacer ensayos podría quedar mal, *digáselo* usted por Dios, que á usted le hará caso.» Para mayor exactitud no he querido alterar la ortografía arbitraria del documento.

Pertenece esta incidencia al ser interno de España. Ved de qué manera tan chusca el cabestrillo de Alfonso entrelaza la protocolaria etiqueta del ser externo, en *las vistas* de Arcachón, con el influjo decisivo de Elena Sanz. Después de lo que relatado queda, el Duque de Bailén partió para Viena al frente de una lucida Embajada, con objeto de pedir al Emperador Francisco José la mano de la



Archiduquesa María Cristina. Mientras tanto, se preparaban en Madrid los imprescindibles y tan acreditados festejos reales, con iluminaciones, fuegos de artificio, corridas de toros con caballeros en plaza y demás requilorios que los esponsales de la Majestad requieren.

Enorme angustia produjo á toda España la inundación de Murcia, en la noche del 14 al 15 de Octubre de 1879. Desde que reventó el pantano de Lorca en el siglo XVIII, no se había visto en aquella comarca catástrofe tan terrible. Innumerables familias perecieron arrastradas por las aguas. Fué una especie de parodia del Diluvio Universal, sin arca de Noé, pero con aluvión de suscripciones, rifas, espectáculos, y sin fin de arbitrios que se idearon en toda Europa y en América, para socorrer á los infelices huertanos supervivientes de aquel espantoso cataclismo. Aún duraban las tómbolas y las cuestaciones cuando la Razón de Estado, y su inseparable compañera la Iglesia, unieron con lazos indisolubles al Rey don Alfonso de Borbón y á la Archiduquesa doña María Cristina de Hapsburgo-Lorena.

Suprimo la cansada letanía de los festejos: el coruscante cortejo nupcial, las áureas carrozas, los pintorescos palafrenes, el derroche de percalinas, arcos de embadurnadas lornas, farolillos pitañosos y demás garambainas para recreo de transeuntes aburridos. Apenas efectuadas las nupcias majestáticas, Martínez Campos y Silvela, que no habían hecho cosa de fundamento en la esfera guberna-

mental, se retiraron por el foro, volviendo Cánovas á ocupar el Poder con su inseparable acólito Romero Robledo. Reanudadas las tareas parlamentarias, empeñáronse vivas discusiones políticas por si fuiste ó no fuiste, y por si hicimos ó dejamos de hacer. En una de aquellas sesiones ocurrió el famoso incidente llamado *el sombrero*. Hallábase no sé qué diputado conteniendo con don Antonio Cánovas, cuando éste, dejándose arrebatarse de su altanería, agarró el sombrero, y con mirada despectiva y ademán impropio de aquel lugar que algunos llamaban augusto, salió del Salón seguido de los demás Ministros, dejando al orador con la palabra en la boca. Gran escándalo, desenfreno de vocablos no muy parlamentarios, y retirada de todas las minorías.

Quedaron los ánimos un tanto agriados... La muerte no quiso que terminara el año sin arrebatarnos algunas personalidades ilustres. El 29 de Diciembre murió el General Zabala, una de las glorias más puras de nuestro Ejército, y el 30, Adelardo López de Ayala, Presidente del Congreso y figura culminante en el Parnaso español. Más le lloró la Patria como poeta que como político. El mismo día 30 quiso hacer de las suyas el fanatismo sectario: al entrar en coche por la Puerta del Príncipe del Palacio Real Alfonso XII con su esposa María Cristina, les disparó dos tiros un vesánico, Francisco Otero González, natural de Santiago de Nantín, aldea de la provincia de Lugo. Las alevosas balas no toca-

ron á los Reyes. El criminal fué detenido en el acto. Revelóse como un inconsciente, incurso cual su precursor Oliva en el pecado de estupidez. Repito que los regicidas de aquellos tiempos, en que hasta la exaltación política era rutinaria y pedestre, más bien parecían engendros del Limbo que del Infierno.

En los comienzos del año 1880, hízose más patente la invasión del positivismo en las almas de los afortunados políticos que entonces estaban en candelero. El sabio consejo de un estadista francés que dijo á sus contemporáneos *enriqueceos, que ningún hombre público agobiado por la pobreza puede hacer la felicidad de su Patria*, fué tomado al pie de la letra por los que aquí pastoreaban el rebaño nacional. El bendito *Monsieur Donon*, á quien se adjudicó en concurso la terminación de las líneas férreas del Noroeste, dió pruebas de ser hombre sagaz, y al propio tiempo muy agradecido. Al constituir su Consejo de Administración repartió las plazas de Consejeros, dotadas espléndidamente, entre lo más granado de la Situación conservadora, dando también su poquito de turrón á los liberales, y mucho más á la gente palatina.

Recuerdo yo las caras risueñas y complacidas que tenían en aquel tiempo todos los agraciados con los premios gordos de la lotería *Dononiana*. Recuerdo también que un conspicuo gacetillero hizo un chiste que ha quedado de repertorio. Disputaban varios

amigos en el Salón de Conferencias del Congreso para determinar cuáles eran los segundos apellidos de las dos ramas borbónicas. Alguien dijo que todos llamábanse Borbón y Este, y nuestro gacetillero contestó en el acto que el Rey de España se llamaba don Alfonso de Borbón y del Noroeste.

Platicando yo un día de tales cosas con mi amigo Segis, recordamos el caso de doña Baldomera. La sagaz arbitrista, cuya fuga relaté á su tiempo, había vivido tranquila en Ginebra, comiéndose el fruto de sus ardidés financieros. *Libre, feliz é independiente* permaneció en Suiza amparada por las leyes de aquel país, donde no había extradición. Alguien le hizo creer que en España ya no se acordaban de ella, y que podía recorrer á su antojo toda Europa si así le venía en gana. Alucinada por esta idea marchó á París. En mal hora lo hizo. Cuentan que por denuncia de su hermana Adela, *la dama de las patillas*, fué doña Baldomera Larra detenida y puesta á buen recaudo. Tramitada la extradición, trajeron á la pobre señora á Madrid entre gendarmes y guardias civiles.

Díjome Segismundo que solía visitar á la cautiva en la Cárcel de Mujeres, por agradecimiento á las bondades que tuvo con él en los días felices del *Banco Popular*. Últimamente habíala encontrado sosegada, risueña, expresándose con el donaire y afabilidad que usar solía tiempos atrás en su conversación. Creyó entender Segismundo por el tono y actitud de la sutil financiera, que ésta, re-

partiendo con arte y discreción los dineritos que aún poseía, esperaba ser absuelta libremente. «Pues nada más justo—dije yo.—¿Qué razón hay para condenar á esa señora? La cárcel debe ser para todos ó para ninguno. Sí; que la absuelvan, y en cuanto esté libre que restablezca su *Banco*, y otra vez se le llenará la casa de dinero.»

Los progresos del positivismo en nuestra sociedad conocíanse, no sólo en las caras sonrosaditas y alegres de los que se procuraban enormes sueldos para dulcificar la vida, sino en las incorporaciones de diversos grupos al Partido Constitucional, de que resultó el inmenso conglomerado llamado *Fusionismo*. Antes de esto, Martínez Campos, procediendo con gallardo desinterés y harto de las arrogancias de don Antonio Cánovas del Castillo, se agregó á la hueste sagastina.

Tales movimientos del ánimo pertenecen al ser interno de la Nación, preferente objeto de mis investigaciones en la tarea histórica. Cultivando gozoso el huerto de la vida intrínseca seguiré el cuento de Elenita, que en este año de 1880 me ofrece particularidades de incitante interés. Ya sabía yo que la simpática y bondadosísima doña Isabel II no veía con malos ojos los deslices de su hijo Alfonso con Elena Sanz, y que no había retirado á ésta el cariño que le profesaba desde que fué lucida colegiala en las Niñas de Leganés. Nacido el primer hijo de aquel idilio morganático, doña Isabel hizo manifestaciones muy sinceras y expresivas, aunque re-



servadas, en favor de Elena Sanz. A este primer vástago le pusieron el nombre de Alfonso.

Robustecí mi conocimiento de tales cosas requiriendo la maravillosa péñola, que un día me escribió este trozo de palpitante verdad: «La Reina Madre Isabel II comisionó á un venerable sacerdote que había sido su confesor, don Bonifacio Marín, para que visitase á don Alfonso XII, interesándole por la que ella llamaba *su nuera ante Dios*. El dichoso cura expresó á Elena Sanz sus impresiones de la visita en una carta fechada en 4 de Abril, de la que transcribo este substancioso parrafito: «He sido recibido y oído con gratitud y amabilidad inexplicables, cuyo júbilo particular le comunico *por orden expresa*, á la par que con toda mi espontaneidad.»

La pluma me ha suministrado referencias de otra carta del criado y confidente del Rey, Prudencio Menéndez, en la que éste, después de notificar á Elenita que *el Señor* se proponía escribirle con extensión, terminaba así, haciendo referencia al bastardo Alfonso: «Celebro mucho que esté tan bueno el *Señorito*, y que la distraiga á usted que bien lo necesita...» La péñola me dió asimismo noticia de otra epístola del Marqués de Alta Villa, fechada en el *Palais de Castille* de París, en la que se lee un membrete que dice: *Grand Maître de la Real Casa de doña Isabel II*. En esta epístola, el *Grand Maître* pide á Elena Sanz que recomiende con eficacia al Rey una

porción de cosas de mucho interés para él, para el señor Marqués, naturalmente. Luego hace referencia á una cestilla de dulces que Elenita le envió para doña Isabel, y concluye con estas cariñosas admoniciones: «Adiós, Elena. Tengan ustedes juicio. Acuérdesse usted y tenga *él* presente que puede usted perder su voz y su carrera... y esto tiene consecuencias bien desagradables.»

La Razón de Estado, sorda y ciega ante los casos idílicos tocantes al augusto fuero de la pasión humana, continuaba elaborando tranquilamente la vida externa de España, ora con hechos de carácter político, ora con otros de un orden familiar. Entre éstos debo señalar el parte que publicó en la *Gaceta* la Facultad de Medicina de la Real Cámara, notificando al país con tonos jubilosos que Su Majestad la Reina doña María Cristina se hallaba en estado interesante.

## XX

En los mismos días en que la pregonera del vivir oficial comunicaba al pueblo español albricias y congratulaciones, por la probable felicidad de que nuestros Reyes tuvieran pronta y quizá masculina sucesión, empezó á correr por Madrid rumor muy denso de los amores de Alfonso con *doña Leonor de Guzmán*, y hasta llegó á decirse que había

nacido el primer bastardo, el primer *Trastámara*. ¡Bonito porvenir te esperaba, oh Nación española!

Revolviendo en mi mente tan inauditos casos, y pensando en las complejidades que podrían ocasionar en tiempos próximos ó lejanos, despertóse en mí cierta conmisericordia simpática por la Reina doña María Cristina. ¿Tendría conocimiento la augusta señora de los hechos que delataba el obstinado mosconeó popular? Sospechaba yo que sí. La sospecha se trocó en certidumbre un día que me encontré con mi antiguo amigo Quintín González, esposo de la sensible planchadora Nieves, con la que yo tuve algo que ver en los tiempos para mí venturosos de don Amadeo I. Quintín ya no era portero de Palacio, sino ujier de antecámara, cargo cuyas funciones le aproximaban á las reales personas. Díjome *que la Señora lo sabía*. Pero que se encastillaba dentro de su dignidad como Reina de cuerpo entero, no dejando traslucir agravios de cierta índole, que rebajan más al que los manifiesta que á quien los infiere.

Deseaba yo ver de cerca á la Reina María Cristina. Una tarde, mi buena suerte me depa-  
ró la ocasión de satisfacer esta curiosidad en el Real Sitio de Aranjuez. Fuimos Casiana y yo á pasar el día en aquellos amenos lugares, y un amigo residente en el pueblo nos proporcionó papeletas, con las cuales podíamos ver los jardines y la casita de abajo, no el Palacio, por estar allí los Reyes.

Paseamos tranquilamente por la Isla, y el señor que nos acompañaba nos dijo que no veríamos á Sus Majestades, pues desde por la mañana hallábanse en *La Flamenca*, con los Duques de Fernán Núñez y unos Príncipes austriacos.

Admirábamos Casianilla y yo los gigantescos álamos que parecían tocar las nubes, las copiosas y murmurantes aguas que por una y otra parte embelesaban la vista, cuando divisamos á los Reyes con lucido acompañamiento, que en dirección contraria á la nuestra venían. Al llegar las regias personas cerca de nosotros, nos detuvimos para dejarles paso y saludar con todas las ceremonias que nuestra buena educación, á falta de monarquismo, nos exigía.

La Reina pasó muy cerca de mí, y en su elegante persona se saciaron mis ojos. Agradóme en extremo su porte señorial y su aire de dignidad y nobleza. A nuestro saludo contestó la Soberana con una reverencia graciosa y afable. Casianilla, con la boca abierta y los ojos espantados, veía alejarse á María Cristina, admirando tanto su persona como su ropaje. Luego me dijo: «Bien se le conoce el nacimiento, la estirpe que es, como tú dices, la más encumbrada del mundo.»

De regreso del paseo di á mi compañera una compendiosa lección histórica de la Casa de Austria. Rebañando en mis vagos recuerdos hablé del Rey de Romanos, del entronque de la Casa de Borgoña con la de Castilla, de doña Juana la Loca, del Emperador

Carlos V, de su hermano don Fernando, heredero de la Corona imperial, y luego de toda la serie de Hapsburgos y Hapsburgos-Lorenas hasta la familia reinante á la sazón en Austria.

Aquel verano nos arrastró á San Sebastián y á sus baños de ola la Condesa de Casa Pampliega. No me pesó ir con Segis y su madre, porque así nos dimos el pisto de veranear en el sitio de moda y de refrescar nuestra sangre con las aguas cantábricas. Fueron muy de mi gusto la frescura del ambiente, la belleza del país, la cultura de la ciudad, la buena educación de sus habitantes. En cambio, no me hizo maldita gracia la sociedad que allí se congregaba, que era la misma gente frívola de Madrid, con sus cargantes etiqueteos, sus rutinas y su cursilería.

Al volver á la Villa y Corte me encontré sorprendido por el fausto suceso del alumbramiento de la Reina María Cristina, en 11 de Septiembre. El parto fué muy feliz, según los luminosos dictámenes de la Facultad de Medicina de la Real Cámara y los concienzudos informes de la Prensa. Mas como vino al mundo una niña, quedaron chasqueados y cariacontecidos los que esperaban anhelantes sucesión masculina para la Corona de España. Apenas nacida la tierna criatura, descendiente de tantos Reyes y Emperadores, su dorada cuna se meció en un campo de Agramante, por el recio altercado que sostuvieron políticos y palatinos sobre si correspondía ó no á la nueva Infantita el



título de Princesa de Asturias. Contra el sentir general, Cánovas sostuvo la negativa, robusteciéndola con los grandes elementos de su vasta erudición. El heráldico litigio encendió los ánimos de toda la gente ociosa y formulista, y nunca hubiera terminado á no cortar la cuestión Alfonso XII con fallo inapelable.

Mayores disturbios y disputas más agrias produjeron las ridículas cuestiones de etiqueta suscitadas en las solemnidades de la presentación y bautizo de la Infanta, á quien dieron el nombre de María de las Mercedes. Los Cardenales Moreno, Primado de las Españas, y Beravides, Patriarca de las Indias, se tiraron las mitras á la cabeza—valga la figura—por si correspondía al uno ó al otro el honor de administrar el Sacramento. Ambos Prelados y sus parciales se lanzaron á enfadosas polémicas en lo restante del año 80, sosteniendo cada cual sus pretendidos derechos.

Contienda tan ridícula no había yo visto en mi vida. Me divirtió de lo lindo. Pero aún me regocijó más el enojo de los Capitanes Generales porque, habiendo tomado asiento en no sé qué banco preferente de la Real Capilla, un palatino obligóles á cambiar de sitio diciendo que aquél era el puesto de los mitrados. ¡Jesús, la que se armó! Los Príncipes de la Milicia, así como los de la Iglesia, que en este pobre Estado español no tenían nada que hacer, pues sus funciones eran puramente decorativas y pintureras, man-

tuviéronse alborotados y de puntas hasta el año siguiente, sin que les aplacaran las gracias y mercedes que el Gobierno derramó sobre ellos á manos llenas.

¡Delicioso país este rincón occidental de Europa! Daba grima leer la Prensa en aquellos meses. Todos los periódicos llenaron columnas y columnas con los piques de este General y de aquel Obispo, con las conferencias y cabildeos entre los agraviados y el Jefe Superior de Palacio ó el Presidente del Consejo de Ministros, para domesticar á las fieras de la vanidad. Por si fuera poco esto, los Consejeros de Estado elevaron una imponente protesta á Su Majestad el Rey por habérseles dado un puesto poco decoroso en la Real Capilla, y si no estoy equivocado, también los claros varones de la Sociedad Económica de Amigos del País solicitaron mayores preeminencias en los actos de fanfarronería oficial. Yo dije á Casiana: «Un país sin ideales, que no siente el estímulo de las grandes cuestiones tocantes al bienestar y á la gloria de la Nación, es un país muerto. La Prensa, consagrada á glosar y á comentar los incidentes de estas chabacanas querellas, exhala de sus columnas un olor cadavérico. Prensa, Gobierno, Partidos, altos y bajos Poderes, todo ello anuncia su irremediable descomposición.»

Para mayor ignominia, las mercedes concedidas por el Rey en celebración del natalicio de la Infantita, ofrecen nuevo ejemplo de la degradante frivolidad á que habían lle-

gado las clases superiores del Estado. El reparto de dos Toisones, de no sé cuántos collares de Carlos III, de grandes cruces, encomiendas, bandas de María Luisa, Grandezas de España y títulos de Castilla, dió margen á una rebatiña vergonzosa. Tal espectáculo era el signo más característico de unos tiempos en que las *turbas* que se llamaban directoras no tenían otros móviles que el egoísmo, la farsa y el delirio de las distinciones farandulescas.

Con la feria de fatuidades coincidió aquel año la era de las expansiones gastronómicas. Todos los españoles grandes ó mediocres que tenían algo que manifestar á sus amigos ó al pueblo, derramaban su elocuencia sobre los blancos manteles, ante unos comistrajés indigestos y mal servidos. Balaguer en Valencia, Barcelona y Lérida, Vega de Armijo en Córdoba, Romero Robledo en Sevilla, Castelar en Alcira, y Carvajal en Málaga, lanzaron sus trenos patéticos ó jocosos tras el solemne momento de *descorchar el champagne*. Luego *gemían las prensas* reproduciendo en largas columnas toda esta caudalosa palabrería que, con excepción del verbo soberano de Castelar, era como remolinos de hojarasca que se lleva el viento.

Mis relaciones con Segis y con su madre se estrecharon más en aquel Otoño. La Condesa de Casa Pampliega, á pesar de su finchación nobiliaria, no repudiaba el trato con mi pobre Casianilla. Ciertó que no la presentó en sus salones heteróclitos, á donde

concurrían familias de nobles tronados y de tenderos enriquecidos. Pero cuando yo iba con mi compañera por las tardes á la mansión condal, recibía su visita la señora con mucho agrado, gustosa de la llaneza, buen apaño y suave condición de la señorita de Conejo. Indudablemente, doña Segismunda, mujer desprovista de toda cultura, simpatizaba con Casiana al verla tan instruidita y al oirla expresarse con un claro sentido, que para ella era el colmo de la sapiencia. Excuso decir que la improvisada Condesa se había hecho conservadora furibunda, y que sentía por don Antonio Cánovas un entusiasmo delirante.

«¡Qué hombre, qué talento, qué elocuencia!—solía exclamar.—¿Y dicen que es bizco? No señor. ¡Qué bizco ni qué niño muerto! Es un caballero que ve largo y mira muy por derecho.»

Desde que volvió de San Sebastián, la Condesa de Casa Pampliega frecuentaba el santuario y colegio de las Hermanas del Corazón de Jesús, en la calle del Caballero de Gracia. A esto la movía, más que su propio misticismo, el afán de codearse con damas de la más alcorniada sociedad de Madrid. Por hacer el papelón apencaba con los enfadosos ejercicios espirituales, y asiduamente se dejaba ver en las diarias solemnidades de Novenas, Triduos, Cuarenta Horas, *etcétera*. En este trajín hizo amistades con varias señoronas beatas y con algunos de los jesuítas predicadores, que constantemente estaban

metidos en aquella santa casa. Por cierto que, según oí, un Padre de los más sagaces puso los puntos á doña Segismunda para sacarle dinero; pero á tanto no llegaba la piedad *fashionable* de la flamante Condesa. La discreta y astuta dama paró el golpe... Mas ya se lo dirían *de misas* cuando se hallase *in articulo mortis*... Entonces sí que no se escapaba... ¡Pobre Segis! Como se descuidara le dejarían en cueros vivos.

A propósito de Segis diré que su indómita rebeldía se iba modificando por las flexibilidades de aquella época positivista. Evolucionó con suavidad hacia el arte ó ciencia del buen vivir, y acabó por entregarse á un filosofismo atrozmente cínico. Dejábase llevar por la Condesa á las beaterías del Caballero de Gracia, y de otras iglesias de moda, afectando cierta contrición y propósito de enmienda que á muchos engañaba, y á mí, que tan bien le conocía, causábame el efecto más cómico que puede imaginarse. El principal objeto de esta farsa era vigilar constantemente á su madre, para estar al quite de los ataques con que los sagaces caballeros de la faja negra amenazaban al saneado caudal de Casa Pampliega.

En las francas expansiones que conmigo tenía Segismundo, se quitaba la máscara hipócrita para revelarme con esta leal llaneza los móviles de su conducta: «Ni tú ni yo, querido Tito, podemos esperar nada del estado social y político que nos ha traído la dichosa Restauración. Los dos partidos, que se



han concordado para turnar pacíficamente en el Poder, son dos manadas de hombres que no aspiran más que á pastar en el Presupuesto. Carecen de ideales, ningún fin elevado les mueve, no mejorarán en lo más mínimo las condiciones de vida de esta infeliz raza, pobrísima y analfabeta. Pasarán unos tras otros dejando todo como hoy se halla, y llevarán á España á un estado de consunción que de fijo ha de acabar en muerte. No acometerán ni el problema religioso, ni el económico, ni el educativo; no harán más que burocracia pura, caciquismo, estéril trabajo de recomendaciones, favores á los amigos, legislar sin ninguna eficacia práctica, y adelante con los farolitos... Si nada se puede esperar de las turbas monárquicas, tampoco debemos tener fe en la grey revolucionaria. ¿Crees tú, Titillo, en la revolución?

—Yo no—contesté resueltamente.—No creo ni en los revolucionarios de nuevo cuño ni en los antediluvianos, esos que ya chillaban en los años anteriores al 68. La España que aspira á un cambio radical y violento de la política se está quedando, á mi entender, tan anémica como la otra. Han de pasar años, lustros tal vez, quizá medio siglo largo, antes que este Régimen, atacado de tuberculosis étnica, sea sustituido por otro que traiga nueva sangre y nuevos focos de lumbré mental.

—De acuerdo, querido—dijo Segis.—Por eso yo he cambiado mi rebeldía por un epicureísmo que me asegure el regalo y el re-

poso del presente y el porvenir. Quiero vivir bien y sin fatigas; quiero asegurar la posesión venidera del caudal que afanó mi madre... como Dios le dió á entender; quiero construirme, en fin, un bello refugio contra la miseria. ¿Qué me importa doblegar la frente ante un curángano vestido de ropones negros ó colorados, ni prestarme á prácticas de puro formulismo y exterioridad, si esto que yo llamo etiqueta litúrgica, no exenta de belleza en algunos casos, jamás penetra en mi libre espíritu? Al principio me violenté no poco para lograr acomodarme á las beaterías de mi señora madre. Pero luego fuí entrando por grados, insensiblemente... Todo se reduce á una farándula más entre las múltiples que regulan la conducta social del hombre civilizado, como por ejemplo, la buena educación, el respeto á las personas que ostentan alguna dignidad aunque sean unos gacnápiros, el someterse á las modas del comer, del beber, del vestir y del calzar, y otras tonterías que hacemos de continuo, sin parar mientes en nuestra imbecilidad.»

No iba descaminado el amigo García Fajardo en su apreciación de las cosas de España; pero las ideas que expresó para justificar su proceder, me parecieron más ingeniosas que razonables. Pocos días después de lo que acabo de contaros, supe que la enfatuada Condesa de Casa Pampliega había concebido el plan de casar á su hijo con una señorita honesta y de buen ver, hija única de opulento matrimonio, muy notado por su ca-

tolicismo á macha martillo y por sus conexiones con toda la gente de Iglesia. Nació este proyecto de las amistades que doña Segismunda contrajo en el Sagrado Corazón con damas ilustres y con algunos Reverendos de la Compañía.

La candidata á la mano de Segis llamábase Ritita, y en sus padres se habían reunido los linajes de Erro, Sureda, Socobio y Landazuri, todos ellos, como sabéis, rabiosamente absolutistas. Parentesco tenía también Rita con les Emparanes, Trapinados y Pipaones, y llamábase sobrina de los Marqueses de Beramendi y de la Marquesa de Villares de Tajo. Andando días me aseguraron que la boda de Segis era un hecho. Directamente acudí á mi amigo para que me sacase de dudas diciéndome la verdad, y con gran estupor mío habló de esta manera:

«No es todavía un hecho, querido Tito; pero podrá serlo pronto, muy pronto. He consagrado largas cavilaciones á madurar el asunto, y al fin, tanto se ha obstinado mi madre y tales razones me han expuesto mi tío Beramendi y mi tía María Ignacia, que he acordado rendirme á discreción. La muchacha es buena, muy rezadora y amiga de comerse los santos. En su vida leyó más libro que *El Año Cristiano*. Pero á mí ¿qué me importa? Parece que le he caído en gracia, y que me quiere un poquitín.»

Contagiado del fantástico catolicismo de Segis, me persigné, diciéndome con picante ironía: «¡Alabado sea Dios! Ya veo bien clara

la *lenta pero continua* evolución de nuestra bendita sociedad hacia las ollas del ultramontanismo.»

## XXI

Tratábamos una mañana Segis y yo de esta interesante y hasta cierto punto divertida mudanza, cuando se llegó á nosotros la Condesa de Casa Pampliega cargada con un rimero de polvorientos librotos, que puso sobre un velador, diciendo: «Mi marido, que en gloria esté, heredó de su hermano Ramón la mar de libros viejos que yo he conservado largo tiempo en la bohardilla, entre los montones de trastos inservibles. Ayer mandé á Micaela que los bajase para dárselos al trapeero con unos miriñaques míos, y los bragueiros y otras prendas de mi difunto. Pero cuando la chica y yo quitábamos la mugre á los librachos, pensé que estos mamotrelos son muy del gusto de don Antonio Cánovas, el cual tiene en su casa gran acopio de ellos y los cuida como á las niñas de sus ojos. Se me ha ocurrido que debo, no vendérselos, sino regalárselos, pues seguramente estimará mucho el obsequio. Si te parece bien, Segismundo, lléváselos tú mismo y ofrecéelos en mi nombre, poniendo en cada uno tarjetas de las nuevas que ayer me trajiste con mi nombre, título y corona condal.»

A esto dijo García Fajardo con agria displicencia, que aunque él se dejaba llevar del

curso evolutivo de las aguas sociales, no tenía maldita gana de presentarse á don Antonio, ni á ningún otro fantasmón de la ganadería conservadora. En tanto, yo levantaba las tapas de pergamino para ver los títulos de aquellos vetustos infolios, y leí los rótulos que siguen: *Diversas fazañas y Tractado de los rieptos y desaflos*, por Mosén Diego de Valera, cronista de la Reina Católica.—*Memorial en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos en España*, por Alfonso Carranza (Madrid 1640).—*Clavellinas de recreación*, por Ambrosio de Salazar (Ruan 1614).—*Geometría y trazas pertenecientes al oficio de sastre*, por Martín de Andújar (Madrid 1640).—*Diálogo de la verdadera honra militar*, por don Hierónimo de Urrea (Venecia 1566), y otros rarísimos títulos, entre los cuales distinguí el de la obra del Reverendo Padre Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, *Tractados de la mesa, del vestir é calçar é de la mormuración*.

Examinados los libros, dije á doña Segismunda que no tenía yo inconveniente en ofrecer á don Antonio las obras con que la señora Condesa le obsequiaba. Dos veces había visitado yo á Cánovas y sin duda me acogería con agrado, pues á pesar de su fama de mal genio era hombre cortés y de cortesana educación. Conformes hijo y madre en darme credenciales de embajador de los Casa Pampliega cerca del Presidente del Consejo, me personé en el número 2 de la calle de Fuencarral el segundo domingo de Advien-



to, 5 de Diciembre, porque me constaba que las mañanas de los días festivos pasábalas el gran don Antonio en el recreo de su magnífica biblioteca. Recibióme con gran displicencia el famoso criado Ramón, dándome á entender que era notoria osadía intentar acercarse al Presidente sin traer etiqueta ó marchamo de personaje muy calificado de la Situación. Con risita guasona levanté el papel que era envoltura de los libroles, para que Ramón viese el título con que yo pretendía ser llevado á la presencia del grande hombre. En cuanto el fámulo vió los arrugados pergaminos, desarrugó el entrecejo y me dijo:

«¿Viene usted á vender al señor sus libros?

--No, no. Vengo á regalárselos de parte de la Excelentísima señora Condesa de Casa Pampliega: Son obras muy raras, y pienso que algunos de estos incunables no figuran en la biblioteca del Presidente.»

Suplicándome que esperase un momento se internó Ramón en la casa, para anunciar á su amo la visita de un bibliófilo. Instantes después me encontraba en la presencia del insigne político y erudito historiógrafo. Había yo entrado con cierto temor en la morada del estadista, pensando que mis anteriores visitas *al monstruo* fueron fantásticas, obra de mi desbordada imaginación ó artificio dispuesto por las *Efémeras* obedientes á misteriosos dictados de mi divina Madre. Contra lo que yo esperaba, don Antonio me reconoció al instante, y con llaneza y afecto me dijo:

«Hola, señor Liviano... Mucho gusto en verle... ¡Ah! ¿libritos viejos? ¿También padece usted mi chifladura? Veamos, veamos qué es eso.»

Con ágil mano alzó Cánovas las tapas de los volúmenes para examinarlos, y al llegar al de Fray Hernando de Talavera, exclamó lleno de júbilo: «¡Ay... esto no lo tengo, no lo tengo! Conocía la obra por citas que de ella hacen otros autores... *Tractados de la mesa, del vestir é calçar é de la mormuración*. Es un libro interesantísimo. ¡Cuánto lo agradezco!... Los demás que me trae usted creo que los tengo todos, menos éste: *Carro de las donas*, por Fray Francisco Ximénez, Obispo (Valladolid 1542)... ¡Ah! Tampoco poseía este otro: *De las cosas que traen de las Indias que sirven al uso de la Medicina*, por Monardes (Sevilla 1569)... En cambio poseo una edición lindísima del *Libro del arte de las comadres*, por Damián Carbón, y dos ejemplares, uno de Venecia y otro de Amberes, del *Diálogo de la verdadera honra militar*, de Hierónimo de Urrea... Difícilmente podrá usted traerme una obra de arte militar que yo no tenga... Déme usted ahora las señas de la señora Condesa de Casa Pampliega, que quiero ofrecerle personalmente mis respetos, y darle las gracias por su valioso regalo.»

Pensaba yo en el loco entusiasmo de la vanidosa doña Segismunda al saber que sería visitada por el Presidente del Consejo, cuando éste, reteniéndome con bizarra cortesía, se dignó mostrarme los primores de su rica

biblioteca. Vi preciosos incunables, manuscritos de inmenso valor, y los cuadernos de las Cortes de Castilla, Aragón, Valencia y Navarra, con las pragmáticas y cédulas reales emanadas de sus acuerdos. Convencido regalista, Cánovas puso ante mis ojos un verdadero tesoro diplomático y bibliográfico de las cuestiones habidas entre España y Roma desde los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II, hasta Felipe V y Carlos III.

A propósito de esto, entablamos una conversación, iniciada por él gallardamente. Sentados junto á la gran mesa central del salón de la biblioteca, don Antonio me honró más de lo que yo merecía, oyendo mis opiniones sobre la independencia del poder civil. Orgulloso de la gentileza con que me hablaba, considerándome equivocadamente como historiador de la actualidad palpitante, me atreví á expresar esta idea:

«¿Y qué me dice usted, señor don Antonio, de la irrupción de los frailes expulsados de Francia por las leyes y edictos del pasado Noviembre?

—Reconozco la gravedad del problema que se nos presenta—me contestó Cánovas, mordiéndose el bigote y afirmándose los lentes sobre el caballete de su nariz.—Pero ha de reconocer usted, como historiador imparcial; atento á la circunstancialidad de las cosas públicas y á la estructura interior de cada partido, que yo no soy el llamado á cerrar el paso á la caterva de regulares despedidos de Francia. Por ahí se dice que los constitu-

cionales, llamados ahora fusionistas, verán calmada muy pronto su impaciencia por gobernar á la Nación. Créame usted: no encontrarán en mí esos señores la menor resistencia para sustituirme en el puesto que ocupo. Dos cosas deseo: el descanso mío, y ver el estreno del nuevo partido en las funciones del Gobierno. Si Sagasta no reniega de su historia, su primer cuidado al llegar al poder será poner diques á la inundación frailesca, ateniéndose estrictamente á la letra del Concordato. Cada cual debe permanecer en su terreno propio, gobernando conforme á sus ideales y á sus compromisos. La realidad histórica, el carácter y sentido de las fracciones políticas que me han dado su apoyo para consolidar la Restauración, me impiden realizar con acento vigoroso la política regalista. Sagasta es el llamado... ¿no lo cree usted así?»

Con expresivas cabezadas asentí á las observaciones del Presidente, el cual siguió mostrándome curiosos ejemplares de su soberbia librería. Cual padre amoroso encariñado con sus tiernas criaturas, me presentó el precioso incunable *Coronación de D. Íñigo López de Mendoza y coplas de Juan de Mena*, editado en 1489. Después admiré el *Doctrinal de Caballeros*, del Obispo de Burgos don Alonso de Cartagena, impreso en 1487, fijándome en las anotaciones que el propio don Antonio puso en las guardas de tan interesante y arcaico libro. Vi también la *Invención liberal y arte del juego de axedrez*, por Ruy López de

Segovia, clérigo, *vecino de la Villa de Çafra*, dado á la imprenta en Alcalá de Henares el año 1561, y otras joyas preciadísimas del arte de imprimir en los siglos xv y xvi.

En este punto hirió mi olfato un fuerte aroma de tomillos. ¿Eran los tomillos del monte Hymeto?... Creí entrar en la esfera de las alucinaciones: al olfato se agregaron los ojos haciéndome ver una figura de mujer, arrogante, de luengos paños negros vestida, que de las estanterías sacaba los libros para ponerlos en las manos del poseedor de tanta riqueza tipográfica. Entregado de lleno al trastorno de mis sentidos ó á la percepción del vidente que explora el mundo ultraterreno, reconocí á mi excelsa Madre que hacía el servicio de auxiliar bibliotecaria. *Mariclio* clavó en mí una mirada de fuego, transmittiéndome los pensamientos que literalmente traslado:

«Toda esta ciencia arcaica y este fárrago que tuvieron su porqué y sazón en siglos remotos, ¿le sirven al buen don Antonio para consumir y sutilizar sus artes de estadista y gobernador de los Reinos hispanos, ó sería el mismo sujeto, que descuella hoy al frente de los negocios públicos, si estuviera privado del continuo trato con los treinta mil volúmenes que adornan las paredes de esta noble vivienda? Las venerables antiguallas de arte de guerra, y de las armas é ingenios militares de tiempos remotos, ¿ayudan al conocimiento y régimen de los Ejércitos de nuestros días? Voy creyendo que esto no es más que



un bello delirio de coleccionista, ávido de gozar tesoros raros no poseídos por otro alguno, monomanía que satisface los amores de la erudición platónica, con poca ó ninguna eficacia en el arte de aplicar las sabidurías trasnochadas al vivir contemporáneo.»

Llegó el momento de despedirme del patriarca de la Restauración, el cual me reiteró su afecto, invitándome á repetir mis visitas en su casa ó en la Presidencia, donde esperaba recibir poco tiempo más.

Al salir yo de la biblioteca repitiéronse los fenómenos peri-espirituales, pues si no me engañaron mis ojos, la divina *Clio*, gallarda y bien oliente, despidiendo de su ropaje el aroma de las hierbas del monte Hymeto, me condujo de la mano hasta el vestibulo, entregándome al celoso guardián de su Excelencia, conocido en el mundo político por su nombre de pila.

Ramón, más complaciente á mi salida que á mi entrada, me abrió la puerta, y tranquilamente descendí la escalera, satisfecho de haber aumentado el tesoro bibliográfico de don Antonio Cánovas del Castillo.

## XXII

En la calle me esperaba Casiana, algo inquieta por mi tardanza.

«Ya sabes—me dijo—que doña Segismunda está en ascuas por saber cómo ha recibido

este buen señor los libroles del tiempo de *Maricastaña*. ¿Nos volvemos allá?

—No—repliqué.—Vámonos calle arriba para que se me despeje la cabeza. Estoy un poco mareado de ver infolios y legajos, que á mi parecer no sirven más que para llenar de telarañas el entendimiento... Nos llegaremos hasta la *Era del Mico* ó el *Campo del Tío Mereje*, y confortaremos nuestros cuerpos ateridos con la benéfica luz del sol. No nos faltará espacio para pasear á gusto y charlar sabrosamente cuanto nos dé la gana.

—Por esos lugares no me lleves, Tito—indicó mi Casiana un tanto medrosa.—Allí se reunen las brujas, según me has dicho, y yo no quiero trato con esa caterva.

—No temas nada, chiquilla—le respondí riendo.—Una mujer ilustrada como tú no debe asustarse ante las viejas carroñas que, ya cabalgando en sus escobas, ya montadas una sobre otra, acuden á la cita del Gran Cabrón. Fíjate además en que los aquelarres son funciones esencialmente nocturnas, y á estas horas, en pleno mediodía, no hay que temer las visitas de las almas del otro mundo ni de las vejancas puercas que hociquean con el diablo.

—Pues vamos allá, que aunque no tengo la debida ilustración, donde tú estés yo no me asusto de nada.

—Muy bien. Pero no me niegues la verdad de tu cultura, Casiana mía, que anoche bien te luciste en la tertulia íntima de la señora Condesa, cuando contendías discreta-

mente con aquellas dos damas de la aristocracia *que acaba de salir ahora*, una de las cuales soltó el disparate de que los Reyes Católicos eran los padres de Felipe II y de Fernando VII.

—Fué la que llaman Marquesa de San Epifanio la que echó de su bonita boca ese garrafal desatino. Yo no me atreví á corregir la más que con una frase por tabla, y tú remataste la suerte. La otra, señora muy en-tonada, que se enriqueció con el comercio de petróleo, lleva el apellido de Cucúrbitas, es muy redicha y punto fuerte en las modas del vestir, y no se le escapa ninguno de los requilorios y perendengues que *ahora se llevan*. Sus lindas niñas se educan en el Sagrado Corazón.

—Donde aprenden Catecismo á todo pasto, nociones incompletas de Aritmética y Geografía, mascullar el francés, un machaqueo de piano para romper los oídos de toda la familia, y etiquetas y saluditos á estilo de *Paris de Francia*... Al cuidado de los buenos Padres, éstos aguardan á que las educandas sean señoras para meter las narices en sus hogares, adueñándose del marido y de los hijos, y por fin, esperan cachazudos y tenaces á que se hagan viejas idiotas para quitarles todo lo que tienen.

—Así es y así será. Y ahora te digo que la de San Epifanio anda muy á la cola en ortografía. Ayer vi casualmente una tarjeta que escribió á doña Segismunda, en la cual noté que pone hombre sin hache y ayer con ha-

che y elle. La de Cucúrbitas dice *ivierno*, *ferrroscarriles* y *Espirituisanto*.

—Ya lo ves, Casianilla: con lo poquito que tú sabes eres muy superior á esas señoronas hartas de dinero, que nos miran á nosotros por encima del hombro. Compárate, y verás bien clara tu superioridad. Vuelve la vista al pasado, y te harás cargo del inmenso adelanto que has conseguido desde que te saqué de la abyección y la miseria para elevarte hasta donde ahora te encuentras. Ido te enseñó á leer y escribir, y entre ese buen hombre y yo te dimos las nociones elementales con que apareces superior á todo este señorío hecho de pronto que sólo brilla por el oro ganado sabe Dios cómo.»

Andando, andando, y cuando íbamos frente al Hospicio, pasó junto á nosotros rapidísima una figura de mujer, que me tocó en el codo y siguió su camino con la velocidad del viento. De lejos me miró sonriente: era una *Efémera*. No bien rebasamos el terreno antaño llamado los *Pozos de Nieve*, donde á la sazón se construían hermosas casas, pasaron con loca presteza y travesura, no una, sino dos ó tres *Efémeras*, rozándome con dedos ligerísimos como para hacerme cosquillas. Desaparecieron delante de nosotros, perdiéndose entre los grupos de transeuntes, y dejando tras sí ecos de risas livianas y de interjecciones burlescas.

En estos prodigios del orden quimérico no se fijó Casiana, y sí lo hizo con atención discreta en que era la hora de comer y debíamos

volvernos á casa. Aferrado á una idea tenazmente alojada en mi cerebro, propuse hacer rabona en nuestra hospedería, y retrocediendo algunos pasos nos metimos en el bodegón llamado *La Criolla*. Pedimos para sustentarnos dos raciones de *batallón*, un besugo, vino y café.

O yo me había vuelto tarumba, ó en una mesa no distante de la nuestra estaban dos *Efémeras* vestidas de negra túnica, manducando tortilla con jamón, á la que siguieron sendas raciones de pepitoria. En lo restante del local almorzaban tranquilamente hombres y mujeres, sin reparar en las fantásticas hembras que eran tal vez proyección de mis alborotados pensamientos.

Mientras comíamos con buen apetito, di á Casiana una lección de Historia, enlazando, como es uso y costumbre de todo buen narrador de las cosas públicas, lo presente palpitante con lo pretérito fosilizado ya en las capas geológicas del Tiempo.

He aquí fielmente copiados mis pinitos históricos: «Nuestra respetable amiga doña Segismunda, la Marquesa de San Epifanio, la de Cucúrbitas y otras tales, están locas de contento con la venida de los frailes que, lanzados de las Galias á puntapiés, pasan la frontera esperando encontrar aquí comederos bien provistos por la piedad española. Esas y otras damas de la misma flaca mentalidad, se aprestan á rascarse el bolsillo para favorecer á los inmigrantes consagrados al servicio de Dios Nuestro Señor. Doña Segismunda



entiendo que no se correrá mucho, porque es larga en el prometer y muy encogida en el dar. Otras señoras, las antes citadas así como las Emparanes, Zuredas y Landazuris, serán algo más pródigas en el socorro de la frailería galicana. Pero todas ellas juntas no llegarán á la inaudita magnanimidad de la eximia Duquesa de Pastrana, que ha legado íntegramente los cuantiosos bienes raíces, urbanos y suntuarios de su ilustre Casa, opulenta rama del árbol del Infantazgo, á los caballeros de Loyola. Esta sacra y militar Orden ha venido á ser casi tan poderosa como el Estado mismo.

»Constituyen el cuantioso donativo el soberbio Palacio donde moró Napoleón I cuando vino á poner sitio á Madrid en Diciembre de 1808, inmensos terrenos de labor y de monte en el término de Chamartín de la Rosa, donde ya se trata de formar una población suburbana, otro palacio en la Plaza de Leganitos esquina á la calle de los Reyes, las casas de la calle de Isabel la Católica y de la Flor Baja, fincas rústicas en la provincia de Guadaluajara, una millonada en riqueza mobiliaria y muchos cuadros de mérito, entre los cuales había uno de Rubens, muy famoso, que los felices herederos vendieron á Rostchild en tres millones de reales.

—¿Pero esa señora—dijo Casianilla espantada—no tenía parientes á quienes legar su riqueza?

—Sí que los tenía. A unos sobrinos, no sé si en segundo ó tercer grado, les favoreció la

Duquesa con piadosas mandas para que no les faltase un cocido. No hizo más la señora por la prisa que tenía en subir al cielo para recoger el galardón de su extremada santidad. Los ignacianos, caballerosos y caritativos en este caso, determinaron educar gratuitamente á los hijos de la olvidada parentela, y á una sobrina de la santa testadora quieren casarla con un caballero chileno muy rico, para que todos queden contentos.»

Despachado el *batallón*, y antes de emprenderla con el besugo, proseguí mi leccioncita con el siguiente paralelo histórico, que á mi parecer no carece de enjundia: «Recordarás, Casianilla de mis entretelas, que cuando comencé tu educación hice que te fijaras en las correrías de diferentes pueblos por el territorio de esta península. Bien enterada quedaste de la entrada de los fenicios, de los romanos, de los cartagineses, de los visigodos, y por fin, de los árabes. Luchó la primitiva raza española con tales pueblos, sin lograr impedir que ocuparan y explotaran una parte ó el todo de nuestro suelo durante años, lustros ó siglos. Determinan dichas ocupaciones las diferentes etapas ó períodos históricos de España. Pues bien, el regalo que ha hecho la Duquesa de Pastrana á los caballeros de San Ignacio, marca el dominio de éstos en el solar hesperio por un lapso de tiempo que nadie puede precisar. En la santísima dama linajuda y generosa tienes otro Midácrita, otro Asdrúbal, otro Sertorio, otro Ataulfo, otro Tárik, y ella nos trae una nueva intrusión

de gente, á la cual habrá que vencer y despedir como fueron vencidos y mandados á paseo los anteriores bárbaros.

»Presumo yo que los guerreros de la faja negra, traídos ahora por una dama, cuando se aseguren en el territorio recientemente adquirido, extenderán su dominio á todas las esferas y serán nuestros amos. Fortalecerán su poder educando á las generaciones nuevas, interviniendo la vida doméstica, y organizando sus ejércitos de damas necias y santurronas, paulatinamente dotadas con el armamento piadoso que les llevará á una fácil conquista. Preparémonos, ¡oh Casiana de mis pecados!, y pues sufrimos esclavitud, seamos cautos y comedidos con nuestros dominadores, hasta que llegue, si es que llega en vida nuestra, el momento de darles la zancadilla. Cuando salgamos de paseo y nos encontremos con un ignaciano, yo me quitaré el sombrero y tú darás una discretísima cabezada en señal de aparente sumisión, rezongando para nuestro sayo: *Adiós, Reverendo, vive y triunfa, que ya te llegará tu hora.*»

## XXIII

Mientras tomábamos café salieron presurosas las dos *Efémeras*, y una de ellas, en quien creí reconocer á la que me dió la pluma milagrosa en la plazuela de Santa Ana, dijo,

tocándome en el codo: «Aprisita, que es tarde»... Al pasar las dos rapazuelas del bodegón á la calle, advertí que sus flotantes túnicas se trocaron de negras en verdes.

Reparadas las fuerzas con el sabroso condumio, Casiana y yo seguimos paseando. Nuestra lenta y maquinal andadura nos llevó por los *Pozos de Nieve* y la antigua Ronda de Santa Bárbara hasta encontrarnos, sin saber cómo ni por qué, en el *Campo del Tío Mereje*, lugar asoleado y polvoriento que en verano suele ser invadido por los jayanes que apaLEAN alfombras, y en todo tiempo es academia donde los maestros de tambor enseñan á los quintos el paso redoblado, el paso lento, y demás fililíes del sonoro parche guerrero.

Al llegar nosotros al egido, que antaño debió ser Eras de Madrid, vimos tan sólo unos hombres que machacaban cañas para tejer cañizos de cielo raso. Nos entreteníamos en contemplar aquella ruda faena cuando Casianilla, mirando al cielo, exclamó asustada: «¡Cristo bendito! ¿No ves el sin fin de aves que giran en el aire trazando círculos con aleteo y greguería infernal? Parece que bajan hacia nosotros. ¿Serán éstas las brujas, que de día vienen á reconocer el lugar donde han de reunirse por la noche en juntas y concilios demoniacos?»

Alcé yo mis ojos al cielo y dije á mi amiga: «No son brujas, Casiana. Son las *Éfémeras*, espíritus mensajeros de lo que en el mundo llamamos la Actualidad. Traen y llevan el suceso del día. Aquí se congregan

sin duda para distribuirse el trabajo y ver á dónde transmiten sus raudas informaciones. No tengas miedo, que aunque algunas veces son portadoras de mentirijillas ó falsedades inocentes, no hacen daño á los mortales, sino antes bien los entretienen y halagan. ¿Ves cómo abaten el vuelo, acercándose cada vez más á nosotros? Parece que quieren conversación. Has de saber, hija mía, que son muy traviesas y habladoras.»

Gradualmente descendían las sílfides en su giro vertiginoso, y nos aturdían con aquel rumor, que no sé si era cháchara ó graznido, bullanga de risas ó estridentes exclamaciones de alegría burlesca. Con rápida inspiración pedí á los tejedores de cañizo que nos prestasen dos cañas, y pertrechados Casiana y yo con estas inocentes armas acometimos á cañazo limpio á las *Efémeras*, cuando ya pasaban rozando nuestras cabezas.

Por fin logré atrapar á una, cogiéndola por la túnica, y la traje al suelo. Era lindísima, sus mejillas coloradas echaban fuego, sus ojos luz, sus cabellos negros y rizosos delataban las manos del viento juguetón.

«¿De dónde vienes tú?—le dije.—¿Has visto entrar en España muchos frailes?

—Sí, señor don Tito—respondió ella con amable donosura.—Yo pertenezco al grupo *Céfiro*, y trabajo en la parte de los aires que ustedes llaman Noroeste. En Coruña vi entrar una partida de hombrachos vestidos de estameña y con unas correas llenas de nudos. Eran franciscanos. Llegaron en un va-



por. Salieron á recibirles muchos señores beatos, y las damas pías les enviaron á su alojamiento jamones y tortas de dulce. Al día siguiente desembarcó otra caterva de frailes, con diferentes vestiduras, y marcharon á Santiago llamados por el Arzobispo, que les tenía dispuesto un hermosísimo convento. Mi hermana, que estaba en Vigo viéndoles venir, presenció el desembarco de *un porción* de gandules que dijeron ser de los de Santo Domingo. Al instante partieron para Pontevedra, donde ya les tenían apercebida casa cómoda y mesa bien provista de cuanto Dios crió.»

Casiana logró atrapar otra ninfa, rubia como las espigas, de ojos azules, la cual, antes que la interrogaran se arrancó con esta graciosa respuesta: «Yo soy del grupo *Boreas*, que vosotros decís Norte, y en la frontera de Irún he visto entrar una patulea sin fin de frailucos. Unos traían baberos blancos, melenitas que les tapaban las orejas, y sombreros tricornios que parecían cosa de máscara. Dijeron que venían á España para poner escuelas y enseñar á los niños. ¡Bonitas cosas les enseñarán!... Luego entraron otros, vestidos de blanco y canelo, lucios y fornidos como mozos de cuerda. Parece que éstos son carmelitas. Salieron á recibirles la mar de señoras aristocráticas y ricachonas, que les besaban los rosarios, popándoles y haciéndoles fiestas como si les hubieran conocido toda la vida. A ellos se les saltaban las lágrimas de contento, y miraban á todos lados en busca

de alguna mesa donde pudieran matar el hambre atrasada que de Francia traían... ¡Pobre España: buena nube de langosta te ha caído!»

Sin necesidad de esgrimir nuestras cañas, otras *Efémeras* fueron bajando, alegres y decidoras. Una de ellas, de cabello castaño y ojos verdes, ondulante y saltarina, vestida de túnica roja, nos dijo: «Mi puesto de vigilancia está entre las regiones de *Cæcias* y *Apellotes*, que es como decir Nordeste y Este. Vi entrar por el golfo de Rosas una barcada de dominicos, y otra de trinitarios, que fueron bien acogidos en la playa y marcharon á ponerse bajo la custodia de los obispos de Gerona y de Vich. Mis hermanas y yo presenciábamos en Barcelona la llegada de una banda de capuchinos procerosos, bien cebados y con unas barbas hasta la cintura. Al pasar por la Rambla les arrearon una silba espantosa. Los frailes barbudos, azuzados por mujeres y chiquillos, tuvieron que buscar refugio en la iglesia del Pino, á donde acudió el Gobernador con policía para sacarlos de aquel trance y llevarles con mucho mimo al Palacio episcopal. El señor Prelado, después de tenerlos varios días en su casa á mesa y mantel, les alojó solícito en varios conventos de Cataluña.»

Otra de las mensajeritas aéreas nos contó que en Tortosa dieron fondo unos benedictinos jacarandosos que, según se dijo, venían á montar en Tarragona fábricas de licores tan ricos y celebrados como los que en Francia

elaboraban... Compareció seguidamente una nueva *Efémera* de túnico negro recamado de oro, quien, después de declarar que venía de la región del *Eurus* (Sudoeste), nos informó de que en Cartagena habían penetrado mesnadas de agustinos-recoletos, los cuales tomaron al punto el caminito de Orihuela, donde el Obispo les tenía prevenido un holgado monasterio. Allí se instalaron todos los que en él cabían. Los demás recibieron albergue en el Seminario, hasta que se les habilitara definitiva vivienda en un convento de Alicante. Añadió la informadora que, tras de los agustinos-recoletos, llegó un nutrido cargamento de los frailecitos de babero y tricornio. Parte de éstos quedaron en Cartagena, bajo la tutela y amparo de una junta de damas sumamente pías y rezadoras, y los otros tomaron el tren para irse á Murcia, pues allí les esperaban con los brazos abiertos individuos del Comité conservador y el Prelado de la diócesis.

Recorriendo el cuadrante hacia la región *Notus*, entiéndase Sur, otra ninfa de los aires, no menos graciosa que sus hermanas y muy bachillera, nos contó que por Almería había penetrado un buen golpe de monjas, llamadas descalzas aunque todas llevaban medias y zapatos. Venían afligidas del mareo y de la inanición. Pero al punto se las socorrió con cuanto pudieran necesitar. Con ellas desembarcaron unos frailucos mal trajeados, desnudos de pie y pierna, *si que también* muertos de hambre. Las esposas del Señor

encontraron su nido y agasajo en la propia ciudad de Almería, y los frailachos se metieron tierra adentro á la querencia del Obispo de Guadix.

Con todo lo referido no es completa la información *efemerídea*. Yo la resumo y sintetizo, agregando otras noticias y datos que nos dieron las vagarosas hijas del viento. Por Sevilla hubo también inundación de religiosas clarisas; á Valencia llegaron trapenses y paúles; la frontera de Francia, por Navarra y la Seo de Urgel, dió paso á espesas caravanas de salesianos, premostratenses, terciarios, redentoristas, adoratrices, trinitarias, capuchinas, ursulinas y otras muchas castas y familias del inmenso mundo monástico.

Cuando ya las aladas mensajeras comenzaban á remontarse de nuevo en los aires, apareció la *Efémera* mía, la de Tafalla, que en aquella ocasión me pareció capitana de todas ellas, la que al pisar el suelo tomaba apariencias marmóreas y formas del más puro helenismo.

«¿A dónde vais ahora?—le pregunté tembloroso.

Ella me contestó con suprema tranquilidad: «Vamos á llevar por todo el mundo las nuevas de esta plaga de insectos voraces que devastará tu tierra.»

Y quitándole á Casianilla la caña que ésta conservaba en sus manos, la figura estatuaría azuzó á las *Efémeras* rezagadas. Todas remontaron el vuelo en alegre remolino bullicioso.

## XXIV

Las vimos subir rápidamente hasta una región muy alta del espacio, donde se fraccionó la bandada en grupos que partieron hacia distintos puntos del horizonte.

Emprendimos Casiana y yo nuestro regreso al centro de Madrid, buscando la vuelta de Recoletos por la Ronda de este nombre y las inmediaciones de lo que fué huerta de las Salesas. Por aquella parte, la Villa trataba de embellecerse, y abría en los solares polvorosos la cimentación para nuevas y elegantes casas de vecindad. Charlando de las peregrinas cosas que habíamos visto y oído caminábamos á la ventura, guiados, más que por la intención, por el instintivo movimiento de nuestros propios pasos.

Sin darnos cuenta de ello, costeamos la maciza fundación de doña Bárbara de Braganza, y por calles á medio construir llegamos á internarnos en el Parque de Buenavista. Hicimos alto para descansar en un banco de las rampas que dan á la calle de Alcalá, frente al palacio de Alcañices. Aunque el sol picaba templando el ambiente invernal, yo sentía un frío que no pude mitigar embozándome en mi capa hasta las narices, porque aquella tiritona era síntoma febril de mi estado anímico al considerar la invasión mo-



nástica, principio de un período histórico desastroso para nuestra pobre España.

A mis quejas lastimosas contestó Casiani-lla: «Como nosotros no podremos impedir que España se convierta en un gran monasterio, nuestro papel es ver y esperar. Si llega el caso de que no haya más remedio que ser yo monja y tú fraile, no te apures, Tito, que ya encontraremos conventos donde convivan ambos sexos.

—Así tendrá que ser, nenita—dije yo, y como estaba helado propuse que siguiéramos andando hasta la calle de Sevilla, y que allí tomásemos la dirección de nuestra casa, con escala en algún café para matar las horas de la tarde.

Por ambas aceras de la calle de Alcalá bajaba un tropel de paseantes que iban á tomar el sol en el Prado y el Retiro. Eran á mi parecer funcionarios que abandonaban la ociosa oficina para espaciarse con la señora y los niños, pensionistas de poco pelo, tenderos desocupados, rentistas de mediano pasar, provincianos con dinerito fresco, que practicaban la deambulaci3n como un obligado empleo de la actividad en los días serenos.

Por el centro de la calle rodaban los mismos carruajes que habíamos visto el día anterior y todos los días, conduciendo á las damas de siempre, bien emperifolladas, y á los señores del margen que acompañaban á sus esposas en el asiento zaguero de las carretelas. Acrecían el tumulto los gallardos

jinetes y los caballeros que guiaban faetones ó tálburis con la pericia de consumados aurigas. En las caras de toda esta gente, así la de á pie como la de coche, así la de alto como la de rastrero pelaje, observé una tranquilidad paradisiaca. Sus cabezas no alojaban otra idea que la del momento presente, el goce del paseo al sol, la vanidad de exhibirse con galas y arreos de distinción fantasiosa.

¡Pobres majaderos! Desconocían en absoluto la gravísima situación de nuestro país, el momento histórico, semejante á la entrada de los cartagineses ávidos de riqueza, de los bárbaros visigodos ó de los insaciables y feroces agarenos. Nada sabían, nada sospechaban: se enterarían de la nueva esclavitud cuando ésta ya no tuviese remedio. Me costó trabajo contener este grito de alarma: «¡Bobalicones, despertad de vuestra modorra estúpida! ¡No tenéis gobernantes que sepan contener, ya que no extirpar, la horrible plaga que se os viene encima!»

Al pasar por la calle de Sevilla entramos en la tienda de mi amigo Matías Luengo, sobriño del famoso comerciante, parlanchín y entrometido don Plácido Estupiñá, de quien tanto hablé en diferentes ocasiones. Traficaba Matías en objetos de escritorio. Comprámosle un paquete de sobres, charlamos, le pregunté si estaba contento de su negocio, y me contestó que de sus ventas no sacaba más que lo preciso para un mal vivir. El Cielo le había dado cuatro hijos, y su mujer, que era una coneja, le traería el quinto retoño para

Febrero próximo. En vista de este crecimiento del familiaje, pensaba añadir á su tráfico el de devocionarios, florilegios, novenas, cilicios, recordatorios de difuntos, estampitas de todos los santos del cielo, escapularios y demás chirimbolos pertinentes á la santa Religión.

Yo le felicité, palmoteándole en los hombros, y le dije: «Eres un genio, Matías. Has previsto el fetichismo farandulero á que nos llevará la maldita Restauración. Ahora empieza, fíjate bien, ahora empieza el reinado de la Muerte y de las santurronerías bobaliconas. Tú serás rico. Haz todos los hijos que puedas, que el negocio místico te dará pan para ellos, y para tus nietos y biznietos, hasta la cuarta generación. Adiós, chico. El Espíritu Santo ha entrado en tu casa. Adiós.»

A lo largo de la calle íbamos tropezando con cómicos y toreros, y en ellos vi caras satisfechas aunque parecían de hambre por falta de contratas. A mi paso por diferentes tiendas vi también sastres, joyeros y perfumistas, que parecían muy contentos viviendo al día con menguadas transacciones. Junto á nosotros pasaron dos curas, ante los cuales me quité el sombrero haciendo acto de sumisión y reverencia. Era muy cuerdo y saludable vivir en santa paz con nuestros opresores.

En la esquina del callejón de Gitanos encontramos á Delfina Gil. Después de saludarme con rígida frialdad, me dijo que iba á poner una nueva Funeraria de gran lujo en

la propia Carrera de San Jerónimo, y que introduciría en España las últimas novedades en féretros de cinc sobredorados y en carrozas-estufas á la *gran Daumont*. Pensaba adornar su escaparate con espléndido surtido de coronas fúnebres de hilo de cristal, elegantísimas, y con unos angelitos, arrodillados, que daban el opio. La colmé de parabienes, vaticinándole un éxito formidable. Merecía la inmortalidad por su idea y planes para enterrar la vida española con todo el boato y *chic* de las artes mortuorias.

Seguimos, y al embocar la Carrera de San Jerónimo, tropecé de manos á boca con Vicente Halconero, que salía del Casino. Cortés y afable como siempre estrechó mis manos, no escatimando un gentil saludo ceremonioso á mi compañera humilde.

«Ya sabrá usted—me dijo—que está próximo el advenimiento de los Constitucionales al Poder. El turno se impone, y la tocata liberal ha de sustituir á la tocata conservadora. Espero yo que entre ambas músicas haya bastante diferencia, así en lo fundamental como en lo externo... Entiendo que tendremos elecciones generales en Febrero ó Marzo, y usted no me negará entonces lo que tantas veces le pedí. Aceptará usted un acta de diputado, y en los escaños de la mayoría lucharemos juntos por el progreso, con su poquito de morrión y sus toques democráticos, todo ello dentro del orden más perfecto.

—Sí, sí, Vicentito—le contesté, con la so-

carronería que en aquella hora dominaba en mi ánimo.—Puede usted hacer de mí lo que quiera. Y si tocan á repartir algunos destini-llos dénme á mí el de Inspector de Monjas, quiero decir, de los monasterios que han de ser creados para reunir los dos sexos en la vida contemplativa.

—¿Pero qué dice el amigo Tito? ¿Se ha vuelto loco?... ¡Ah! Es que á usted le solivianta lo que se cuenta por ahí de si vienen ó no vienen los religiosos regulares expulsados de Francia. No haga usted caso. Atáremos corto á los que vengan no más que á darse buena vida, y recibiremos con estimación á los que traigan la idea de establecer en España buenos Colegios, donde podamos dar decorosa educación á nuestros hijos.»

No quise hablar más y me despedí de Halconero con breves razones amistosas, lamentando que un caballereite tan espiritual no apreciara el feo cariz del nublado cartaginés y agareno que entenebrecía el cielo español, ni viera claramente que se iniciaba un período de larga y pavorosa esclavitud. ¡Pobre Vicentito, tan joven, tan simpático, y ya contagiado del negro y pestilente virus!

## XXV

Casiana y yo nos colamos en el café de *La Iberia*, dirigiéndonos á las mesas donde habitualmente concurrían mis amigos. En efecto,



allí estaban Campo y Navas, Llano y Persi, Casaldueiro, y Carratalá. En una piña inmediata vi á Díaz Quintero, republicano, que alternaba con Fernández Bremón y Mariano Zacarías Cazurro, conservadores, y con Pablo Cruz, León y Llerena, Zoilo Pérez y Cándido Martínez, sagastinos.

Apenas cambié con ellos los primeros saludos, y algunas palabras referentes á sucesos de actualidad, comprendí que ninguno de aquellos esclarecidos ciudadanos paraba mientes en el capital suceso histórico que á mí me volvía tarumba. O lo ignoraban, ó las menudencias y chismorreos políticos les impedían fijarse en los hechos que, afectando intensamente al porvenir de la Patria, se nos presentan revestidos de una insignificancia traicionera. Los afectos á la Situación imperante aseguraban que había Gobierno de Cánovas para rato. Al proclamarlo así, reforzaban su opinión con apuestas humorísticas de cinco duros contra dos reales. Los otros, entonando con diferentes inflexiones el *esto se va*, vaticinaron rotundamente que antes de dos meses cogería Sagasta las riendas y la tralla del Poder.

De pronto llegaron á nuestras mesas otros dos individuos, cuyos nombres no son del caso. Con frase tajante y enfática *sostuvieron la tesis* de que don Antonio se había hecho imposible por su soberbia, y porque no supo desprenderse á tiempo de los pulpos del *moderantismo*. Un tercer sujeto, que presuroso vino de las mesas interiores, nos dijo en to-

nillo parlamentario: «¡Ah, señores! Mi *teoría* es que política nueva pide hombres nuevos. Las cosas caen del lado á que se inclinan. O la regia prerrogativa no sabe lo que se pesca, ó ha de poner en seguida en manos de don Práxedes el timón de la nave del Estado.»

Reunidos todos, enzarzaron sus ágiles lenguas en el discreteo político sin tocar ningún punto de interés público, picoteando tan sólo en las cuestiones de orden burocrático, que eran para los Fusionistas ó Constitucionales el único imán de sus pueriles ambiciones. Diferentes nombres sonaron de mesa en mesa para distribuir entre ellos los cargos políticos de la nueva Situación, Direcciones generales y Gobiernos de provincia. Entre aquellos ociosos charlatanes no faltaron algunos vivos que graciosamente se adjudicaran las mejores prebendas. A la entrada de los agarenos, ó si se quiere cartagineses, no consagró ninguno de los allí reunidos, hombres de diferente cartel político, una sola palabra.

Asqueado de la frivolidad de tales majaderos, que con raras excepciones sólo apreciaban la vida pública por los apremios de su vanidad ó de su flaco peculio, pretexté para retirarme un repentino dolor de estómago con ganas de vomitar, y cogiendo del brazo á Casianilla nos plantamos en la calle. ¿A dónde iríamos? A casita, á mi caverna solitaria, ó á darle albricias á nuestra coruscante amiga la Excelentísima señora Condesa de Casa Pampliega.

Ibamos por la calle del Lobo, y en los ex-

tremos de ella vimos lujosa berlina parada junto á una puerta humilde. De ésta salió una dama en quien al punto reconocí á la Marquesa de Villares de Tajo, mujer talentuda y de historia, vistosa todavía y de buen tallo aunque había rebasado con creces las fronteras del medio siglo. En su coche partió hacia la Carrera de San Jerónimo. ¡Pobrecilla! Venía de parlotear con los *Caballeros de la Tenaza*, albergados á espaldas de la iglesia de San Ignacio. Pensé que ya le estaban ajustando las cuentas para mandarla al otro mundo bien limpia de pecados, y aliviada del peso de sus cuantiosos intereses.

Permanecíamos Casiana y yo junto á la puerta mísera, contemplando la lobreguez del hondo zaguán, cuando vimos que de aquellas tinieblas salían un cura joven, gallardo, desenvuelto, y una señora hermosísima. ¡Oh asombro de los asombros! La señora era Lucila Ansúrez, más conocida en estas historias por el lindo mote de *La Celtibera*.

## XXVI

La nieve que blanqueaba el cabello de la viuda de Halconero no era estorbo de su belleza, que se defendía bravamente contra la edad, frisanle ya en los cincuenta años si no fallan mis cálculos cronológicos. Apenas me vió en la calle, honróme Lucila con expresivo saludo, presentándose inconti-

nenti al clérigo, mocetón elegante, limpio, y cumplido galán por su melosa cortesía.

«El Padre Garrido—dijo *La Celtibera* en la ceremonia de la presentación.—Don Proteo Liviano...»

Al pronunciar Lucila mi nombre se arrancó el jesuita con estas hiperbólicas alabanzas: «¡Ah, el señor Liviano! Mucho gusto en verle. Ya le conocía y le admiraba como historiógrafo eminente. Yo también soy aficionado á la Historia, y en el nuevo Colegio de Chamartín tendré á mi cargo esa importante asignatura. Mi ciencia es corta; pero supliré la escasez de conocimientos con mi firmeza de voluntad, imitando en lo posible al maestro que me escucha...»

Intervino Lucila con esta donosa corrección: «No se achique, Padre Garrido... Y usted, amigo Tito, no le haga caso, que la más alta virtud de este santo varón es la modestia, una modestia verdaderamente angelical.»

Al protestar el clérigo de los elogios de *La Celtibera*, llegó hasta ruborizarse, y yo, penetrando en la médula de aquel carácter más fino que el coral y con más conchas que un galápago, le devolví sus lisonjas con este golpe de incensario:

«Bien sé con quién hablo, reverendo Padre. He leído en el *Iris de Paz* la respuesta que da usted á las diatribas con que *La Ciudad de Dios*, el periódico de los agustinos, trata de mermar las glorias de La Compañía. Es usted escritor de primer orden y dia-

léctico formidable. Así como suena... En esfera humilde, hago yo lo que puedo por la ilustración del pueblo español, tan católico como desgraciado... Esta señora que á mi lado está es mi esposa, doña Casiana *Coelho*, insigne pedagoga, maestra en todas las artes y ciencias, de quien tomo ejemplo, apropiándome su saber al mismo tiempo que imito sus virtudes... virtudes excelsas, noble señora y caballero tonsurado, pues en mi dulce cónyuge se confunden y amalgaman la prudencia, la castidad, la paciencia, la caridad, las artes caseras, el filosofismo más espiritual y el don de escudriñar las obscuridades del porvenir...»

Colorada y balbuciente, Casianilla quiso desmentir los embustes que en honor suyo desembuché, y en el rostro del clérigo advertí un ligero mohín de desconfianza: sin duda interpretaba en sentido burlesco mi lenguaje hiperbólico. Lucila, también un poquito recelosa, inició la marcha hacia la calle del Prado. Detrás fuimos los tres, y yo, arrimándome al Padre Garrido, de quien no quería separarme sin soltarle alguna barbaridad, acaricié su tímpano con esta blanda ironía:

«Dios me ha deparado el placer de ofrecer á usted hoy mis respetos, Padre Garrido... Ya sé, ya sé que ayer llegó usted de un corto viaje á París, á donde fué con el mandato de organizar la nueva traída de jesuítas para el Colegio de Chamartín de la Rosa, institución educatriz que será el coronamiento de la su- •



blime longanimidad de la señora Duquesa de Pastrana.

—El objeto de mi viaje á Francia no está bien que yo lo diga—replicó el clérigo un tanto amoscado.—Sólo indicaré á usted que hace tres días estaba ya de regreso en la Villa y Corte, donde seguiré hasta que lo disponga quien puede hacerlo, consagrado al servicio del Señor y á la salvación de las almas españolas.

—A lo mismo nos dedicamos nosotros—dije, poniéndome la mano, no precisamente en el corazón, pero muy cerca de él.—Mi esposa y yo también servimos á Dios y salvamos almas cuando se tercia... En la persona de usted, Padre Garrido, reverenciamos á la milicia cristiana, á quien el Altísimo otorga el mandato de gobernar á los pueblos y conducirlos á la eterna gloria. Ya nuestra España es de ustedes. Aquí no reina Alfonso XII sino el bendito San Ignacio, que á mi parecer está en el cielo, sentadito á la izquierda de Dios Padre... Los españoles somos católicos borregos, y sólo aspiramos á ser conducidos por el cayado jesuítico hacia los feraces campos de la ignorancia, de la santa ignorancia, que ha venido á ser virtud en quien se cifra la paz y la felicidad de las naciones... Nos prosternamos, pues, ante el negro cíngulo, y rendimos acatamiento al dulcísimo yugo con que se nos oprime *ad majorem Dei gloriam*.»

No se le escapó al ladino y sutil clérigo el saborete irónico que ponía yo en mis pa-

labras. Con forzada sonrisa y frunciendo el ceño, doble y equívoca expresión facial de su índole solapada, el joven Padre me alargó la mano buscando la fórmula de despedida. También Lucila mostraba deseo de cortar nuestra conversación, poniendo tierra entre los dos grupos, y así me dijo:

«Sigan ustedes paseando, Tito; el Padre y yo tenemos que ir á la Nunciatura para un asunto...

—La Virgen les acompañe, reverendo caballero y señora ilustre—dije yo destapando mi cabeza.—Y si se acuerdan de estos pobres pecadores, tengan la bondad de implorar para nosotros la bendición apostólica, por mediación del santísimo Nuncio... Adiós, adiós.»

## XXVII

Viéndoles partir hacia la Plaza del Angel, Casianilla, súbitamente alterada y colérica, me dijo: «Si estuviéramos en descampado les apedrearíamos. ¿No te parece?

—No, hija mía, no—repliqué yo, cogiéndole el brazo con que imitaba el manejo de la honda.—Modera tu arrebató bélico, que los tiempos son más de paciencia solapada que de fiereza impulsiva. Si apedreáramos, podría suceder que nuestros tiros no dieran en la cabeza del Reverendo, que bajo la capa de su finura exquisita esconde las intenciones de un grandísimo bellaco, y fuesen á des-

calabrar á la hermosa *Celtibera*, persona ciertamente estimable y digna de respeto... Esta buena señora fué en sus días juveniles la corza ligera y elegante que á todos cautivaba; ahora es la oveja tarda y simplísima que no puede con el peso de sus lanas... No hemos de ver en las beaterías de Lucila un movimiento espontáneo de su ánimo, el cual, digan lo que quieran, aún conserva la independencia celtibera. Sus concomitancias con lo que podríamos llamar *el elemento jesuítico*, son un puro artilugio para ponerse á tono con la caterva elegante y santurrona que hoy rige los destinos de España. A tal comedia la mueve el amor de su hijo Vicente, y el anhelo de empujar al chico en su carrera política. Ya verás, ya verás cómo, auxiliada por *los padres, las madres y las tías*, consigue hacer Ministro á Vicentito, con Sagasta ó con el demonio coronado... *¿Entiendes, Fabia, lo que voy diciendo?*... No debemos acometer á nuestros enemigos con palo ni piedra. Esperemos á que tomen posiciones y nos manifiesten el poder de sus armas, y la eficacia de sus ingenios de guerra.

—Está muy bien, Tito mío—dijo Casiana agarrándose de mi brazo.—Y ahora decidamos si nos metemos en casa ó nos vamos á visitar á la señora Condesa. Quiero ver la cara que pone doña Segismunda cuando se le diga que el grande hombre del siglo, don Antonio Cánovas, irá pronto á ofrecerle sus respetos y á darle las gracias por los librachos del tiempo de la Nanita.

—Yo también deseo contemplar el cariz de nuestra *Medusa* y su cabellera de serpientes— contesté.—Pero antes, si te parece, debemos personarnos en la Academia de la Historia, que está muy cerca como sabes. ¿Te olvidas de que hace unos días tengo allí mi asignación, y aún no he ido á cobrarla? Lo primero es lo primero, Casianilla. Vamos allá, vámos.»

Minutos después estábamos en el ancho zaguán de la Academia. Mas no hallándose presente la señora portera, que según nos dijeron había subido al segundo piso llamada por el Bibliotecario para que le prestase servicios de cocina y despensa, aguardamos sentaditos en la modesta estancia conserjeril, donde pasamos el rato en vagos comentarios sobre nuestra situación económica, que no era en aquellos días muy despejada.

Llegó en esto el anciano portero, á quien yo con caprichosa travesura imaginativa daba el nombre de *Tucídides*, por su puesto en aquella Casa y por el trazo helénico de su rostro visto de perfil. Lamentóse el buen hombre de la ausencia de su esposa, secuestrada por las impertinencias del señor Bibliotecario, hombre excelente pero un tanto enfadoso. Diciéndolo, puso en mis manos el pliego de mi Madre... ¡Ay! Fué cual onda luminosa que súbitamente disipó las tinieblas de mi espíritu.

Retiróse *Tucídides*, que tenía precisión de arreglar la Sala de Juntas para la *tenida* de aquella noche, y nos dejó en la portería

indicándonos que estábamos en nuestra casa y podríamos permanecer allí todo el tiempo que quisiéramos. Solitos Casiana y yo abrimos el pliego y... ¡Oh inefable sorpresa y alegría! La Musa excelsa me mandaba doble suma de la presupuesta para cada mensualidad.

## XXVIII

Después de justificar este doble socorro, enumerándome las privaciones y agobios que había yo de sufrir si me conservaba incorruptible y puro en medio del general positivismo, la Madre exponía su pensamiento acerca del porvenir de España en la forma elocuente y profética que traslado á mis buenos lectores:

«Hijo mío: cuando á fines del 74 te anuncié en una breve carta el suceso de Sagunto, anticipé la idea de que la Restauracion inauguraba *los tiempos bobos*, los tiempos de mi ociosidad y de vuestra laxitud enfermiza. La sentencia de mi buen amigo Montesquieu, *dichoso el pueblo cuya Historia es fastidiosa*, resulta profunda sabiduría ó necedad de marca mayor, según el pueblo y ocasión á que se aplique. Reconozco que en los países definitivamente constituídos, la presencia mía es casi un estorbo, y yo me entrego muy tranquila al descanso que me imponen mis fatigas seculares. Pero en esta tierra tuya, don-



de hasta el respirar es todavía un escabroso problema, en este solar desgraciado en que aún no habéis podido llevar á las Leyes ni siquiera la libertad del pensar y del creer, no me resigno al tristísimo papel de una sombra vana, sin otra realidad que la de estar pintada en los techos del Ateneo y de las Academias.

»La paz, hijo mío, es don del cielo, como han dicho muy bien poetas y oradores, cuando significa el reposo de un pueblo que supo robustecer y afianzar su existencia fisiológica y moral, completándola con todos los vínculos y relaciones del vivir colectivo. Pero la paz es un mal si representa la pereza de una raza, y su incapacidad para dar práctica solución á los fundamentales empeños del comer y del pensar. Los *tiempos bobos* que te anuncié has de verlos desarrollarse en años y lustros de atonía, de lenta parálisis, que os llevará á la consunción y á la muerte.

»Los políticos se constituirán en casta, dividiéndose hipócritas en dos bandos igualmente dinásticos é igualmente estériles, sin otro móvil que tejer y destejer la jerga de sus provechos particulares en el telar burocrático. No harán nada fecundo; no crearán una Nación; no remediarán la esterilidad de las estepas castellanas y extremeñas; no suavizarán el malestar de las clases proletarias. Fomentarán la artillería antes que las escuelas, las pompas regias antes que las vías comerciales y los menesteres de la grande y pequeña industria. Y por último, hijo mío, ve-

rás si vives que acabarán por poner la enseñanza, la riqueza, el poder civil, y hasta la independencia nacional, en manos de lo que llamáis vuestra Santa Madre Iglesia.

»Alarmante es la palabra Revolución. Pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu Nación. Declaraos revolucionarios, díscolos si os parece mejor esta palabra, contumaces en la rebeldía. En la situación á que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita si queréis, constituirán el único síntoma de vida. Siga el lenguaje de los bobos llamando paz á lo que en realidad es consunción y acabamiento... Sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos, y mientras no venzáis á la muerte, no os ocupéis de *Mariclio*... Yo, que ya me siento demasiado clásica, me aburro... me duermo...»

FIN DE CÁNOVAS

Madrid-Santander.—Marzo-Agosto 1912.

En preparación:

# SAGASTA

Tomo séptimo de la **quinta** y última serie,  
y **cuarenta y siete** de los

## EPISODIOS NACIONALES













TRENT UNIVERSITY



0 1164 0311603 5

